BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CXCIII

HISTORIA
DEL
IMPERIO ROMANO

DESDE EL AÑO 350 AL 378 DE LA ERA CRISTIANA

ESCRITA EN LATÍN POR

AMMIANO MARCELINO

VERTIDA AL CASTELLANO POR

F. NORBERTO CASTILLA



TOMO I

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11.

1895

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, Ferraz, 13.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

ACERCA DE

AMMIANO MARCELINO

Fué Ammiano Marcelino natural de Grecia, probablemente nacido en Antioquía, de padres que la historia no ha conocido, pero nobles sin duda, porque Ammiano se atribuye la cualidad de *ingenuus* y, en su libro, llama *ingenui* á los nobles. Siendo muy joven sirvió, bajo el reinado de Constantino, en una cohorte de caballería que mandaba en Oriente un tal Ursicino, varón muy notable en la guerra, á quien con frecuencia alaba en su libro: después ingresó en los *protectores domestici*, ó guardia especial de Constantino, formada de soldados escogidos: Joviano comenzó por ser compañero de Ammiano Marcelino, pasando de *protector doméstico* á *jefe de la escuela*, y de este cargo á Emperador.

Poco después enviaron á Ursicino á la Galia para someter la colonia de los Ubianos, de la que se había apoderado el jefe de caballería Silvano, de origen franco. Ursicino llevó consigo á Ammiano, quien tomó parte en los acontecimientos de la breve campaña en que Silvano fué derrotado y muerto. En seguida llamó el Emperador á Ursicino, enviándole otra vez á Oriente, á donde le siguió Ammiano. Allí tuvieron lugar expediciones en las que se distinguieron el jefe y su compañero, éste como negociador y soldado á la vez. Ammiano estuvo á punto de caer en manos de los persas. Se-

parado durante algún tiempo de su jefe, y sitiado en la ciudad de Amida, que fué tomada á pesar de enérgica resistencia, consiguió escapar, y, después de varias aventuras, logró reunirse con Ursicino en Antioquía.

Ursicino recibió en premio de sus servicios la ingratitud palaciega, quedando relegado á la ociosidad de la vida privada. Ammiano conservó su puesto de *protector doméstico,* ignorándose si con esta cualidad ó con grado superior hizo la guerra en Persia con el emperador Juliano.

Bajo el reinado de Valentiniano y Valente renunció á la carrera de las armas y se retiró á Antioquía, de donde le arrojaron vejaciones que tuvo que sufrir de parte de los curiales, despidiéndose del Oriente, su patria, y regresando á Roma en vida de Valente. Allí trabó amistad con muchas personas notables, y, dedicándose por completo á las letras, fija la atención en las obras de Catón el Censor, de César, Salustio y Cicerón, acometió la empresa de escribir la historia de Roma, desde el reinado de Nerva hasta la muerte de Valente. Ignórase en qué época murió Ammiano Marcelino.

Su obra ha llegado á nosotros mutilada, habiéndose perdido trece libros de los treinta y uno de que constaba. Esta historia abrazaba un período de cerca de tres siglos, desde el año 96 al 378. Lo que queda solamente contiene los acontecimientos de veinticinco años, desde el 353 al 378. El libro XIV comienza en el año 17 del reinado de Constancio; el XXXI termina en la muerte de Valente, en la guerra que sostuvo contra los godos.

Varones muy eminentes han sostenido que Ammiano Marcelino fué cristiano ó estuvo muy cerca de serlo, deduciéndolo de algunos pasajes en que parece que el historiador habla favorablemente de la nueva religión. En uno de estos pasajes alaba Ammiano á Sapor, rey de los persas, «por haber respetado en el saqueo de dos

fortalezas á las vírgenes consagradas al culto divino, según el rito de los cristianos»: en otro lugar refiere que «Teodosio el padre trató con dulzura á los sacerdotes del rito cristiano»: y esto otro parece más claro todavía: «Constancio confundió el cristianismo, en su pureza y sencillez, con una superstición de vieja.» Ahora bien, esta superstición era el arrianismo; ¿y quién sino un cristiano pudo tratar de superstición de vieja al arrianismo? En fin, hablando de los mártires, dice noblemente «que supieron guardar hasta la muerte la integridad de su fe». Ningún pagano hubiese hablado de ésta manera.

Pero, faltando otras pruebas, estos pasajes solamente demuestran que era imparcial y prudente en medio de las distintas situaciones del cristianismo en aquella época, y que hacía justicia á los cristianos, aunque no participase de sus creencias. Porque en otros muchos puntos de su obra se manifiesta abiertamente pagano, hablando de los dioses del paganismo como de sus propios dioses.

Como historiador no merece, según los críticos, figurar en la misma línea que Salustio, Tito Livio y Tácito, pero no se le puede negar puesto muy distinguido entre los historiadores de segundo orden. Talento perspicaz y observador, cuando conoce bien los acontecimientos de que habla y no le extravían las preocupaciones de su época, consigue descubrir las causas verdaderas y los móviles que impulsan á los hombres. También traza graciosos cuadros de costumbres, como este retrato de Constancio: «Entrando en Roma sobre un carro, encorvando su escasa estatura bajo las puertas más altas, fijos los ojos, inmóvil y como aprisionado el cuello, no volviendo el rostro á derecha ni izquierda, hombre de yeso, al que no mueven las sacudidas del carro, las manos pegadas al cuerpo, sin sonarse, sin tocarse si-

quiera la nariz»: y como al hablar del maestro de armas Lupicino, «que levantaba las cejas como cuernos».

Para conocer los géneros de corrupción que penetran en las cortes, la astucia de los aduladores, los tortuosos caminos que llevan al favor de los príncipes, las intrigas de los cortesanos para destruirse mutuamente, los sufrimientos del temor y de la envidia, las miserias de toda clase con que un puñado de hombres agovia á los pueblos; para ver una pintura enérgica de las calamidades que engendra el despotismo, debe leerse el libro en que Ammiano habla del reinado de Constancio y el relato del pernicioso gobierno de este príncipe, que creía conmover el mundo con un movimiento de cejas y no era más que esclavo de sus aduladores, constante presa de sospechas ó temores, en una corte donde dominaban los eunucos.

Si por la energía de algunos rasgos y la verdad satírica de algunas reflexiones morales Ammiano es superior á la parte pagana de la sociedad de su tiempo, también es cierto que se rebaja hasta el nivel de los más ignorantes por su superstición, en lo que le daba ejemplo su héroe Juliano. Y, sin embargo, Ammiano se burla de este príncipe por su credulidad, cosa que no le impide llenar sus relatos de presagios y visiones de adivinadora. Este escritor, que á veces sabe descubrir en las pasiones de los hombres la causa de los acontecimientos, frecuentemente no ve en los hechos sino el cumplimiento de predicciones, y se esfuerza en demostrar, por medio de pueriles sutilezas, que el sabio puede llegar á vaticinar lo venidero.

El estilo de Ammiano Marcelino es el de su época, con algunas bellezas de tiempos mejores. Hacía ya dos siglos que la lengua latina había degenerado en una especie de jerga ampulosa, cargada de tropos, mezclando las pompas del estilo lírico con las trivialidades del

lenguaje más vulgar, sobrecargándose con palabras nuevas y obscureciéndose con sus esfuerzos para deslumbrar. La costumbre de las lecturas públicas, que subsistía aún en esta época, añadía corrupción especial á las causas generales de la corrupción del lenguaje. La historia de Ammiano Marcelino fué leída en público, mereciendo muchos aplausos. El célebre Libanio le felicita en una carta, diciéndole: «He sabido por personas llegadas de Roma que has leído en público trozos de tu libro y que te propones leer otros; creo que los aplausos tributados á lo conocido te alentarán para publicar el resto.» De aquí el lenguaje hinchado y sonoro, único que podía agradar á un auditorio más sensible á la armonía de las palabras que á la fuerza del raciocinio. Para causar efecto en la lectura, prodiga Ammiano las comparaciones entre su tiempo y los anteriores; apostrofa con tanta frecuencia á la fortuna, amontona metáforas y describe en estilo épico los asedios y combates. Para conseguir aplausos en los banquetes, afecta erudición y siembra en sus relatos citas de Cicerón y versos de Virgilio y de Terencio; se entretiene en vanas digresiones acerca de algunas divinidades paganas, de los obeliscos, geroglíficos, terremotos, eclipses de sol y de luna, origen de las perlas y de los fuegos que bajan del cielo; en fin, acerca de los jurisconsultos y de lo que graciosamente llama «diferentes especies de abogados», siendo más bien esta última digresión una sátira contra los curiales, cuyas maniobras le obligaron á abandonar á Antioquía.

Lo mucho que ha servido la obra de Ammiano Marcelino á los escritores modernos hace su mejor elogio.

AMMIANO MARCELINO

(FALTAN LOS TRECE LIBROS PRIMEROS)

LIBRO XIV

SUMARIO

Crueldad del césar Galo.—Irrupción de los isaurios.—Tentativa fracasada de los persas.—Incursiones de les sarracenos. Sus costumbres.—Suplicio de los partidarios de Magnencio.—Corrupción del Senado y del pueblo romano.—Barbarie y furores de Galo.—Descripción de las provincias de Oriente.—Nuevas crueldades del césar Galo.—Constancio concede la paz á los alemanes, que la imploran.—Llama el Emperador á Galo y le hace decapitar.

Habíanse corrido los azares de interminable lucha (1), y el cansancio se apoderaba de los dos bandos después de aquella terrible serie de esfuerzos y de peligros; pero apenas había cesado el clamor de las trompas

(1) Magnencio, soldado de fortuna y de origen bárbaro, llegó á ser jefe de los guardias del emperador Constante, y se abrió paso al trono por medio del asesinato de su señor. Este usurpador, cuyo talento no carecía de recursos, contrabalanceó durante algún tiempo la fortuna del emperador Constancio, llegando á proponerle la aprobación del asesinato y la deposición de su hermano, compartiendo con él sus despojos, oferta rechazada con indignación. Vencido en Mursa, en Iliria, pereció poco después. A esta guerra civil, incierta durante mucho tiempo y que terminó con sangrienta batalla, alude Ammiano al principio del libro XIV y en el capitulo V del XV.

y los soldados habían regresado á sus cuarteles de invierno, cuando, por adversa fortuna, los atentados del césar (1) Galo (2) daban origen á nueva serie de calamidades para el Estado. Por inesperado cambio de suerte, habiendo subido desde extraordinario abatimiento al rango más elevado después del supremo, este príncipe rebasó en seguida los límites del poder que se le había confiado, y manchó su administración con actos de salvaje crueldad. El brillo de su parentesco con la familia imperial, realzado con el nombre de Constancio, con que acababa de ser honrado, exaltó en modo extraordinario su arrogancia, siendo cosa clara para todos que solamente le faltaba la fuerza para llevar sus furores hasta en contra del mismo autor de su elevación. Los consejos de su esposa irritaban más y más sus feroces instintos. Hija de Constantino, que la casó pri-

(1) La hábil política de Octavio había sustituído al odiado título de rey el de emperador (*imperator*), que existía bajo la república y no evocaba otra idea que la de triunfador y jefe del ejército; pero que, unido al de *príncipe del Senado,* puso en sus manos todo el poder ejecutivo, al mismo tiempo que la unión de las facultades tribunicias le daban la iniciativa ó el veto en materia de leyes. Octavio debía á la adopción el nombre de César, y el de Augusto á la adulación del Senado, nombres que pasaron á ser títulos de dignidad en sus sucesores y que en los primeros tiempos casi se confundieron como designación del poder supremo. Pero desde el reinado de Adriano, el monarca se reservó el título de *Augusto,* y el de *César* significó el segundo puesto en el Estado.

(2) Galo era el hijo mayor de Julio Constancio, hermano de Constantino. Quedando su primo el emperador Constancio, único dueño del imperio, después de la muerte violenta de sus dos hermanos, comprendió la necesidad de aligerar la carga del gobierno y nombró un César. Para este honor eligió á Galo, á quien sacó, así como también á su hermano Juliano, que después fué Emperador, del duro cautiverio en que vivían ambos jóvenes desde el exterminio de su familia, y le entregó el gobierno de las quince provincias de Oriente.

meramente con su sobrino el rey Annibaliano (1), se enorgullecía sobremanera llamando hermano al Emperador reinante: y esta Megera mortal, tan sedienta de sangre humana como su esposo, le excitaba continuamente á derramarla. La edad aumentó en ellos la ciencia del mal; habían organizado tenebroso espionaje, compuesto de agentes pérfidamente hábiles para envenenarlo todo con lisonjeros relatos; debiéndose á sus ocultos manejos las acusaciones de entregarse á las artes nefandas ó de aspirar al trono, acusaciones que caían sobre los varones más inocentes. La repentina catástrofe de Clemacio, eminente personaje de Alejandría, señala especialmente el alcance de una tiranía que no se limita á los crímenes vulgares. Dícese que, sintiendo su suegra violenta pasión por él, y no habiendo podido conseguir que le correspondiese, había conseguido penetrar en palacio por una entrada secreta; y que allí, mostrando á la reina un collar riquísimo, consiguió se enviase una orden de ejecución á Honorato, conde (2) del

(1) Annibaliano era hijo de Dalmacio Annibaliano, hermano de Constantino el Grande. Al darle en matrimonio este Emperador á su hija Valeria Constantina, le hizo rey del Ponto, Capadocia y la Armenia. Esta disposición, como todas las que tomó Constantino en favor de sus hermanos y sobrinos, quedó anulada á su muerte por el exterminio de todos los príncipes, autorizado, si no excitado secretamente por sus tres hijos, que, al menos, se apresuraron á aprovecharlo para retirar las donaciones de su padre y realizar nuevo reparto del Imperio.

(2) El título de *conde* (*comes*), instituído por Constantino, aunque algunos pretenden que remonta al tiempo de Augusto, no fué al principio otra cosa que distinción honorífica, sin más obligación, á lo que parece, que la de acompañar á la corte. Más adelante recibieron los condes importantes cargos civiles y militares, gobierno de provincias, custodia del tesoro, vigilancia de las costas, etc. Había condes de tres clases: el de Oriente tenía autoridad sobre las quince provincias que formaban aquella parte del imperio. Este título fué al principio superior al de

meramente con su sobrino el rey Annibaliano (1), se enorgullecía sobremanera llamando hermano al Emperador reinante: y esta Megera mortal, tan sedienta de sangre humana como su esposo, le excitaba continuamente á derramarla. La edad aumentó en ellos la ciencia del mal; habían organizado tenebroso espionaje, compuesto de agentes pérfidamente hábiles para envenenarlo todo con lisonjeros relatos; debiéndose á sus ocultos manejos las acusaciones de entregarse á las artes nefandas ó de aspirar al trono, acusaciones que caían sobre los varones más inocentes. La repentina catástrofe de Clemacio, eminente personaje de Alejandría, señala especialmente el alcance de una tiranía que no se limita á los crímenes vulgares. Dícese que, sintiendo su suegra violenta pasión por él, y no habiendo podido conseguir que le correspondiese, había conseguido penetrar en palacio por una entrada secreta; y que allí, mostrando á la reina un collar riquísimo, consiguió se enviase una orden de ejecución á Honorato, conde (2) del

(1) Annibaliano era hijo de Dalmacio Annibaliano, hermano de Constantino el Grande. Al darle en matrimonio este Emperador á su hija Valeria Constantina, le hizo rey del Ponto, Capadocia y la Armenia. Esta disposición, como todas las que tomó Constantino en favor de sus hermanos y sobrinos, quedó anulada á su muerte por el exterminio de todos los príncipes, autorizado, si no excitado secretamente por sus tres hijos, que, al menos, se apresuraron á aprovecharlo para retirar las donaciones de su padre y realizar nuevo reparto del Imperio.

(2) El título de *conde* (*comes*), instituído por Constantino, aunque algunos pretenden que remonta al tiempo de Augusto, no fué al principio otra cosa que distinción honorífica, sin más obligación, á lo que parece, que la de acompañar á la corte. Más adelante recibieron los condes importantes cargos civiles y militares, gobierno de provincias, custodia del tesoro, vigilancia de las costas, etc. Había condes de tres clases: el de Oriente tenía autoridad sobre las quince provincias que formaban aquella parte del imperio. Este título fué al principio superior al de

Oriente. Recibida la orden, fué ejecutado Clemacio, sin darle tiempo para pronunciar una palabra.

Después de este acto inaudito, prueba de desenfrenada arbitrariedad, podía temerse por otras víctimas; y en efecto, por sombra de sospecha se multiplicaron las sentencias de muerte y de confiscación. Los desgraciados á quienes se arrancaba de sus lares sin dejarles otra cosa que los gemidos y las lágrimas, tenían que vivir de limosna; y hasta las sencillas prescripciones de orden público venían á ser auxiliares de una autoridad inhumana, cerrando á aquellos infelices las puertas de los ricos y de los grandes. Desdeñábanse las ordinarias precauciones de la tiranía; y ni un acusador, ni siquiera de oficio, dejó oir su voz comprada, aunque no fuese más que para tender un velo de formas jurídicas sobre aquel montón de crímenes. Lo que el implacable César había dictado era considerado como legal y justo, siguiendo inmediatamente la ejecución á la sentencia. Pensóse también en recoger hombres desconocidos, de condición bastante vil para que no llamasen la atención y enviarles á espiar en las calles de Antioquía (1). Aquellos malvados paseaban afectando indiferencia, se mezclaban especialmente en los grupos de las personas distinguidas y penetraban en las casas ricas so pretexto de pedir limosna. Terminado el paseo, cada uno de ellos entraba en palacio por una puerta excusada y daba cuenta de lo que había visto ú oído: existiendo previo concierto, primeramente para mentir ó amplificar los relatos, y además para suprimir toda pa-

duque (*dux*), palabra genérica que solamente significaba entonces mando militar.

(1) Antioquía, célebre capital durante la dinastía de los Seleucidas, llegó á ser después la tercera ciudad del imperio romano. Su nombre actual es *Antakia*, y forma parte del gobierno de Alepo.

labra laudatoria que el terror hubiese podido arrancar á algunas bocas. Ocurrió más de una vez que una frase dicha al oído, en el secreto de la intimidad, por un esposo á su esposa, hasta sin testigos domésticos, la conocía á la mañana siguiente el César, que parecía poseer las facultades adivinatorias que se refieren de Amphiarao y de Marcio (1); llegándose á temer que las paredes se enterasen de los secretos. La reina, que parecía empujar con impaciencia á su esposo al precipicio, estimulaba más y más este furor de averiguación; cuando, mejor inspirada, hubiese podido traerle á las vías de la clemencia y de la verdad por medio de la facultad de persuación que la Naturaleza ha dado á su sexo; pudiendo imitar el excelente modelo que le ofrecía la esposa del emperador Maximino (2), princesa á quien presenta la historia de los Gordianos (3) constantemente ocupada en el cuidado de dulcificar á su feroz marido.

Últimamente vióse que Galo no retrocedía ante un

(1) Amphiaraüs, adivino célebre de los tiempos heroicos de Grecia, y uno de los siete jefes que mandaron el asedio de Thebas, muriendo delante de esta ciudad por la traición de su esposa Cryphila. Tito Livio y otros escritores citan á Marcio diciendo que predijo el desastre de Cannas.

(2) Maximino (C. J. Vero), tracio de nacimiento y de ínfimo origen, sucedió, por asesinato, al emperador Alejandro Severo, que le había colmado de beneficios. Maximino debió sus primeros adelantos al emperador Septimio Severo, cuya atención llamó por su gigantesca estatura (siete pies) y prodigiosa fuerza. Era valiente soldado, pero brutal y feroz. Su crueldad, de la que abundan pruebas, acabó por provocar una sedición en la que pereció, después de reinado muy breve, á la edad de sesenta y cinco años.

(3) Del reinado de los dos Gordianos, si puede darse este nombre á una dominación de pocas semanas y que solamente se extendió á pequeñísima parte del imperio, hablaba uno de los trece libros de Ammiano que no han llegado hasta nosotros.

medio tan peligroso como infame, que, según dicen, usó ya Galieno en otro tiempo en Roma para deshonra de su gobierno, el de recorrer de noche las encrucijadas y las tabernas con corto número de acompañantes, que ocultaban espadas entre las ropas, preguntando á cada cual en griego, lengua que le era familiar, qué pensaba del César. Esto osó hacer en una ciudad cuya iluminación nocturna rivalizaba con la claridad del día (1). A la larga se descubrió el incógnito, y viendo entonces Galo que no podía salir del palacio sin que le conociesen, no realizó ya excursiones sino en pleno día y solamente cuando se creía llamado por grave interés: pero fué necesario el transcurso de mucho tiempo para que se olvidasen aquellos horribles excesos.

Thelassio, que era entonces prefecto presente del pretorio (2), de tan rudo caracter como el príncipe, estu-

(1) San Jerónimo y Libanio hablan del efecto de la iluminación nocturna de las calles de Antioquía. La ciudad presentaba igual aspecto que de día, permaneciendo abiertas todas las tiendas, hasta las de los carniceros. Pero, según se cree, esta magnificencia estaba á cargo de los artesanos.

(2) Bajo los primeros emperadores, el cargo de prefecto del pretorio llegó á abarcar la administración civil y militar. El que lo desempeñaba ocupaba de hecho el segundo puesto del imperio. Diocleciano creó cuatro prefectos para corresponder á su división del Gobierno en cuatro personas, y Constantino les quitó la autoridad militar. En la época á que se refiere este relato había, pues, un prefecto que solamente era magistrado civil, para el Oriente; otro para la Iliria; otro para Italia, y otro para las Galias; esta última parte comprendía la Gran Bretaña y España. Pero la jurisdicción de un prefecto podía abarcar dos de estas secciones del imperio; y, hasta después de la reducción de su autoridad, el ejercicio de esta magistratura, que procedía directamente del jefe del Estado y llevaba anejo el privilegio de correspondencia directa con él, podía llegar hasta contrabalancear la autoridad de los Césares, ó al menos ser ocasión de frecuentes colisiones. La calificación de *præsens,* indica la presencia de estos altos funciona-

diaba la manera de irritar aquel ánimo cruel y de impulsarlo á mayores excesos. En vez de procurar atraer á su señor á la benevolencia y á la razón, como á veces han intentado con éxito los que se encuentran cerca de los poderosos, adoptaba, al menor disentimiento, actitud de oposición, que provocaba infaliblemente accesos de ira. Thelassio escribía con frecuencia al Emperador (1), exagerando el mal y procurando, ignórase con qué objeto, que supiese Galo que así lo hacía. Esto aumentaba la exasperación de Galo, que se precipitaba ciegamente entonces contra el obstáculo, sin detenerse más que un torrente en el camino de crueldad á que se había lanzado.

Otras muchas calamidades azotaban al Oriente en esta época. Conocido es el carácter inquieto de los isaurios (2): en tanto tranquilos, en tanto llevando á

rios en la corte; sucediendo así cuando los príncipes, cuyos viajes eran frecuentes, habitaban su capital.

(1) El emperador Constancio (Flavio Julio), hijo y sucesor de Constantino, era primo de Galo.

(2) Los isaurios habitaban una región montañosa de la antigua Cilicia, debiendo figurar sus agrestes habitantes entre los piratas que infestaban el Mediterráneo en épocas del mayor poderío de Roma, y que por algún tiempo mantuvieron en respeto las triunfantes armas de la república. Créese que aquel país no quedó completamente pacificado ni aun después de haber destruído Pompeyo sus fuerzas marítimas, continuando igual espíritu de revuelta y bandolerismo. Cicerón, durante su proconsulado en Cilicia, tuvo que imponer á aquellos montañeses severa corrección. Bajo los desgraciados reinados de Valeriano y Galieno, la insurrección devolvió á la Isauria sus costumbres de independencia y rapiña y la degenerada energía de Roma, impotente entonces para sojuzgar la población de unas montañas situadas en el corazón del imperio, se limitó á rodearlas con un cinturón de fortalezas, insuficientes muchas veces para contener sus incursiones. Sin embargo, vióse más adelante suministrar soldados á los ejércitos imperiales aquella raza proscrita y despreciada, y á dos hijos suyos sentarse en el trono de Constantino.

todas partes la desolación con repentinas correrías, por haberles dado buenos resultados algunos actos de depredación realizados de tarde en tarde, se enardecieron con la impunidad hasta el punto de lanzarse á grave agresión. Su turbulencia había sido hasta entonces la causa de las hostilidades; pero ahora apelaban con cierta jactancia al sentimiento nacional, sublevado por un ultraje extraordinario. En contra de la costumbre, algunos prisioneros isaurios habían sido arrojados á las fieras en el anfiteatro de Iconio, en Pisidia. Cicerón dijo: «El hambre atrae á las fieras al punto donde una vez encontraron pasto.» Multitud de aquellos bárbaros abandonaron sus inaccesibles montañas y cayeron sobre las costas. Ocultos en el fondo de barrancos ó en profundos valles, acechaban la llegada de las naves de comercio, esperando, para atacarlas, á que cerrase la noche. La luna, en creciente, les daba bastante luz para observar sin descubrirles. En cuanto suponían dormidos los marineros, trepaban con pies y manos por los cables de las anclas, asaltaban en silencio las naves, sorprendiendo de esta manera á la tripulación; y, excitados por la avidez, su ferocidad no perdonaba á nadie, hasta que, exterminados todos, se apoderaban del botín sin distinguir lo bueno de lo malo.

Pero no prolongaron mucho estas depredaciones. Descubriéronse al fin cadáveres de los que habían asesinado y robado, y desde entonces nadie quiso recalar en aquellos parajes, huyendo las naves de las costas de Isauria, como en otro tiempo de las siniestras rocas de Sciron (1), pasando al litoral opuesto de la isla de Chipre. Continuando la desconfianza, los isaurios abando-

(1) Rocas situadas entre Megara y Corinto, llamadas así del nombre del famoso bandido Sciron, muerto por Teseo. Sciron acostumbraba á despeñar á los que robaba.

naron la playa, que ya no les brindada ocasiones de pillaje, para lanzarse sobre el territorio de sus vecinos de Lycaona. Interceptando allí los caminos con fuertes parapetos, ponían á rescate con pena de la vida á cuantos pasaban, habitantes ó viajeros. Estos desmanes indignaron á las tropas romanas acantonadas en los numerosos municipios del país ó en las fortificaciones de las fronteras. Mas no por ello dejó de extenderse la invasión; porque en los primeros combates librados con el grueso de los bárbaros ó bandas diseminadas, los romanos, inferiores siempre en número, pelearon desventajosamente con enemigos nacidos y criados en medio de las montañas, por cuyas asperezas trepaban con tanta facilidad como caminamos nosotros por la llanura, y que en tanto agobiaban desde lejos con una nube de dardos, en tanto difundían espanto con horribles, alaridos. Obligados algunas veces nuestros soldados, para seguirles, á escalar abruptas pendientes, cogiéndose á las raíces y malezas de las rocas, veían de pronto, después de haber escalado algún elevado pico, que les faltaba terreno para desenvolverse y maniobrar á pie firme. Necesario era entonces descender, con peligro de que les alcanzasen los peñascos, que el enemigo, coronando todas las cumbres, hacía rodar sobre ellos; y si era necesario pararse y combatir, resignarse á perecer sobre el terreno, aplastados por la caída de aquellas enormes peñas. Al fin recurrieron á táctica más prudente, que consistía en evitar el combate cuando el enemigo lo presentaba en las alturas, y en caer sobre él, cual si fuera rebaño vil, en cuanto aparecía en campo raso. Frecuentemente se presentaban grupos de isaurios en la llanura y siempre quedaron destrozados, antes que pudiera moverse ni uno de ellos ó lanzar alguno de los dos ó tres venablos con que ordinariamente iban armados.

Aquellos bandidos comenzaron entonces á considerar peligrosa la ocupación de la Licaonia, porque el país es llano generalmente, y más de una vez habían experimentado que no podían resistir en batalla campal. Tomando, pues, caminos extraviados, penetraron en la Pamfilia, comarca inmune desde mucho tiempo, pero que el temor de la invasión y sus desastres había hecho llenar de puestos militares, muy cercanos entre sí, y de fuertes guarniciones. Confiando en el vigor de sus cuerpos y agilidad de sus miembros, se habían lisonjeado de adelantarse, por medio de marchas forzadas, á la noticia de la invasión; pero emplearon más tiempo del que pensaron en pasar por las sinuosidades del camino emprendido y por los elevados picos que tenían que franquear; y cuando, dominados los primeros obstáculos, llegaron á las escarpadas orillas del río Melano, cuyo profundo lecho forma como foso alrededor de la comarca, les dominó el temor, tanto más cuanto que era noche cerrada y tenían que detenerse hasta el amanecer. Habían confiado en cruzar el río sin pelear, y en seguida por sorpresa devastarlo todo en la otra orilla; pero les esperaban grandes trabajos y ningún provecho. Al amanecer vieron delante escarpadas riberas y un canal estrecho y profundo que tuvieron que reconocer y cruzar á nado. Mientras procuraban encontrar barcas de pescadores, ó construían apresuradamente almadías, reuniendo troncos, las legiones que invernaban en las cercanías de Sida pasaron rápidamente á la orilla opuesta, clavaron fuertemente las águilas, y formando parapeto con los escudos, hábilmente entrelazados, destrozaron á cuantos se aventuraron en las almadías ó intentaron pasar con el auxilio de troncos huecos. Después de inútiles esfuerzos, los isaurios cedieron tanto al miedo como á la fuerza, y caminando á la aventura, llegaron á Laranda, donde pasaron algún tiempo

rehaciéndose y acopiando provisiones. Dominando al fin el miedo, iban á lanzarse sobre los ricos pueblos de las inmediaciones, cuando la casual llegada de una cohorte de caballería, á la que no se atrevieron á resistir en la llanura, les obligó á emprender la fuga; pero al retirarse, convocaron á toda la juventud en estado de empuñar las armas.

El hambre. cuyos rigores experimentaron de nuevo, les llevó ante una ciudad llamada Palea, cercana al mar y rodeada con fuertes murallás, ciudad que es todavía hoy el depósito central de provisiones del cuerpo de ocupación de la Isauria. Tres días y tres noches estuvieron detenidos delante de aquella fortaleza; pero como la plaza está situada sobre una altura que no puede ecalarse sino al descubierto, y ellos no podían practicar trabajos de mina ni otro medio alguno de guerra, con pesar profundo levantaron el sitio, impulsándoles la necesidad á intentar en otra parte un golpe rudo.

El fracaso los había irritado más, encontrándose aguijoneados por la desesperación y el hambre; y toda aquella masa, aumentada con los nuevos refuerzos, se lanzó con irresistible impetuosidad para saquear la capital de Seleucia. El conde Castricio ocupaba á la sazón la plaza con tres cohortes de soldados aguerridos; y á la señal de sus jefes, advertidos oportunamente de la llegada de los isaurios, las tropas, preparadas en seguida, avanzan rápidamente, y pasando á la carrera el puente del río Calicadno, cuyas profundas aguas bañan el pie de las torres que defienden la ciudad, se forman en batalla en la otra orilla. Prohibióse salir de las filas y trabar escaramuzas, porque todo podía temerse del ciego furor de aquellas bandas, superiores en número y dispuestas siempre á lanzarse con desprecio de la vida, hasta sobre la punta de nuestras armas. Sin

embargo, el lejano sonido de las bocinas y la presencia de las tropas, resfriaron algo el ardor de los bárbaros. Detuviéronse, y en seguida se pusieron otra vez en marcha; pero con mesurado paso y blandiendo desde muy lejos sus espadas con amenazadores ademanes. Dominados los nuestros por el ardimiento, querían marchar contra el enemigo con las enseñas altas y golpeando las lanzas contra los escudos; medio de excitación muy eficaz entre los soldados y que causa terror al adversario. Pero los jefes refrenan la impaciencia, comprendiendo lo innecesario de pelear al descubierto, cuando tenían á la espalda el amparo de fuertes murallas. Mandaron, pues, que entrasen las tropas en la ciudad, distribuyéndolas en las terrazas, parapetándolas en las murallas, provistas de toda clase de armas arrojadizas, con objeto de exterminar bajo lluvia de piedras y dardos á cuantos se acercasen. Los sitiados, sin embargo, tenían grave motivo de preocupación. Entre lo isaurios reinaba la abundancia, porque habían logrado apoderarse de las naves y provisión de granos; mientras que dentro de las murallas, agotándose los recursos ordinarios por el consumo diario, veíanse amenazados para corto plazo de los horrores del hambre.

Propagóse el rumor de estos acontecimientos, enviando mensajero tras mensajero para enterar á Galo, quien, por encontrarse ocupado lejos de allí el jefe de la caballería, mandó á Nebridio, conde de Oriente, que reuniese fuerzas por todas partes para libertar á toda costa una posesión tan importante por la grandeza de la ciudad y su ventajoso emplazamiento. Al enterarse de estas cosas, decamparon los isaurios; y después, sin intentar nada nuevo digno de mención, se dispersaron, según su costumbre, volviendo á sus inaccesibles montañas.

En esta situación se encontraban las cosas relativa-

mente á Isauria. A la sazón hallábase comprometido el rey de los persas (1) en una guerra de fronteras con pueblos belicosos que, sucesivamente, según el capricho de los tiempos, son para él vecinos hostiles ó auxiliares contra nosotros. Pero uno de sus cortesanos más eminentes, llamado Nohodares, tenía encargo de invadir la Mesopotamia, y vigilaba atentamente nuestros movimientos, espiando la oportunidad de realizar su empresa. Sabiendo Nohodares que aquella comarca, constantemente expuesta á vejámenes, estaba guardada en todas direcciones por puestos militares y obras de defensa, creyó conveniente hacer un rodeo por la izquierda y marchó á emboscarse en los linderos del Osdroeno; maniobra de la que hay pocos ejemplos, y que, de tener éxito, lo hubiese devastado todo con la rapidez del rayo.

Cerca del Eufrates, en Mesopotamia, se encuentra Batna, fundada en otro tiempo por los macedonios y hoy ciudad municipal. En esta población residen muchos negociantes ricos, y es centro de activo comercio, tanto de productos de la India y de la Serica, como en géneros de toda procedencia, que llegan á este mercado por mar y tierra en los prineros días de Septiembre, atrayendo multitud de traficantes. Precisamente estos días de tumulto y confusión había elegido Nohodares para una sorpresa, y esperaba el momento ocultándose en las altas hierbas de las solitarias orillas del Aboras;

(1) Sapor, segundo de este nombre y cuarto de la dinastía sasanida; era hijo de Hormidas, y según otros, hermano. Recibió la corona antes de nacer, porque los grandes del reino, habiéndole reconocido por legítimo soberano, la colocaron sobre el vientre de su madre en cinta. Su largo reinado de setenta y dos años, fué constantemente hostil y algunas veces desastroso para los romanos, á quienes derrotó en Singara, antes de la época en que comienza lo que nos que nos queda de Ammiano.

pero delataron su presencia algunos de los suyos que desertaron por temor de castigos; y desde aquel momento abandonó la emboscada, sin atreverse á intentar golpe alguno, quedando en completa inacción.

Por otra parte, los sarracenos (1), á quienes no queremos por amigos ni por enemigos, aparecían repentinamente en tanto en un punto en tanto en otro, robando con rapidez cuanto encontraban al paso, á la manera del milano que cae sobre la presa desde la altura á que la descubre y que con igual velocidad desaparece, ora la coja, ora yerre el golpe. Al escribir la historia del emperador Marco Aurelio (2) y de algunos reinados sucesivos, me he ocupado de las costumbres de este pueblo, del que diré muy poco ahora. Desparramado en una región que se extiende desde la Asiria hasta las cataratas del Nilo y los confines del país de los blemyos (3), esta raza tiene igual carácter en todas partes. Todos son naturalmente guerreros, van casi desnudos, sin otra prenda que un saco corto de colores, y lo mis-

(1) En libro XXII se designa á esta nación con el nombre de árabes scenitas El nombre genérico de árabes es mucho más antiguo. Cicerón, en la parte de su correspondencia que habla de su proconsulado en Cilicia, menciona á los árabes como pueblo cuya manera de pelear podía hacerle confundir con los parthos. Créese que Plinio es el escritor más antiguo que consigna el nombre de sarracenos.

(2) Marco Aurelio, uno de los príncipes más grandes de la antigüedad pagana, nació en Roma el 26 de Abril del año 121, y murió en Sirmio el 17 de Marzo del 180. Su reinado, de diez y nueve años, último de la serie que comenzó en Nerva, y que no dió más que príncipes modelos, realizó la frase de Platón, que repetía con frecuencia: «Los pueblos no son felices sino cuando los filósofos son reyes, ó los reyes filósofos.» Cítase este período, en el que la historia muestra sobre el trono del mundo una serie de cinco nombres benignos y exclarecidos, como aquél en que el género humano ha sido más dichoso.

(3) Pueblo de Abisinia, vecino de las cataratas del Nilo, subyugado en 450 por las fuerzas del emperador Marciano.

mo en paz que en guerra cambian continuamente de lugar con el auxilio de sus rápidos caballos y de sus flacos camellos. Ni uno de ellos pone mano al arado, ni cultiva una planta, ni pide á la tierra la subsistencia del hombre. Todo este pueblo vaga indefinidamente por inmensas soledades, sin hogar, sin asiento fijo y sin ley. Ningún cielo, ningún suelo puede detenerles mucho tiempo, siendo su vida la emigración: entre ellos, la unión del hombre y la mujer es un contrato de arrendamiento: la esposa, contratada por precio y tiempo determinados, lleva á su marido, á manera de dote, por toda fortuna matrimonial, una lanza y una tienda, quedando dispuesta á separarse de él en cuanto expira el plazo y el marido lo indique. Imposible decir con cuánto furor se abandonan al amor los dos sexos en este pueblo, cuya existencia es tan móvil, que una mujer se casa en un lugar, da á luz en otro y cria á sus hijos lejos de allí, sin haber constituído domicilio ni por un momento. Generalmente se alimentan de caza, de leche que les suministran con abundancia sus rebaños, y de muchas clases de hierbas, que produce su suelo con mucha variedad, y cuando les es posible, de aves cogidas con lazos. Casi todos los que hemos visto ignoraban el uso del pan y del vino (1). Pero basta de esta perniciosa nación, y volvamos á nuestro relato.

Durante estas agitaciones de Oriente, Constancio, que pasaba el invierno en Arelate (Arlés), celebraba fastuosamente, con la pompa de los juegos del circo y representaciones teatrales, el trigésimo año de su reinado,

(1) Puede citarse, á propósito de esto, la frase del emperador Pescenio Níger á sus soldados, que, cuando acababan de ser derrotados por los sarracenos, pedían á gritos una distribución de vino: «Los que acaban de venceros no beben más que agua.»

cumplido el 6 de los idus de Octubre (1). Su inclinación á la tiranía, cada vez más pronunciada, le hacía aceptar fácilmente toda acusación, por quimérica ó dudosa que fuese, como verdadera y demostrada. Entregó primeramente á la tortura y desterró en seguida al conde Geroncio, que había pertenecido al bando de Magnencio. Y así como el contacto más ligero despierta la sensibilidad en una parte enferma, así también, para aquel carácter pusilánime y obtuso, el ruido más leve se convertía en atentado, en conspiración fraguada contra su vida. Las víctimas que hizo por miedo bastan para convertir su victoria en calamidad pública. Por elevado que estuviese cualquiera como militar ú *honoratus* (2) ó por la consideración adquirida entre los suyos, por una palabra, por una sospecha, podía verse cargado de cadenas y tratado como bestia feroz; y hasta sin que interviniese acusador, bastaba haber sido nombrado, interrogado, citado, para que se dictase sentencia de muerte, de proscripción ó destierro.

Sanguinaria adulación estimulaba más y más estos furores crueles, esta inquietud iracunda que se apoderaba del príncipe ante la sola idea de un atentado á su poder ó á su persona. Rodeábale un como concierto de pérfidas exageraciones, simuladas quejas y declamaciones hipócritas acerca de los peligros de aquella preciosa vida, de la que pendían como de un hilo los desti-

(1) 10 de Octubre.

(2) En la antigua Roma no se conocía la distinción de *militar* y *civil*, porque todos los ciudadanos de la república eran soldados. Con el régimen imperial comenzó á establecerse una separación favorable á sus propósitos de dominación y estabilidad. Después, la nueva clasificación de dignidades y cargos que introdujo Constantino acabó la separación de los dos órdenes, y la designación de *honoratus* fué el título distintivo de una clase de magistrados y de ciudadanos.

nos del universo. Por esta razón nunca se dió ejemplo de que al presentarle, según costumbre, la lista de las sentencias dictadas, revocase alguna de esta clase; clemencia muy común, sin embargo, hasta entre los soberanos más implacables. Y la edad, que ordinariamente calma los instintos feroces, no hizo otra cosa que desarrollarlos más en él, estando excitado por la turba de aduladores que nunca le abandonaba.

Sobresalía entre éstos el notario Paulo (1), oriundo de España, que ocultaba profunda astucia bajo imberbe rostro, siendo maravillosamente diestro para penetrar los secretos de cada uno y encontrar el medio de perderle. Había sido enviado á Bretaña para apoderarse de algunos militares señalados como favorecedores del partido de Magnencio, pero en el que habían entrado por necesidad. Excediéndose en su riguroso encargo fué como inundación que poco á poco se extiende, encontrándose muy pronto amenazadas multitud de vidas. Sus pasos señalaban ruina y desolación: llenáronse las prisiones de hombres que habían nacido libres, cuyos miembros se rompían á veces bajo el peso de las cadenas, y esto por delitos inventados caprichosamente y destituídos de toda verosimilitud; llegando estos exce-

(1) En el bajo imperio este título no tenía nada común con la profesión que designa hoy. Los notarios eran un orden especial de funcionarios públicos, dividido en tres clases; y su misión, á la que debían su nombre, consistía en recoger y formular el resultado de las deliberaciones en los consejos del príncipe. Pero además de esta ocupación sedentaria, frecuentemente tenían que marchar muy lejos con misiones importantísimas y diferentes. En el relato de Anmmiano se les ve desempeñando sucesivamente cargos militares ó civiles, administrativos ó judiciales, figurando en los ejércitos y hasta en los campos de batalla, y dirigiendo como jefes procedimientos jurídicos. Esta institución proporcionaba hombres hasta para los cargos más elevados del Estado.

sos á una escena cruel que imprime indeleble mancha en el reinado de Constancio. Deploraba con amargura estos actos tan odiosamente arbitrarios, Martino, que administraba aquellas provincias como lugarteniente de los prefectos. Muchas veces había intercedido en favor de las víctimas pidiendo gracia para los inocentes, y, no pudiendo conseguir nada, manifestó por último que iba á renunciar el cargo, creyendo intimidar con esta amenaza al cruel informador é impedirle arrebatar á los hombres su tranquilidad para presentarles como culpados. Temiendo Paulo, en efecto, que se quebrantase su influencia, con nuevo rasgo de la fatal habilidad que le valió el dictado de *Catena* (cadena), cuando el vicario del prefecto (1) defendía calurosamente los intereses de sus administrados, consiguió comprometerle en el peligro común; y ya apresuraba la prisión del nuevo sospechoso, con el propósito de llevarle encadenado con los demás á la corte del Emperador, cuando viendo Martino lo amenazador del peligro, lanzóse sobre Paulo espada en mano, pero no acertando al herirle, frustrado el golpe, volvió el arma contra sí mismo y se la clavó en el costado. Así pereció miserablemente un hombre honrado, al esforzarse por salvar á millares de desgraciados. Después de tantas atrocidades, regresó Paulo, cubierto de sangre, al campamento donde se encontraba el Emperador, llevando en pos multitud de prisioneros, doblegados bajo el peso de las cadenas, y en el estado más abrumador de miseria y abatimiento. A su llegada encontraron preparados los

(1) La extensa administración de los prefectos del pretorio exigía que se delegase en parte la autoridad á substitutos oficiales ó elegidos por el titular. El vicario de los prefectos ejercía el cargo por mandato expreso del príncipe, diferenciándose en esto del vicario del prefecto, que solamente era delegado del titular.

caballetes y dispuesto el verdugo entre sus instrumentos de tortura. De aquellos prisioneros, unos fueron proscriptos (1), otros desterrados, y los demás cayeron bajo la espada: porque en todo el reinado de Constancio, en el que bastaba una sospecha para que funcionasen los instrumentos de suplicio, difícilmente se encontraría un solo ejemplo de perdón.

En esta época, Orfito gobernaba con título de prefecto la Ciudad Eterna, y en el ejercicio de este cargo traspasaba audazmente los límites de autoridad delegada, su talento era despejado y muy notable su práctica de los negocios; pero su falta de instrucción llegaba á un grado casi vergonzoso en hombre de exclarecido nacimiento. Bajo su administración estallaron graves sediciones, ocasionadas por la escasez de vino (2), bebida cuyo inmoderado uso es con tanta frecuencia causa inmediata de conmociones populares.

Pero comprendo la admiración del extranjero que lea este libro, y no encuentre más que sublevaciones, escenas de embriaguez y otras abominaciones en el relato de lo que aconteció en Roma en aquella época. Indispensable es, pues, una explicación, y la daré breve y sincera en cuanto dependa de mí, sin faltar voluntariamente á la verdad.

En el momento en que Roma, cuya duración igualará á la de los hombres, apareció en el mundo, ajustóse un

(1) La palabra *proscriptus* implica la idea de deportación con pérdida de bienes. El simple destierro no entrañaba el derecho de confiscación.

(2) Bajo el reinado de Augusto comenzó la distribución regular de pan y harina al pueblo bajo de Roma. Constantino añadió raciones de aceite, vino y carne de cerdo. Las distribuciones se hacían en las gradas del anfiteatro, bajo la inspección de los ediles á quienes correspondía todo el régimen de las subsistencias.

pacto entre la Fortuna y la Virtud, tan separadas hasta entonces, para favorecer de común acuerdo el maravilloso desarrollo de la naciente ciudad. Si una ú otra hubiesen faltado, Roma no hubiera podido llegar al pináculo de grandeza que ha alcanzado. El pueblo romano desde la cuna hasta el tiempo en que terminó su infancia, período de cerca de tres siglos, combate alrededor de sus murallas. Guerras muy rudas ocupan también su adolescencia, y entonces cruza los Alpes y el mar. Para él, la edad viril es una serie de triunfos; recorre el mundo, y cada país que visitan sus armas le proporciona cosecha de laureles. Al fin llega la vejez, y á pesar de que su nombre solo consigue todavía victorias, aspira al descanso. Entonces, la venerable ciudad, satisfecha de haber domeñado las naciones más altivas y fundado una Constitución salvaguardia eterna de la libertad de sus hijos, eligió entre ellos los Césares para encargarles, como á prudentes padres de familia, la tutela del patrimonio común. No más inquietas tribus, no más centurias turbulentas, no más agitaciones electorales; por todas partes la tranquilidad de los tiempos de Numa. Y, sin embargo, no hay punto en el mundo donde no se salude á Roma como reina y señora, donde no se inclinen ante la antigua majestad del Senado y donde no sea temido y respetado el nombre romano.

Pero este noble Senado vió empañado su lustre por la disoluta ligereza de algunos miembros suyos, que no se contenían en el vicio, entregándose á desórdenes de toda clase, sin querer recordar en qué suelo nacieron; porque, como dice el poeta Simónides, no hay felicidad completa si la patria no es gloriosa. Hubo entre aquellos hombres quienes creyeron eternizar sus nombres haciéndose elevar estatuas, cual si les recompensase mejor inertes imágenes de bronce que el testimonio de su conciencia. Hasta hacen dorar para ellos el metal,

siendo Acilio Glabrión (1) el primero que obtuvo este homenaje, cuando por su conducta, tanto como por sus armas, puso término á la guerra de Antíoco. ¡Cuánto mejor es hacerse superiores á honores tan pueriles, no aspirar más que á la verdadera gloria y no caminar sino por el largo y penoso sendero que describe el poeta de Ascra (2). Catón el Censor lo demostró cuando interrogado por qué no se encontraba su estatua entre las de tantos varones ilustres, respondió: «Prefiero que pregunten los buenos por qué no está, á que pregunten por qué está».

Algunos hacen consistir la gloria suprema en la singular altura de un carro ó en el fastuoso rebuscamiento del traje. Su molicie sucumbe bajo esos mantos de tejido tan diáfano que se sujetan al cuello con ligera hebilla y que se les hace ondear con un soplo; veisles ajitar sus pliegues en cada movimiento, sobre todo en el lado izquierdo, y lo hacen así para que se vean las franjas bordadas y el curioso trabajo de una túnica sembrada de figuras de animales que forman cuerpo con el tejido. Otros se os acercan con cara rígida y aspecto importante para ostentar su inmensa riqueza, y estáis un día entero oyendo la enumeración de sus bienes y el detalle de sus rentas, que van multiplicándose cada año. Por lo visto ignoran que sus antepasados, que tan lejos extendieron el nombre romano, no brillaban ciertamen-

(1) La estatua erigida al cónsul Acilio Glabrión fué colocada en el templo de la Piedad, construído por iniciativa de este cónsul: y este honor, desconocido hasta entonces, se lo otorgó su hijo, encargado, como decenviro, de la consagración del templo construído por su padre.

(2) El pasaje de Hesiodo á que alude, es el siguiente:

«Los dioses han querido que la virtud costase trabajos. El camino que lleva á ella es largo, penoso y escarpado en sus comienzos. Pero cuando se llega á la cumbre se hace llano por agrio que pareciese al principio.»

te por su opulencia. Aquellos varones, cuya energía en todos los males de la guerra triunfó de tantos obstáculos, no estaban mejor provistos, mejor alimentados ni mejor vestidos que el último soldado. Necesaria fué una cuestación para sepultar á Valerio Publícola: los amigos de Régulo se pusieron de acuerdo para mantener á su viuda y á sus hijos, y la hija de Scipión no tuvo dote sino á expensas de la República (1), porque los padres conscriptos se avergonzaron al ver que aquella virgen perdía sus mejores años en el celibato, á causa de ser su padre pobre y estar ausente en servicio de la patria.

Ve, honrado extranjero, á presentarte en casa de uno de nuestros ricos, tan hinchados con su opulencia. En el primer momento te recibirá con los brazos abiertos; te hará pregunta sobre pregunta, hasta que te obligue á mentir, por no guardar silencio. Maravillado, tú que eres humilde, de verte tan agasajado en la primera visita por un personaje de tanta importancia, casi deploras no haber venido á Roma diez años antes. Halagado por tanta afabilidad, vuelves al día siguiente; pero ya no eres más que un intruso, un importuno, y te hacen esperar. El que tan bien te recibió la víspera tiene otras ocupaciones, está contando su dinero. Necesita una hora para recordar quién eres y de dónde vienes: al fin se acuerda de tu semblante, y ya eres de los suyos. Después de tres años de asidua asistencia, que se te ocurra au-

(1) Cneo Cornelio Scipión, general de un ejército victorioso hasta entonces, había escrito al Senado pidiéndole sucesor, alegando la necesidad que tenía de trasladarse de España á Roma para atender al establecimiento de su hija. El Senado, para conservarle en su puesto, se apresuró á buscarle un yerno, y tomó del Tesoro once mil ases (unas 550 pesetas), que sirvieron de dote á la hija de Scipión. Séneca dice, hablando de esto, que en su tiempo tal cantidad no hubiese bastado á la hija de un liberto para comprar un espejo.

sentarte; al regreso tienes que comenzar de nuevo: y en cuanto á enterarse qué ha sido de ti, tanto piensa en ello como si no pertenecieses á este mundo. Pasarías la vida en su portal sin dar un paso más. Pero se prepara uno de esos festines con intervalos, festines interminables y nocivos, ó bien se trata de una distribución de *sportulas* (1), según es costumbre. Este es asunto de graves deliberaciones. ¿Se concederá preferencia á un extranjero sobre otra persona á cuyas atenciones se debe correspondencia? El escrutinio responde afirmativamente. ¿A quién se invitará al fin? Al que haya pasado la noche delante de la puerta de un auriga del circo (2), ó á algún maestro en el arte de jugar los dados, ó al primer charlatán que pretenda poseer un gran secreto. La puerta está cerrada á los hombres eruditos y sobrios: estos hombres no sirven para nada, y su presencia atrae la desgracia. Añadid á esto los interesados fraudes de los nomencládores (3), gentes que obtienen dinero de

(1) Las personas distinguidas de Roma acostumbraban hacer participar á sus amigos y clientes de las delicadezas de su mesa, enviando los regalos en cestillas (*sportulo*). Estas muestras de distinción pasaron á ser más adelante gratificaciones pecuniarias, tomando el contenido el nombre del continente.

(2) Los concurrentes en las carreras de carros dividíanse en cuatro cuadrillas, que se distinguían por los colores *verde, rojo, blanco* y *azul*. De aquí la división del pueblo que tomaba parte por éste ó el otro color, con tanto ardimiento como mostraba en otro tiempo en los comicios. Las funciones del circo concluyeron por sobreponerse á la política, y por gobernar ó, al menos, perturbar al Estado. Gentes había que, por entusiasmo por un color ó para lisonjear á determinado personaje, pasaba la noche delante de la puerta de los aurigas. Suetonio asegura que Calígula cenaba y dormía en la caballeriza de los verdes. El mismo historiador dice que Domiciano elevó las cuadrillas á seis, añadiendo á los colores conocidos el oro y el púrpura.

(3) Los nomenclátores eran libertos y también ingenuos al servicio de personajes eminentes, y cuyo oficio consistía en

todo y no vacilan en introducir un nombre subrepticio, ni en imponer á la hospitalidad y munificencia de los grandes un desconocido y hasta un indigno.

No describiré esos abismos que se llaman banquetes, ni los mil refinamientos que despliega en ellos la sensualidad. ¿Pero qué diré de esas extravagantes carreras por la ciudad, de esos caballos lanzados á toda brida, despreciando los peligros por el pedregoso pavimento de las calles, como si se corriese oficialmente en posta con los relevos del Estado? (1). ¿Qué de esa multitud de criados, verdadera partida de bandidos, que llevan detrás sin dejar siquiera, como en la comedia, á Sannión para guardar la casa? El ejemplo ha producido frutos, y se ve á las señoras romanas cubiertas con el velo correr en litera de uno á otro barrio. El hábil general procura en la guerra cubrir todo su frente con soldados pesadamente armados; pone en segunda línea las tropas ligeras, en la tercera los sagitarios, y últimamente el cuerpo de reserva, que no pelea sino como último recurso. Este ejército de criados tiene también sus directores de maniobras, que llevan una varilla por insignia, y ordenan sus gentes en conformidad con la orden del día. En primer lugar, á la altura de la carroza marchan los esclavos de oficios; después vienen los ahumados habitantes de las cocinas; después los lacayos propiamente dichos, que no tienen empleo especial, acompañados por todos los holgazanes del barrio; cerrando la

designar nominalmente las personas á quienes el señor quería saludar en las calles. También designaba en las comidas el puesto á cada convidado.

(1) Hacía mucho tiempo que existía en el Imperio el establecimiento de relevos de posta; pero solamente como medio de administıación y de gobierno. El Estado, que ensayó este servicio, se reservó el uso exclusivo. Los particulares no podían usar los relevos sino mediante permiso sellado, que solamente se concedía en el caso de servicio oficial.

marcha los eunucos de todas edades, empezando por los más viejos, todos igualmente descoloridos y deformes. Al contemplar aquel repugnante grupo, que no tienen de hombres más que el nombre, no puede menos de maldecirse la memoria de Semíramis, que fué la primera en someter á la infancia á tan cruel mutilación, con la que se ultraja á la Naturaleza y se contrarían violentamente sus designios, porque desde el primer momento del ser ha designado esos órganos como fuentes de vida, como principio de generación.

Siendo éste el estado de las cosas, las pocas mansiones donde se honraba todavía el culto de la inteligencia se encuentran invadidas por la afición á los placeres hijos de la pereza. Solamente se oyen voces que modulan, instrumentos que resuenan. Los cantores han expulsado á los filósofos, y los profesores de elocuencia han cedido el puesto á los maestros en achaque de voluptuosidades. Ciérranse las bibliotecas como los sepulcros: el arte solamente se ejercita en construir órganos hidráulicos (1), liras colosales, flautas y otros instrumentos de música gigantescos para acompañar en el escenario la pantomima de los bufones. Un hecho reciente demuestra hasta qué punto están pervertidas las ideas. Habiendo llevado el temor de la escasez á que se expulsara precipitadamente de Roma á todos los extranjeros, la medida se extendió brutalmente hasta al corto número que ejercía profesiones científicas y liberales, sin dejarles tiempo para prepararse; mientras tanto se exceptuaba expresamente á los que formaban parte de las compañías de los histriones ó supieron con destreza fingir que lo eran, y así se toleraba sin

(1) La invención de los órganos hidráulicos se atribuye á Ctesibio de Alejandría. Nerón fué el primero que los introdujo en Roma.

dirigirles ni una pregunta, la presencia de tres mil bailarinas y de otros tantos coristas, figurantes ó directores.

Por esta razón no se dirigen los ojos á un punto sin ver mujeres de esas con largos cabellos ensortijados, que, siendo casadas, hubiesen podido dar cada una tres hijos al Estado, y cuya existencia entera consiste en barrer con los pies la escena, saltar sin descanso; en una palabra, en describir rápidos giros y tomar todas las actitudes que prescriben las fábulas teatrales.

Hubo un tiempo en que Roma era el asilo de todas las virtudes. Entonces, para retener á los extranjeros, la ingeniosa hospitalidad de los magnates sabía ejercer bajo mil formas ese poder que Homero atribuye á los frutos del país de los Lotofagos (1). Ahora, para que se burlen de cualquiera, basta que haya nacido más allá del Pomerium, á no ser que tenga la buena cualidad de ser viudo ó célibe; porque no es posible suponer de cuántas atenciones son objeto en Roma los hombres sin hijos. Esta ciudad es la cabeza del mundo; natural es que las enfermedades hagan más daño y que con harta frecuencia, todos los recursos del arte de la medicina sean impotentes hasta para paliarlo; por tal razón se ha imaginado este preservativo: cuando se tiene un amigo gravemente enfermo, se evita el espectáculo de sus padecimientos. También hay otra precaución que no carece de eficacia: si se envía un criado á preguntar por el estado del paciente, á su regreso se le cierra la puerta de la casa, hasta que se ha limpiado bien en los baños. Témese la vista de un enfermo hasta por interme-

(1) «En el momento en que mis guerreros han llevado á sus labios este fruto tan dulce como la miel, lejos de pansar en mis órdenes y en la marcha, solamente aspiran á terminar sus días entre este pueblo. Su único encanto es saborear el loto y han olvidado hasta el nombre de la patria.»—(*Odisea*, lib. IX.)

diario; pero que llegue una invitación para una boda en la que se derrama dinero á manos llenas; de todos aquellos, tan tímidos acerca de su salud, no hay uno solo, aunque estuviese atacado de gota, que no tenga piernas para correr si fuese preciso hasta Spoleto. Esta es la vida de los magnates.

En cuánto al populacho sin casa ni hogar, unas veces pasa la noche en las tabernas, otras duerme al abrigo de los toldos con que Catulo, siendo edil, imitando los refinamientos de la Campania, fué el primero en cubrir nuestros anfiteatros; ó bien se entrega furiosamente al juego de los dados, reteniendo el aliento, que en seguida expele con extraño ruido; ó también, siguiendo el gusto dominante, se le ve entregado de la mañana á la noche, arrostrando el sol y la lluvia, á interminables discusiones acerca de las menores circunstancias del mérito ó inferioridad relativa de tal caballo ó de tal auriga. Cosa extraña por cierto ver á todo un pueblo que apenas respira esperando el resultado de una carrera de carros. Estos son los cuidados que preocupan á Roma, no dejando espacio para nada grave. Pero volvamos á nuestro relato.

La tiranía del César, demasiado gravosa ya para los hombres honrados, traspasó todos los límites, y la opresión, pesando indistintamente sobre los altos funcionarios públicos, los magistrados de las ciudades y hasta del pueblo bajo, se extendió á todo el Oriente. En un vértigo furioso llegó á incluir en una lista para ejecutarlos en masa á los ciudadanos más notables de Antioquía; y esto porque había exigido la publicación de una rebaja arbitraria de precios cuando precisamente amenazaba una escasez, y aquéllos respondieron al agente del fisco con cierta energía. Sin la valerosa resistencia de Honorato, que entonces era conde de Oriente, ni uno solo habría escapado. De las crueles inclinacio-

nes del príncipe podía juzgarse por su afición á los espectáculos en que corre sangre. La prohibida representación de un combate de gladiadores (1), en el que cinco ó seis parejas de desgraciados se maltrataban y ensangrentaban á porfía ante su vista, en el circo, le producían el regocijo de una victoria. Su predisposición sanguinaria se irritó más y más á causa de la noticia de una conspiración que urdieron contra él obscuros soldados (2). La revelación la hizo una mujer de baja estofa, que había solicitado y obtenido que la dejasen penetrar en palacio para que la escuchasen. Entusiasmada Constantina por aquel descubrimiento, como si la vida de su esposo estuviese asegurada ya para lo sucesivo, hizo muchos regalos á la denunciadora, y mandó sacarla en su propia carroza por la puerta de honor, creyendo que estos favores servirían de cebo para otras denuncias más importantes.

Iba Galo á marchar á Hierápolis para asistir, al menos por fórmula, á la expedición, cuando el pueblo de Antioquía le suplicó con instancias, para que le preservase del peligro de un hambre que deplorable concurso de circunstancias hacía muy de temer. Este es el caso en que una autoridad potente debe emplear sus recursos para el alivio de sufrimientos locales. Galo no

(1) Constantino prohibió los combates de gladiadores y otros juegos del circo incompatibles con el espíritu del cristianismo. Pero el considerable número de edictos promulgados por los sucesores de este príncipe hasta el reinado de Honorio, que vió en Polencia el último de estos juegos sangrientos, demuestra que el gusto popular luchó por mucho tiempo contra la autoridad y las leyes.

(2) Según Zonarc, que refiere axtensamente el hecho en sus *Anales*, solamente se trataba de un atentado aislado, dispuesto por Magnencio antes de su derrota, proponiéndose, al herir á Galo, llamar la atención da las fuerzas de Constancio hacia el Oriente.

dió orden alguna ni tomó disposiciones para que afluyesen provisiones de las provincias inmediatas. Pero en aquel momento tenía consigo á Teófilo, consular de Siria, y fué verdadera víctima que entregó en sacrificio á los terrores de aquella muchedumbre, repitiendo con énfasis que no podían faltar víveres sino cuando quería el gobernador. El populacho tomó estas palabras como excitación á los excesos, y en cuanto hizo sentir sus rigores la calamidad, acudió tumultuosamente, aguijoneado por la ira y el hambre, á la hermosa casa de Eubulo, varón muy distinguido entre los suyos, y la redujo á cenizas. El gobernador le estaba ya como entregado por sentencia del príncipe: abrumado de golpes, pisoteado, le hicieron al fin pedazos, siendo este lamentable fin ocasión para que muchos reflexionasen y viesen en perspectiva la suerte que les esperaba. En el momento en que se consumaba el asesinato, aquel Sereniano cuya cobardía, como dijimos, fué causa del saqueo de la ciudad de Celsa, en Fenicia, pasando de general á acusado, y acusado justamente del crimen de lesa majestad, conseguía, ignorándose cómo, su absolución ante los jueces; estando demostrado hasta la evidencia que un agente suyo, cubierto con su propio gorro, sometido previamente á una operación mágica, se había presentado por orden suya en un templo donde se predecía lo venidero, y había preguntado á la suerte, en términos claros, si su amo conseguiría el objeto de sus deseos, el imperio absoluto. Por deplorable coincidencia, Teófilo pereció víctima inocente del furor popular, cuando Sereniano, digno de universal execración, era absuelto sin que reclamase la vindicta pública.

Enterado Constancio de estas cosas, y prevenido por las comunicaciones de Thelassio, que había obedecido ya á la ley común, no dejó de mantener amistosa correspondencia con Galo. Pero comenzó por retirarle

poco á poco las fuerzas de que disponía, so pretexto de benévola solicitud, «porque el turbulento espíritu de los soldados, que fermenta siempre en la inacción, le hacía temer por el César alguna conspiración militar. Además, para su seguridad bastaba la presencia de las escuelas palatinas y de los protectores, reforzados por los escutarios y los gentiles» (1). Al mismo tiempo ordenaba al prefecto Domiciano, que antes había sido tesorero, marchase á Siria con misión de recordar respetuosamente y con mesura á Galo las reiteradas invitaciones que había recibido del Emperador para que le visitase, exhortándole á que las atendiese. Domiciano, que llegó apresuradamente á Antioquía, pasó por delante del palacio sin presentarse al César, como ordenaba la etiqueta, y, rodeado de gran pompa, marchó directamente al pretorio, donde, pretextando indisposición, permaneció encerrado muchos días sin acudir á la corte ni mostrarse en público. En este tiempo no hizo más que trabajar para perder al César, sobrecargando con detalles hasta insignificantes sus informes á Constancio. Citado al fin por el príncipe para que se le presentase, entró en el Consistorio (2), y allí, sin preparación alguna y con el tono más inconsiderado,

(1) Llamábase *escuelas (scolæ)* á unos edificios inmediatos al palacio, que servían de cuarteles á los diferentes cuerpos de tropas que formaban la guardia especial ó casa militar del Emperador. Los nombres palatinos, domésticos y protectores indican claramente la naturaleza del servicio. Los escutarios y gentiles eran milicias que tomaban sin duda el nombre, los primeros de una particularidad de su armadura, los segundos de la composición misma del cuerpo, que se reclutaba entre extranjeros.

(2) Sala en que celebraba Consejo el príncipe. Esta palabra, que no se encuentra en ningún historiador anterior al imperio, no podía pertenecer á la lengua romana de la República, puesto que implica la exclusión del Senado del conocimiento de los negocios públicos.

dijo: «César, necesario es partir. Obedece la orden que has recibido, y ten presente que, á la menor vacilación por tu parte, suprimo lo que tienes asignado para tu alimentación y la de tu palacio.» Dicho esto, salió con aspecto de superior disgustado, y rehusó obstinadamente volver à la corte á pesar de las órdenes recibidas. Irritado Galo por lo que calificaba de ofensa á su persona y dignidad, se aseguró en seguida del prefecto, colocando en derredor suyo una guardia de protectores elegidos entre sus adeptos. Ante este golpe de autoridad, Moncio, que entonces era cuestor, varón de ánimo irascible, pero enemigo de violencias, creyó, por interés común, que debía intervenir como mediador. Reunió á los jefes de las escuelas palatinas, y comenzó á indicar delante de ellos, sin acritud alguna, que lo hecho no era conveniente ni útil. Enardeciéndose poco á poco, levantó la voz y dijo con amargura que después de aquel procedimiento no podía hacerse otra cosa que derribar las estatuas del Emperador y condenar á muerte al prefecto. Galo se levantó como serpiente herida cuando le repitieron estas palabras. Preocupado ya por grandes ambiciones, y, por otra parte, incapaz de vacilar acerca de los medios cuando se trataba de su propia seguridad, hizo armar todas sus fuerzas, y, rechinando los dientes, dirigió estas palabras á los atónitos soldados: «Ayudadme, buenos amigos; nuestro peligro es igual. Por caso nuevo é inusitado, Moncio declama contra nosotros y enfáticamente nos señala como refractarios, como rebeldes á la majestad imperial ¿Y por qué? Porque un prefecto insolente ha faltado á sus deberes y le he puesto bajo guardia para darle una lección.» No necesitó más aquella soldadesca, ávida de turbulencias. Moncio se encontraba cerca, y se lanzaron sobre aquel anciano débil y enfermo, atándole fuertes cuerdas á las piernas y arrastrándole casi descuar-

tizado, casi sin aliento de vida hasta el pretorio del prefecto. También cayeron sobre Domiciano, precipitáronle por las escaleras, le agarrotaron con las mismas cuerdas, y juntos fueron arrastrados de aquí para allá por toda la ciudad á la carrera de sus verdugos. Pronto quedaron despedazados sus cadáveres, y todavía continuaron pisoteando los troncos, haciendo desaparecer en ellos toda forma humana, hasta que, satisfecha la ira de los soldados, los abandonaron á la corriente del río. Una circunstancia había impulsado á aquellos frenéticos á tales excesos de ira: la repentina presencia entre ellos de un tal Lusco, que desempeñaba cargo público en la ciudad, y que, como entonador, animando con la voz y el gesto, no había cesado de excitarles para que no se detuviesen en tan buen camino: á este malvado le quemaron vivo poco después.

Al ser despedazado Moncio había pronunciado muchas veces los nombres de Epigonio y Eusebio, pero sin añadir profesión ni cualidad. Mucho se trabajó para descubrir á quiénes pertenecían aquellos nombres; y con objeto de aprovechar la agitación de los ánimos, se trajo de Licia al filósofo Epigonio, y de Emesa al elocuente orador Eusebio, denominado Pittaco. Pero no eran éstos los designados por Moncio, sino los tribunos de las manufacturas de armas, que habían prometido el socorro de sus depósitos en el caso de que estallase alguna perturbación del orden.

Apolinar, yerno de Domiciano, y antes intendente del palacio del César, recorría entonces, por orden de su suegro, los cantones de la Mesopotamia, llevando el encargo, que desempeñaba con poca discreción, de enterarse cautelosamente si Galo, en alguna correspondencia íntima, había indicado pensamientos de alta ambición. Al tener noticia de los acontecimientos de Antioquía, huyó Apolinar por la Armenia inferior, procurando lle-

gar á Constantinopla. Pero alcanzado en la fuga por una partida de protectores, le llevaron á Antioquía, reduciéndole á estrecha prisión. Súpose entretanto que se había fabricado clandestinamente en Tiro un manto real, sin que se pudiese averiguar quién lo encargó, ni á quién estaba destinado; pero esto fué bastante para que prendiesen al gobernador de la provincia, padre de Apolinar, y que tenía el mismo nombre. También fueron encarceladas multitud de personas de diferentes ciudades, acusándolas de gravísimos crímenes.

Estas desgracias públicas se realizaban sin misterio: el carácter cruel del príncipe no ocultaba ya sus furores; la verdad ofendía su vista. Nada de informaciones jurídicas acerca del valor de los cargos; nada de diferencia entre inocentes y culpables. La justicia estaba desterrada de los tribunales; en una palabra, había enmudecido la defensa, el despojo estaba organizado con la intervención del verdugo; multiplicábanse las ejecuciones y la confiscación fué general; tal era entonces la situación del Oriente. Creo que este es el momento oportuno para dirigir una ojeada á estas provincias, prescindiendo de la Mesopotamia, de la que he dado completa idea en el relato de la campaña contra los parthos, así como del Egipto, del que hablaremos más adelante.

Cuando se han superado las altas cumbres del Tauro, desde la vertiente occidental de la montaña vénse extenderse por la derecha las vastas llanuras de la Cilicia, y por la izquierda la verde Isauria, tan fértil en viñas como en cereales. El Calicadno, río navegable, divide en dos partes esta provincia, cuyo mayor ornamento son dos ciudades entre otras ciento: Seleucia, fundada por el rey Seleuco, y Claudiópolis, colonia del emperador Claudio. Isaura, poderosa en otro tiempo, destruída por sangrientas revueltas, apenas presenta hoy algunos vestigios de su antigua grandeza. Orgullo-

sa ya la Cilicia porque la riega el Cidno, cuenta además entre sus gloriosos timbres á Tarso, tan digna de atraerse las miradas; ciudad que ignora si debe su existencia á Perseo, hijo de Júpiter y de Danae, ó á Sandan, varón noble y rico que vino de Etiopía; Anazarba, cuyo nombre recuerda el de su fundador, y Mopsuestia (1), sede de Mopso, compañero de los argonautas, quien, separado casualmente de la expedición, cuando regresaba trayendo el dorado vellón, encontró en la costa del Africa prematuro fin. Desde aquel día, los manes del héroe, bajo la arena púnica que los cubre, muestran virtud curativa que rara vez se invoca inútilmente. Estas dos provincias durante la guerra de los piratas se aliaron con los bandidos, siendo vencidas por el procónsul Cervilio y sujetas á tributo. Separadas del mundo oriental por el monte Amano, sus territorios reunidos ocupan una larga banda que sobresale en el litoral del Continente. El Oriente se encuentra limitado en otro sentido por larga zona que se prolonga en línea directa del curso del Eufrates al valle del Nilo, estrechada á la izquierda por las regiones que recorren las hordas sarracenas y combatida á la derecha por el mar. Seleuco Nicator, á quien tocó el dominio propio de los reyes de Persia en la repartición de la herencia de Alejandro, conquistó y extendió considerablemente esta comarca. Carácter tan activo como afortunado, según indica su nombre, este príncipe supo aprovechar los períodos de tranquilidad de su largo reinado, y emplear los miles de brazos que dejaban disponibles en transformar las miserables moradas de una población rústica en ciudades fuertes y opulentas. Con los nombres griegos que les impuso el fundador, estas ciudades de nueva crea-

(1) En esta ciudad, llamada también Mopsucrena, murió el emperador Constancio.

ción conservaron las denominaciones asirias que perpetúan la tradición de su origen.

Después de Osdrena, de la que, como dijimos, hemos prescindido en esta descripción, viene la Comagena, llamada hoy Eufratensis. El suelo de esta provincia forma una meseta poco elevada, en el que existen dos ciudades famosas é importantes: Hierápolis, antigua Nino, y Samosata.

Desde aquí se extienden las magníficas llanuras de la Siria, célebre por su metrópoli, Antioquía, que no tiene rival por la riqueza del suelo ni por las que hace afluir el comercio; célebre también por las ciudades de Laodicea, Apenuca y Seleucia, florecientes las tres desde su origen y que no han degenerado.

En seguida viene la Fenicia, que se apoya en el monte Líbano, hermoso país de bellísimo aspecto, decorado más y más con las poderosas y espléndidas ciudades. Tiro, Sidón y Berito descuellan entre ellas por las delicias de su hospedaje y el brillo de sus recuerdos, pero sin hacer sombra á Emissa ni á Damasco, fundadas en los primeros siglos. Riega todas estas provincias el Oronto, de sinuoso curso, que costea el monte Casio y penetra en el mar Parthenio. En otro tiempo dependían de la corona de Armenia; pero César Pompeyo, después de derrotar á Tigrano, las reunió al imperio.

El último distrito de la Siria es la Palestina, que presenta por intervalos espaciosos valles, hermosa y ricamente cultivados. También tiene sobresalientes ciudades, pudiendo cada cual de ellas disputar con buen derecho la preeminencia, ó pareciendo, mejor dicho, que todas han pasado bajo el mismo nivel. Tales son Cesárea, contruída por Herodes en honor del emperador Augusto; Eleuterópolis y Neápolis, no omitiendo Ascalón y Gaza, construídas en los pasados siglos. No exis-

te en este país ningún río navegable; pero abunda en aguas termales, consideradas como medicina para toda clase de males. También es conquista de Pompeyo, que, después de domeñar á los judíos, redujo el país á provincia romana, bajo la autoridad de un gobernador.

La Arabia linda por un lado con la Palestina y por otro con el país de los nabatheos; es rica en artículos de exportación, y para protegerla de las incursiones de las hordas vecinas, la vigilante política de sus antiguos posedores construyó considerable número de castillos y fortalezas, eligiendo atinadamente los mejores puntos de defensa. También tiene ciudades importantes rodeadas de fuertes murallas, como Bostra, Gerasa y Filadelfia. El emperador Trajano, durante su gloriosa y brillante expedición contra los parthos, dió más de una severa lección al orgullo de los árabes, y al fin sometió el país á nuestras leyes, después de constituirlo en provincia romana y darle un gobernador.

La isla de Chipre se encuentra muy separada del continente; tiene excelentes puertos y cuenta, entre sus muchas ciudades municipales, las de Salamina y Pafos, célebre una por el culto de Júpiter y la otra por su templo consagrado á Venus. En esta isla abundan todas las cosas, de manera que con sus recursos propios y locales, y sin importar nada del suelo ni de la industria de otras localidades, puede construir naves de transporte, desde la quilla al extremo de los palos y echarlas al mar provistas de todas su jarcias. No puedo ocultar que al apoderarse Roma de este país, mostró más avidez que amor á la justicia. Ptolomeo, que reinaba en él, tenía en favor suyo nuestra alianza y la fe en los tratados. Proscripto sin tener nada que censurarle, y únicamente porque nuestro tesoro estaba exhausto, aquel príncipe se dió la muerte con veneno; de esta manera vino la isla á ser tributaria, como se hace con el ene-

migo vencido, y sus despojos trasladados á Roma en las naves de Catón. Pero volvamos al orden de los acontecimientos.

En medio de la serie de catástrofes que hemos mencionado, fué repentinamente llamado á Antioquía Ursicino, que mandaba en Nisiba, á cuyas órdenes estaba yo colocado por mandato expreso del Emperador, debiendo encargarse de la dirección del sangriento proceso que iba á abrirse. Obedeció aunque á disgusto, y tuvo que hacer frente á la turba aduladora que le rodeaba por doquier. Ursicino era excelente soldado y hombre de talento, pero el menos á propósito para los procedimientos forenses. Alarmado por sus propios peligros, al ver qué personas le estaban asociadas en aquella misión, acusadores ó jueces, salidos todos del mismo antro, decidió dar su informe secreto á Constancio acerca de todo lo que ocurría pública ú ocultamente, suplicándole le concediese medios para contener los furores de Galo, cuyos arrebatos conocía demasiado. Pero como veremos más adelante, esta precaución hizo chocar á Ursicino con escollo más peligroso, porque tenía enemigos que urdían trama sobre trama para comprometerle ante Constancio, cuyo carácter era moderado por punto general, pero demasiado inclinado á prestar oídos á las confidencias del primero que llegaba, haciéndose entonces cruel, implacable y completamente distinto de lo que antes era.

El día designado para los siniestros interrogatorios, el jefe de la caballería (1), verdadero simulacro de juez,

(1) Cuando quiso Constantino separar por completo los dos órdenes, creó un jefe de la infantería por analogía al título de jefe de la caballería, que existía ya en la República, reuniendo en las manos de estos dos funcionarios la dirección y mando de la fuerza armada, invistiéndoles de toda la autoridad militar que antes ejerció el prefecto del pretorio. Durante la paz cada

ocupó un puesto entre los asesores, que llevaban aprendida de antemano la lección. Asistían muchos notarios, cómodamente colocados para escuchar las preguntas y las respuestas, corriendo en seguida á comunicarlas al César. Oculta detrás de un tapiz, la reina prestaba oídos ávidos á los debates: y los feroces apóstrofes de unos, las incesantes provocaciones de otros, causaron la pérdida de más de un acusado, á quienes no se permitió ni siquiera discutir los cargos, ni defenderse. Hízose comparecer en primer lugar á Epigonio y á Eusebio, víctimas ambos de identidad de nombres: recordaráse que Moncio, al morir, pronunció estos dos nombres, queriendo denunciar á los tribunos de la manufactura, que le habían prometido armas en caso de sublevación. Epigonio, como demostró, no tenía de filósofo más que el manto; así es que desde el primer momento descendió á las súplicas más inútiles; y en seguida, cuando tuvo los costados surcados por el hierro y la muerte ante los ojos, confesó cobardemente pretendida participación en imaginarias conspiraciones, cuando colocado completamente fuera del movimiento de los negocios públicos, no había tenido entrevistas con nadie, ni recibido la más pequeña comunicación. Eusebio, por el contrario, lo negó todo con energía, sin flaquear ni por un momento en las torturas, no cesando de decir á gritos que aquello era asesinar y no juzgar. Como perito en las leyes, insistió obstinadamente Eusebio en que se le carease con su acusador, y que se cumpliesen las formalidades. El César calificó de insurrección y soberbia aquella reclamación de derecho, y mandó que se arrancase la carne de los miembros á aquel insolente. La

jefe solamente tenía relaciones con el arma que le correspondía; pero en tiempo de guerra podía cada uno mandar en jefe el ejército y tener á sus órdenes tanto las fuerzas de á pie como las de á caballo.

ejecución fué bastante terrible para no dejar al instrumento de la tortura nada que arrancar de los pelados huesos; pero el paciente la soportó inmóvil con increíble energía, sonriendo amargamente á sus verdugos y apelando á la justicia divina. No se le arrancó ninguna confesión, ni una declaración cualquiera, ni siquiera una señal de asentimiento ó sumisión; y para terminar una sentencia dada por cansancio, le envió á la muerte con su abyecto compañero de infortunio. Su intrépida energía al marchar al suplicio parecía acusar á la iniquidad de su tiempo, pudiéndose comparar á Zenón, aquel antiguo estoico que, estrechado hasta el extremo por las torturas del rey de Chipre, se partió con los dientes la lengua, de la que exigían una mentira y la escupió ensangrentada al rostro del tirano.

En seguida se procedió á la investigación acerca del manto real (1); sometióse á la tortura á los obreros empleados en teñir de púrpura y declararon haber teñido un cuerpo de túnica sin mangas. Por estos indicios se prendió á un tal Maras, calificado de diácono entre los cristianos, de quien se presentó una carta escrita en griego al jefe de la manufactura de Tiro excitándole á apresurar un trabajo que no se designaba. Maras, sujeto también á la tortura y martirizado hasta la muerte, no reveló nada más. También se cumplió el tormento en otros muchos casos, pero con diferentes resultados; dejando unas veces subsistir la duda, y no probando en otras más que la ligereza de las acusaciones. En

(1) Las leyes prohibían severamente á los particulares usar la púrpura, reservada exclusivamente á los emperadores; pero había una excepción por tolerancia para las ceremonias del culto cristiano. La dalmática de púrpura que revestía el sacerdote para oficiar; se parecía por la forma y el corte al traje imperial. Indica Ammiano que el suplicio del diácono Maras se debió á una equivocación á que dió lugar esta semejanza.

cuanto á los dos Apolinares, padre é hijo, los últimos de larga serie de víctimas, fueron desterrados. Pero á su llegada á Crateras, casa de campo que poseían á veinticuatro millas de Antioquía, les rompieron las piernas, siendo muertos en seguida por orden expresa de Galo.

No se contuvo en esto la ferocidad del príncipe, sino que, como león irritado por la sangre, se mostró más ávido de investigaciones de este género; pero no referiré todos los detalles para no ser más extenso de lo que me he propuesto.

(AÑO 354 DESPUÉS DE J. C.)

Prolongábanse para el Oriente estos sufrimientos, cuando Constancio, cónsul por séptima vez con Galo, que lo era por la tercera, partió de Arles al comenzar la primavera para hacer guerra á los alemanes (1), cuyas frecuentes incursiones, bajo el mando de sus reyes Gudomando y Vadomario, hermano suyo, sembraban extragos entre los habitantes de la Galia. El príncipe se detuvo largo tiempo esperando víveres de Aquitania,

(1) En la enumeración que dejó Tácito de las diferentes naciones de la Germanía, ni siquiera se menciona al pueblo alemán. Por primera vez aparece su nombre en la historia del reinado de Constantino, pero sin indicación de origen. Algunos autores identifican este pueblo con la raza franca, que debió habitar primitivamente las orillas del Saal, en una parte del territorio que todavía lleva el nombre de Franconia. Pero la opinión más verosímil, porque se apoya en la significación misma de la palabra alemán, en lengua germánica, es que esta palabra no designa raza, sino confederación de diferentes pueblos, y tal vez aglomeración de los restos de aquellas tribus germánicas derrotadas por los romanos, y que, rechazadas á lo más espeso de sus bosques, se reunirían contra sus opresores.

porque, hinchados los torrentes por la extraordinaria frecuencia de la lluvia, impedían el envío de los convoyes. Durante esta forzada detención llegó Herculano, que servía en los protectores, y que era hijo de Hermógenes, jefe de la caballería, asesinado en Constantinopla en una revuelta popular, como antes dijimos. El Emperador, ante el fiel relato que le hizo Herculano de la conducta de Galo, no pudo menos de deplorar amargamente el pasado y experimentar vivas inquietudes por lo venidero, aunque procurando, sin embargo, ocultar la turbación de su ánimo. Entretanto los soldados, reconcentrados en Cabillona (Chalons), se irritaban por aquellos retrasos; tanto más cuanto que, no llegando los convoyes, faltaron las distribuciones. En estas circunstancias Rufino, prefecto del pretorio, tuvo que cumplir la misión más peligrosa: la de traer los soldados á la razón, demostrándoles que la escasez que experimentaban era involuntaria. Mandósele terminantemente que entrase en negociaciones con aquellas rudas gentes, exasperadas por el hambre y dispuestas siempre á mirar de mala manera á la autoridad civil. En realidad aquello no era más que un medio calculado para perderle, porque querían deshacerse de aquel tío de Galo, cuya influencia política podía servir de apoyo á las perniciosas miras de su sobrino; pero salió del paso con destreza, y el proyecto quedó aplazado. Eusebio, prefecto del palacio, llegó en seguida á Callibona, trayendo considerable cantidad de dineros, cuya distribución, hecha bajo mano entre los agitadores, calmó la alteración y aseguró la vida del prefecto del pretorio. A poco, por efecto de la llegada de numerosos convoyes, volvió la abundancia al ejército y pudo designarse día para levantar el campamento.

Después de muchas y penosas marchas por desfiladeros, en los que hay que abrirse paso entre la nieve,

llegaron al fin al Rhin, cerca de Rauraca. En el acto apareció en la otra orilla muchedumbre de alemanes, y con multitud de dardos impidieron á los romanos construir un puente de barcas. Parecía insuperable el obstáculo, y el Emperador, entregado á profundas reflexiones, no sabía qué partido tomar, cuando, en el momento que menos se pensaba, se presentó un guía muy enterado de los pasos, quien, mediante salario, mostró un vado que aprovecharon á la noche siguiente. Una vez cruzado el río por un punto lejano, toda aquella comarca iba á ser sorprendida y devastada repentinamente; pero el enemigo, al que era necesario ocultar este movimiento, lo supo por alemanes de nación que ocupaban eminentes puestos en nuestro ejército: al menos así se sospechó de tres jefes: el conde Latino, de los protectores; Agilón, tribuno de caballerizas, y Scudilón, jefe de los escutarios; considerados los tres hasta entonces como las columnas más firmes del imperio. En presencia de tan grave peligro, celebraron apresuradamente Consejo acerca de los que les convenía hacer, y bien porque los auspicios fuesen contrarios, ó que leyesen en sus sacrificios la prohibición de combatir, la energía que mostraron al principio decayó repentinamente, y enviaron á los principales de los suyos para implorar la clemencia del Emperador y pedir la paz. Recibióse á los enviados de los dos reyes, y, después de maduro examen de sus proposiciones, el Consejo opinó unánimente por la paz, cuyas condiciones parecían aceptables. Entonces convocó Constancio al ejército, y desde su tribunal, rodeado de los grandes dignatarios, le dirigió esta alocución:

«Os ruego que ninguno extrañe si al llegar al término de tan penosas marchas, disponiendo de tan inmensas provisiones, pudiendo confiar, como confío, en mi ejército, en el momento de hollar el suelo de los bárba-

ros, cambio de propósito y paso de repente á ideas de paz. Pero todos comprenderán, si quieren reflexionar, que el soldado, cualquiera que sea su valor individual, no tiene que considerar y defender más que á sí mismo, mientras que el Emperador, que vela por los intereses de todos, porque los tiene depositados en sus manos, es el único que conoce el lado fuerte y el lado débil de la cosa pública, y es el único también que, con el auxilio divino, puede aplicar el remedio al daño. Escuchadme, pues, favorablemente, queridos compañeros. Quiero deciros por qué os he convocado, y os lo diré en pocas palabras, porque la verdad es sobria de éstas y va derecha á su objeto. La fama ha hecho resonar vuestra gloria hasta en las comarcas que tocan á los fines del mundo. La nación de los alemanes y sus reyes se alarman y ante los ojos tenéis á sus legados, que vienen, en nombre de sus compatriotas, á suplicaros humildemente que olvidemos el pasado y pongamos fin á la guerra. Siendo yo partidario de la moderación y de los consejos prudentes y útiles, creo conveniente acceder á sus ruegos, porque encuentro en ello muchas ventajas. Por este medio evitamos las peripecias, siempre peligrosas, de los combates; de adversarios nuestros que eran, los tendremos ahora, según su promesa, por auxiliares, y sin que nos cueste sangre amansaremos su ferocidad tan temible para nuestras provincias. Pensad que puede vencerse fuera del campo de batalla, sin ruido de trompas, sin hollar al enemigo; y esta dominación es la más segura que se acepta, por experiencia de su energía cuando se la resiste y de su mansedumbre cuando se someten á ella. En fin, espero vuestra decisión como árbitros; la espero como príncipe amigo de la paz y que más desea mostrar moderación que aprovechar sus ventajas. Este es también el partido que nos aconseja la razón, y, creedme, nadie os tachará de haber carecido

de valor por haber ostentado modestia y humanidad.»

En cuanto terminó el Emperador, deseosa de complacerle la multitud, mostró unánime aprobación al discurso y se declaró por la paz, contribuyendo mucho á este resultado la circunstancia de que, en los frecuentes hechos de armas de su reinado, Constancio, favorecido siempre por la fortuna contra sus enemigos interiores, no había experimentado más que reveses contra los del exterior. Ajustóse, pues, el tratado según los ritos nacionales de los dos pueblos (1), y, terminadas las solemnidades, el Emperador marchó á pasar el invierno en Milán.

Exento allí de cuidados, reconcentró todos sus pensamientos en lo que era el asunto difícil para él, su nudo gordiano. Más de una vez trató de noche esta cuestión con sus íntimos en sus conversaciones secretas. ¿Emplearían la fuerza ó la astucia para apoderarse de aquel audaz en sus proyectos de trastornos? Adoptándose este procedimiento, escribióse á Galo una carta muy afectuosa, llamándole al lado del Emperador, so pretexto de negocios sumamente importantes. Una vez aislado por este medio, nada tan fácil como descargarle el último golpe.

Sin embargo, esta opinión tuvo muchos contrarios en aquella multitud de intereses versátiles, oponiéndose, entre otros, Arbeción, ardiente y astuto promovedor de intrigas, y Eusebio, prepósito del palacio,

(1) Los bárbaros rodeaban sus tratados de formas simbólicas más ó menos extrañas ó significativas. Tácito refiere de esta manera las que acompañaron al tratado que celebró Rhadamistho con su tío Mitridates: «Cuando estos reyes ajustan un tratado acostumbran entrelazar las manos, haciéndose atar juntos los pulgares por medio de un nudo muy apretado. Cuando acude la sangre al extremo, ligera picadura la hace brotar y mutuamente chupan algunas gotas.»

que le superaba en maldad. Los dos alegaban el peligro de la presencia de Ursicino en Oriente, donde iba á encontrarse solo después de la marcha de Galo y sin freno para su ambición. En esto les secundaba vigorosamente la intriga de los eunucos del palacio (1), dominados por indecible furor de enriquecerse, y que sabían aprovecharse perfectamente de las facilidades que les ofrecía su servicio íntimo para sembrar contra aquel honrado varón pérfidas insinuaciones. Preparados estaban todos los recursos de su malignidad para perderle, hablando en voz baja de sus dos hijos, crecidos ya, y cuyas ambiciones podían elevarse hasta el imperio, siendo los dos interesantes por su belleza, juventud y singular destreza en ejecutar los múltiples pasos de la armadura (2), habilidad que mostraban gustosos ante el ejército en los diarios ejercicios militares. Se había explotado hábilmente el carácter feroz de Galo para impulsarle á excesos que habían de sublevar á todos los órdenes del Estado, con el único objeto de llegar á que pasasen las insignias del poder á los hijos del jefe de la caballería.

(1) El servicio de los eunucos del palacio, importación de la molicie oriental, no aparece en la historia hasta el reinado de Heliogábalo. Alejandro Severo lo reducía al cuidado de los baños de las mujeres; pero en los reinados siguientes recobraron los eunucos su influencia, que continuó aumentando en relación con la decadencia del imperio, llegando aquellos seres degradados á apoderarse de las dignidades civiles más importantes, del mando de las tropas y del gobierno del Estado.

(2) La *armadura* era una danza militar muy complicada, una especie de pirrica ejecutada diariamente por los soldados en el campo de Marte, bajo la dirección de instructores especiales. Este ejercicio fué al principio común á todo el ejército, quedando después como privilegio reservado á los *principes* (soldados escogidos). Poco à poco esta parte escogida llegó á formar, con el nombre de *armatura*, un cuerpo especial, completamente organizado según la escala de la jerarquía militar.

Estas conversaciones llegaron á oídos del príncipe, abiertos y accesibles siempre para tales cosas, consiguiendo al pronto hacerle vacilar; pero al fin tomó una resolución, que fué la de asegurarse previamente de Ursicino. Invitósele, pues, en los términos más lisonjeros á que viniese á la corte, donde se le necesitaba para ponerse de acuerdo con él acerca de urgentes medidas que habían de tomarse contra los parthos, cuyos extraordinarios armamentos amenazaban al imperio con próxima irrupción; y para que no desconfiase se encargó á su vicario, el conde Próspero, que le reemplazase en su cargo hasta su regreso. En cuanto se recibió esta carta, provistos los dos de órdenes para las postas del Estado, marcharon apresuradamente á Milán.

Solamente quedaba estrechar al César para que partiese, y queriendo Constancio evitar hasta la sombra de sospecha, le hizo en su carta las instancias más afectuosas para que le acompañase su esposa, hermana querida á la que tanto deseaba ver. Ésta vaciló al pronto, sabiendo de lo que era capaz Constancio; sin embargo, consintió en el viaje, confiando en su influencia sobre su hermano; pero apenas pisó la Bitinia murió rápidamente de un acceso de fiebre en la estación llamada Cinos Galicanos. Esta muerte privaba al esposo del apoyo en que esperaba más, quedando impresionado hasta el punto de no saber qué decidir, y teniendo como idea fija, en la perturbación de su mente, que Constancio lo sacrificaba todo á su objeto, no admitía arreglo alguno, no perdonaba ninguna falta y se mostraba más implacable con los que le tocaban más de cerca: seguramente aquel llamamiento era un lazo, é iba la vida en dejarse coger en él. En tan crítica situación, y considerando segura su pérdida, calculó sus probabilidades para apoderarse del rango supremo, pero tenía doble motivo para temer las deserciones;

sabía que le odiaban por su violencia y le despreciaban por su falta de firmeza, y causaba además espanto á sus adeptos los continuos triunfos de las armas de Constancio en las guerras civiles. En medio de estas terribles ansiedades, llegaban cartas y cartas del Emperador instándole, en tono de queja ó de ruego, ó bien insinuando con capciosas frases que en los presentes apuros del Estado, aludiendo al estrago de las Galias, la acción del poder no podía ni debía estar más tiempo dividida; que necesitaban reunirse, contribuir de común acuerdo, cada uno en la medida de sus facultades, al mejoramiento de la cosa pública. Bajo Diocleciano, añadía (siendo reciente el recuerdo), sus colegas los Césares ni siquiera tenían residencia fija, sino que esperaban, como aparitores, la orden de trasladarse al punto que le designaban, habiéndose visto en la Siria á aquel Emperador para mostrar su disgusto dejar caminar delante de su carro á pie, por espacio de cerca de una milla, á Galerio, que estaba revestido con la púrpura (1).

Muchos emisarios habían fracasado sucesivamente cerca de Galo; pero habiendo llegado al fin Scudilón, tribuno de los escutarios, talento sutil y muy insinuante bajo grosera envoltura, y adulándole unas veces y hablándole razonablemente en otras, le decidió á partir; insistiendo á cada momento el hipócrita sobre la tierna impaciencia que experimentaba por verle aquel hermano de su esposa, aquel hijo de su tío. Algunos imprudentes extravíos no podían menos de encontrar indulgencia en aquel príncipe tan benigno, tan clemente, que no quería otra cosa que hacerle participar de su

(1) Un descalabro que experimentó el César Galerio en un combate imprudentemente arriesgado con fuerzas inferiores contra los persas, le valió de parte de Diocleciano esta muda y severa muestra de desprecio.

grandeza, y asociarle á sus futuros trabajos para el alivio de los sufrimientos, demasiado prolongados, de las provincias del Norte. Los hados obscurecen el juicio y quitan la inteligencia á los que marcan con su sello. Galo se dejó coger con aquel lisonjero cebo, y reanimado con las promesas del porvenir más brillante, salió de Antioquía bajo funestos auspicios y se dirigió á Constantinopla; esto, como dice el proverbio, era arrojarse al fuego por huir del humo. En esta ciudad entró como hombre á quien sonríe la fortuna y nada tiene que temer; celebró allí carreras de carros y coronó por su mano al auriga Corax (1), que quedó vencedor.

Enterado de esto Constancio se enfureció de un modo indecible; y temiendo que Galo, dudando acerca de lo que le esperaba, intentase durante la marcha algún medio para atender á su seguridad, cuidó de desguarnecer todas las ciudades que se encontraban en su paso. Entretanto, Tauro, que marchaba como cuestor á Armenia, cruzó por Constantinopla sin presentarse á saludar á Galo, y sin mostrar que hacía caso de él. Sin embargo, presentáronse algunos de parte del Emperador para desempeñar, según decían, cerca del César tal ó cual oficio, pero en realidad para espiar sus pasos y guardarle de vista. Entre éstos estaban Leoncio, que después fué prefecto de Roma, y que se encontraba allí en calidad de cuestor; Luciliano, que llevaba el título de jefe de los guardias del César, y el tribuno de los escutarios, llamado Bainobaudes.

Después de larga marcha por la llanura llegaron á Andrinópolis, llamada en otro tiempo Uscudama, en la región del Hemus; y durante los doce días que descansó Galo en esta ciudad, se enteró de que los desta-

(1) Era costumbre que el que presidía los juegos coronase por su mano á los vencedores.

camentos de la legión tebana, acantonados en las ciudades vecinas, le habían enviado una diputación para exhortarle, con promesas muy positivas, á que no marchase más lejos y que contase con el apoyo de su legión, que se encontraba reunida en las cercanías; pero tan estrecha era la vigilancia, que Galo no pudo ni por un momento hablar con los legionarios ni recibir su comunicación. Continuaba recibiendo carta tras carta del Emperador, viéndose en la necesidad de volver á marchar de Andrinópolis con solos diez carros de carga, número que designaban las órdenes, y dejando detrás toda su comitiva, exceptuando algunos ministros de casa y mesa. El total abandono de los cuidados de su persona demostraba la precipitación de su marcha, apresurada incesantemente por uno ú otro de sus guardianes. En tanto, gemía amargamente; en tanto, lanzaba duras imprecaciones contra la fatal temeridad que le colocaba en aquella situación, como pasivo y degradado á merced de manos subalternas: hasta en el silencio de la noche, ordinaria tregua á los cuidados humanos, su inquieta conciencia evocaba en derredor suyo fantasmas que le aterraban con fúnebres gritos; pareciéndole ver los espectros de sus víctimas, á cuyo frente venían Domiciano y Moncio dispuestos á cogerle y á entregarle en las vengadoras manos de las Furias. Porque durante el sueño el alma, desprendida de los lazos del cuerpo (1), pero continuando activa y ocupándose

(1) Este pensamiento está conforme con la doctrina de los peripatéticos, quienes dicen: «Durante el día, el alma, subordinada al cuerpo, y como entorpecida por la materia, no puede adquirir visión clara de la verdad. Pero por la noche se liberta de esta dependencia, y, reconcentrada entonces en derredor del corazón, descubre las cosas futuras.» Este es, según ellos, el principio de los sueños, que consideran como manifestaciones de lo porvenir.

de los intereses de la vida, crea ordinariamente esas apariencias de cosas que llamamos fantasías.

Así se veía fatalmente arrastrado Galo al término en que había de perder el imperio y la vida. Rápidamente recorrió la distancia con el auxilio de los relevos del Estado, llegando á Petobión, ciudad de la Nórica, donde cesó ya todo disimulo, presentándose repentinamente el conde Barbacion, que había mandado los guardias bajo su imperio, y Apodenio, intendente del Emperador, y trayendo ambos á sus órdenes un destacamento de soldados, colmados todos de beneficios de Constancio, por cuyo motivo les habían elegido, como igualmente inaccesibles al soborno y á la compasión.

Ya se obraba al descubierto y se rodeó de centinelas el palacio. Al obscurecer entró Barbacion en la cámara de Galo; le hizo despojarse de las vestiduras reales y vestir túnica y manto comunes, aunque asegurando bajo juramento que las órdenes del Emperador eran de no llevar las cosas más lejos; pero al mismo tiempo le dijo: «Levanta»; en seguida le hizo subir en una carroza de simple particular, y le llevó á las cercanías de la ciudad de Pola, en Istria, donde, como se sabe, recibió la muerte Crispo, hijo de Constantino (1). Mientras le guardaban allí, y aterrada su imaginación, anticipaba los horrores del desenlace, llegaron apresuradamente Eusebio, el prepósito de palacio, y Melobaudes, tribuno de la armadura, encargados por el Emperador de someterlo á un interrogatorio acerca de cada uno de los asesinatos que había ordenado en Antioquía. Al oir esto, palideció como Adastro, y apenas tuvo fuerza para decir que casi todo lo había hecho por instigaciones de su

(1) Crispo, hijo de Constantino, acusado por su madre de haber querido seducirla, fué condenado á muerte por su padre, que, reconociendo más adelante la inocencia de su hijo, ahogó á su esposa en un baño caliente.

esposa Constantina. Indudablemente ignoraba aquella hermosa frase de Alejandro Magno á su madre, que le estrechaba pidiéndole la muerte de un inocente como recompensa, según decía, de haberle llevado nueve meses en el vientre: «Pide otra cosa, madre mía: no hay beneficio que equivalga á la vida de un hombre.» Disgustó profundamente á Constancio aquella excusa, y ya no vió salvación para él más que en la muerte de Galo, é inmediatamente envió á Sereniano, que, como antes vimos, escapó por extraordinario caso á la acusación de lesa majestad, de concierto con el notario Pentadio y su intendente Apodemo, con orden de proceder á la ejecución: y atándole las manos como á un ladrón, le decapitaron, dejando solamente ensangrentado tronco de aquel príncipe, antes terror de las ciudades y provincias. Pero la divinidad se ostentó en estas circunstancias, porque si Galo sufrió el castigo debido á sus crueldades, los dos traidores cuyos halagos y pejurios le hicieron caer en el lazo en que le esperaba la muerte, tuvieron también miserable fin. Scudilón murió de una llaga que le hizo arrojar los pulmones. En cuanto á Barbacion, que desde mucho antes utilizó lo falso y lo verdadero contra su propio señor, llegó, es cierto, á jefe de la infantería, y acusado de dirigir más altas sus miras, no tardó en hacer con su sangre fúnebre ofrenda á los manes del César, víctima de su traición.

En esto, como en otros muchos ejemplos (siempre sucede lo mismo), hay que reconocer la mano de Adrasta ó Némesis, porque la dan los dos nombres. Cualquiera que sea la idea que representen, jurisdicción remuneradora y vengadora, dictando sus sentencias, según la opinión vulgar, desde una región de los cielos elevada sobre el globo de la luna, ó según otra definición, inteligencia omnipotente y tutelar que preside general y particularmente los destinos del hombre, ó hija de la

justicia, según la antigua teogonía, que desde las profundidades de la eternidad vigila invisiblemente todas las cosas de aquí abajo: estos dos nombres expresan el poder soberano, árbitro de las causas, dispensador de los efectos, que tiene la dirección de los destinos, crea las vicisitudes, destruye las combinaciones de la prudencia mortal, y de la concurrencia de circunstancias hace brotar resultados inesperados; y también el que encadenando el orgullo humano con los inextricables nudos de la necesidad, da como le place la señal de la elevación y abatimiento de fortuna, humilla y prosterna los ánimos soberbios, inspirando á los humildes y á los sencillos valor para salir de la abyección. La fabulosa antigüedad le atribuyó alas, para significar que se dirige á todas partes con la rapidez del ave, y le puso también un timón en la mano y una rueda á los pies, doble emblema de su poder y movilidad.

Con tan prematura muerte terminó Galo, siendo para él libertad. Había vivido veintinueve años y reinado cuatro: su nacimiento tuvo lugar en Massa, en el Sienense, en Toscana, siendo su padre Constancio, hermano del Emperador Constantino, y su madre Gala, hermana de Rufino y de Cerealis, revestidos ambos con las insignias de cónsul y de prefecto. Galo tenía arrogante figura, elegante apostura, miembros exactamente proporcionados, fina y rubia caballera, y aunque apenas le apuntaba la barba, su aspecto revelaba precoz madurez. En cuanto á lo moral, el contraste era más grande entre su aspereza y la jovialidad de su hermano Juliano, que entre los dos hijos de Vespasiano, Domiciano y Tito. Elevado por la fortuna al grado más alto del favor, sufrió uno de esos reveses con que, burlándose, destruye la existencia humana, levantando á uno hasta las estrellas y precipitándole un momento después en el abismo. Y como de esto hay tantos ejemplos, seré

parco en las citas. Esta misma inconstante y movible fortuna hizo del alfarero Agatoclo un rey de Sicilia, y del tirano Dionisio, terror de sus pueblos, un maestro de escuela de Corinto. Ella fué quien hizo pasar por Filipo á un Andrisco Adramiteno (1), nacido en un molino de batán, y redujo al hijo legítimo de Perseo á hacerse herrero para atender á su vida. Ella también fué la que entregó á los numantinos Mancino (2), depuesto de su mando; abandonó á Veturio á las represalias de los samnitas (3), Claudio á la crueldad de los corsos y Régulo á los atroces rencores de Cartago. Su rigor entrega á merced de un eunuco de Egipto á aquel Pompeyo á quien tantas hazañas habían merecido el nombre de Grande; y un esclavo escapado de la prisión, Euno, fué general de un ejército de fugitivos. Por efecto de sus caprichos muchos nobles varones se inclinaron ante un Viriato y un Spartaco, y muchas cabezas de las que un gesto hacía que todo temblase, cayeron bajo la mano innoble del verdugo. Vése uno cargado de cadenas; otro cae desde la cumbre de las grandezas. ¿Quién podría enumerar estos ejemplos? Tan descabellada sería la empresa como querer contar los granos de arena de los mares ó averiguar el peso de las montañas.

(1) Andrisco, denominado Pseudo Filipo, aventurero de baja estofa, que, diez y seis años después de la muerte de Perseo, rey de Macedonia, consiguió hacerse creer hijo natural de este rey, aprovechando su extraordinaria y casual semejanza con él. Al principio triunfó su audacia, llegando á dominar en Macedonia y haciendo frente á los romanos. Derrotado al fin por Metelo el Macedónico, que se lo hizo entregar, fué llevado á Roma y condenado á muerte.

(2) Mancino Hostilio, general romano, vencido delante de Numancia, fué entregado á los sitiados en castigo de su derrota; pero éstos lo devolvieron sano y salvo.

(3) Tito Veturio, general romano á quien los samnitas hicieron pasar bajo el yugo con su ejército, sorprendido sin combate en el desfiladero de Caudium.

LIBRO XV

SUMARIO

Anuncian al Emperador la muerte del César Galo.—Ursicino, jefe de la cabellería en Oriente, Juliano, hermano de Galo, y el prepósito Gorgonio, acusados del crimen de lesa majestad. — Rigores ejercidos con los amigos y servidores de Galo.—Constancio derrota y ahuyenta á los alemanes lencienses.—Proclaman Emperador en Colonia á Silvano, franco de orígen y jefe de la infantería en las Galias. Cae en un lazo y perece á los veintiocho días de reinado.—Condénase á muerte á los amigos y cómplices de Silvano.—Sediciones reprimidas en Roma por el prefecto Leoncio. Arrójase de su silla al obispo Liberio.—Constancio confiere el título de César á Juliano, hermano de Galo, y le encarga la administración de las Galias.—Origen de los galos. Etimología de los nombres de celtas y gálatas.—Alpes galos. Comunicaciones abiertas á través de estas montañas. Divisiones del territorio y breve descripción de las Galias y del curso del Ródano. Costumbres de los galos.—Musoniano, prefecto del pretorio en Oriente.

(AÑO DE J. C. 354.)

Sujetándome estrictamente á la verdad en cuanto ha dependido de mí, he resumido por orden lo que por mí mismo he visto de los hechos contemporáneos de mi juventud y lo que he recogido, después de maduro examen, de boca de las personas que intervinieron en los acontecimientos. En el período en que entramos ahora he podido, como observador atento, profundizar más

en la materia; y lo hago sin retroceder ante lo que la crítica maliciosa podría llamar pesadez. La concisión que debe alabarse es aquella que prescinde de lo superfluo sin perder nada de lo substancial en el conocimiento de los hechos.

En cuanto arrancaron á Galo las insignias reales en Nórica (1), Apodemio, el más ardiente promotor de discordias mientras vivió el príncipe, se apoderó de su calzado, y con precipitación que le hizo reventar muchos caballos, no obstante los frecuentes relevos preparados en el camino, marchó derechamente á Milán, deseoso del honor de ser el primero en dar la noticia. En cuanto llegó, corrió al palacio y arrojó aquel despojo á los pies de Constancio, como si hubiese sido trofeo arrancado al rey de los parthos. En seguida circuló la nueva, y en cuanto se enteraron los cortesanos de la prontitud y lo perfectamente que se había realizado aquel atrevido golpe de Estado, rivalizaron en frases aduladoras, ensalzando hasta el cielo el valor y fortuna de un príncipe que por dos veces, y con una sola señal, en épocas diferentes, había derribado dos poderes tan grandes como los de Vetranión (2) y Galo, con tanta facilidad como se despediría á dos soldados bisoños. Embriagado por estas adulaciones llegó á creerse Constancio superior á la condición humana, cegándose hasta el punto de

(1) La Nórica, hoy el Tirol y Baviera.

(2) Vetranión mandaba en Pannonia á la muerte del emperador Constante. Impulsado á la revuelta por los consejos de Constantina, viuda de Annibaliano y después esposa de Galo, hizo que las legiones á sus órdenes le proclamasen emperador. Diez meses desqués de su proclamación fué depuesto amistosamente, por decirlo así, y terminó su vida en opulento y tranquilo retiro. Era soldado ignorante que ni siquiera sabía leer, si bien su capacidad militar merecía tenerse en cuenta, según testimonio del emperador Juliano.

atribuirse él mismo la eternidad (1) en las cartas que dictaba, y hasta titularse señor de la tierra en las que escribía él mismo. Y, sin embargo, debió haberse ofendido hasta de que otros le calificasen así cuando tanto afectó amoldarse á aquellos antecesores suyos que conservaron en sus personas las costumbres republicanas. Aunque su poder se hubiese extendido á aquellos innumerables mundos que imaginaba Demócrito (2), cuya mortificante idea, suscitada en Alejandro por los sarcasmos de Anaxarco (3), perseguía al joven conquistador hasta en sueños, hubiese debido no leer nada y taparse los oídos, ó reconocer, como todos (porque así lo enseñan los matemáticos), que esta tierra que nos parece sin límites no es más que un punto en el espacio.

La desgraciada catástrofe de Galo fué la señal de nuevas persecuciones judiciales. La envidia, ese azote de cuanto es bueno, se encarnizó más y más contra Ursicino, llegando hasta suscitar contra él una acusación de lesa majestad. El mayor peligro de su posición consistía en el carácter del Emperador, obstinadamente prevenido contra toda explicación franca y leal, y dispues-

(1) San Atanasio, en su apología del Concilio de Rímini, opone victoriosamente al arriano Constancio esta pretensión de arrogarse la eternidad, que negaba al hijo de Dios.

(2) Demócrito, nacido en Abdera, en Tracia, sostenía la existencia de infinidad de mundos, compuestos á su vez de infinidad de átomos. Dícese que había tomado esta teoría física de Leucippo, y más adelante tuvo célebres secuaces, entre los que sobresalieron Zenón de Elea, Epicuro Anaximandro y otros muchos.

(3) Anaxarco, filósofo de la escuela eleática, llamado al lado de Alejandro, le acompañó en todas sus expediciones. Siempre conservó con su regio señor completa libertad de lenguaje. El asunto de la pluralidad de mundos era su tema favorito con profundo disgusto del conquistador, cuyo orgullo mortificaba, haciéndole comprender la mezquindad de una ambicion que aspiraba á la monarquía universal.

to siempre á escuchar las secretas insinuaciones de la calumnia. Decíase que ni siquiera se pronunciaba ya en Oriente el nombre de Constancio. Para gobernar, como para combatir, todos invocaban á Ursicino, siendo éste el único capaz de contener á los persas. Impasible y resignado aquel ánimo sereno, no pensaba más que en mantener incólume su dignidad; pero no sin deplorar interiormente la débil protección que el hombre honrado encuentra en su inocencia, siendo su mayor aflicción ver á sus amigos, tan solícitos antes en derredor suyo, pasar al lado del favor, como pasan los lictores, siguiendo el ceremonial, del funcionario que sale, á su sucesor. Su colega Arbeción le dirigía rudos ataques, demostrándole al mismo tiempo profunda simpatía en las públicas alabanzas que hacía de su carácter. Tenía Arbeción singular habilidad para urdir intrigas contra los hombres de bien, y era muy grande su influencia, siendo su maniobra como la de la serpiente que acecha desde su escondrijo al transeunte para lanzarse de improviso sobre él. Aquel soldado, que había llegado á las primeras dignidades militares, que no tenía provocaciones que rechazar, ni injurias que vengar, encontrábase poseído por insaciable deseo de hacer daño; y tan bien se condujo, que en un consejo secreto que presidió el Emperador, y al que solamente se admitieron los confidentes más íntimos, decidióse que se arrebataría de noche á Ursicino, y, sin procesarle, se le ejecutaría lejos de la vista del ejército. Dícese que de esta misma manera desapareció otro defensor del imperio, igualmente hábil y honrado, Domicio Corbulón (1), en el sangriento período del reinado de Nerón. Solamente se esperaba momento favorable para realizar el plan; pero entre-

(1) El general más distinguido y uno de los caracteres más nobles del reinado de Nerón y que pereció víctima de su propia gloria y de la crueldad de su señor.

tanto se abrieron paso ideas de moderación, y se creyó que debía deliberarse otra vez acerca del asunto antes de realizarlo.

Los esfuerzos de la calumnia se dirigieron entonces contra Juliano, que más adelante tan célebre hizo su nombre. Creyóse que se habían encontrado dos puntos de acusación en contra suya: en primer lugar había abandonado su forzosa residencia de Macelo, en Capadocia: impulsado por sus aficiones científicas había hecho efectivamente un viaje por Asia: y en segundo lugar, se había presentado en Constantinopla al pasar su hermano. Pero su justificación fué terminante, demostrando que en ambos casos había sido autorizada su conducta. No por esto hubiese dejado de sucumbir bajo los esfuerzos reunidos de los cortesanos, si la reina Eusebia, movida por inspiración sobrenatural, no hubiese intercedido por él; limitándose entonces á relegarle á Como, cerca de Milán, donde permaneció poco tiempo; encontrando en seguida ancho campo para el cultivo de la inteligencia en el permiso que se le concedió para retirarse á Grecia.

También alcanzaron lo que podría llamarse resultado feliz, otros procesos que se intentaron en esta fecha: ó fracasaba la persecución, ó la justicia solamente se ejercía contra verdaderos culpables. Sin embargo, más de una vez ocurrió que el rico alcanzó la impunidad por efecto de obstinada obsesión y por la corrupción practicada en vasta escala; mientras que los que poseían muy poco ó no tenían para pagar el rescate de su vida, eran inflexiblemente juzgados y condenados. Por esta razón se vió más de una vez sucumbir la verdad ante la mentira y la mentira erigida en verdad.

También se procesó á Gorgonio, encargado del tálamo del César: mas á pesar de que quedó convicto, por sus propias declaraciones, de haber sido cómplice y á

veces instigador de los excesos de su amo, la habilidad de los eunucos supo tergiversar tan bién los hechos, que el culpable escapó al castigo.

Mientras ocurrían estas cosas en Milán, llegaron prisioneros á Aquilea muchos militares y cortesanos de Oriente, arrastrándose bajo el peso de las cadenas y maldiciendo una vida que les imponía tales sufrimientos. Acusábaseles de haber sido ministros de los furores de Galo, de haber tomado parte activa en las atrocidades ejercidas contra Domiciano y Moncio y en todas las precipitadas ejecuciones de que fueron víctimas tantos otros. Encargóse la audición de los acusados á Arboreo y Eusebio, prepósito de palacio á la sazón, ambos arrogantes hasta lo sumo, injustos y crueles, que ni siquiera se tomaron el trabajo de examinar, y, sin distinguir entre inocentes y culpables, desterraron á los unos, después de hacerles azotar con varas ó pasar por las torturas, rebajaron á otros hasta soldados, y los demás pagaron con la vida. Después de cargar las piras de víctimas, los dos comisarios regresaron triunfantes para dar cuenta de su misión al Emperador, que ahora, como siempre, mostró endurecimiento y obstinado rencor. Desde entonces, y como impaciente por adelantar el término asignado á cada cual por el destino, Constancio se entregó por completo á los delatores, viéndose pulular en seguida esta especie de sabuesos de los rumores públicos. Su furor descargó primeramente sobre los altos dignatarios, y concluyó por encarnizarse contra los pequeños como contra los grandes. No eran como aquellos hermanos Cibyratos verrinos (1) que lamían el tribunal

(1) Los hermanos Cibyratos, es decir, nacidos en Cibira, ciudad frontera de la Pisidia y de la Frigia, eran dos agentes de Verres á quienes Ciceron castigó con el epíteto *canes*, porque el pretor los utilizaba como sabuesos, que por todas partes olfa-

de un pretor único: el furor de éstos se dirigía á todos los puntos del Estado para ocasionar incesantemente nuevas heridas. Descollaban en esta industria Paulo y Mercurio, éste persa de origen y el otro dacio. El primero era notario y el segundo, de ministro del triclinio había llegado á jefe de cuentas *(racionalis)*. Ya hemos dicho que Paulo se había granjeado el apodo de *Catena* (cadena), y, en efecto, una acusación en sus manos se hacía completamente inextricable; tanta destreza y recursos de ingenio desplegaba para tejer la infame red de la calumnia, pareciéndose á esos luchadores que tienen todavía al enemigo bajo el pie cuando se creía ya fuera de su alcance. Llamábase á Mercurio Conde de los Sueños, porque se deslizaba en las reuniones y festines á manera de perro maligno que menea la cola para ocultar su deseo de morder; y si en la expansión de la intimidad refería algún convidado lo que había visto en sueños, circunstancia en que, como es sabido, la imaginación toma vuelo, en seguida corría Mercurio á deslizar el relato, cargándole de negros colores, en los oídos del príncipe, ávido siempre de estas comunicaciones. Desde aquel momento la ilusión del sueño se convertía en crimen imperdonable, y no se necesitaba más para tener que responder á gravísimas acusaciones. Pronto se conoció este nuevo género de peligro y la fama no dejó de aumentarlo; por cuya razón cada cual se hizo tan discreto acerca de sus sueños, que apenas se confesaba ante extraños que se había dormido; y los que tenían alguna instrucción deploraban no haber nacido en Atlántida (1) donde, según dicen, se duerme sin

teaban para descubrir nuevas presas á la avaricia ó lubricidad de su amo.

(1) Plinio el Viejo habla de este pueblo de la manera siguiente: «Si hemos de creer lo que se dice, los atlantas han degenerado completamente de la condición humana en su constitución

soñar; cosa que dejamos para que la expliquen otros más sabios.

Entre esta repugnante serie de denuncias y suplicios, algunas palabras imprudentes encendieron en Iliria nuevo foco de persecuciones. En un festín que Africano, gobernador de la Pannonia segunda celebró en Sirmio (1) y en el que el vino había circulado más de lo conveniente, la confianza de no asistir oyentes sospechosos aflojó el freno á las quejas acerca de los excesos del gobierno. Aseguraron algunos que los presagios anunciaban una revolución tan inminente como deseada; otros, con inconcevible olvido de toda prudencia, se vanagloriaban por predicciones de familia. Encontrábase entre los convidados Gaudencio, agente del fisco, hombre obtuso é irreflexivo que vió un crimen de Estado en aquellas conversaciones de mesa, y se apresuró á dar cuenta de ellas á Rufino, jefe de los aparitores del prefecto del pretorio, peligroso y perverso por naturaleza. La noticia le prestó alas, marchó en seguida á la corte, vió al Emperador, y tanto influyó su discurso en aquel espíritu pusilánime, dispuesto á recibir impresiones de este género, que sin previa deliberación dióse orden terminante para que se apoderasen de cuantos habían asistido al fatal banquete. El infame delator consiguió como premio de su servicio dos años de prórroga en su empleo; gracia que solicitó con la pasión que suele apoderarse del espíritu humano por las cosas desordenadas.

habitual. No tienen nombres propios para distinguirse unos de otros; maldicen el sol al salir y al ocultarse, como si fuese su azote y el de sus compañeros: cuando duermen, no sueñan, como ocurre con el resto de los hombres.»

(1) Esta era la capital de la Iliria bajo los romanos, habiendo sido erigida en residencia imperial en la época de la división del imperio, introducida por Diocleciano.

El protector doméstico Teutomeres, acompañado por un colega, recibió orden para apoderarse de las personas que se le nombraron y traerlas cargadas de cadenas. Pero durante una parada que hicieron en Aquilea, Marino, antiguo instructor militar y ahora tribuno, el mismo que había comenzado las conversaciones, hombre de resoluciones extremas, viendo á los guardias ocupados en algunos detalles de viaje, cogió un cuchillo que encontró á mano, se abrió el vientre, se arrancó las entrañas y expiró en el acto. Llevados á Milán los otros prisioneros, confesaron en los tormentos que, en la alegría del festín habían pronunciado algunas palabras indiscretas. En seguida les encerraron en una prisión, dejándoles entrever la dudosa esperanza de conseguir gracia, y á los dos protectores, supuestos cómplices del suicidio de Marino, se les desterró; pero intercedió por ellos Arbeción, y fueron perdonados.

Poco después de terminado este asunto declaróse la guerra contra los alemanes lencienses, que no cesaban de traspasar las fronteras, avanzando mucho en sus incursiones por el territorio del Imperio. Constancio en persona tomó el mando de la expedición y marchó á establecerse en los campos caninos, en Recia. Allí se meditó cuidadosamente el plan de campaña, decidiéndose que era honroso y ventajoso tomar la iniciativa. En consecuencia de esto, Arbeción, jefe de la caballería, tuvo que marchar contra el enemigo con las mejores fuerzas del ejército, costeando el lago Brigancio (1). Describiré brevemente la configuración de aquellos parajes.

Entre las anfractuosidades de altas montañas, brota con terrible impetuosidad la corriente del Rhin, y, sin afluentes todavía, se precipita por escarpadas rocas

(1) Hoy lago de Costanza.

como el Nilo en sus cataratas. Navegable sería ya en aquel punto, si esta parte de su curso no fuese torrente más bien que río. Cuando se encuentra libre ya en su marcha, divide sus aguas en muchos brazos que bañan diferentes islas y desemboca en un lago de forma redonda y muy extenso, al que los pueblos ribereños de la Recia dan el nombre de Brigancio, teniendo próximamente cuatrocientos estadios de largo y ancho. En derredor de este lago se extiende obscura y salvaje selva que en otro tiempo hacía inaccesibles las orillas; pero la perseverante energía de la antigua Roma abrió en aquellas regiones ancho camino, luchando contra el suelo, contra los esfuerzos de los bárbaros y contra la inclemencia del cielo. Arrastrado el Rhin por áspera pendiente, penetra espumoso en aquellas dormidas aguas, separándolas en dos partes, entre las que pasa el río sin aumentar ni disminuir su caudal, corriendo á perderse á lo lejos, conservando hasta allí su nombre y la integridad de sus aguas en los abismos del Océano. Y ¡cosa admirable! ni la inmovilidad del lago se turba por el impetuoso río que lo atraviesa, ni queda retrasada la corriente del río por la masa inerte y cenagosa que su invasión repele. No hay confusión, no hay mezcla, y apenas se puede creer el testimonio de los ojos. Así el Alfeo, río de la Arcadia, según cuenta la fábula, penetra en las ondas del mar Jónico, para unir sus aguas con las de su amada Aretusa.

Arbeción, á quien anunciaran la aproximación de los bárbaros, aunque no carecía de experiencia y sabía cuánta prudencia se necesita en los comienzos de una campaña, no hizo caso de los avisos de sus exploradores, siguió adelante y cayó en una emboscada. Desconcertado hasta el punto de detener el movimiento, no supo qué maniobra emplear; y los bárbaros, viéndose descubiertos, presentan de pronto sus fuerzas y ha-

cen llover por todos lados multitud de dardos de toda clase. No pudiendo resistir los nuestros aquel ataque, buscan la salvación en rápida fuga. Cuidando cada cual de sí mismo, rompen las filas, y masas confusas y dispersas, al volver la espalda, presentan blanco más seguro á los golpes del enemigo. Sin embargo, favorecidos por la obscuridad de la noche, escaparon algunos, tomando caminos de travesía, y recobrando valor con el día, reunieron individualmente sus enseñas. Aquella desgraciada escaramuza nos costó diez tribunos y considerable número de soldados. Alentados los alemanes con el éxito se mostraron más emprendedores, y, aprovechando la bruma de la mañana, diariamente venían hasta las empalizadas romanas aullando furibundas amenazas. Una salida que intentaron los escutarios tuvo que detenerse ante las masas de caballería que le opusieron los bárbaros: resistieron bien los romanos y á gritos llamaron á todos los del campamento para que les ayudaran; pero desalentado por el descalabro sufrido anteriormente, Arbeción no veía grandes seguridades para comprometer el resto de sus fuerzas. De pronto tres tribunos, por espontáneo movimiento, acuden á reunirse con los valientes de fuera: eran estos Arinteo, director de la armadura (1); Seniaco, jefe de la caballería de los guardias, y Bappo, jefe de los veteranos seguidos por las fuerzas que el Emperador les había confiado. El peligro de sus compañeros inflamó á aquel pu-

(1) Más adelante llegó Arinteo al mando general de los ejércitos, siendo el más notable de los que siguieron la fortuna de Constante, en la repartición que este y Valentiniano hicieron del material y del personal del imperio. San Basilio celebra la fuerza y hermosura de Arinteo, y supone que Dios le creó como modelo inimitable de perfección humana. Los pintores y escultores no consiguieron nunca reproducir su belleza, y los historiadores parecían fabulosos cuando referían sus hazañas.

ñado de valientes como si ellos mismos lo corriesen; yérguense contra fuerzas superiores con la energía de nuestros antepasados, y caen sobre el enemigo con la impetuosidad de un torrente, sin observar orden de batalla, peleando individualmente y al fin ponen á los bárbaros en vergonzosa fuga. Rompen éstos las filas, y con tanto apresuramiento huyen, que no cuidan de cubrirse, entregando sus desarmados cuerpos á los golpes de nuestras lanzas y espadas, pereciendo muchos con sus caballos, en cuyos lomos permanecían aun en el suelo. Entonces aquellos cuya vacilación había retenido en el campamento, desechando el temor, salen al fin y se lanzan sobre las confusas masas de los bárbaros. Todos los que no pudieron salvarse en la fuga quedaron muertos, caminando los romanos sobre cadáveres y bañándose en sangre. Habiendo terminado la campaña aquella carnicería, el Emperador marchó en triunfo á invernar en Milán.

(Año de J. C.—355.)

En medio de las desgracias del Estado surgió de pronto una tempestad igualmente peligrosa que amenazaba ahora sumergirlo todo en común desastre, si la fortuna, soberana en todas las cosas, no hubiese ahogado el mal en su mismo origen. Hacía mucho tiempo que la inercia del gobierno dejaba la Galia abierta á las incursiones de los bárbaros, que señalaban siempre su paso con el robo, el incendio y la devastación. Por orden del Emperador pasó á este país Silvano, jefe de la infantería, y á quien se consideraba capaz de remediar el mal. Arbeción, que soportaba á disgusto la presencia de un mérito superior al suyo, había contribuído poderosamente á alejarle con aquella peligrosa misión.

Un tal Dinamio, encargado de la dirección de los equipajes del Emperador, pidió á Silvano algunas cartas de recomendación, que pudiese utilizar con los amigos del general en calidad de íntimo suyo. Una vez poseedor de estas cartas, que Silvano en su rectitud no creyó deber negarle, aquel pérfido las conservó reservadas con el propósito de utilizarlas más adelante en algún negro proyecto. Así fué que mientras Silvano, entregado por completo á sus deberes, recorría las Galias arrojando delante de él á los bárbaros, que habiendo perdido la confianza, en ninguna parte resistían contra sus armas, este Dinamio, dando rienda suelta á su espíritu intrigante, elaboraba con arte de malvado consumado la falsificación más indigna. Rumores, que no están justificados á la verdad, señalaron como fautores y cómplices de aquella imaginación á Lampadio, prefecto del pretorio, á Eusebio, denominado *Mattioiocopas* (1), que había sido intendente del dominio privado, y á Edesio, ex secretario de los mandamientos del príncipe; estos dos íntimos amigos del prefecto, y, á este título invitados por él á la ceremonia de la investidura del consulado (2). Empleando un pincel que Dinamio pasó sucesivamente sobre las líneas de la carta de Silvano, las borró, no dejando más que la firma, y escribió cosas diferentes, resultando una circular que Silvano dirigía á sus amigos políticos y particulares, especialmente á Tusco Albino, invitándoles en términos ambiguos á secundarle en su intento de usurpar el trono. Dinamio entregó al prefecto, para que éste lo presentase al príncipe, aquel tejido de mentiras, hábilmente urdido para perder á un inocente. Convertido Lampadio en clave de

(1) Palabra que designa hombre de sórdida avaricia.

(2) Acostumbraban los cónsules designados á invitar á sus amigos el 1.° de Eenero á la ceremonia de su toma de posesión, ó mejor dicho, á la investidura de su vano título.

aquella tenebrosa intriga, acechó la ocasión de encontrarse solo con Constancio, y se presentó en su cámara, seguro de tener envuelto en sus redes á uno de los defensores más vigilantes del trono. En el consejo se dió lectura á las falsas cartas y se tomaron disposiciones para apoderarse de las personas mencionadas. Prendióse en el acto á los tribunos y se enviaron ordenes á provincias para trasladar á Milán á los particulares. El evidente absurdo de la acusación sublevó á Malarico, jefe de los gentiles, quien, en una reunión de sus compañeros, provocada por él, dijo con franqueza que le indignaba dejar envolver en intrigas de miserables á los hombres más adictos al gobierno del Emperador. Declaró terminantemente á Silvano incapaz de la traición que le imputaban y que era obra de detestable intriga. Ofrecióse á marchar él mismo y traerle á Milán; proponiendo como rehenes á su propia familia, y además la caución de Melobaudo, tribuno de la armadura, como garantia de su regreso; ó bien ofrecía como alternativa que Melobaudo haría el viaje y se encargaría de realizar la misión. Silvano se irritaba pronto, hasta sin motivo, y enviarle otro que un compatriota era arriesgarse á convertir en rebelde á quien hasta entonces había sido sinceramente fiel.

Bueno era el consejo y debía seguirse; pero Malarico hablaba en vano. Prevaleció la opinión de Arbeción, y se encargó á Apodemo, obstinado enemigo de todo hombre honrado, de llevar á Silvano una carta llamándole. En otra cosa pensaba Apodemo, al encargarse de aquella misión; y en cuanto llegó á la Galia prescindió de sus instrucciones, y, sin ver á Silvano, sin transmitirle invitación alguna para que regresase ni comunicarle la carta, le envió el agente del fisco (1), y procediendo

(1) Estos funcionarios estaban encargados de recoger por

desde luego contra el general como contra un proscrito cuya cabeza perteneciese al verdugo, toma contra sus clientes y servidores vejatorias medidas con la insolencia de un vencedor en país conquistado.

Mientras que Apodemio prende fuego á todo y hace desear impacientemente la presencia de Silvano, Dinamio, para asegurar el efecto de su intriga, dirige á un tribuno de la fábrica de Cremona, bajo los nombres de Silvano y Malarico, cartas análogas á las que había hecho entregar por el prefecto al Emperador: invitándole sencillamente, como si estuviese enterado de antemano de lo que se trataba, á que lo dispusiese todo prontamente para la ejecución. El tribuno leyó y releyó sin comprender nada, no recordando ninguna relación íntima con las personas que le escribían, por lo que decidió volver á Amalarico su carta con el mismo mensajero, acompañado por un soldado que llevaba el encargo de rogarle se expresara claramente y sin reticencias con un hombre rudo que no entendía los enigmas. Malarico, que se encontraba muy desanimado y triste, y que deploraba con amargura su suerte y la de su compañero Silvano, comprendió en seguida todo el misterio. En el acto reunió á cuantos francos se encontraban en palacio (siendo numerosos é influyentes), y con animado lenguaje les enteró del descubrimiento. Levántase fuerte rumor: la trama estaba descubierta y se dirigía contra ellos. Enterado el Emperador de lo que ocurría, dispone en el acto que se revise el asunto, y quiere que la revisión se haga ante todos los miembros del Consejo, tanto del orden civil como del militar. Renunciaban ya los jueces á ver claro en el enredo, cuando Florencio, hijo de Nigriniano, que reemplazaba á la sa-

cuenta del Estado el producto de las desherencias, bienes abandonados, confiscaciones, etc.

zón al prefecto de los oficios (1), mirando más detenidamente la letra de los documentos, encontró debajo algunos rasgos de los caracteres primitivos, adquiriendo todos en seguida el convencimiento de que las interpolaciones de un falsario habían desfigurado el pensamiento de Silvano. Entonces quedó descubierta la impostura. El Emperador hizo le diesen detallada cuenta del procedimiento, depuso al prefecto y le sometió á juicio; pero consiguió ser absuelto merced á los esfuerzos de sus amigos. Eusebio, ex intendente del dominio, confesó en el tormento que había tenido noticia de la trama, y Edesio salió del mal paso encerrándose en absoluta negativa. Los demás acusados fueron absueltos. En cuanto á Dinamio, en recompensa de sus servicios fué nombrado corrector y enviado á regentar la Toscana (2).

Entretanto Silvano, que se encontraba en Agripina (3), recibía allí aviso sobre aviso de las tramas de Apodemio para perderle; y conociendo demasiado el pusilánime corazón del príncipe y lo poco que podía confiarse en sus buenas intenciones, veíase en vísperas de ser tratado como criminal, sin haber sido oído ni condenado. Por un momento pensó escapar de aquella crítica situación pidiendo auxilio á los bárbaros; pero le disua-

(1) El cargo de prefecto de los oficios abarcaba multitud de atribuciones más ó menos importantes en el orden civil, como la admisión á las audiencias del príncipe, la presentación de los candidatos propios para los empleos, el arbitraje en algunos procesos, el reglamento de todo lo referente á carruajes públicos, la recepción de embajadores, etc., y, por consiguiente, el conocimiento de las relaciones internacionales.

(2) La Toscana era una de las cinco provincias en que el supremo magistrado tenía título de *corrector* ó *rector*, según la división de Constantino.

(3) Colonia fundada en el país de los Ubianos, á la que Claudio dió el nombre de su esposa Agripina.

dió Laniogasio, que era entonces tribuno, el mismo que, no siendo todavía más que candidato (1), había quedado solo, como ya dijimos, al lado del emperador Constante en el momento de su muerte. Silvano decía que, por parte de sus compatriotas los francos, solamente podía esperar ser asesinado ó vendido á sus enemigos. Era, pues, inevitable una resolución extrema. Silvano conferenció con los jefes principales, les excitó con promesas, y, reuniendo trozos de púrpura arrancados de los estandartes y dragones (2), se proclamó él mismo Emperador.

Mientras ocurrían estas cosas en las Galias, al obscurecer llegó á Milán la extraña noticia de la seducción del ejército y la usurpación del rango imperial por el ambicioso jefe de la infantería. Aquel golpe fué un rayo para Constancio. Inmediatamente convocó el Consejo, acudiendo á palacio en la segunda vigilia todos los grandes dignatarios; pero cuando hubo que emitir opinión, ninguno supo qué decir. Solamente circularon algunas palabras en voz baja acerca de los talentos de Ursicino, sus recursos como militar y de las graves ofensas que gratuitamente se le habían inferido. Llamóse, pues, á Ursicino al Consejo, é introducido (distinción muy honorífica) por el maestro de ceremonias, le dieron á besar la púrpura, con aspecto el más afable que jamás

(1) Había candidatos de dos clases, establecidos por los Gordianos, y que se denominaban antiguos y modernos. Créese que los candidatos formaban algunas veces un cuerpo destinado especialmente á la custodia del príncipe.

(2) La introducción de esta nueva forma de enseña data del reinado de Trajano. Cosían juntas dos bandas de tela de púrpura superpuestas, pero no adherentes, y cortadas de manera que figuraban un dragón con la boca abierta. La entrada del aire por esta abertura, cnando agitaban el estandarte, hinchaba todas las partes del cuerpo del monstruo, cuya larga cola se desarrollaba á merced del viento.

le habían mostrado. Diocleciano fué el primero que introdujo esta forma de adoración bárbara; porque leemos que antes de él se saludaba á los príncipes de la misma manera que se saluda hoy á los magistrados. En aquel mismo hombre á quien acusaba en otro tiempo la encarnizada malevolencia de absorber el Oriente en provecho propio, de desear para sus hijos el poder supremo, no se veía ahora más que el general experto, el compañero de armas de Constantino, el único brazo que podía conjurar el incendio; elogio tan exacto como poco sincero, porque al mismo tiempo que se pensaba seriamente en abatir un rebelde tan peligroso como Silvano, se entreveía, en caso de no conseguirlo, la probabilidad de deshacerse de Ursicino, cuyos rencores, supuestos implacables, continuaban causando honda preocupación. Así fué que cuando el general, mientras apresuraban los preparativos de marcha, quiso pronunciar algunas palabras de justificación, el Emperador le cerró dulcemente los labios, diciéndole que no se necesitaban explicaciones, cuando existía mutuo y muy grande interés en entenderse. Mucho deliberaron todavía, buscando sobre todo la manera de persuadir á Silvano de que el Emperador lo ignoraba todo; encontrándose al fin un medio que se creyó eficaz para inspirarle completa confianza; este medio fué el de comunicarle en los términos más honrosos una orden que le mantenía en posesión de sus títulos y funciones, dándole á Ursicino por sucesor.

Convenido así, mandóse á Ursicino partir inmediatamente con diez tribunos ú oficiales de los guardias que, á petición suya, se le unieron para ayudarle en su misión. En este número nos encontramos mi compañero Valeriano y yo, siendo los demás parientes ó amigos de Ursicino. Como el viaje fué largo, cada cual pudo meditar en los peligros que corría, considerándonos como en

lucha con fieras. Pero el mal presente tiene de bueno que, al menos, se considera el bien en perspectiva, y nos consolábamos con aquel pensamiento de Cicerón que expresa exactamente la verdad: «Sin duda es muy de desear una serie no interrumpida de felicidad y fortuna; pero no se encuentra en ella, por efecto de la misma continuidad, esa viveza de sensación que experimenta el alma al pasar de un estado desesperado á condición mejor.»

Avanzábamos á grandes jornadas, queriendo en su celo nuestro jefe llegar á la frontera sospechosa antes de que la noticia de la sublevación se propagase por Italia. Mas por rápida que fué nuestra marcha, se nos adelantó la fama, y, á nuestra llegada á Agripina, la sublevación había tomado tal desarrollo, que desafiaba los medios de represión de que podíamos disponer. Por todas partes apoyaban las poblaciones el nuevo orden de cosas; por todas partes se reunían considerables tropas. En tal situación, Ursicino no podía tomar más que una resolución y fué una necesidad de que hay que compadecerle: la de violentar sus sentimientos y deseos fingiendo adhesión á aquel poder de un día y conducirse de manera que halagase la vanidad del rebelde y adormeciese su vigilancia con seguridad completa. Lo más difícil era el desenlace, porque necesitábamos extraordinaria atención para no apresurar ni perder el momento de obrar; porque la manifestación más pequeña, siendo inoportuna, nos llevaría á todos á la muerte.

Ursicino fué muy bien recibido. Obligado, para fingir bien, á inclinarse ante aquellas insignias imperiales, el usurpador le trató con miramientos y respetos; teniendo libre acceso á su persona, el puesto de honor en su mesa, y muy pronto intimidad en sus confidencias. Silvano se quejaba amargamente de las indignas eleccio-

nes que habían hecho constantemente para el consulado y los altos cargos, con preferencia á él y á Ursicino, y esto, añadía, despreciando los largos é importantes servicios que, con el sudor de su frente, los dos habían prestado al Imperio. En cuanto á él, se había llegado hasta someter á la tortura á sus amigos y á dirigir en contra suya innobles procedimientos, y todo so pretexto de frívola acusación de lesa majestad. Ursicino, por su parte, había sido violentamente arrancado del Oriente y entregado como presa á la maldad de sus enemigos. Silvano soltaba la rienda á su disgusto, lo mismo en público que confidencialmente; y además de estas frases, tan poco á propósito para tranquilizarnos, sentíamos estremecerse en derredor nuestro la impaciencia de la soldadesca, que se quejaba de tener hambre y ardía en deseos de cruzar los Alpes Cottianos.

En este estado las cosas, todos nos martirizábamos el cerebro para llegar á un resultado: y, despues de mil partidos adoptados y abandonados en seguida, convinimos en que agentes elegidos cuidadosamente y que nos asegurasen su discreción con juramento, tentarían la dudosa fidelidad de los braccatos y cornutos (1). Nuestros agentes, bien pagados y elegidos entre los más obscuros, como los más á propósito para una trama de este género, arreglaron en seguida el asunto. Al amanecer, buen golpe de gente armada se presentó repentinamente delante del palacio, y exaltando á los más atrevidos los peligros propios de la empresa, degollaron á los guardias, penetraron en el interior y asesinaron á Silvano, después de sacarle medio muerto de una capilla dedicada al culto cristiano, donde se había refugiado.

(1) Los braccatos eran soldados auxiliares, sacados de la Galia Narbonense, cuyo nombre debían á las altas bragas que vestían. según la costumbre de su país. Los *cornutos* procedían de *Cornutum*, ciudad de Iliria.

Así pereció un hombre cuyo mérito era innegable, víctima de un extravío á que le arrastró infame calumnia. Encontrándose ausente, no pudo romper la red fatal en que envolvían su inocencia, y, desesperado, se lanzó á la sublevación para salvar la vida. Además, Silvano había desconfiado siempre del carácter versátil del príncipe, á pesar de los derechos que había adquirido á su gratitud al pasar tan oportunamente á su bando antes de la batalla de Mursa (1), con las fuerzas que mandaba. No se encontraba muy seguro, aunque nunca dejaba de aprovechar este título, recordando los hechos militares de su padre Bonito que, siendo franco, adoptó ardientemente, en la guerra civil, la causa de Constantino contra los licinianos.

Cosa singular fué que, antes de existir sintoma alguno de conmoción en las Galias, un día, reunido el pueblo en el circo máximo, por ilusión ó presentimiento, exclamó: «Silvano está vencido.»

Imposible es expresar la alegría de Constantino cuando llegó de Agripina la noticia de la muerte de Silvano. Con este éxito se exaltó su orgullo y lo creyó señal de predestinación. Enemigo del valor por instinto, obrando siempre como Domiciano, le atacaba por los medios contrarios. La empresa, tan bien guiada por Ursicino, ni siquiera le mereció un elogio; todo lo contrario, quejábase en sus cartas de los gastos efectuados con perjuicio del tesoro de las Galias, al que nadie, ciertamente, había tocado; llegando en este punto hasta ordenar una investigación, y sometió á un interrogatorio á Remigio, tesorero de la caja militar, el mismo que más

(1) Mursa, ciudad de la Iliria, cerca de la cual se libró la gran batalla en que pereció Magnencio con su partido. Constancio, que se encontraba en el ejército imperial, permaneció encerrado en una iglesia mientras duró el combate que decidía de la suerte de su reinado.

adelante, bajo el imperio de Valentiniano, terminó su vida con un lazo de cuerda en la causa de los legados tripolitanos.

Desde aquel día no reconoció límites la adulación. Constancio se alzaba hasta el cielo, disponía de los acontecimientos. Él mismo daba en estas extravagancias, reprendiendo y maltratando de palabra al que no sabía hablar elocuentemente. De la misma manera Creso, según refiere la historia, expulsó de sus estados á Solón, que no entendía el lenguaje de la lisonja; así también Dionisio quiso entregar á la muerte á Filoxeno, por haber guardado silencio él solo en medio del aplauso general, cuando el tirano recitaba en su corte los malos versos que había hecho (1). Este mal engendra todos los demás. ¿Qué satisfacción puede encontrar el poder en la lisonja, cuando no puede hablar la crítica?

Restablecida la tranquilidad, comenzaba el período de las persecuciones, aprisionando por millares y cargándoles de cadenas. Paulo estaba ebrio de alegría; aquel delator infernal había encontrado campo para su funesta destreza. Todos los miembros del consejo, civiles ó militares, tuvieron que tomar parte en las informaciones. Por orden suya se aplicó el tormento á Próculo, aparitor de Silvano, hombre endeble y valetudinario, ocasionando este hecho grandes alarmas, porque se temía que la crueldad de los verdugos, triunfando de una constitución tan débil, llegase á conseguir de él revelaciones comprometedoras; pero sucedió todo lo contrario. El paciente, como refirió después, había tenido un sueño que le prohibía entregar á ningún inocente; por esta razón se dejó atormentar hasta casi morir sin que sus labios pronunciaran un nombre, ni una

(1) La respuesta de Filoxeno á Dionisio fué: «Que vuelvan á llevarme á las canteras.»

palabra pue pudieran aprovechar contra otro. Además, aseguró constantemente y demostró hasta la evidencia que la aventurada tentativa de Silvano no era un plan premeditado, sino puramente efecto de la fuerza de las circunstancias; citando como prueba de su aserto un hecho comprobado por numerosos testigos. Este hecho consistía en que, cinco días antes de vestir las insignías del poder imperial, hacía pagar el sueldo á las tropas, y, en nombre de Constancio había exhortado á los soldados á mostrarse valerosos y fieles. Indudable es que si en aquel momento hubiese pensado en la usurpación, habría distribuído en su propio nombre aquella considerable cantidad. Perdonado Próculo, fué llevado al suplicio Pemenio. Ya hemos referido cómo le eligió por jefe el pueblo de Tréveris, cuando cerró las puertas al césar Decencio (1). A éstas siguieron una tras otra las ejecuciones de los cónsules Asclepiodoto, Luto, Maudio y los de otros muchos; hechos todos muy característicos de aquella época de inflexible crueldad.

En la época de estos asesinatos jurídicos, era prefecto de la ciudad eterna Leoncio, que tenía como magistrado muchas cualidades apreciables, fácil para escuchar, rigurosamente imparcial y de benévolo carácter. Censurábanle, sin embargo, cierta rudeza en el ejercicio de su autoridad y excesiva inclinación al amor. Por la causa más frívola promovióse contra él una sedición: había mandado prender al auriga Filocomo, y el pueblo se amotínó en el acto por su favorito, llegando á furiosas demostraciones contra el prefecto. Creían sin duda intimidarle, pero se mantuvo firme é imponente, hizo que sus aparitores echaran mano á los más alborotado-

(1) Decencio era hermano de Magnencio, que le había creado César. Se ha perdido el libro de Ammiano que hablaba de este acto de fidelidad de los habitantes de Tréveris.

res, que fueron azotados y deportados y ninguno se atrevió á pronunciar palabra ni á intentar resistencia. Sin embargo, pocos días después, el pueblo, que continuaba agitado, so pretexto de carestia de vino (1), habiéndose reunido en el Septizonio (2), barrio de los más frecuentados, donde el emperador Marco Aurelio con grandes gastos hizo construir el magnífico edificio del Nimfeo, el prefecto marchó resueltamente allá. Toda su comitiva, funcionarios y agentes, le rogaban que no se presentase á aquella multitud irritada y amenazadora, que tenía contra él reciente motivo de disgusto; pero se dirigían á un hombre incapaz de temor. Leoncio marchó directamente á la multitud, sin tener en cuenta lo débil de su comitiva, de la que una parte huyó al verle decidido á arrostrar tan evidente peligro. Tranquilamente sentado en su carro, paseó serena mirada por las tumultuosas masas que le rodeaban, cuya agitación convulsiva parecía la de un nido de serpientes. Brotaban injuriosas exclamaciones y las escuchaba con impasibilidad; de pronto, apostrofando en medio de la multitud á un individuo que se destaca por su atlética estatura y rojos caballos, le pregunta si es Pedro Valvomeres, y aquel hombre contesta con insolencia que él es. Entonces el prefecto, á quien desde mucho antes estaba indicado aquel individuo como cabeza de motín, le hizo atar las manos á la espalda y azotarle, á pesar de los gritos que no podia menos de arrancar aquella orden. Pero en cuanto vieron á Valvomeres

(1) El pretexto más frecuente para las revueltas en Roma era la escasez de vino ó la falta de las distribuciones ordinarias.

(2) Otros dicen *Septizodium*. Roma poseia algunos edificios denominados así. El que cita Ammiano existía ya en tiempo de Tito y había dado su nombre á un barrio: era circular y estaba rodeado de siete filas de columnas escalonadas, es decir, que disminuian sucesivamente de altura hasta el círculo exterior, que era el más bajo de todos.

en el poste, á pesar de sus reiteradas apelaciones á la compasión de sus compañeros, la multitud, tan compacta un momento antes, desapareció instantaneamente por las calles inmediatas, y aquel peligroso promovedor de motines recibió el castigo sin más resistencia que si se lo aplicasen en la secreta cámara judicial. En seguida marchó relegado al Picentino, donde después fué condenado á muerte y ejecutado por sentencia del consular Patruino, por atentado al pudor de una doncella perteneciente á familia notable.

Durante la administración de este mismo Leoncio, fué llevado ante Constancio, Liberio, pontífice cristiano, como refractario á la voluntad imperial y á las decisiones de sus compañeros en episcopado. Diré algo acerca del punto de disidencia. Un sínodo, según llaman los cristianos á la reunión de los altos dignatarios del clero, había depuesto á Atanasio (1), obispo de Alejandría, por haber prevaricado y por haberse entregado á persecuciones impropias de su carácter de sacerdote: al menos, de esto le ha acusado siempre el rumor público. Decíase que realmente era muy perito en el arte de la adivinación y en la ciencia de los augures, habiendo vaticinado algunas veces lo porvenir; sin olvidar ciertas imputaciones igualmente contrarias al espíritu de la religión que enseñaba. Mandóse á Liberio de parte del príncipe, que firmase el decreto que expulsaba á Atanasio de su silla. Pero Liberio, aunque conforme en los

(1) San Atanasio, nacido en 294, célebre obispo de Alejandría y primado de Egipto; fué el mayor adversario de la herejía de Arrio, cuyos partidarios le persiguieron hasta su muerte, ocurrida en 373. Sus luchas, sus triunfos, sus condenas y sus destierros, que forman uno de los episodios más interesantes de la historia de la Iglesia, llenan brillantemente todo el período cuyo cuadro describe aquí Ammiano, siendo extraño que escritor tan dado á digresiones no haya hecho más que mencionar este nombre en su relato.

puntos de doctrina con el sínodo, se negó obstinadamente á coadyuvar, protestando enérgicamente de la indignidad de un juicio en el que el acusado no había sido oído ni siquiera llamado. Esto era contrariar abiertamente la voluntad del Emperador. Éste, que siempre había detestado á Atanasio, considerando la condenación como válida, tenía singular empeño en que la confirmase la autoridad preponderante del obispo de la ciudad eterna. No logrando su propósito, mandó prender á Liberio, y fué preciso hacerlo de noche, á causa del amor que profesaba el pueblo á su obispo.

Tales cosas ocurrieron en Roma en esta época. Tenía entonces Constancio motivos de graves inquietudes. Sucedíanse sin interrupción mensajeros anunciando la ruina de las Galias, porque no encontrando los bárbaros resistencia en parte alguna, todo lo llevaban á sangre y fuego. Por largo tiempo meditó para encontrar un medio que no le obligase á abandonar su residencia de Italia, porque veía gravísimo peligro en alejarse tanto del centro: siendo muy prudente el partido que adoptó, que consistía en asociar á su poder á Juliano, hijo de su tío paterno, á quien poco antes había llamado de Grecia (1) y que todavía llevaba el traje de los filósofos de este país.

Cuando Constancio manifestó á sus confidentes más íntimos la resolución á que la impulsaba la gravedad de las circunstancias, confesando, cosa que nunca había hecho, su impotencia para soportar solo la carga, cada día más pesada, del gobierno del Estado, todos aquellos maestros en el arte de adular se esforzaron para aturdirle acerca de su posición; repitiendo hasta la saciedad

(1) Al escapar Juliano, por la intervención de la emperatriz Eusebia, á las acusaciones de que habia sido objeto, obtuvo permiso para retirarse á Grecia y entregarse por completo al estudio.

que no había exigencias, por grandes que fuesen, de que no pudiesen triunfar como siempre, su fuerza de ánimo y su fortuna sobrehumana. Algunos que tenían motivos para temer al nuevo poder, pretendían que solamente el nombre de César estaba preñado de peligros y podía reproducir la época de Galo. La emperatriz sola hacía frente á aquellos obstinados adversarios á la participación en el gobierno; bien porque la asustase la longitud del viaje que tenía que hacer, bien que por instinto de prudencia comprendiese dónde estaba el verdadero interés del Estado; insistiendo en la elección de un pariente con preferencia á cualquier otro. Después de muchas deliberaciones infructuosas, el Emperador, cortando debates, mostró su decisión de admitir á Juliano á la participación del mando. En el día señalado, Augusto, llevando por la mano á Juliano, delante de todas las fuerzas presentes en Milán, subió á un tribunal, de intento muy elevado sobre el suelo, y decorado en todos sus frentes con águilas y estandartes, hablando en seguida así, con sereno rostro:

«Valientes defensores de la república, vengo á vindicar ante vosotros una causa que nos es común á todos: trátase del bien de la patria. A jueces tan rectos como vosotros, tendré muy pocas palabras que decir. Más de una vez ha dirigido contra nosotros sus furores la rebelión: los autores de tan insensatas tentativas ya no existen; pero como ofrenda impía á sus manes, los bárbaros hacen correr torrentes de sangre romana. Rompiendo todos los tratados, traspasando todos los límites y hollando las Galias devastadas, confían en los imperiosos deberes que nos retienen y en la enorme distancia que los separa de nosotros. Grave es el mal, pero pronta resolución puede remediarlo. Que vuestra voluntad se una á la mía, y esas soberbias naciones serán humilladas, no atreviéndose nadie en adelante á violar

nuestras fronteras. He tomado una resolución en que descansan bellas esperanzas; á vosotros toca secundar su efecto. Aquí tenéis á Juliano, mi primo paterno, cuyos títulos á mi afecto por su intachable conducta conocéis. En su juventud ha dado ya brillantes esperanzas: deseo elevarle al rango de César; y si creéis acertada la elección, os pido que la afirméis con vuestro consentimiento.»

Favorable murmullo interrumpió la oración, considerando cada cual, como por especie de adivinación, que aquello, más que pensamiento humano era arbitrio del destino. El Emperador esperó con paciencia que se restableciese el silencio, y con acento más firme, continuó diciendo: «Considero como aprobación el estremecimiento de alegría que acabo de escuchar. Elévese, pues, á honor tan insigne el joven en quien la fuerza tan bien se une á la prudencia, y á quien alabaría mejor imitando la reserva que forma su carácter. Además, eligiéndole, rindo debido homenaje á las cualidades que tiene de la educación y de la naturaleza. En vista de esto, con beneplácito de Dios, le revisto las insignias de príncipe.»

Dicho esto, cubre á Juliano con la púrpura de sus abuelos y le proclama César, entre los aplausos de la asamblea. Volviéndose en seguida hacia el nuevo príncipe, cuyo semblante parecía más grave que de costumbre, le dijo: «Hermano querido, muy joven aún participas de los esplendores de tu familia. Considero que mi gloria ha aumentado; y no me creería tan grande por la posesión del poder absoluto, como por este acto de justicia que eleva hasta mí á quien tan de cerca me toca. Marcha, pues, asociado en adelante á mis trabajos y peligros, á tomar á tu cargo el gobierno de las Galias. Aplica á sus dolores el bálsamo de tu intervención tutelar. Si es necesario combatir, tienes señalado tu pues-

to al lado de las enseñas. Sé atrevido con aportunidad, pero no muestres valor irreflexivo. Anima al soldado con tu ejemplo, pero guárdate tu mismo de todo arrebato. Estarás siempre presente para prestar socorro si ceden. Reprende sin dureza cuando parezca que va á faltar el valor, y entérate siempre por ti mismo de quién ha cumplido bien y quién ha faltado. Las circunstancias nos estrechan, y como varón animoso, marcha á mandar hombres valientes, contando con la cooperación más activa y sincera de mi parte. Combatamos de acuerdo. Combatiremos unidos para que, si place á Dios escuchar un día mis ruegos y devolver la paz al mundo, podamos, de acuerdo, gobernarlo con amor y moderación. En todas partes he de recordarte, y suceda lo que quiera, nunca te faltaré. Marcha, pues, marcha; te siguen todos mis votos, y muéstrate vigilante defensor del puesto á que te ha elevado la confianza pública.»

Nadie calló al escuchar estas últimas palabras. Los soldados, con muy pocas excepciones, para mostrar su entusiasmo por la elección que acababa de hacer el Emperador, golpearon fuertemente los escudos con las rodillas, que es su manera de demostrar profundo regocijo, como cuando lo golpean con la lanza es señal de que se irritan ó van á disgustarse. Justa admiración estalló á la presencia del César revestido con la púrpura imperial, contemplando todos con afán aquellos ojos tan terribles como agradables y aquel semblante tan gracioso como animado; y el soldado hacía el horóscopo del príncipe como si conociese el antiguo sistema que hace depender las facultades morales de ciertas señales exteriores. Y, lo que daba mayor peso á sus alabanzas, sabía conservar en ellas la justa medida, no yendo más allá de las conveniencias ni de la verdad; siendo la expresión de estas alabanzas, no como podía esperarse de

soldados, sino de censores. Juliano subió en seguida al carro del Emperador y regresó á palacio recitando en voz baja este verso de Homero:

Ελλαβε πορφύρεος θάνατος καὶ μοῖρα κραταιή (1).

Ocurría esto el 8 de los idus de Noviembre (2), bajo el consulado de Arbeción y de Loliano. Pocos días después casó Juliano con Helena, hermana de Constancio; y, después de prepararlo aceleradamente todo para el viaje, partió el día de las kalendas de Diciembre (3) con séquito muy modesto, acompañándole el Emperador hasta las dos columnas alzadas á mitad del camino de Lumela á Ticino, desde donde tomó el César en línea recta la dirección de Turín. Esperábale una triste noticia que la corte sabía ya, pero que por precaución política habían mantenido secreta. Los bárbaros, después de obstinado asedio, habían tomado por asalto y saqueado la célebre colonia Agripina, en la Germania inferior. Aquella desgracia impresionó el ánimo de Juliano, considerándola presagio de lo que había de acontecerle; y muchas veces se le oía repetir con amargura que con su advenimiento solamente había conseguido morir menos tranquilo.

A su entrada en Viena acudió á recibir al deseado príncipe la población entera de todo rango y edad, y no solamente los que la habitaban, sino que también los de las cercanías; resonando por todas partes y con el mayor entusiasmo, en cuanto le vieron, las palabras Emperador clemente, Emperador afortunado. Gozábase

(1) «La muerte con manto de púrpura y el inflexible destino han puesto mano en él.» Alusión al color rojo que Homero atribuye al manto de la muerte.

(2) 6 de Noviembre.

(3) 1.° de Diciembre.

con avidez al ver al fin los atributos reales en un príncipe legítimo: su presencia iba á remediarlo todo, siendo como un genio tutelar que se presentaba en el momento en que todo parecía perdido. Una pobre mujer ciega había preguntado qué entrada se celebraba, y cuando le contestaron que la de Juliano, exclamó que él restablecería los templos de los dioses.

Puedo decir ahora, como antes el insigne vate mantuano, que mi asunto se engrandece, que ante mí se desarrolla una serie de acontecimientos más majestuosos. Creo que es conveniente una descripción de las Galias, teatro donde se realizaron, porque estos conocimientos, puestos incidentalmente en medio del relato, cuando el interés del lector queda despierto esperando una batalla ó las peripecias del combate, hacen que el autor se parezca al marinero que, en las horas de holganza, descuida la recomposición de las velas y jarcias y se ve obligado á hacerla cuando se encuentra luchando ya con la tempestad y azotado por las olas.

Faltos de datos precisos, los autores antiguos nos han transmitido acerca del origen de los galos nociones más ó menos incompletas. Pero más recientemente Timagenes, griego por la actividad de su espíritu como por su lengua, consiguió reunir considerable número de hechos por mucho tiempo perdidos entre libros obscuros, de donde los había sacado. Voy, pues, á aprovechar sus investigaciones, procediendo metódicamente para que cada cosa resulte en su lugar con claridad.

Por relatos de los contemporáneos, los aborígenes de aquella comarca, fueron llamados Celtas, del nombre de un rey muy querido, ó Gálatas, del nombre de la madre de aquél rey. De este último nombre los griegos han hecho el de galos. Según otros, una colonia de dorios, siguiendo al más antiguo de los Hércules, vino

á habitar el litoral. Teniendo en cuenta las antigüedades druídicas, solamente una parte de la población de la Galia es indígena, formándose en épocas diferentes por el ingreso de insulares extranjeros, venidos del otro lado de los mares, y por pueblos transrhenanos arrojados de sus hogares, bien por las vicisitudes de la guerra, permanente en aquellas comarcas, bien por las invasiones de los elementos fogosos que caen sobre las costas. Dicen otros que un puñado de troyanos, escapados del saqueo de su ciudad, encontrando por todas partes griegos en su fuga, vino á establecerse en aquella región, desierta entonces. La opinión que sostienen los naturales del pais, robustecida con sus monumentos, es que Hércules, hijo de Amphitrion, rápido destructor de Geryon y Taurisco, uno tirano de España y el otro de la Galia, tuvo en su comercio con diferentes mujeres de las familias más nobles de este último país considerable número de hijos, de los que cada uno dió su nombre á una comarca regida por sus leyes. Dice la misma tradición que una emigración de focenos del Asia, huyendo de la opresión de Harpalo, sátrapa de Cyro, abordó primero en Italia, donde fundó la ciudad lucaniana de Velia; después marchó con el resto de su gente á construir Marsella, en la Galia vienense, establecimiento que, habiendo prosperado, andando los tiempos llenó el país con numerosas colonias.

Pero abreviaré esta reseña, que mucha prolijidad haría enojosa. La civilización se introdujo insensiblemente en estos pueblos y se aficionaron al cultivo de la inteligencia, bajo la inspiración de sus bardos, euhages y druidas. Los bardos celebraban las grandes hazañas en cantos heroicos con dulces modulaciones de lira: los euhages investigaban y comentaban los sublimes secretos de la naturaleza. Las especulaciones de los druidas eran muy superiores á éstas: formando comunidad bajo estatutos de

Pitágoras (1), dedicado constantemente el espíritu á las cuestiones más abstractas y arduas de la metafísica, como su maestro, despreciaban las cosas humanas y defendían la inmortalidad del alma.

Esta región de las Galias, que, exceptuando sus comarcas marítimas, está separada del resto del género humano por gigantescas montañas coronadas por nieves eternas, ha recibido de la naturaleza conjunto de defensas tan completo como si el arte hubiese intervenido en ello. Bañada al Mediodía por el mar Tirreno y Gálico, al Norte, opone como barrera á los bárbaros la corriente del Rhin; al poniente la rodean el Océano y las alturas de los Pirineos, y por el lado que sale el sol la imponente masa de los Alpes Cottianos, donde el rey Cottis se resistió solo contra nosotros por tanto tiempo, protegido por sus impracticables desfiladeros ó inaccesibles peñascos. Aquel príncipe, sin embargo, depuso más adelante su orgullo, y él fué quien, amigo del emperador Octaviano, movido por memorable cariño, y después de inauditos esfuerzos, abrió más lejos, á través de los viejos Alpes, esos cómodos caminos que abrevian los viajes. Más adelante daré acerca de estos trabajos los datos que he podido reunir. En los mismos Alpes Cottianos, que comienzan en la ciudad de Susa, hay una cresta que es casi completamente infranqueable. El viajero que viene de la Galia sube con facilidad por un plano ligeramente inclinado; mas para descender por la parte opuesta se encuentra una pendiente y precipicios cuyo sólo aspecto estremece. En primavera especialmente, cuando la suavidad de la tempera-

(1) Los druidas vivían en común y profesaban la inmortalidad del alma. Esta semejanza de creencia y régimen con la doctrina del célebre filósofo, han bastado para acreditar la apócrifa tradición de un viaje de Pitágoras á las Galias.

tura produce el deshielo y derrite las nieves, peatones, bestias de carga y carros vacilan y tropiezan en una calzada estrecha, encajada entre dos precipicios y cortada por hoyos ocultos bajo acumulación de nieblas. Solamente se ha encontrado hasta ahora un medio para disminuir las probabilidades de destrucción; y es sujetar los vehículos con recias cuerdas que retienen á la espalda, á fuerza de brazos ó con yuntas de bueyes, y una vez contenidos de esta suerte, convoyarlos con alguna más seguridad hasta el pie de la cuesta. Así se obraba en los tiempos antiguos. En invierno, endurecido el suelo y como pulimentado por el hielo, por todas partes presenta superficie resvaladiza en que apenas se puede sentar el pie; y profundos abismos á los que una capa de hielo presta pérfida apariencia de llanuras, devoraron más de una vez á los imprudentes que se atrevieron á penetrar en ellos. Así es que, para seguridad de los viajeros, los habitantes del país, que conocen los pasos, cuidan de señalar el camino más seguro por medio de largos palos clavados en el suelo. Pero si derribados por los desprendimientos, desaparecen estos palos bajo la nieve, la travesía viene á ser muy peligrosa hasta tomando por guías á los habitantes de las inmediaciones. Franqueado este paso, se marcha por llano durante siete millas hasta la estación de Marte, donde se alza un pico más elevado y mucho más difícil de atravesar, y cuyo vértice tomó el nombre de la Matrona, desde la desgracia ocurrida á una mujer noble. Desde allí se desciende por suave pendiente hasta el castillo Virgancio. El sepulcro del reyezuelo constructor de los caminos de que hemos hablado se ve aún junto á las murallas de Susa, existiendo doble motivo para venerar su memoria porque gobernó su pueblo con equidad, y con su alianza con nosotros le aseguró perpetua paz.

El camino de que acabamos de hablar es realmente el más corto, más directo y más frecuentado; pero anteriormente se habían abierto otros en diferentes épocas, siendo obra el más antiguo del Hércules Tebano; trabajo que apenas fué momento de detención para el héroe, cuando corría á dar muerte á Geryon y á Taurisco. Este camino costea los Alpes marítimos, á que llamó Hércules Alpes Griegos. La fortaleza y el puerto de Mónaco son monumentos eternos de su paso por aquellas comarcas. Muchos siglos después tomó esta cadena el nombre de Alpes Peninos, por el siguiente motivo: Publio Cornelio Scipión (1), padre del primer Africano, encargado de llevar socorros á Sagunto, tan célebre por su constancia y sus desgracias, y cuyo asedio estrechaban fuertemente á la sazón las fuerzas púnicas, navegaba hacia España con una flota montada por considerable número de tropas. Pero ya habían triunfado las armas de Cartago; estaba consumado el desastre, y Scipión no podía lisonjearse de alcanzar por tierra á Anníbal, que había cruzado el Ródano, y hacía ya tres días que estaba en marcha para Italia. El mar le ofrecía camino más corto, y navegando rápidamente, colocóse en observación delante de Génova, ciudad de la Liguria, encontrándose dispuesto para caer con oportunidad sobre el enemigo en cuanto desembocase en la llanura, fatigado por las dificultades del camino. No se limitó á esto la previsión de Scipión, sino que envió

(1) Hijo de Cneo y padre del primer *Africano*, mandaba el ejército romano en la batalla del Tesino, que perdió contra Annibal, á pesar de los prodigios de su valor. Marchando desde allí á España, donde se reunió con su hijo Cneo, derrotó en muchos combates fuerzas púnicas muy superiores, y casi terminando la conquista de la península, contrabalanceó la fortuna del héroe de Cartago en Italia; pero sucumbió en un combate de caballería que sostuvo contra Massinisa, rey de los numidas, que después fué aliado de Roma y amigo de su hijo.

á su hermano para que contuviese en España al ejército de Asdrúbal, que amenazaba á Roma con doble invasión. Pero algunos desertores enteraron á Anníbal de la presencia de Scipión, y como era tan enérgico como astuto, tomó guías en Turín que le llevaron en otra dirección por el Tricastino y los extremos confines de los Voconcios, hasta los desfiladeros de los Tricorios. Allí abrió paso donde nadie lo había abierto antes, horadando una roca enorme, blandeándola por medio de fuego y vinagre que hizo derramar; y cruzando después el cauce variable y peligroso del Druencio, invadió repentinamente las campiñas de la Etruria. Pero basta de los Alpes; hablemos del resto de la Galia.

Remontando á época muy antigua, en que todavía era desconocida la Galia bárbara, parece que se encuentra dividido el país entres razas perfectamente distintas, los celtas ó galos, los aquitanios y los belgas; diferentes las tres en lenguaje, costumbres y gobierno. El límite natural entre los aquitanios y los celtas ó galos es el Garona, río que nace en los Pirineos y baña numerosas ciudades antes de penetrar en el Océano. A los galos separan de los belgas el Matrona (Marne) y el Sequana (Sena), ríos que tienen igual importancia y que atraviesan la Galia Lugdunense, encerrando con su unión la fortaleza de los Parisios, llamada Lutecia; después, reunidos en el mismo lecho, penenetran en el mar, cerca de la ciudad á que dió su nombre Constancio Cloro.

Para nuestros antepasados, de estas tres naciones, la de los belgas pasaba por la más valiente; cosa que dependía de su posición que, por una parte, la alejaba del contacto de la civilización y refinamientos que trae consigo, y por otra la tenía en continua guerra con los pueblos germanos del otro lado del Rhin. Los aquitanios, por el contrario, merced á la proximidad de las

distancias y fácil acceso de sus costas, llamaban en cierto modo las importaciones del comercio. Por esta razón se pulieron muy pronto, oponiendo débil resistencia á la dominación romana.

Cuando cansada de guerra se sometió la Galia al dictador Julio César, quedó dividida en cuatro gobiernos: el de la Galia Narbonense, comprendiendo el Lugdunense y el Viennense; el de Aquitania, que abarcaba todos los pueblos del nombre de aquitanios, y otros dos que regían respectivamente las Germanias, tanto superior como inferior, y el país de los belgas. Todo el país de las Galias está dividido hoy en las siguientes provincias: la segunda Germania, que posee las grande y populosas ciudades de Tungris y Agripina; la primera Germania, en la que se encuentran, entre otras ciudades municipales, Moguntiacus (1), Vagion (2), Nemeta (3) y Argentoratus, célebre después por la derrota de los bárbaros. Viene en seguida la primera Bélgica, que se enorgullece con Mediomatrico (4) y Treviros (5), residencias ilustres de soberanos: la segunda Bélgica, limítrofe de la primera, en la que se encuentran Ambiano (6), ciudad eminente entre las demás y Catelauni (7) y Remi (8). En el país de los Seguanos cuéntase Bisontios (9) y Rauracos (10), inferiores á muy pocas ciudades. Son ornamento del Lugdunense primero, Lug-

(1) Maguncia.
(2) Worms.
(3) Spira.
(4) Metz.
(5) Tréveris.
(6) Amiens.
(7) Chalons del Mar.
(8) Reims.
(9) Besançon.
(10) Basilea.

dunum (1), Cabillonum (2), Senonen (3), Rituriga (4), y Augustudunun (5), admirable por sus vetustas murallas. El segundo ostenta orgullosamente Rothoomagum (6), Turonem (7), Mediolanum (8) y Tricassinum (9). Los Alpes Griegos y Peninos, además de otras más obscuras..... posee Aventicum (10), desierta hoy, pero notable en otro tiempo, como lo demuestran todavía las ruinas de sus edificios. Estas provincias y ciudades son lo más floreciente de las Galias. En la Aquitania, limitada por los Pirineos y por el mar que baña la España, la primera Aquitania es notable por la grandeza de sus ciudades, entre las que debe citarse en primer lugar Burdegala (11), las Avernas (12), Santones (13) y Pictavi (13). Auscum (14) y Vesata (15), son el honor de la Noven-populana (16); Eusa, Narbona y Tolosa sobresalen entre las ciudades de la Narbonense. Orgullosa está también la Vienense de la belleza de sus ciudades, de las que las más notables son la misma Viena, de la que toma nombre, y después Arelata (17) y Valentia (18). Debe citarse también á Marsella, poderosa

(1) Lyon.
(2) Châlons del Saona.
(3) Sens.
(4) Bourges.
(5) Autum.
(6) Ruan.
(7) Tours.
(8) Evreux.
(9) Troyes.
(10) Aveuche.
(11) Burdeos.
(12) Clermont-Ferrand.
(13) Poitiers.
(14) Auch.
(15) Bazas.
(16) La Gascuña.
(17) Arlés.
(18) Valence.

auxiliar de Roma en muchas circunstancias críticas, según refiere la historia. Cerca se encuentran Saluvium (1), Nicæa (2), Antipolis (3) y las islas Stœchades (4), y como las circunstancias del asunto me lleva á hablar de estas regiones, callar acerca de un río tan famoso como el Ródano, sería incongruente y absurdo.

El Ródano, al salir de los Alpes Peninos, precipita impetuosamente hacia las tierras bajas considerable masa de agua, y sin perder nada de ella, marcha por su cauce, llenándolo hasta los bordes. En seguida penetra en un lago llamado Lemano, que atraviesa sin mezclarse con sus aguas, y surcando en la parte superior aquella masa relativamente inerte, á viva fuerza se abre paso en ella. Desde allí, sin haber perdido nada de su caudal, pasa entre la Saboya y el país de los sequanos, continúa su curso, dejando á la derecha la Vienense y á la izquierda la Lugdunense, formando bruscamente un recodo después de reunirse con el Arar, originario de la Germania primera y al que en el país llaman Saucona (Saone), perdiendo su nombre en la reunión. Aquí comienzan las Galias, y desde este punto no se mide ya la distancia por millas, sino por leguas. Engrosado por este afluente, el Ródano es asequible ya á las naves más grandes, aquellas que ordinariamente no navegan sino á la vela. Llegado al fin al término que la naturaleza ha señalado á su carrera, lleva sus espumosas ondas al mar de las Galias por vasta desembocadura, cerca del punto llamado Las Gradas (5), á unas diez y ocho millas de Arelata. Pero basta de descripción de luga-

(1) Aú.
(2) Niza.
(3) Antibes.
(4) Las islas Hyeres.
(5) Los escalones que se hacían en las riberas de los ríos para la comodidad de la carga y descarga de las naves.

res; pasemos á la figura y costumbres de sus habitantes.

Generalmente los galos tienen elevada estatura, blanca tez, rubia cabellera y mirada fiera y temible. Su carácter es excesivamente pendenciero y arrogante. En riña, cualquiera de ellos hace frente á muchos extranjeros á la vez, sin más auxiliar que su esposa, campeón mucho más temible sin duda: cosa es de verla con las venas hinchadas por la ira, recoger sus brazos, blancos como la nieve, y lanzar con manos y pies golpes que parecen partir de una catapulta. Tranquilos ó irritados, los galos tienen casi siempre en la voz tonos amenazadores y terribles. Generalmente son limpios y cuidadosos de sus personas; y en este país, especialmente en Aquitania, no se ve á nadie, hombre ó mujer, que lleve vestidos sucios ó rasgados, como es muy común en todas partes. En cualquier edad son soldados los galos, corriendo al combate con igual ardor jóvenes ó viejos, no habiendo trabajo insoportable para aquellos cuerpos endurecidos por los rigores del clima y por ejercicio constante. Entre ellos es cosa desconocida la costumbre italiana de amputarse el dedo pulgar para librarse del servicio de las armas, y el epíteto de *mureus* (cobarde) que de esto dimana. Gustan apasionadamente del vino, y para suplirlo, fabrican diferentes bebidas fermentadas (1). La embriaguez, ese frenesí voluntario, según la sentencia catoniana, es allí el estado habitual de muchos hombres de baja condición, que vagan de aquí para allá en completo embrutecimiento, lo que hace verdadera la frase de Cicerón al defender á Fonteyo: «Los galos

(1) Estas bebidas fermentadas las extraían de la miel, de la cebada ó de los frutos de algunos árboles; la hidromiel, la cerveza y la sidra. Como las primeras viñas se plantaron en Francia en tiempo del emperador Probo, el uso del vino podia ser raro todavía en la época de Ammiano.

pondrán agua en el vino», que para ellos sería lo mismo que poner veneno.

La parte de esta región, vecina á Italia, pasó sin grandes esfuerzos al poder romano. Su independencia, amenazada primeramente por Fulvio, muy quebrantada después en una serie de escaramuzas contra Sextio, quedó completamente abatida por Fabio Máximo; triunfo que no consiguió, sin embargo. hasta que venció á los Alobroges, nuestros adversarios más obstinados en esta lucha y que le valió un apelativo. Pero solamente después de diez años de campañas, según refiere Salustio, y diferentes alternativas de victorias y reveses, la totalidad de la Galia, exceptuando las comarcas inaccesibles por los pantanos, quedó al fin sometida á César y unida al Imperio por lazo indisoluble en lo sucesivo. Mucho me ha separado del asunto está digresión; volvamos á él.

Después de la trágica muerte de Domiciano, gobernaba el Oriente Musoniano, que le había sucedido en las funciones de prefecto del pretorio. La reputación que adquirió por su agradable facilidad para expresarse en los dos idiomas, le valió inesperado ascenso. Deseando Constantino instruirse á fondo en las sutilezas del dogma de los maniqueos (1) y otros sectarios, no sabía á quién dirigirse para que se las explicase. Recomendáronle á Musoniano y lo aceptó ante las seguridades que le dieron de su aptitud. Desempeñó éste el encargo á satisfacción del príncipe, que se la manifestó, en primer lugar, haciéndole cambiar su nombre de Strategio

(1) Maniqueos, secuaces de Manes, célebre heresiarca oriundo de Persia, cuyo verdadero nombre era Cubricus. Su invento consistía en amalgamar las creencias religiosas de Persia con los dogmas del cristianismo, sosteniendo la existencia de dos principios coeternos é independientes, uno autor del bien y otro del mal.

por el de Musoniano, y en seguida elevándole gradualmente hasta la prefectura. Carácter prudente, afable y conciliador, hubiese hecho muy suave su administración á las provincias, á no ser por la codicia que mostró en toda ocasión, y especialmente en donde es más odioso este vicio, en la administración de justicia. Esta sórdida pasión descolló principalmente en las actuaciones á que dio origen la muerte de Teófilo, consular de Siria, señalado por una frase de Galo al furor del populacho, que lo despedazó. Todos los acusados pobres fueron condenados, aunque hubiesen probado hasta la evidencia que no se encontraron allí; todo acusado rico fué perdonado aun después de demostrada su culpabilidad; pero solamente á precio de su completo despojo. Musoniano tenía un rival en rapacidad en la persona de Próspero, que entonces desempeñaba el mando militar en la Galia, hombre abyecto de los que, como dice el Cómico, «desprecian las precauciones y roban publicamente».

Mientras estos dos hombres, por medio de culpable connivencia, se prestaban en sus depredaciones recíproco apoyo, los lugartenientes del rey de Persia, cuyas fuerzas estaban acantonadas á lo largo de los ríos fronteros, mientras se encontraba retenido su señor en el otro extremo de su Imperio, no dejaban de enviar grupos para que inquietasen nuestro territorio; eligiendo su audacia aumentada con la impunidad, por teatro de sus incursiones en tanto la Armenia, en tanto la Mesopotamia; y esto á la vista de los gobernadores romanos, que, por su parte, no pensaban más que en apropiarse los bienes de sus súbditos.

LIBRO XVI

SUMARIO

Elogio del César Juliano.—Juliano ataca á los alemanes, los derrota, los dispersa y les hace prisioneros.—Recobra Colonia de los francos y trata con sus jefes.—Sostiene un sitio en Sens contra los alemanes.—Virtudes del César Juliano.—Acusado Arbeción, es absuelto.—Euterio, cubiculario de Juliano, defiende á su señor contra Marcelo. Elogio de Euterio.—Circulan en el campamento de Constancio falsos relatos y calumnias.—Rapacidad de los cortesanos.—Negociaciones para la paz con los persas.—Aparato militar y casi triunfal de la entrada de Constancio en Roma.—El césar Juliano ataca á los alemanes en las islas del Rhin, donde se habían refugiado, y repara los muros de Tres Tavernas (1).—Coalición de los reyes alemanes contra la Galia.—Juliano les ataca y derrota cerca de Argentoratum (2).

(AÑO DE J. C. 356.)

Cuando de esta manera se desenvolvía el orden de los hechos en el mundo romano, Constancio, que había entrado en su octavo consulado, escribió por primera vez el nombre de Juliano en los fastos consulares. En tal momento no pensaba aquel esforzado ánimo más que en combates y en el exterminio de los bárbaros, prometiéndose, con auxilio de la fortuna, restablecer la unidad que éstos habían roto en la provincia. Las grandes cosas que realizó en las Galias, favorecido por el

(1) Saverne.
(2) Strasburgo.

hado y por su genio, pueden compararse á las más memorables de los tiempos antiguos. Procuraré referirlas, á pesar de que la tarea es muy superior á mi escaso talento; y la narración, aunque despojada de todo adorno ficticio y apoyada en testimonios auténticos y en las pruebas más irrecusables, parecerá algunas veces que se torna en panegírico. Diríase que constante progresión hacia el bien fué la ley de la existencia de este príncipe, desde su noble cuna hasta su muerte. Su fama, aumentando lo mismo en paz que en guerra, le elevó rápidamente al nivel de los soberanos más grandes. Por la prudencia se le ha comparado con Tito; por sus triunfales expediciones con Trajano, y por la clemencia con Antonino. Perseverante tendencia á la perfección ideal le haría semejante á Marco Aurelio, á quien Juliano había tomado como modelo para sus actos y costumbres. Cicerón ha dicho: «Gózase de las artes de la misma manera, sobre poco más ó menos, que de la vista de un árbol hermoso: toda la atención se fija en el tronco y follaje, no quedando ninguna para las raíces.» Así también en los primeros desarrollos de aquel hermoso carácter, hay partes que quedaron inapreciadas por efecto de diversas circunstancias, y que deben admirarse, sin embargo, con más razón que las grandes cosas que realizó después. Porque aquel dominador de la Germania, aquel pacificador de las heladas orillas del Rhin, aquel heroe cuyo brazo derribó á los reyes de los bárbaros ó los cargó de cadenas, no fué un guerrero experimentado á quien sacó de su tienda el grito de los combates, sino un discípulo de las Musas, casi adolescente, educado como Erecchteo (1) en el seno de Minerva y bajo las tranquilas sombras de la Academia.

(1) Erichton, que Ammiano confunde con Erectheo, su nieto, fué un antiguo rey de los Atheneos, cuyo nombre pertenece á la mitología más bien que á la historia. La fábula le supuso

Invernaba en Viena Juliano, presa de constantes preocupaciones y en medio de rumores diferentes, cuando recibió cierta y positiva noticia de un ataque brusco de los bárbaros contra la antigua ciudad de Augustudunum, defendida por vasta extensión de murallas en las que el tiempo había abierto muchas brechas. El temor había paralizado á la guarnición, y la plaza estaba perdida, si por uno de esos movimientos repentinos que salvan en los momentos supremos, los veteranos (1) no hubiesen acudido á socorrerla.

En el acto se decidió Juliano, desechando insinuaciones aduladoras, que no faltaron, para que atendiese á su seguridad y comodidades; y, tomando únicamente el tiempo necesario para los preparativos indispensables, marchó á Augustudunum el 8 de las kalendas de Julio (2), dirigiendo la marcha con la habilidad y prudencia de consumado capitán; marcha durante la cual estuvo constantemente en disposición de hacer frente á las bandas que hubiesen intentado cortarle el paso. Allí celebró consejo, al que concurrieron los que pasaban por conocer mejor el país, discutiéndose la dirección más segura para el ejército. Dividiéronse las opiniones: unos querían marchar por Abor... (3), otros por Sedelaucum (4) y Cora (5); pero incidentalmente se recordó que,

hijo de Vulcano y nacido sin madre, con piernas en forma de serpientes. Según la misma fábula, Minerva le ocultó desde su nacimiento en un cestillo de mimbres, que entregó, con prohibición de abrirlo, á las tres hijas de Cecrops. Erichton pasa por ser el inventor de los carros, idea que le sugirió el deseo de ocultar las piernas.

(1) La costumbre de distribuir á los soldados licenciados las tierras de los países conquistados formando unas como colonias militares, contribuía á la conservación del país.

(2) 24 de Junio.

(3) Ignórase qué localidad designaba esta palabra truncada.

(4) Saulieu.

(5) Cure.

en otro tiempo había pasado Silvano con ocho mil auxiliares por un camino más corto en verdad, pero que podía tenerse por sospechoso en atención á los muchos bosques que impedían al ejército reconocerlo. Desde aquel momento no pensó el César más que en no ser inferior en audacia á aquel valiente general, y no queriendo aplazamientos, tomó consigo solamente á los catafractos, completamente armados, y algunos arqueros, escolta muy mal calculada en aquella ocasión para su seguridad, y por aquel camino marchó rápidamente á Austosidoro; desde allí, después del descanso acostumbrado, se dirigió con su tropa, á Tricasas; pero no realizó este movimiento sin tener que resistir ataques de los bárbaros. Al principio el aspecto de aquellas masas irregulares inquietaba á Juliano acerca de su fuerza verdadera, y se limitaba á observarlas reforzando los flancos de sus columnas; pero algunas veces también, cuando tenía la ventaja de las alturas, tomaba repentinamente la ofensiva y derribaba á la carrera todo lo que encontraba delante. En estos combates cogió muy pocos prisioneros, y éstos porque el miedo se los entregó, escapando sin trabajo á la persecución de tropas tan pesadamente armadas todos los que tuvieron fuerzas para huir.

Tranquilizado con estos primeros triunfos acerca del resultado de tales encuentros, llegó á Tricasas arrostrando mil peligros. Tan inesperada era su presencia, y tal era el miedo que inspiraban las numerosas partidas que recorrían el país por todas partes, que no le abrieron las puertas sino después de larga vacilación. En aquella ciudad no se detuvo más que el tiempo necesario para que descansasen sus tropas; y, considerando en seguida que no debía perder momento, marchó rápidamente hacia Remos (Reims), señalado como punto de reunión general. Allí le alcanzó el resto del ejército

bajo el mando de Marcelo, sucesor de Ursicino, y del mismo Ursicino, que tenía orden de permanecer en las Galias hasta el fin de la campaña. Largamente se deliberó acerca del plan que convenía seguir; y al fin decidieron atacar á los alemanes en la dirección de *Decem pagos* (los diez pueblos) (1), y las reforzadas tropas se pusieron alegremente en marcha. Pero los bárbaros, cuyos movimientos favorecía densa niebla, aprovechando su conocimieno del terreno, practicaron un rodeo y se colocaron á la espalda del César, y hubiesen destrozado dos legiones que formaban la retaguardia, si sus angustiados gritos no atrajeran en socorro suyo al cuerpo de los auxiliares. Desde esta alarma, Juliano temió constantemente emboscadas en los accidentes del camino y en los pasos de los ríos, haciéndose más prudente y circunspecto; primera cualidad de todo el que tiene el mando supremo, y la seguridad mejor para los que combaten á sus órdenes.

Enteróse entonces de que los bárbaros se habían apoderado de Argentoratum, Brocomangum (2), Tavernas, Salison (3), Nemetas, Vangionas y Mogontiacum, pero que solamente ocupaban las afueras, por el miedo que tienen á la permanencia en las ciudades, que consideran como tumbas para enterrarse en vida. Había salido á su encuentro un cuerpo germánico y, para recibirlo, formó su ejército en media luna, encerrando por los dos lados al enemigo, que cedió al primer choque, pero perdiendo parte de sus fuerzas, que sucumbieron en el calor del primer ataque. Los demás se salvaron huyendo.

Ningún obstáculo cerraba ya la marcha para reco–

(1) Dieuze.
(2) Brumath.
(3) Seltz.

brar Agripina (1), cuyo desastre había precedido á la llegada de Juliano á las Galias. En aquella comarca no existe otro punto fortificado que Ricomagum (2), construído en el paraje llamado Confluente, porque allí se reunen el Rhin y el Mosela, y una torre cerca de Agripina. Ocupó, pues, esta ciudad, de la que ya no salió una vez que tomó posesión de ella, hasta que hizo firmar á los reyes francos, á quienes el miedo dulcificó, un convenio cuyos frutos recogió el Estado más adelante, y poner á la ciudad misma en respetable estado de defensa. Satisfecho por aquellos felices triunfos de sus armas, marchó en seguida á invernar en Senonas, en el país de los Treviros, residencia muy agradable en la época de que hablamos. Allí le cayó sobre los hombros, como decirse suele, todo el peso de una guerra general, y tuvo que desplegar extraordinaria actividad para atender á las exigencias de aquella situación; teniendo á la vez que guarnecer con puestos militares todos los puntos amenazados, romper la unión de tantas naciones coligadas contra el nombre romano, y en fin, asegurar en extensísimo campo de operaciones la subsistencia de todo el ejército.

En lo más apremiante de estos cuidados, asaltóle una masa de enemigos con la esperanza de apoderarse de la plaza por un golpe de mano. Habíales inspirado esta confianza la ausencia de los escutarios y gentiles, repartidos en las diferentes ciudades municipales, para dividir la carga de las subsistencias. Juliano mandó cerrar las puertas, reparar las fortificaciones, y día y noche se le vió entre los soldados, sobre las murallas, entre las almenas, estremeciéndose de enojo ante la impotencia en que se encontraba de intentar una sa-

(1) Colonia.
(2) Rheinmagen.

lida con aquella guarnición tan escasa. A los treinta días, desalentados los bárbaros, levantaron el sitio, murmurando contra la loca esperanza que les llevó á emprenderlo. Debe hacerse constar aquí, como cosa propia del espíritu de aquella época, la conducta de Marcelo, jefe de la caballería (1), que, aunque acantonado muy cerca de allí, dejó al César en el peligro, sin prestarle ni el más ligero auxilio; cuando tenía el riguroso deber de intentar una operación que distrajera al enemigo, siquiera no fuese más que para libertar á la plaza de los males de un sitio, aunque no hubiese estado encerrado en ella el príncipe. Libre de aquel apuro, Juliano, cuya única preocupación era el bienertar de los soldados, se apresuró á concederles el necesario descanso, aunque muy corto, para reparar las fuerzas, después de tantas fatigas. En aquella ocasión, su deseo tuvo que luchar contra la escasez de víveres en un país completamente devastado; pero dominó la dificultad con su activa inteligencia y con la confianza que sabía inspirar á todos, de mejorar en próximo porvenir.

El primer esfuerzo difícil que acometió fué imponerse y observar rigurosamente una regla de temperancia tan severa, como si hubiese vivido bajo el régimen abstemio de las leyes *(rhetris)* (2) de Licurgo y de Solón; leyes importadas después, y por mucho tiempo en Roma (3) y que, caídas en desuso, restableció el dicta-

(1) Este oficial, según Libanio, había sido puesto al lado de Juliano, y Constancio le había dado la autoridad efectiva, deseando que el joven César no lo fuese más que de nombre.

(2) Dábase el nombre de *rhetræ* á las leyes de Licurgo, que decía emanadas del oráculo de Apolo y que se conservaban por tradición oral. *Axones* es propiamente el nombre de las tablas en que estaban escritas las leyes de Solón.

(3) Pompeyo y Crasso intentaron también poner en vigor las leyes sumptuarias; pero fracasaron en el Senado ante la oposición de Hortensio.

dor Sila. Juliano pensaba como Demócrito (1) que si la riqueza permite el lujo de la mesa, la razón lo prohibe. Idea moral expresada con igual brillantez en esta frase de Catón tusculano, llamado el Censor (2), á causa de sus rígidas costumbres: «Decidida pasión por la comida acredita indiferencia completa por la virtud.» Juliano leía con frecuencia un compendio de instrucciones que Constancio había escrito de su puño para su ahijado, en el que había dispuesto el servicio ordinario del joven, á quien se había de servir con cierta profusión. Juliano borró los artículos, faisán, vulva y tetas de cerda (3), contentándose, como el simple soldado, con el primer alimento que encontraba.

Dividía la noche en tres partes, dedicando la primera al descanso, y las otras dos á los negocios de gobierno y á las Musas, en lo que imitaba á Alejandro el Grande; pero aventajando á su modelo, porque Alejandro no despertaba sino al caer una bola de plata, que mantenía suspendida sobre una vasija de cobre, cuando el sueño aflojaba sus músculos. Juliano despertaba espontáneamente, sin emplear ningún artificio. Levantábase siempre á media noche, abandonando, no blando lecho cubierto con cojines de seda de vivos colores, sino cama formada por una piel de largos pelos, de las llamadas *sisurna* (4) en el lenguaje familiar del pueblo. En seguida, realizados algunos actos de su culto secreto tributado á Mercurio, dios considerado, según cierta

(1) Demócrito recomendaba el desinterés y la temperancia, y él mismo dió ejemplo abandonando patrimonio y fortuna para entregarse por completo á la filosofía.

(2) En tiempo de Ammiano llamábase *censorios homines* á los hombres de usos y costumbres austeros.

(3) Las leyes sumptuarias prohibían especialmente estos refinamientos de la gastronomía romana.

(4) Prenda grosera que consistía en la piel sin curtir de algún animal salvaje ó doméstico.

doctrina religiosa, como motor supremo, como principio de toda inteligencia, dedicábase á sondear con fe segura y vigilante mano las llagas del Estado y á aplicarles remedio, y cuando había atendido á las pesadas exigencias de los negocios, entregábase por completo al perfeccionamiento de su espíritu, mostrando increíble ardor al trepar á las arduas cimas de la ciencia, y queriendo su pensamiento lanzarse más allá. No tiene nociones la filosofía que él no abordase y sometiese al severo examen de su razón. Aquel talento tan á propósito para los conceptos más elevados y abstractos, sabía, sin embargo, descender á especulaciones más secundarias. Amaba la poesía y la literatura, como demuestran la sostenida elegancia y la severa pureza de estilo de sus arengas y cartas (1). Su gusto le llevaba también á seguir en todas sus vicisitudes la historia de su país y la de las naciones extranjeras. Poseía bastante el latín para sostener en esta lengua conversación sobre cualquier asunto. En una palabra, si es posible, como algunos autores han afirmado del rey Cyro, del poeta Simónides (2) y del célebre sofista Hippias Eleo, aumentar la memoria por medio de cierta bebida, podría decirse que Juliano tuvo la cuba á su disposición y que la apuró antes de llegar á la virilidad. Este era el casto y útil empleo que daba á sus noches.

También diremos, aprovechando las oportunidades,

(1) Los principales escritos que quedan de Juliano son la *Fábula alegórica*, los *Césares*, el *Misopogon;* dos discursos, el uno en honor de Cibeles, y el otro en honor de Diógenes el Cínico; una colección de sesenta y tres cartas y tres epígramas recogidos en la Antología.

(2) Cicerón, Plinio y Eliano consideran á Simónides como el inventor de la memoria artificial. Por su parte, Platón y Xenofonte atribuyen el descubrimiento de la Mnemónica á Hippias, filósofo de la secta eleática.

cómo empleaba los días, cuán grande era el atractivo de su conversación, cuán delicados sus chistes; cuál fué el carácter que mostró en la guerra, antes y después de la pelea; y en fin, cuánta magnanimidad y libertad llevaron consigo los actos de su administración civil. Puesto de pronto en medio de los campamentos, tuvo que improvisar su educación militar. Así es que, cuando tenía que sujetarse al sonido de los instrumentos y marcar el paso cadencioso de la pírrica (1), con frecuencia solía exclamar: «¡Oh Platón!», diciendo con ironía y aplicándose el antiguo proverbio: «Han puesto la albarda al buey: no es buena carga para mi espalda» (2). Habiendo llamado un día á su cámara á los agentes del fisco para entregarles una cantidad de dinero, uno de ellos tendió las dos manos, en vez de presentar, como era costumbre, una punta de la clámide, y dijo: «Estas gentes saben cómo se toma, pero no saben cómo se recibe.» Presentáronle queja unos padres contra un hombre que había violado á su hija. Convicto el violador, solamente fué condenado á destierro: y habiendo reclamado los padres contra aquella justicia incompleta, pidiendo la muerte del culpable, les dijo: «La ley no perdona, pero la clemencia es la primera ley de los príncipes.» En el momento en que iba á partir para una expedición, presentáronse en grupo unos reclamantes exponiendo cada cual su queja: Juliano remitió todas las reclamaciones, recomendándolas á los gobernadores de las provincias; y en cuanto regresó, pidió cuenta detallada de las resoluciones que habían tomado, dulcificando, por su natural moderación, el rigor de las sentencias. Finalmente, no hablando de las derrotas con

(1) La pirrica era una danza militar que ocupaba importante lugar en la instrucción del soldado.

(2) Locución proverbial para indicar que no se es apto para una cosa.

que castigó frecuentemente la incorregible audacia de los bárbaros, el sello más sensible del alivio que su presencia llevó á las extraordinarias miserias de la Galia es que, á su llegada, el tributo medio era de veinticinco monedas de oro por cabeza, y cuando abandonó el país no se pagaban más que siete por todo impuesto. Así era que el pueblo, en su alegre entusiasmo, le comparaba con un astro benéfico que se le había aparecido en medio de las nieblas más densas. Añádase que, hasta el final de su reinado, observó la prudente regla de no conceder ningún aplazamiento tributario, porque había comprendido que estas concesiones no aprovechan más que á los ricos; demostrando la experiencia que en la cobranza de toda carga social, á los pobres es á quienes se tiene menos consideraciones, siendo los primeros que pagan.

Pero mientras la administración del César preparaba un modelo para los mejores príncipes del porvenir, se desencadenó más y más la rabia de los bárbaros. Los animales carniceros, cuando negligente pastor les ha dejado acostumbrarse á diezmar su rebaño, no cesan de buscar pasto en el, á riesgo de encontrar vigilancia más activa, y, perdiendo con el exceso del hambre el temor al peligro, se lanzan indistintamente sobre los bueyes y los corderos; así también los bárbaros, estrechados nuevamente por la necesidad después de haber devorado todo el producto de sus anteriores rapiñas, venían otra vez á tantear las probabilidades de pillaje, y en ocasiones perecían sin haber encontrado presa alguna en su camino.

Estos eran ya para las Galias los resultados de un año que comenzó bajo auspicios tan dudosos. En aquel momento circulaban en la corte del Emperador furiosos rumores contra Arbeción, acusándole de haber encargado para su uso ornamentos imperiales, como si hubiese de ascender muy pronto al rango supremo. El conde Verissimo hablaba muy mal de él, diciendo que

de simple soldado había subido al primer puesto de la milicia, y no contento, aspiraba al de príncipe. Pero enemigo suyo más encarnizado era Doro, ex médico de los excutarios, quien, siendo centurión de los guardas nocturnos (1), bajo Magnencio, como antes dijimos, acusó á Adelfo, prefecto de Roma, de aspirar á posición más elevada. Iba á abrirse el proceso y parecía que la acusación alcanzaría éxito, cuando una coalición de los cubicularios, si hemos de asentir á una opinión acreditada, se puso de parte del acusado. En el acto, como por golpe teatral, los supuestos cómplices vense libres de sus cadenas. Doro desaparece, enmudece Verissimo y termina todo repentinamente.

Enterado al mismo tiempo Constancio por el rumor público del aislamiento en que se dejó al César dentro de las murallas de Senona, quitó el mando á Marcelo y lo envió á su casa. Éste consideró injusta la destitución y empezó á intrigar contra Juliano, aprovechando la natural tendencia del Emperador para acoger toda acusación. Juliano desconfiaba de sus calumnias; y en cuanto dejó Marcelo el ejército, salió trás él Euterio, jefe de los cubicularios del César, para estar dispuesto á contrarrestar las calumnias. Marcelo, que no esperaba en manera alguna encontrarse frente á un contradictor, llegó á Milán, haciendo ruido y amenazando mucho. Era Marcelo declamador ferviente y extravagantemente enfático. Admitido ante el Consejo, acusó sin reparo la insolencia de Juliano, «que se construía alas, según dijo, para volar más alto», frase que acompañó con adecuada pantomima. Pero cuando de esta manera soltaba la rienda á su imaginación, Euterio pidió audiencia, se la conce-

(1) Jefe de los guardias destinados á la vigilancia nocturna de las estatuas y objetos de arte en los parajes públicos para evitar que los ensuciasen ó deteriorasen.

dieron, y obteniendo á su vez la palabra, puso de manifiesto la falta de verdad de Marcelo; exponiendo con el acento más sencillo y menos apasionado, como, á pesar de la inacción calculada, según decían, del jefe de la caballería, la vigorosa defensa del César había obligado á los bárbaros á levantar el sitio de Senona. «Mientras viva Juliano, decía, será el súbdito más fiel del Emperador y respondo de él con mi cabeza.»

Puedo dar acerca de este mismo Euterio detalles que tal vez algunos no creerán. El elogio de un eunuco sería sospechoso hasta en labios de Sócrates ó de Numa Pompilio, aun después de jurar que no diría más que la verdad. Sin embargo, la rosa nace entre abrojos y entre las fieras hay algunas que se domestican. No renuncio, pues, á referir lo que sé de las relevantes cualidades de Euterio, que era oriundo de Armenia, habiendo nacido de familia libre. Conforme fué creciendo hízose notar por su buena conducta é inteligencia, por la extensión de sus conocimientos, muy superiores á su condición, por su rara penetración en los asuntos dudosos ó embrollados y por su prodigiosa memoria. Tenía además pasión por lo bueno, siendo la justicia la esencia de sus consejos. Así fué en su juventud y así fué también en edad más avanzada al lado del emperador Constante, quien, si no hubiese seguido otros consejos que los de Euterio, su memoria habría escapado á las censuras que se le han dirigido, ó al menos á las más graves. Jefe de los cubicularios de Juliano, no temió reprender á su señor algunos rasgos de ligereza, frutos de la primera educación recibida en Asia. Dejado en descanso y llamado después nuevamente á la corte, mantuvo en estas diferentes situaciones su carácter desinteresado y su inviolable discreción: no reveló ningún secreto sino para salvar una vida, y nunca se rindió al amor del dinero, que era la pasión de su tiempo.

Así fué que en su retiro de Roma, donde ha querido terminar sus días, puede levantar la frente, con la tranquilidad que da la buena conciencia y una vejez honrosa y querida de todos: siendo muy diferente de los hombres de esa clase que, por punto general, después de haberse enriquecido por medios indignos, buscan algún rincón obscuro, como el buho huye la luz, para ocultarse á las miradas de las numerosas víctimas de su rapacidad. Imposible es encontrar semejante á Euterio entre los eunucos cuyos nombres ha conservado la historia. Mis investigaciones no han podido descubrirlos. Sin duda los ha habido que conservasen el carácter de servidores pobres y fieles; sin embargo, algún vicio ha manchado las buenas cualidades que habían recibido de la educación y de la naturaleza. Avidez, dureza de corazón ó malignidad instintiva en unos; tiránica insolencia en todos los otros. Sí, lo aseguro con plena confianza en el testimonio de mis contemporáneos: un carácter tan igual en todo no lo he leído ni oído citar de ningún otro eunuco que Euterio. Si algún minucioso escrutador de viejos anales me pone el ejemplo de Menofilo, eunuco de Mitrídates, rey del Ponto, responderé que su celebridad se debe al último acto de su vida. Cediendo Mitrídates á los romanos y á Pompeyo, había huído á Cólquida, dejando en la fortaleza de Sinhorio (1) á su hija, llamada Drypetina, enferma, y encargada á Menofilo. Nada omitió éste para su curación, y, habiéndola conseguido, continuaba velando por su depósito con extraordinado cuidado. Cuando Manlio Prisco, legado del general romano, puso sitio á la fortaleza que le servía de asilo, Menofilo vió que la guarnición iba á rendirse,

(1) Uno de los setenta y cinco fuertes que, según Appiano, hizo construir Mitrídates en la Armenia Menor para poner en seguridad sus tesoros.

y para libertar á la hija de su señor de la mancha de los espantosos ultrajes reservados á la noble cautiva, la mató por su propia mano y en seguida se clavó la espada en el vientre. Pero volvamos al punto donde dejamos el relato de los acontecimientos.

Habiendo quedado confundido Marcelo, fue confinado en Sardica, su ciudad natal. Pero después de su marcha, el mismo género de acusación se propagó por el campamento de Constancio, y pretendidos actos de lesa majestad sirvieron de pretexto para odiosas persecuciones. Consultaba alguno á un adivino sobre el chillido de un ratón ó el encuentro de una comadreja (1) ú otro presagio de este género; ó bien para calmar algún dolor físico, había hecho recitar á una vieja algunos encantos, como está admitido en medicina (2), pues se le acusaba, se le llevaba al tribunal y era sentenciado á muerte, sin saber de dónde venía el golpe. En aquel mismo tiempo un tal Dano, por un motivo cualquiera, le deuunció su esposa, quien solamente quería intimidarle. Ignórase por qué era enemigo de aquel hombre Rufino, el cual, por su celo, destituído de todo escrúpulo, se había elevado al rango de jefe de los aparitores del prefecto del pretorio. Este es el mismo Rufino que se había apoderado, como antes dijimos, de la comunicación de Gaudencio, agente del fisco, para perder á Africano, consular de Pannonia, y con él á cuantos tomaron parte en su banquete. Rufino hablaba bien y la mujer era veleidosa; arrastróla primeramente á comercio adúltero, y en seguida á otro acto más criminal todavía: el de presentar contra su inocente marido una

(1) El chillido del ratón y el encuentro con una comadreja se consideraban de mal agüero.

(2) Este remedio se empleaba principalmente contra los dolores y los insomnios. Los médicos de la antigüedad lo consideraban eficaz también para la curación de las heridas.

acusación de lesa majestad que solamente era un tejido de imposturas, diciendo que había robado en la tumba de Diocleciano y puesto en lugar secreto un velo de púrpura, ayudándole en el robo muchos cómplices. Con esto había para derribar bastantes cabezas. Rufino corrió en seguida al campamento del Emperador para explotar con su acostumbrada habilidad una calumnia que esperaba había de servirle de recomendación. En seguida se dió orden á Mavorcio, prefecto del pretorio, carácter extraordinariamente firme, para que actuase en aquella denuncia; y para los interrogatorios le unieron á Úrsulo, tesorero mayor, igualmente recto. Estos procedieron con todo el rigor arbitrario de formas propio de la época; pero después de muchas pruebas de tortura, que no dieron resultado alguno, comenzaban los jueces á dudar, cuando se reveló de pronto la verdad. Estrechada la esposa acusadora, denunció á Rufino como autor de aquella infame maquinación, sin ocultar siquiera sus torpes tratos con él, y en el acto dictaron contra los dos sentencia capital, aplicando justamente la ley como exigía la vindicta pública. Estremecióse Constancio ante esta sentencia, y, como si le quitasen la salvaguardia de su propia vida, envió apresuradamente mensajeros á Úrsulo, con orden terminante para que regresase en seguida. Aconsejábanle que no hiciese nada, pero él, sin dejarse intimidar, marchó derechamente á la corte, y ante el consejo expuso con calma y tranquilidad los hechos como habían acontecido. Su enérgica actitud impuso silencio á los aduladores y le libró, al mismo tiempo que á su colega, de gravísimos peligros.

Por el mismo tiempo ocurrió en Aquitania un caso que tuvo resonancia en otras partes. Un buscador de acusaciones asistió á una comida servida con la profusión y delicadeza acostumbradas en dicho país. Aquel

hombre vió dos cobertores de lechos de mesa (1), que los esclavos habían colocado con bastante destreza para que las anchas bandas de púrpura de que cada uno estaba bordado pareciesen una sola. Formaban el mantel trozos de tela semejantes, de las que cogió uno con cada mano, uniéndolos de manera que figurasen la parte anterior de una clámide imperial. Esto fué bastante para que se sujetase al dueño á un proceso criminal que devoró su rico patrimonio. Un agente del fisco en España dió otro ejemplo de este furor de interpretación. Encontrábase también invitado á un festín, y cuando á la caida de la tarde los criados lanzaron la acostumbrada exclamación de «¡Triunfemos!» al traer las luces, aquel hombre recogió la exclamación, que es de ceremonia, para interpretarla en sentido criminal, dando esto ocasión á la ruina de una casa ilustre.

El mal aumentaba cada vez más por la excesiva pusilanimidad del príncipe, que en todas partes veía atentados contra su persona; pudiéndosele comparar á aquel Dionisio, tirano de Sicilia, que, atormentado por iguales terrores, quiso que sus mismas hijas aprendiesen el oficio de barbero, con objeto de no tener que entregarse á manos extrañas, é hizo rodear la casita en que pasaba la noche con ancho foso, sobre el que echaban un puente formado con piezas cuyos ejes y clavijas quitaba por la noche para armarlo de nuevo al amanecer. Los cortesanos de Constancio se esforzaban en mantener vivo aquel foco de desgracias públicas con la esperanza de apropiarse los despojos de los condenados, y para tener ocasión de medrar á costa ajena. Cierto es que Constantino fué el primero en despertar la codicia de

(1) Los latinos distinguían el *torus* del *lectus*. La primera palabra signicaba la armadura de la cama; la segunda el cobertor ó tapiz que la cubría.

los que le rodeaban (1), pero bien puede decirse hinchó los suyos con la substancia de las provincias. Bajo su reinado apoderóse ardiente sed de riquezas, con menosprecio de la justicia y la honradez, de los personajes principales de todos los órdenes: contándose en este número Rufino, prefecto del pretorio, en la magistratura civil; entre los militares, Arbeción, general de la caballería; Eusebio, prepósito de los familiares,.... *anus* cuestor; y en la ciudad los Anicios, familia en la que se transmite con la sangre cierta emulación de rapacidad, que nunca pudo saciar el continuo aumento de riquezas.

Entretanto los persas agitaban el Oriente, aunque sin hacer grandes correrías como antes, limitándose á arrebatar algunos hombres ó ganados. Estas depredaciones tenían no pocas veces éxito por sorpresa; algunas también, encontrándonos con fuerzas suficientes, escapaba la presa al enemigo, y frecuentemente quedaba burlada su esperanza de botín, por la precaución que se observaba de no dejar nada á su alcance. Ya hemos hablado de Musoniano, prefecto del pretorio, como de hombre superior con carácter venal, á quien la perspectiva de la ganancia apartaba fácilmente del deber. Musoniano mantenía entre los persas hábiles emisarios, y por medio de ellos procuraba enterarse de las intenciones del enemigo. Con este propósito se entendía con Casiano, duque de Mesopotamia, veterano experimentado en las fatigas y peripecias de muchas campañas. Sapor, por efecto de las comunicaciones uniformes de sus agentes, se encontraba ocupado entonces en la otra frontera de sus Estados, conteniendo con trabajo y graves pérdidas las belicosas naciones que tenía enfrente. Cuando

(1) Según Aurelio Victor, las profusiones de los últimos diez años del reinado de Constantino le merecieron el epíteto de *pupilo*.

estuvieron seguros acerca de este punto, entablaron secretas comunicaciones, por medio de soldados desconocidos, con Tampsapor, que mandaba las fuerzas de los persas por nuestro lado, y le excitaron para que aconsejase á su señor en sus cartas, que en la primera ocasión tratase de la paz con el Emperador romano: de esta manera aseguraría á la vez sus flancos y retaguardia, y podría llevar todas sus fuerzas al punto en que eran más vivas las hostilidades. Tampsapor se apresuró á aceptar las indicaciones y escribió á Sapor que Constancio, encontrándose á la sazón empeñado en peligrosa guerra, le pedía con instancias la paz. Pero transcurrió mucho tiempo antes de que llegase su carta á manos del rey, que invernaba en el territorio de los Chionitas y de los Eusenos.

Mientras ocurrían estas cosas en Oriente y en las Galias, Constancio, como si hubiese cerrado el templo de Jano y derribado bajo sus golpes á todos los enemigos del imperio, se encontró invadido por el deseo de visitar á Roma y triunfar en ella con ocasión de aquella victoria sobre Magnencio, adquirida á costa de la debilitación de la patria y efusión de la sangre romana. Ni personalmente, ni por el valor de sus generales, había vencido por completo á ninguna de las naciones que le habían hecho guerra, ni añadido ninguna conquista al Imperio, ni tampoco se le vió jamás el primero, ni entre los primeros en el momento del peligro; pero cedía al deseo de ostentar con inusitada pompa el oro de sus estandartes y el brillante aspecto de sus soldados escogidos (1) ante los no acostumbrados ojos del pue-

(1) Formaban principalmente la guardia especial de los Emperadores los *protectores* y los *escolares*, milicias alojadas cerca del palacio en cuarteles llamados *escuelas*. Por el aspecto al menos eran tropas escogidas, aunque más á propósito para la parada que para el combate.

blo, que ni esperaba ni deseaba contemplar tales espectáculos. Tal vez ignoraba que los Emperadores de otro tiempo se habían contentado en épocas de paz con un cortejo de lictores; pero en las de guerra y en las circunstancias en que debían exponerse, uno había arrostrado en débil barca de pescador la furia de los desencadenados vientos; otro, imitando á Decio, había sacrificado su vida; aquél no había temido, acompañado de corto número de soldados, marchar á reconocer el campamento del enemigo; en una palabra, que no hay uno que, por alguna hazaña digna de memoria, no legase su nombre á la posteridad.

Empleáronse cantidades enormes en los preparativos..... Bajo la segunda prefectura de Orfito, Constancio, con la vanidad de su gloria, atravesó Ocriculo con formidable comitiva, organizada como un ejército, asombrando tanto á los que lo vieron, que no podían apartar los ojos de aquel espectáculo. Cuando se acercó á la ciudad, salió el Senado á saludarle; y pasando satisfecha mirada por aquellos venerables retoños de la antigua raíz patricia, pareciόle, no como á Cineas el legado del rey Pirro, tener delante una reunión de reyes, sino más bien el consejo del mundo entero. Contemplando en seguida el pueblo, no podía menos de asombrarse ante el espectáculo de aquella universal reunión del género humano: entretanto, precedido él por compactas masas de soldados con los estandartes desplegados, como si se tratase de mezclar el Rhin con el Eufrates, avanzaba sobre una carroza de oro, resplandeciente con las piedras más preciosas. En derredor flotaban los dragones sujetos en astas incrustadas de pedrería, y cuya púrpura, enchida por el aire que penetraba por sus abiertas bocas, producía ruido parecido á los silbidos de cólera del monstruo, mientras que sus largas colas se desarrollaban á merced

del viento. A los lados de la carroza marchaban dos filas de soldados con el escudo al brazo, el casco en la cabeza y la coraza en el pecho, armas brillantes cuyos reflejos deslumbraban la vista. Después venían fuerzas de catafractos y clibanarios, como les llaman los persas; jinetes completamente armados, que se hubiesen creído estatuas ecuestres de bronce recién salidas de las manos de Praxiteles. Las partes de la armadura de estos soldados correspondientes á las articulaciones del tronco ó de los miembros estaban formadas por un tejido de mallas de acero tan delicadas y flexibles, que toda la envoltura de metal adhería perfectamente al cuerpo sin entorpecer ningún movimiento. Torrente de exclamaciones hizo entonces repetir el nombre de Augusto á los montes y riberas: conmovióse por un momento Constancio, pero sin abandonar la actitud inmóvil que constantemente había mostrado á las provincias. Inclinándose, á pesar de ser muy pequeño, al pasar bajo las puertas más altas, miraba siempre hacia adelante, no volviendo la cabeza ni los ojos, cual si tuviese metido el cuello en un estuche; hubiérasele creído una estatua. Nadie le vió hacer ni el más leve movimiento con el cuerpo en los vaivenes de la carroza, ni sonarse, ni escupir, ni mover un dedo. Sin duda aquello era afectación; pero demostraba, en lo tocante á la comodidad personal, abnegación poco común, ó mejor dicho, que le era excluxivamente propia. Creo haber dicho oportunamente que desde su advenimiento se impuso como ley no permitir á nadie que montase con él en su carroza, ni consentir que ningún particular fuese colega suyo en el consulado, cosas que han consentido otros muchos príncipes, pero que su meticulosa vanidad tomaba por rebajamiento.

Al fin entró en Roma, santuario del valor y de la grandeza. Al llegar al Foro y contemplar desde lo alto

de la tribuna aquel majestuoso foco de la antigua dominación romana, quedó por un momento asombrado: á cualquier parte que mira, deslúmbrale continuación de prodigios. Después de una arenga á la nobleza en la Curia, y otra al pueblo desde el Tribunal, marchó al palacio entre reiteradas exclamaciones, y saboreó al fin en su plenitud la felicidad, objeto de todos sus deseos. Al presidir los juegos ecuestres, gozó mucho con los chistes del pueblo, que supo reprimir las exageraciones sin renunciar á sus costumbres de libertad. El mismo príncipe observaba el justo medio entre la rigidez y el olvido de su dignidad; no imponiendo su voluntad, como en otras partes hacía, por límite á los placeres de la multitud, y dejando, según la costumbre ordinaria, que dependiese de las circunstancias la duración de los juegos.

Recorrió todos los barrios construídos en llano ó en las vertientes de las siete colinas, sin prescindir de los arrabales, creyendo continuamente que ya nada le quedaba que ver después del último objeto que le impresionaba. Aquí el templo de Júpiter Tarpeyo le pareció sobrepujar á todo, tanto como exceden las cosas divinas á las humanas; allá las termas, comparadas por su extensión á provincias; más lejos la orgullosa masa de ese anfiteatro (1), cuyos materiales suministró la piedra de Tibur, y cuya altura no mide la vista sin fatiga; después la atrevida bóveda del Panteón y su vasta circunferencia; los gigantescos pilares, accesibles por escalones hasta su cúspide, coronados por las estatuas de los emperadores; y el templo de la diosa Roma, el foro de la Paz, el teatro de Pompeyo, el Odeón, el Estadio y tantas otras maravillas que forman el orna-

(1) Este es el anfiteatro comenzado por Vespasiano y que terminó Tito, al que se dió el nombre de *Colosseum*.

mento de la ciudad eterna. Pero cuando llegó al foro de Trajano, construcción única en el mundo, y en nuestra opinión digna hasta de la admiración de los dioses, paróse asombrado, tratando de medir con el pensamiento aquellas proporciones colosales que desafían toda descripción y que ningún esfuerzo humano podría reproducir. Convencido de su impotencia para crear nada igual, dijo que, al menos, quería elevar un caballo á imitación del de la estatua ecuestre de Trajano, colocado en el punto central del edificio, y que intentaría la empresa. Junto á él se encontraba en aquel momento el real emigrado Hormidas, cuya evasión de Persia se ha referido más arriba, y éste dijo al emperador, con la finura propia de su nación: «Empieza, ¡oh Emperador! por construir la caballeriza por este modelo para que tu caballo se encuentre tan cómodamente colocado como el que vemos aquí.» Al mismo Hormidas preguntaron qué le parecía Roma, y contestó: «Lo que me agrada es que aquí se muere como en todas partes.»

En medio del asombro que le producía aquella reunión de prodigios, el Emperador clamaba contra la insuficiencia ó injusticia de las noticias de la fama, tan justamente sospechosa de exageración en todas ocasiones, y tan inferior á la realidad en cuanto había dicho de Roma. Después de larga deliberación acerca de lo que podría hacer para aumentar las magnificencias de la ciudad, se fijó en la erección de un obelisco en el circo Máximo; obelisco cuyo origen y forma explicaré oportunamente.

Entretanto empleábanse secretamente prácticas odiosas por la emperatriz Eusebia contra Helena, hermana de Constancio y esposa de Juliano, á la que, fingiendo cariño, había traído con ella á Roma. Siendo estéril Eusebia, consiguió que Helena bebiese por sorpresa un brebaje que la haría abortar siempre que se encontrase

en cinta. Un niño que Helena había dado á luz en las Galias murió por la complicidad de una partera corrompida con dinero, que le cortó demasiado bajo el ombligo. ¡Tanta importancia se daba á que un hombre grande no dejase sucesión! El Emperador solamente pensaba en prolongar su estancia en la más augusta de todas las residencias, donde saboreaba con delicia los placeres del descanso, cuando perturbaron estos ocios comunicaciones demasiado verídicas, anunciándole sucesivamente que los suevos devastaban la Rhecia, los quados la Valeria y que los sármatas, los bandidos más famosos de la tierra, hacían incursiones en la Mesia superior y en la baja Pannonia (1). Alarmado con estas noticias, salió de Roma el 4 de las Kalendas de Junio, un mes después de su entrada, marchando apresuradamente á la Iliria y pasando por Tridento. (2). Desde allí envió á Severo, general muy experimentado, á que ocupase en las Galias el puesto de Marcelo, y llamó á su lado á Ursicino, que obedeció apresuradamente la orden, reuniéndosele en seguida en Sirucio con los asociados en su misión anterior. Deliberóse largamente acerca de la paz propuesta por Musoniano á los persas, y se envió á Ursicino con mando al Oriente. A los más antiguos se dieron mandos en el ejército, y los más jóvenes (encontrábame entre ellos) recibieron orden de acompañar á Ursicino y de obedecerle en todo en servicio de la República.

El César, cónsul por segunda vez con Constancio, que lo era por la novena, después de un invierno pasa-

(1) La Pannonia comprendía parte del Austria y de la Stiria, toda la Hungría de este lado del Danubio, la mayor parte de la Croacia, toda la Esclavonia y la Bosnia hasta el Save. La división de la Pannonia en alta y baja data de la administración de Galerio.

(2) Trento.

do en Senona, donde las amenazas de los alemanes le tuvieron constantemente alarmado, abrió la campaña bajo excelentes auspicios y se dirigió rápidamente á Remos. Ensanchábase su corazón ante la idea de no tener que temer ya oposición ni sospechas por parte de un lugarteniente tan experimentado como severo en la obediencia de los campamentos, y del que estaba seguro le seguiría en toda ocasión con la prontitud del soldado más disciplinado. Además, por orden del Emperador había recibido en Rauracos un refuerzo de veinticinco mil hombres, al mando de Barbación, jefe de la infantería desde la muerte de Silvano. Así se ejecutaba el plan, maduramente meditado de antemano, de estrechar insensiblemente el campo de depredaciones de los bárbaros por medio de dos ejércitos romanos, partiendo de dos puntos diferentes para coger á los bárbaros como entre unas tenazas, y concluir con ellos de una vez.

Mientras se ejecutaba esta maniobra con la celeridad y orden que podían desplegar, los Letos bárbaros, dispuestos siempre para aprovechar toda ocasión de saquear, ocultando su marcha á los dos campamentos, cayeron de improviso sobre Lugdunum, que habrían saqueado y quemado en aquel golpe de mano si no hubiesen sido cerradas á tiempo las puertas, pero devastaron todas las cercanías. Al tener noticia Juliano de este contratiempo, mandó ocupar apresuradamente con fuerzas de caballería tres caminos por donde necesariamente tenían que regresar aquellos bandidos; y tan bien tomó sus medidas, que cuantos regresaron por los referidos caminos dejaron en ellos la vida con el botín, que se recogió intacto; escapando solamente un grupo que pasó, en su fuga, junto al campamento de Barbación, y que este dejó tranquilamente desfilar bajo sus mismos parapetos. La salvación de aquel grupo se de-

bió á una contraorden que dió Cela, tribuno de los escutarios, á los tribunos Bainobaudo y Valentiniano, que más adelante fué Emperador; contraorden por la cual tuvieron los dos que abandonar los puntos de observación donde estaban colocados. No fué esto todo. El cobarde Barbación, obstinado detractor de la gloria de Juliano, conociendo el daño que acababa de ocasionar al Estado (porque la contraorden dimanaba de él mismo, según confesó Cela cuando después le censuraban su traición) se apresuró á remitir á Constancio un parte falso, en el que pretendía que los dos tribunos habían venido, so pretexto de un servicio encargado, á procurar seducir á sus soldados; no necesitándose más para que los destituyesen y enviaran á sus casas.

En aquellos mismos días, asustados los bárbaros establecidos al otro lado del Rhin por la aproximación de los dos ejércitos, algunos trataron de interceptar los caminos en los puntos más tortuosos y difíciles, por medio de grandes cortas de árboles: los demás, refugiándose en las numerosas islas de que está sembrado el río, lanzaban contra el César y nuestros soldados siniestras imprecaciones. Irritado Juliano, quiso apoderarse de algunos de ellos, y para conseguirlo pidió á Barbación siete barcas, de algunas que había adquirido para el caso de tener que echar un puente de barcas sobre el Rhin: pero Barbación, que no quería auxiliar con nada á Juliano, prefirió quemarlas todas. Al fin, algunos mensajeros enemigos que cayeron en poder de Juliano le indicaron un punto del río que la sequía había hecho vadeable: y, reuniendo en seguida los vélites auxiliares, después de arengarles, los envió bajo el mando de Bainobaudo, tribuno de los cornutos, á intentar una empresa memorable. Estos soldados, marchando los unos por el agua, sirviéndose otros de los escudos á guisa de esquifes cuando no hacían pie, abordaron la

isla más próxima, matando á cuantos la ocupaban, sin distinción de sexo ni edad. Encontrando allí barcas abandonadas, las ocuparon aun á riesgo de hacerlas zozobrar, y recorrieron de esta manera casí todas aquellas guaridas. Cuando se cansaron de matar, regresaron sanos y salvos, cargados con abundante botín, del que tuvieron que arrojar parte al río. No encontrándose ya segura la población germana de las demás islas, pasó á la otra orilla, llevando consigo las mujeres, niños y hasta provisiones. Entonces se ocupó Juliano en reparar las fortificaciones de Tres Tavernas, que la obstinación de los bárbaros había concluído por destruir, y cuya reedificación iba á poner freno á sus continuas incursiones en las Galias. Empleó en la terminación de estos trabajos menos tiempo del que esperaba, y dejo á la guarnición víveres para un año. Para conseguir esto, fué necesario apoderarse del grano sembrado por el enemigo, aunque con el temor de tener que combatirlo durante la operación. Esta recolección proporcionó además á Juliano medios para aprovisionar á sus soldados por veinte días. El soldado ganaba así su alimento por las armas, siendo tanto mayor su regocijo cuanto que acababa de perder un convoy que le enviaban; porque Barbación, que lo había encontrado en el camino, tomó por autoridad propia cuanto le convenía y quemó el resto en montón. ¿Era este modo de obrar reto ó locura, ó tal vez estos actos con harta frecuencia repetidos estaban autorizados por órdenes secretas del Emperador? Lo único que puede asegurarse es, según opinión muy acreditada, que á Juliano se le nombró César, no para que salvase las Galias, sino para que pereciese, y con esta esperanza se le puso en medio de los peligros de aquella guerra cruel, contando con la inexperiencia de un hombre á quien se consideraba incapaz hasta de resistir su fragor.

Mientras se fortificaba rápidamente Juliano en aquella posición, y parte del ejército completaba los puestos avanzados y se ocupaba otra en recoger el grano, permaneciendo vigilante contra las sorpresas, una nube de bárbaros, adelantándose á fuerza de ligereza á la noticia de su marcha, cayó sobre el ejército de Barbación, que, como ya hemos visto, continuaba operando separadamente del ejército de las Galias, le llevó combatiéndolo hasta Rauraco y le rechazó tan lejos como pudo en aquella dirección, arrebatándole gran parte de los bagajes, bestias de carga y gentes de servidumbre. Hecho esto, los bárbaros se reunieron al grueso de los suyos; y Barbación, como si hubiera realizado la campaña más gloriosa, distribuyó tranquilamente sus tropas en los cantones y regresó á la corte para preparar, como de ordinario, algunas acusaciones contra Juliano.

Pronto se supo el descalabro que acababan de experimentar nuestras armas. Los reyes alemanes Chnodomario y Vestrulapo reunieron sus fuerzas, y á éstos se incorporaron sucesivamente Urio, Ursicino, Serapión, Soumario y Hortario, marchando todos á acampar cerca de Argentoratum, lisonjeándoles la idea de que Juliano se había replegado temiendo desastre completo, mientras que en realidad continuaba ocupándose de las fortificaciones de Tres Tavernas. Esta confianza la debían especialmente á la relación de un escutario, que por temor á un castigo había desertado poco después del descalabro de Barbación, y que les dijo que Juliano no tenía consigo más de trece mil hombres. En efecto; con este número hizo frente el César al principio al desbordamiento general de la ira de los bárbaros. El desertor repitió el aserto con seguridad que puso el colmo á su audacia; por lo que enviaron legados á Juliano para que le intimasen con imperioso tono que abandonase un país que les pertenecía, según aseguraban, por el derecho de su

valor y la fortuna de sus armas. Juliano, que no se intimidaba fácilmente, recibió el mensaje sin conmoverse; y al mismo tiempo que se burlaba de la arrogancia de los bárbaros, dijo á los legados que los retendría hasta la terminación de los trabajos, y conservó tranquilamente su posición.

El rey Chnodomario se movía de un modo increíble, yendo y viniendo el primero de todos cuando se trataba de alguna sorpresa, animado con la confianza que da siempre la costumbre del triunfo: porque, en efecto, había derrotado al César Decencio con fuerzas iguales, destruído ó devastado muchas ciudades opulentas y llevado el estrago según su gusto por la indefensa Galia. Su presunción había aumentado porque acababa de arrojar á un general romano con numeroso ejército de tropas escogidas; pues los alemanes habían reconocido por las insignias y los escudos que los que habían retrocedido delante de ellos eran los mismos soldados que los habían derrotado y dispersado en tantos combates. Todo esto alarmaba al César, reducido, por la deserción de su asociado, á comprometer á un puñado de valientes contra naciones enteras.

Al amanecer sonaron las bocinas, y los peones se pusieron en marcha con mesurado paso, flanqueados en ambas alas por la caballería, reforzada á su vez por los temibles cuerpos de los catafractos y arqueros á caballo (1). Aun tenían que recorrer los romanos, desde el punto de que habían levantado las enseñas hasta el campamento de los bárbaros catorce leguas ó veinti-

(1) En tiempo de Ammiano los arqueros eran verdaderamente formidables. Además del arco y del carcax, estaban provistos de espada y escudo, que en caso necesario utilizaban para defender el rostro. Armadura defensiva les cubría hasta las rodillas. Eran jinetes excelentes, y persiguiendo ó perseguidos, lanzaban con el arco, elevado á la altura de la frente, flechas que ninguna armadura podía resistir.

una millas, cuando Juliano, en su prudente cuidado, retiró todos los exploradores, mandó hacer alto, y colocándose en medio del ejército, formado en cuña, con el tranquilo lenguaje que le era natural, le dirigió esta arenga:

«Compañeros: Conocedores sois de vuestra fuerza y poseéis la confianza que inspira: el César que os habla tampoco es sospechoso de carecer de valor: así es que se le puede creer, cuando en interés de la salvación de todos os dice, y pocas palabras os lo demostrarán, que en las pruebas de paciencia y valor que nos esperan, es necesario escuchar los consejos de la moderación y la prudencia, y no los de la precipitación é inconsiderado ardimiento. Los hombres valientes, altivos é intrépidos cuando el peligro está presente, deben mostrarse, si es necesario, reflexivos y dóciles. Este es el consejo que os doy, y que os ruego aceptéis. Es cerca de medio día: fatigados ya por la marcha, vamos á entrar en desfiladeros tortuosos y obscuros; la luna en menguante nos amenaza con tenebrosa noche; no podemos esperar ni una gota de agua en este suelo abrasado por la sequía. Triunfaremos, así lo quiero, de todos estos obstáculos; pero ¿qué haremos si nos encontramos encima al enemigo, descansado, alimentado y fresco? ¿Cómo resistiremos el choque rendidos por la fatiga, el hambre y la sed? El éxito en las circunstancias más críticas suele depender de una sola disposición. Una buena determinación, tomada oportunamente, es un camino que nos abre la divinidad para salir de las coyunturas más desesperadas. Creedme, acampemos aquí, bajo la protección de un foso y una empalizada; pasemos esta noche descansando y velando por turno; y mañana al amanecer, repuestos por el sueño y el alimento, desplegaremos de nuevo, con el auxilio de Dios, nuestras victoriosas águilas y banderas.»

No le dejaron acabar. Los soldados, mostrando su impaciencia con rechinamiento de dientes y con el golpeteo de las picas contra los escudos, querían que inmediatamente les llevasen al enemigo, que se encontraba ya á la vista; confiando todos en sí mismos y en la fortuna y experimentado valor de su general. Y en efecto, según demostraron los hechos, mientras estuvo á su frente, parecieron inspirados por el genio mismo de los combates. Aumentaba el arrebato la circunstancia de participar de él los mismos jefes, y Florencio, prefecto del pretorio, más atrevido que los demás, decía «que era buena política venir á las manos á toda costa, mientras estaban reunidos los bárbaros. Si la confederación se disolvía, tendrían mucho que trabajar con la fiebre de sediciones, tan habitual al soldado, que ahora alegaría el especioso pretexto de que le habían arrebatado la victoria.» Doble recuerdo aumentaba la confianza del ejército. El año anterior habían franqueado los romanos la barrera del Rhin y realizado correrías por la orilla derecha, sin que se presentase ni un solo enemigo para defender el suelo de su país; habiéndose limitado los bárbaros á obstruir los caminos por medio de cortas de árboles, y penetrando en seguida en el interior, habían pasado miserablemente el invierno, sin abrigo contra las inclemencias de la estación. En otra ocasión, el Emperador en persona ocupó su territorio sin que se atreviesen á resistir ni á presentarse, sino para pedir como suplicantes la paz. Pero no querían ver que las circunstancias habían cambiado mucho. En el primer caso, los alemanes se encontraban estrechados por tres partes á la vez; por el Emperador, que amenazaba la Rhecia; por el César, que les cerraba por completo la entrada de las Galias; y en fin, por las naciones limítrofes, que se habían declarado contra ellos y les amenazaban por la espalda. Una vez ajustada la paz

con el Emperador, éste había retirado su ejército; entonces arreglaron sus disensiones con sus vecinos, que se les unieron para obrar de acuerdo; y recientemente, la vergonzosa fuga de un general romano acababa de aumentar su natural altivez. Otro acontecimiento agravaba además la situación de los romanos. Los reyes Gundomado y Vadomario, sujetos por el tratado que habían obtenido de Constancio el año anterior, no se habían atrevido hasta entonces á tomar parte en el movimiento, ni á escuchar proposición alguna en este sentido; mas el primero, el mejor de los dos y más firme en sus compromisos, pereció víctima de una traición, reuniéndose en seguida á la liga todo su pueblo; y Vadomario no pudo impedir, al menos así se asegura, que el suyo siguiese el mismo movimiento.

Como todo el ejército, desde las primeras filas hasta las últimas, se mostraba unánime en la oportunidad de marchar en el acto contra el enemigo, y dispuesto de la misma manera á resistir la orden contraria, un signífero exclamó: «¡Adelante, César, el más afortunado de los hombres: la fortuna misma guía tus pasos. Solamente desde que tú nos mandas comprendemos cuánto puede el valor unido á la habilidad. Enséñanos el camino de la victoria como valiente que marcha delante de las enseñas, y nosotros te mostraremos á nuestra vez lo que vale el soldado ante la vista de un jefe valeroso que por sí mismo juzga el mérito de cada cual.»

Oídas estas palabras, sin admitir mayor descanso, el ejército se puso de nuevo en movimiento y llegó al pie de suave colina, cubierta de trigo en sazón ya, y situada á corta distancia de la orilla del Rhin. En la cumbre observaban tres jinetes enemigos, que corrieron á toda brida para anunciar la aproximación del ejército romano; pero otro explorador que se encontraba al pie de la colina, y no pudo seguir á los primeros,

fué vencido en ligereza por los nuestros, y por él supimos que el ejército germano había empleado tres días y tres noches en pasar el Rhin. Nuestros jefes veían ya al enemigo formar sus columnas de ataque: mandóse hacer alto, y en seguida los antepilarios y hastatos (1) se ordenan en fila y quedan parados, presentando un frente de batalla tan fuerte como un muro. El enemigo, queriendo imitar nuestra prudencia, guardó igual inmovilidad. Viendo toda nuestra caballería colocada en el ala derecha, le opusieron á la izquierda, en compactas masas, lo mejor de sus jinetes, entre cuyas filas, empleando una táctica muy bien etendida, cuyo conocimiento debían al desertor mencionado ya, pusieron aquí y allá algunos peones ágiles y armados á la ligera. Habían observado, en efecto, que las riendas y el escudo no dejaban á sus jinetes más que un brazo libre para lanzar el dardo, y el más diestro, en un combate cuerpo á cuerpo con un dibanario romano, no conseguía más que fatigarse en vano contra el soldado completamente defendido por su armadura de hierro; pero que un peón, en quien no se reparaba en medio del combate, cuando solamente se piensa en el que se tiene delante, podía deslizarse por los costados del caballo, herirle en el vientre y desmontar de esta manera al enemigo invulnerable, al que fácilmente se vencía entonces; y

(1) El orden de batalla de la infantería romana se formaba ordinariamente en tres líneas. Las dos primeras iban armadas con el *pilum* ó dardo, que lo mismo servía para lanzado que para mantenerlo en mano en el combate cuerpo á cuerpo. La fila tercera estaba provista de largas lanzas. En la segunda se colocaban las enseñas. Los soldados de la primera y segunda línea se denominaban genéricamente *pilani,* y los de la tercera *hastati.* Por distinción que el mismo orden explica, llamaban *antesignani*, *antepilani* y algunas veces *principes*, á los soldados armados con el *pilum* que formaban la primera fila. También se designaban así los jefes de fila y los guías.

no contentos con esta disposición, nos preparaban a su derecha otra clase de sorpresa.

Mandaban aquel ejército feroz y belicoso Chnodomario y Serapión, los más poderosos de todos los reyes confederados. En el ala izquierda, donde según esperaban los bárbaros, el combate había de ser más furioso, se mostraba el funesto promotor de aquella guerra, Chnodomario, ceñida la frente con una banda roja y montando un caballo cubierto de espuma. Amante del peligro, confiando ciegamente en sus prodigiosas fuerzas, apoyábase altivo en su lanza de formidables dimensiones, llamando la atención desde lejos por el brillo de sus armas. Hacía mucho tiempo que tenía acreditada su superioridad como valiente soldado y hábil capitán. Serapion mandaba el ala derecha; éste apenas había entrado en la edad de la pubertad, pero el talento se había adelantado en él á los años. Era hijo de aquel Mederico, hermano de Chnodomario, cuya vida entera había sido un tejido de perfidias. Mederico, que estando en rehenes, había permanecido mucho tiempo en las Galias, se inició en ella en algunos de los misterios religiosos de los griegos; debiéndose á esta circunstancia el cambio de nombre de su hijo Agenarico por el de Serapion. En segunda línea estaban los cinco reyes inferiores en poder, diez hijos ó parientes de reyes, y detrás de éstos considerable número de hombres muy respatables para los bárbaros. El ejército se elevaba á treinta y cinco mil combatientes, pertenecientes á diferentes naciones; parte de ellos asalariados, y sirviendo los demás en virtud de convenios de mutuo auxilio.

Había resonado la terrible señal de las bocinas cuando Severo, que guiaba el ala izquierda de los romanos, vió á corta distancia delante de él parapetos cubiertos de gentes armadas que, levantándose de pronto, habían de introducir perturbación en las filas. Sin acobardar-

se, suspendió, sin embargo, la marcha, ignorando con qué número tenía que pelear, temiendo avanzar y no queriendo retroceder. El César vió la vacilación en aquel punto; acudió á él con una reserva de doscientos jinetes, que conservaba alrededor de su persona, dispuesto á acudir á donde fuese necesaria su presencia, y siempre más animoso cuando mayor era el peligro. En rápida carrera recorrió el frente de la infantería, animando á todos; y como la extensión de las líneas y su profundidad no permitían arenga general, y tampoco quería despertar las suspicacias del poder, arrogándose lo que él mismo consideraba como prerrogativa del Emperador, limitóse á correr de aquí para allá; resguardándose como podía de los dardos del enemigo, y dirigiendo á unos ó á otros, conocidos ó no, algunas frases enérgicas que les excitaban á cumplir su deber: «Compañeros, decía á unos, al fin tenemos una verdadera batalla; este es el momento que deseábamos todos, y que vuestra impaciencia adelantaba siempre.» Dirigiéndose en seguida á las últimas filas: «Compañeros, ha llegado el día tan deseado que nos llama á todos á lavar las manchas arrojadas sobre la majestad romana y á devolverla su antiguo esplendor. Mirad, los bárbaros vienen aquí á buscar un desastre; su ciego furor les trae á ofrecerse ellos mismos á vuestros golpes.» A los soldados que por su larga práctica podían apreciar las maniobras, les decía, enmendando algunas disposiciones: «Ánimo, valientes, reparemos con nobles esfuerzos el baldón que ha caído sobre nuestros ejércitos. Con esta esperanza acepté, á pesar de mi repugnancia, el título de César.» A los que pedían aturdidamente la señal, y cuya petulancia amenazaba traspasar las órdenes y producir confusión: «Guardaos, les dijo, guardaos cuando el enemigo vuelva la espalda, de encarnizaros demasiado con los fugitivos, porque esto

empañaría la gloria de vuestro triunfo. Que ninguno ceda tampoco el terreno sino en el último apuro, porque jamás ayudaré á los cobardes. Pero asistiré á la persecución con tal que no se haga con furor desmedido.»

Hablando á cada uno de la manera conveniente, mandó avanzar la mayor parte de sus fuerzas contra la primera línea de los bárbaros. Entonces la infantería alemana se estremeció de indignación contra los jefes que estaban á caballo, prorrumpiendo en espantosos gritos. Debían pelear á pie como los demás, decían; que nadie tuviese ventajas en caso de huída; que nadie tuviese medios de salvarse abandonando á su suerte á los demás. Esta manifestación hizo que Chnodonario abandonase el caballo, siguiendo todos su ejemplo; no dudando ninguno que alcanzarían la victoria.

Dieron la señal las bocinas, y por ambas partes se vino á las manos con igual brío, empezando por una nube de dardos. Desembarazados de las armas arrojadizas, los germanos se lanzaron sobre nuestras fuerzas con más ímpetu que simultaneidad, rugiendo como fieras. Mayor ira que de ordinario erizaba su espesa cabellera y sus ojos brillaban con furor. Intrépidos al abrigo de los escudos, los romanos paraban los golpes, y blandiendo la pica, presentaban la muerte á la vista del enemigo. Mientras la caballería sostiene el ataque con vigor, la infantería aprieta sus filas y forma una muralla con todos los escudos reunidos. Densa nube de polvo envuelve á los combatientes. Los romanos pelean con diferentes peripecias; aquí resisten bien, allá ceden; porque acostumbrados la mayor parte de los germanos á esta maniobra, se ayudaban con las rodillas para penetrar en nuestras filas. La lucha era cuerpo á cuerpo entre todos, mano contra mano, escudo contra escudo, y por todas partes resonaban gritos de triunfo ó de angus-

tia. Al fin se pone otra vez en movimiento nuestra ala izquierda, y rechazando multitud de enemigos, venía enérgicamente á tomar parte en aquel combate, cuando en el momento en que menos podía esperarse, la caballería cedió en el ala derecha y se replega con cierta confusión hasta las legiones, donde, encontrando apoyo, puede rehacerse. Había dado ocasión á esta alarma el hecho de que, el jefe de los catafractos, al rectificar un defecto de formación, recibió una herida ligera; y uno de los suyos, cuyo caballo cayó, quedó aplastado bajo el peso del animal y de la armadura. Esto fué bastante para que el resto se dispersara, y habrían atropellado á la infantería, lo que hubiese producido el desorden general, si ésta no hubiese resistido el choque merced á su masa y energía.

Vió el César aquella caballería desordenada, buscando la salvación en la fuga, y, lanzándose á ella se colocó delante como una barrera. El tribuno de una de las turmas le había reconocido, viendo á lo lejos flotar en la punta de un hasta el dragón rojo que guiaba su escolta, enseña cuya vejez acreditaba sus largos servicios. Avergonzado y palideciendo, corre en seguida á rehacer sus fuerzas; y Juliano entonces, dirigiéndose á los fugitivos con el acento persuasivo que reanima el valor más quebrantado: «¿A dónde corremos, valientes?, les dijo. ¿No sabéis que no se gana nada huyendo y que el mismo miedo no puede aconsejar nada peor? Vamos, pues, á reunirnos con los nuestros que pelean por la patria, y no perdamos, abandonándolos sin saber por qué, la parte que nos pertenecerá en el triunfo común.» Con esta alocución tan hábil, les lleva de nuevo al ataque, renovando con pocas diferencias un rasgo que en otro tiempo honró á Sila. Abandonado por los suyos en un combate en que le estrechaba Arquelao, lugarteniente de Mitrídates, Sila cogió el estandarte, lo lanzó en me-

dio de los enemigos, y dijo á los soldados: «Marchaos vosotros, á quienes había designado para compartir mis peligros; y si os preguntan dónde habéis perdido á vuestro general, responded, y no mentiréis, en Beocia, donde le dejamos solo combatir y derramar su sangre por nosotros.»

Aprovechando la ventaja y dispersión de la caballería, los alemanes caen sobre la primera línea de la infantería romana, esperando encontrar soldados quebrantados é incapaces de resistir enérgicamente; pero se sostuvo el choque y se peleó durante algún tiempo con igual fortuna. Los cornutos y los bracatos, soldados aguerridos, al espantoso gesto que les es propio, unieron en aquel momento el tremendo grito de guerra que lanzan en el calor del combate, y que, comenzando por un murmullo apenas perceptible, va subiendo por grados y concluyendo por estallar como un rugido parecido al de las olas al estrellarse en un escollo. Chocan las armas, los combatientes se empujan en medio de una nube de dardos y de una nube de polvo que todo lo oculta, pero las masas desordenadas de los bárbaros no dejan de avanzar con el furor de un incendio; y más de una vez, la fuerza de sus espadas consigue romper la especie de tortuga con que se protegen las filas romanas con la unión de los escudos. Los batavos ven el peligro y dan la señal de ataque; secundados por los reyes acuden á la carrera en socorro de las legiones y se rehace el combate. Estas formidables fuerzas debían, ayudando la fortuna, decidir el éxito hasta en las circunstancias más críticas. Pero los alemanes, á quienes parecía dominar rabia de destrucción, no dejaban de continuar en sus desesperados esfuerzos. Aquí sin interrupción vuelan los dardos, se vacían los carcaxes; allá se acometen cuerpo á cuerpo; la espada choca con la espada, y el filo de las armas entreabre las corazas. El heri-

do, mientras le queda una gota de sangre, se levanta del suelo y se obstina en pelear. Las probabilidades son casi iguales por ambas partes. Los germanos tenían ventaja por la estatura y energía muscular; los romanos por la táctica y la disciplina; en los unos, ferocidad y ardimiento; en los otros, serenidad y cálculo. Estos confiaban en la inteligencia; aquéllos en la fuerza del cuerpo. Cediendo algunas veces bajo los golpes del enemigo, el soldado romano se erguía en seguida. El bárbaro á quien flaqueaban los jarretes, peleaba rodilla en tierra, demostrando así su extremada obstinación. De pronto los germanos principales, con sus reyes al frente y siguiéndoles la multitud, atacan en masa compacta á los romanos, abriéndose paso hasta la legión escogida, colocada en el centro de batalla, formando lo que se llama reserva pretoriana. Allí las filas más apretadas y profundas les oponen muralla tan resistente como una torre, volviendo á comenzar el combate con nuevo vigor. Atentos á parar los golpes y manejando los escudos á la manera de los mirmilones, nuestros soldados herían fácilmente los costados de sus adversarios, que en su ciego furor, olvidaban cubrirse. Pródigos de sus vidas y no pensando más que en vencer, los alemanes intentan los últimos esfuerzos para romper nuestras filas; pero los nuestros, cada vez más seguros de sus golpes, cubren el suelo de muertos y las filas de los que atacan sólo se renuevan para caer á su vez. Al fin flaquea su valor y los gritos de los heridos y moribundos acaban de espantarles. Agobiados por tantas pérdidas, ya no les quedaban fuerzas más que para huir, cosa que hicieron de pronto en todas direcciones, con la precipitación desesperada que lleva á los náufragos á abordar á la primera playa que ven.

Cuantos presenciaron aquella victoria convendrán en que fué más deseada que esperada. Sin duda algún dios

propicio intervino aquel día en favor nuestro. Los romanos cayeron sobre los fugitivos, y, á falta de las espadas embotadas, que más de una vez les fueron inútiles, arrancaban la vida á los bárbaros con sus propias armas. No se cansaban los ojos de ver correr la sangre, ni los brazos de herir. A ninguno se perdonó. Multitud de guerreros gravemente heridos pedían la muerte para librarse de los sufrimientos; otros, en el momento de expirar, abrían los moribundos ojos para ver por última vez la luz. Cabezas cortadas por el ancho hierro de las lanzas, pendían aún del tronco de que habían sido separadas. Resbalaban, y caían en montones en aquel suelo empapado de sangre, pereciendo, aplastados por el peso de los suyos, algunos que habían salido del combate sin heridas. Embriagados los vencedores por el éxito, seguían hiriendo con sus embotadas espadas los magníficos cascos y escudos, que bajo los golpes rodaban por el polvo. En fin, estrechados los bárbaros hasta el Rhin, y encerrados como por una muralla de cadáveres amontonados, no vieron salvación más que en el río. Abrumados por nuestros soldados, á quienes su pesada armadura no bastaba á detenerse en la persecución, algunos se lanzaron al agua, confiando en su habilidad en la natación para salvar la vida; y el César, que comprendió el peligro que el excesivo ardimiento envolvía para los nuestros, mandó en alta voz, é hizo anunciar por los jefes y tribunos, que prohibía á todos los soldados penetrasen, persiguiendo al enemigo, en las turbulentas aguas. Limitáronse, pues, á seguir la orilla, lanzando sobre el enemigo multitud de dardos de toda clase. La mayor parte de los que escapaban á nuestros golpes, hundiéndose por su propio peso, encontraban la muerte en el fondo del río; y entonces el espectáculo ofreció, sin peligro, interés dramático. Aquí lucha el nadador con el desesperado abrazo del que no sabe nadar y le

deja flotar como un tronco si consigue desprenderse; allá, arrastrados por la corriente, los más hábiles ruedan sobre sí mismos y se sumergen. Algunos, auxiliándose con los escudos, desviándose á cada momento para evitar el choque de las olas, consiguen, después de mil vicisitudes, alcanzar al fin la otra orilla. Enrojecido el río con la sangre bárbara, se asombra con el repentino crecimiento de sus aguas.

En medio del desastre, el rey Chnodomario, que había podido escapar deslizándose entre montones de cadáveres, procuraba regresar apresuradamente al campamento que ocupaba antes de la reunión á corta distancia de las fortificaciones romanas. De antemano había hecho reunir, para el caso de derrota, naves que quería aprovechar ahora para buscar algún refugio desconocido y esperar en él cambio de fortuna. Como no podía llegar sino pasando el Rhin, retrocedió, teniendo la precaución de cubrirse el rostro. Acercábase ya á la orilla del río, cuando al rodear una charca que encontró en su camino, antes de llegar al punto de embarque, su caballo cayó en terreno cenagoso, cogiéndole debajo. A pesar de su corpulencia, consiguió desprenderse y llegar á una colina cubierta de bosque cercana de allí. Pero denunciándole el mismo brillo de su antigua grandeza, le reconocieron. En el acto, una cohorte mandada por un tribuno rodeó la colina; pero sin penetrar en el bosque, por temor de caer en alguna celada; y entonces, viéndose perdido Chnodomario, se decidió á entregarse. Encontrábase solo entre los árboles, pero doscientos soldados de su escolta y tres amigos suyos de los más íntimos, acudieron espontáneamente á rendirse, considerando como un crimen sobrevivir á su rey, y no dar, en caso necesario, la vida por salvarle. Los bárbaros, insolentes en el triunfo, ordinariamente no tienen dignidad en la derrota: así fué que

Chnodomario mostró con su palidez, cuando le llevaban, la actitud degradada del esclavo: el convencimiento del daño que había causado le hacía enmudecer. ¡Cuánto se diferenciaba entonces del fiero devastador á quien en otro tiempo anunciaban el terror y el espanto, y que hollando bajo sus plantas las cenizas de la Galia, amenazaba llevar más lejos sus estragos!

Concluída la batalla con el favor de los dioses, la bocina llamó al terminar el día á los invencibles soldados, que, reunidos al fin cerca de la orilla del río, pudieron, bajo la protección de muchas líneas de escudos, tomar algún alimento y descanso. Los romanos perdieron en la jornada doscientos cuarenta y tres soldados y cuatro jefes principales; Bainobaudo, tribuno de los cornutos; Laipsio é Inocencio, capitanes de los catafractos, y un tribuno cuyo nombre no se ha conservado. De los alemanes quedaron sobre el campo seis mil muertos, además del considerable número de cadáveres que arrastró el Rhin. Juliano, cuyo ánimo era muy superior á su fortuna, y que no creía aumentar su mérito ensanchando su poder, reprendió severamente la indiscreción de los soldados, que por aclamación le saludaron augusto; asegurando bajo juramento que aquel título distaba tanto de su ambición como de sus esperanzas. Mas para aumentar en ellos la exaltación del triunfo, hizo comparecer ante él á Chnodomario. Avanzó éste inclinándose hasta el suelo, y al fin se prosternó á sus pies implorando perdón á la manera de los bárbaros. Juliano le tranquilizó, y pocos días después fué llevado Chnodomario á la corte del Emperador, enviándole á Roma éste último, que le asignó por morada el barrio de los extranjeros, en el monte Palatino, donde murió de languidez.

A pesar de tan grandes y brillantes resultados no faltaban personas en la corte que encontraban á Julia-

no defectos y ridiculeces, sabiendo que de esta manera agradaban al Emperador. Por burla le dieron el nombre de *Victorino*, porque en sus comunicaciones repetía muchas veces, aunque en términos modestísimos, que los germanos habían sido constantemente derrotados en todas partes donde había mandado personalmente. Por un exceso de adulación cuya extravagancia era palpable, pero á propósito para halagar una vanidad llevada hasta los últimos límites, persuadieron á Constancio de que en todo el universo no se hacía nada grande sino por su influencia y bajo los auspicios de su nombre. Aturdióle esta adulación, y desde entonces y en lo sucesivo, desmintió atrevidamente los hechos, diciendo en sus edictos y en primera persona, que había peleado, vencido, levantado los reyes prosternados á sus pies, cuando todo esto se había realizado sin él. Si, por ejemplo, un general suyo, mientras permanecía él sin moverse de Italia, conseguía una victoria sobre los persas, no dejaba de enviar á todas las provincias cartas laureadas (1), mensajeras de su ruina, conteniendo interminables relatos de la batalla, y ante todo, de las grandes hazañas del príncipe. Todavía existen en los archivos públicos edictos, monumentos de ciega jactancia, en los que se ensalza hasta las estrellas; también se encuentra en ellos una relación detallada del asunto de Argentoratum, de donde distaba más de cuarenta jornadas. En él se ve á Constancio disponiendo el orden

(1) Durante la república permitía el uso á todo general vencedor y proclamado *imperator* por los soldados, rodear con laurel el parte que dirigía al Senado. Los Emperadores adoptaron la costumbre, y cuando conseguían un triunfo militar, personalmente ó por medio de sus generales, se apresuraban á notificarlo á las provincias por medio de cartas laureadas, que siempre eran señal ó pretexto de exacción en una ú otra forma.

de batalla, combatiendo junto á las enseñas, persiguiendo á los bárbaros, recibiendo la sumisión de Chnodomario; y para colmo de indignidad, no se dice ni una palabra de Juliano, cuya gloria habría sepultado Constancio, si la fama, á despecho de la envidia, no hubiese cuidado de publicarla.

LIBRO XVII

—

SUMARIO

Después de la derrota de los alemanes, Juliano pasa el Rhin y destruye por el hierro y el fuego los establecimientos de este pueblo.—Repara la fortificación de Trajano y concede á los bárbaros diez meses de tregua.—Reduce por hambre una banda de francos que hacía correrías en la Germania.—Sus esfuerzos por aliviar á la Galia del peso de los impuestos.—Constancio hace elevar un obelisco en Roma en el circo máximo.—Correspondencia y negociaciones inútiles para la paz entre Constancio y Sapor, rey de Persia.—Los Juthungos, pueblo alemán, devastan la Rhecia.—Los romanos los derrotan y ahuyentan.—Un terremoto destruye á Nicomedia.—Juliano recibe la sumisión de los Salios, pueblo franco.—Derrota ó hace prisioneros á parte de los Chamavos, y concede la paz á los demás.—Juliano repara tres fortificaciones en el Mosa y es objeto de reconvenciones y amenazas por parte de los soldados, irritados por la escasez.—Los reyes alemanes Soumario y Hortario consiguen la paz devolviendo los prisioneros.—Burlas de los envidiosos contra las victorias de Juliano.—En la corte le acusan de indolencia y pusilanimidad.—Constancio obliga á los Sármatas y á los Quados, que devastaban la Mesia y las dos Pannonias, á devolver los prisioneros y entregar rehenes.—Restituye á los Sármatas expulsados la posesión de sus tierras y les da un rey.—Constancio hace terrible matanza de Limigantos y les obliga á expatriarse.—Los legados romanos abandonan la Persia sin haber ajustado la paz.—Sapor invade de nuevo la Mesopotamia y la Armenia.

(Año de J. C. 357.)

Terminadas las cosas de la manera satisfactoria que acabo de referir, y viendo libre el curso del Rhin por la victoria de Argentoratum, Juliano mostró su piedad

con los muertos mandando enterrarlos á todos indistintamente, porque le repugnaba que sirviesen de pasto á las aves de rapiña. En seguida despidió sencillamente á los que le trajeron el insolente mensaje la víspera de la batalla, y regresó á Tres Tavernas, desde donde partió para Moguntiacum, encargando hasta su regreso á la custodia de los Mediomatricos el botín y los prisioneros. Proponíase establecer un puente en el Rhin y buscar en su territorio á los bárbaros, de los que ya no quedaba ninguno en las Galias. El ejército se mostró mal dispuesto al principio; pero le atrajo en seguida por medio de la seducción y encanto de su palabra. Robustecida con nuevos títulos la adhesión del soldado, le encadenaba en cierto modo á los pasos del glorioso jefe que compartía todas sus fatigas, no usando de su prerrogativa sino para tomar mayor parte en el peligro y el trabajo. Llegaron á Moguntiacum; establecieron el puente, y el ejército pasó al territorio enemigo. Al pronto, el atrevimiento de los romanos dejó estupefactos á los bárbaros, completamente seguros entonces, y que nada esperaban menos que verse atacados en su propio territorio. Justamente alarmados por lo que les amenazaba, pensando en el reciente desastre de sus compatriotas, fingieron vehemente deseo de paz, con el único objeto de que se disipase el primer furor de la invasión y enviaron una legación para que hablase de amistad. Mas por repentino cambio, del que no puede explicarse la razón, á estos legados siguieron inmediatamente otros, mandándonos con terribles amenazas que abandonásemos en el acto el territorio.

El César, que comprendía bien lo que se proponían, se procuró algunas barcas pequeñas, pero de rápida marcha, hizo embarcar al obscurecer ochocientos hombres y les mandó remontar el Rhin hasta cierta distancia, y llevarlo todo á sangre y fuego en cuanto saltasen

á tierra. La maniobra se ejecutó; y viendo al amanecer á los bárbaros situados en una altura, los romanos se lanzaron á la carrera y no encontraron á nadie, porque el enemigo les vió llegar y tuvo tiempo para huir. Pero densas nubes de humo les anunciaron desde lejos el desembarco de los nuestros y la devastación de sus tierras. Este espectáculo aterró á los germanos, que se habían emboscado para atacarnos en un desfiladero estrecho y cubierto de bosque, y tuvieron que abandonarlo para repasar el río llamado Mænum, y acudir al socorro de sus familias; pero estrechándoles por dos lados los soldados de las barcas y un movimiento simultáneo de la caballería romana, gracias á su especial conocimiento del terreno consiguieron retirarse; si bien los nuestros aprovecharon su fuga, atravesando sin obstáculos el desfiladero, cayendo sobre ricos pueblos (1), y apoderándose de cuanto trigo y ganados poseían. Al mismo tiempo pusieron en libertad á los prisioneros que guardaban en ellos y destruyeron por medio del fuego cuantas moradas encontraron construídas por el progresivo gusto de los bárbaros, según la arquitectura romana (2). A unas diez millas de allí encontraron los romanos una selva obscura (3), de aspecto espantoso, que detuvo la

(1) Tácito dice del suelo de Germania: «Es muy fértil en granos, pero poco á propósito para frutales. Abundan los rebaños, pero son pequeños; el ganado mayor tiene pobre aspecto; los toros carecen de cuernos, que son el honor de su frente.»

(2) Era regla de la política romana hacerse entregar lo más escogido de la juventud de los países vencidos. Cuando estos rehenes regresaban á su país, llevaban las costumbres y los gustos de una civilización más avanzada y quizá también nociones de ciencia militar, que más adelante se aplicaron con detrimento de los vencedores.

(3) Esta es la Hercinia, hoy Selva Negra, que en gran parte ha desaparecido del terreno que ocupaba antes. Por mucho tiempo ofreció esta selva su impenetrable asilo á las bandas que desolaban las dos orillas del Rhin, habiendo añadido la su-

marcha por bastante tiempo; porque un desertor reveló la presencia de numerosas bandas que permanecían ocultas en las cavernas, subterráneos inmensos con muchas salidas, desde donde acechaban el momento de caer sobre nosotros. Los soldados se mostraron animosos; pero al avanzar, encontraron de tal manera obstruídos los senderos por la corta de árboles de toda especie, que tuvieron que retroceder, convencidos, con amarga mortificación que expresaban en voz alta, de la imposibilidad de adelantar más, á menos de describir largo rodeo por caminos menos practicables. Hacer esto en aquella estación era exponerse inútilmente á mil peligros, porque había pasado el equinoccio de otoño, y todo el país, montes y valles, estaba cubierto ya de densa capa de nieve. Juliano renunció, por tanto, á continuar la marcha; pero aprovechando la circunstancia de no tener enemigos al frente, quiso que atestiguase sus progresos un monumento; por lo que mandó reconstruir apresuradamente en aquel punto un fuerte, que en otro tiempo levantó Trajano, dándole su nombre, y que después fué tomado á viva fuerza. Colocóse allí guarnición temporal y se puso en requisa á todo el país para proporcionarle víveres.

Viendo los germanos alzarse aquel edificio amenazador, y aterrados ya por el triunfo de las armas romanas, se apresuraron á pedir la paz en humildísimo mensaje; y el César, después de deliberar largo tiempo y calcular maduramente las consecuencias, les concedió diez meses de tregua; porque la prudencia le decía que

perstición á estas causas positivas de espanto, otras sobrenaturales. De aquí procede el nombre de Selva Negra, que conserva la tradición de los terrores que inspiraba. Pero también se ha observado que los abetos que la forman tienen un color obscuro particular, y quizá sea esta la etimología verdadera, porque es la natural.

no estribaba todo en haber ocupado aquel fuerte con inesperada rapidez, sino que, para conservarlo, era necesario proveerlo de máquinas, de muralla y de material completo de defensa. Confiados en las promesas de Juliano, tres de los reyes más violentos que habían suministrado fuerzas á la liga vencida en Argentoratum, acudieron temblando ahora á asegurar ante él, con las formas habituales de su patria, su tranquilidad futura y el estricto cumplimiento del tratado hasta el término establecido; prometiendo respetar aquel fuerte al que dábamos tanta importancia, y llevar, aunque fuese á hombro, los víveres necesarios á la guarnición en cuanto hiciese señal de que le faltaban. En esta ocasión el miedo venció á la falsedad, porque cumplieron fielmente las condiciones. Juliano pudo gloriarse con justa razón por el feliz resultado de aquella campaña, cuyo éxito podía compararse al de las guerras púnicas y de los teutones, aunque conseguido á menor costa. Sostienen, sin embargo, sus detractores que el valor de que acababa de dar tantas pruebas no era en él más que cálculo, y que buscaba gloriosa muerte en el campo de batalla, por el temor que tenía de perecer como su hermano Galo, por mano del verdugo. Esto era efectivamente lo que le reservaban culpables esperanzas; y podría creerse que la malignidad había acertado, si tantas acciones brillantes, después de la muerte de Constancio, no desmintiesen terminantemente tales suposiciones.

Habiendo obtenido de su expedición todo el partido posible, volvió Juliano á tomar cuarteles de invierno, pero otros trabajos le esperaban á su regreso. Severo, general de caballería, marchando á Remos por Agripina y Juliacum, encontró una banda ágil y determinada de francos, en número de unos seiscientos, según se supo después, que aprovechaba la ausencia de los romanos para devastar el país. Sabiendo que el César se ocu-

paba en perseguir á los alemanes hasta en el fondo de sus guaridas, se habían lisonjeado, en su audacia, de recoger rico botín sin pelear. Al aproximarse el ejército, se refugiaron en dos fuertes que habían quedado sin guarnición y se defendieron cuanto les fué posible.

Asombrado al pronto el César por aquel atrevido golpe de mano, comprendió en seguida las consecuencias. Detuvo, pues, el ejército ante aquellos dos fuertes, bañados por las aguas del Mosa, y los puso sitio en toda forma. La increíble obstinación de los bárbaros le retuvo cincuenta y cuatro días, es decir, casi la totalidad de los meses de Diciembre y Enero. Las noches eran obscuras, el río estaba helado, y como el previsor Juliano temía que el enemigo aprovechase estas circunstancias para huir, desde el obscurecer hasta el amanecer, por orden suya, soldados montando ligeras barcas recorrían de alto abajo el río para romper el hielo y quitar esta esperanza á los sitiados que, privados de aquel medio, no podían huir. Viendo que les faltaba este recurso, y reducidos al último extremo por el cansancio y el hambre, se entregaron prisioneros, y en seguida fueron enviados á la corte del Emperador (1). Una multitud de francos intentaba distraer á los romanos para libertar á los sitiados; pero la noticia de su captura y traslación les hizo retroceder, sin llevar más lejos la tentativa. Terminada la campaña, el César marchó á pasar el resto del invierno entre los Parisios.

Amenazaba ahora una coalición más formidable que la anterior, siendo esto grave motivo de preocupaciones para quien sabía cuán variable es la suerte de las armas. Sin embargo, como la tregua le dejaba algún descanso, aunque escaso, reclamado por multitud de

(1) Refiere Libanio que Constancio, para disimular el homenaje que recibía de Juliano, incorporó inmediatamente aquellos bárbaros á las legiones.

negocios, ocupóse en aliviar la propiedad de los galos distribuyendo más equitativamente las cargas que la gravaban. Florencio, prefecto del pretorio, que, según decía, se había dado cuenta exacta de las cosas, aseguraba que la capitación daría lugar á disminución de rentas, que no podría resarcirse sino acudiendo á impuestos extraordinarios. Pero convencido el César del mal resultado de este sistema, afirmaba que prefería la muerte á permitir su aplicación; porque conocía qué clase de heridas se infieren á las provincias por esta especie de subsidios, ó mejor dicho, despojos, y cuántas miserias arrastran necesariamente en pos. Más adelante veremos que la ruina de la Iliria no tuvo otra causa.

Mucho clamó el prefecto del pretorio porque se negaban de pronto á obedecer al hombre á quien el Emperador había concedido la alta dirección de aquella parte de los negocios administrativos. Juliano procuró ante todo calmarle, y después le demostró con cálculos exactos que la capitación, no solamente bastaba para las necesidades de la provincia y del ejército, sino que produciría sobrantes. No por esto dejaron de presentarle después un proyecto de edicto para un impuesto suplementario (1); pero el César se negó terminantemente á firmarlo, y arrojó al suelo el documento sin permitir siquiera su lectura. Enterado el Emperador por las quejas del prefecto, escribió á Juliano aconsejándole más suavidad y confianza en sus relaciones con aquel funcionario; á lo que contestó sencillamente el César, que era necesario agradecer á una provincia devastada, como lo estaba aquélla, que pagase puntual-

(1) Los romanos tenían tres formas de tributo: el *canon*, impuesto normal y ordinario que se pagaba por cabeza y cobrado algunas veces en especie; la *oblación*, ó don gratuito, y la *indicción*, contribución extraordinaria, motivada por necesidades especiales.

mente el impuesto ordinario; pero que no habría rigor que bastase para obtener de una población reducida á tanta miseria, un aumento cualquiera. Solamente á esta firmeza debió la Galia verse libre de una vez para siempre de exacciones vejatorias.

El César dió entonces un ejemplo inusitado (1). La Bélgica segunda estaba abrumada por toda clase de cargas, y Juliano pidió y obtuvo del prefecto que defiriese á él en aquella parte de su administración; pero con la condición expresa de que no intervendría ningún aparitor ni agente del fisco, ni se ejercería presión alguna para el pago de lo debido. Esta suave conducta tuvo por efecto que todos se apresurasen á pagar anticipadamente sin esperar la citación.

Mientras comenzaba á renacer la Galia, mediante estos procedimientos, alzaban en Roma un obelisco en el circo maximo, bajo la segunda prefectura de Orfito. Siendo ahora momento oportuno, diremos algo acerca de este monumento. Existe una inmensa y soberbia ciudad de antiguo origen, célebre desde hace muchos siglos por las cien puertas que le dan entrada, por cuya razón se la llamó Tebas *hecatomphylos;* nombre del que se deriba Tebaida, que hasta nuestros días ha conservado la provincia. En la primera época del engrandecimiento de Cartago, uno de sus generales emprendió rápida expedición que hizo caer á Tebas en su poder. Libre de esta primera opresión, tuvo que soportar la de Cambises, rey de Persia, déspota el más ávido y tirano que invadió el Egipto, atraído por el cebo de sus riquezas, y que ni siquiera respetó los santua-

(1) La cobranza de impuestos, y en general la administración de las rentas de cada provincia, pertenecía exclusivamente á los prefectos; y era ejemplo que no había dado ningún César asumir la carga directa de estos detalles secundarios del gobierne.

rios. En dicha ocasión fué cuando este príncipe, que tanto se movía entre los bandidos de su comitiva, se enredó un pie en los pliegues del manto, y cayendo, se hirió casi mortalmente con el puñal que llevaba sujeto al muslo derecho, y que, á la caída, saltó de la vaina. Mucho tiempo después Cornelio Galo, procurador del Egipto bajo el emperador Octaviano, arruinó á Tebas con sus exacciones. Acusado á su regreso del saqueo de aquella provincia, y perseguido por la indignación de los caballeros, á cuyo orden había encargado el Emperador informar en aquel asunto, se dió la muerte con su propia mano. Si no me engaño, este Galo es el poeta del mismo nombre á quien dedica Virgilio tan sentidos versos en la última parte de las *Bucólicas*.

Entre las importantes obras de esta ciudad, como grandes cisternas y simulacros gigantescos de los dioses de Egipto, he visto yo mismo numerosos obeliscos, tanto en pie como caídos y mutilados; monumentos de los pasados siglos consagrados por los antiguos reyes del país á los dioses inmortales, en agradecimiento por victorias militares ó por el beneficio de extraordinaria prosperidad interior; obeliscos de piedra, traída muchas veces de lejanos parajes y que vino tallada ya desde la cantera al punto de la erección. Estos monumentos, en figura de meta más ó menos alta, están formados de una sola piedra de grano muy duro, pulida con el mayor cuidado, y que por imitación á los rayos del sol, tiene forma cuadrangular, tendiendo insensiblemente las cuatro aristas á reunirse en la parte superior. Vense grabadas en ellos innumerables figuras ó símbolos, que llamamos jeroglíficos, y que son los misteriosos archivos de la sabiduría de otros tiempos; figuras de aves, de cuadrúpedos, productos de la naturaleza ó de la fantasía, destinados á transmitir á las edades siguientes la tradición de los hechos contempo-

ráneos, ó los votos que los soberanos de aquellas épocas formulaban y cumplían. El idioma de los antiguos egipcios no tenía, como las lenguas modernas, determinado número de caracteres que respondiesen á todas las necesidades del pensamiento; sino que cada letra tenía el valor de un nombre ó de un verbo, y muchas veces encerraba un sentido completo. Dos ejemplos bastarán para dar idea de ello. El buitre designa en esta lengua la palabra naturaleza, porque esta especie no tiene machos, según la enseñanza de la física (1). La abeja, ocupada en elaborar la miel, expresa la palabra rey, para dar á conocer que si la dulzura es la esencia del gobierno, debe, sin embargo, hacerse sentir la presencia del aguijón, y así en todo lo demás.

La llegada de un obelisco á Roma bajo el reinado de Constancio puso en movimiento á los aduladores, diciendo que si Octaviano Augusto trajo dos de Heliópolis, colocando uno en el circco máximo y el otro en el campo de Marte, la enorme mole del traído ahora asustó á aquel príncipe, que ni siquiera trató de moverla. Pero bueno es advertir, para aquellos que lo ignoren, que Augusto se abstuvo de tocar á éste cuando mandó trasladar los otros dos, solamente por respeto al sentimiento religioso del país; porque este monumento era una consagración especial á la divinidad del Sol. Este destino lo respetó como irrevocable, y protegido por la inviolabilidad del magnífico templo en cuyo centro se alzaba como un gigante. Pero el emperador Constantino, que no experimentaba tales escrúpulos, ó pensaba, con razón, que no atacaba á las ideas religiosas tomando aquella maravilla de un templo particular para consagrarla en Roma, templo de todo el

(1) La física antigua admitía como cierto que la especie de los buitres no tiene machos, ni la de los escarabajos hembras. Eliano y el grave Plutarco refieren esta absurda noción.

universo, comenzó por remover el monumento, que dejó tendido esperando á que terminasen los preparativos de transporte. Conducido en seguida por el Nilo, dejáronle en la orilla en Alejandría, donde construían expresamente una nave de dimensiones extraordinarias, que debían poner en movimiento trescientos remeros. Pero el príncipe murió entretanto, y las operaciones aflojaron. Hasta mucho tiempo después no embarcaron aquella mole, que cruzó el mar y remontó el Tíber, que parecía temer no fuesen sus aguas bastantes para elevar á la ciudad que riega aquel regalo del casi desconocido Nílo. Cuando llegó al pueblo de Alexandri, á tres millas de Roma, colocaron el obelisco en un carromato *(chamulcis impositus)*, y arrastrándolo lentamente lo introdujeron por la puerta Ostiense y la antigua piscina pública (1), hasta la explanada del circo máximo. Tratábase ahora de erigirlo, cosa que se consideraba muy difícil, si no imposible. Con este objeto alzaron, no sin peligro, un bosque de mástiles muy altos, en cuya parte superior quedaban sujetos multitud de largos y fuertes cables, tan espesos como los hilos de la trama de un tejedor, formando red tan densa que quitaba la vista del cielo. Con el auxilio de este aparato y de los esfuerzos de muchos millares de brazos que imprimían simultáneamente á la máquina movimiento análogo al de la muela superior de un molino, aquella especie de montaña, depositaria de los primeros rudimentos de la escritura, se levanta insensiblemente, y suspendida por algún tiempo en el espacio, ocupa al fin su asiento en medio del suelo. Al principio se adornó la cúspide del obelisco con un globo de bronce, revestido con láminas de oro. Pero habiendo

(1) Primeramente fué un canal ó alberca en que se bañaba el pueblo gratuitamente. El tiempo la había desecado, pero se conservaba con el nombre el recuerdo de sus primitivos usos.

caído un rayo sobre él, lo sustituyeron con una antorcha del mismo metal, cuya llama, figurada también con oro, producía desde abajo el efecto de un haz de fuego. En los siglos siguientes trajeron otros obeliscos á Roma, de los que se alza uno en el Vaticano, otro en los jardines de Salustio (1), y dos en el mausoleo de Augusto. En cuanto al antiguo obelisco, el del circo máximo, Hermapión tradujo al griego sus inscripciones emblemáticas, siendo la siguiente su interpretación:

CARA DE MEDIODÍA

Primera columna de escritura.

El Sol al rey Ramestes. Te he concedido reinar con regocijo en la tierra, favorito del Sol y de Apolo; poderoso amigo de la verdad, hijo de Herón, nacido de un dios creador del globo terrestre; tú, preferido del Sol, Ramestes, hijo de Marte, en cuya obediencia se siente feliz y orgullosa la tierra; rey Ramestes, hijo del Sol, cuya vida es eterna.

Segunda columna.

Poderoso Apolo, verdadero dispensador de la diadema, glorioso dominador del Egipto, que has formado el

(1) Estos jardines, cuya proverbial magnificencia se debía al despojo de la Numidia, que el célebre historiador administró, contando con el favor de Julio César, pasaron más adelante al dominio imperial. Vespasiano, Nerva y después Aureliano tuvieron en ellos sus delicias, y consideraron como honor suyo mantener su esplendor y aumentarlo. En el emplazamiento de estos jardines, que conservaron el nombre de Jardines de Salustio, han hecho descubrir las excavaciones las antigüedades más bellas que adornan los museos.

esplendor de Heliópolis, y creado el resto del globo; fundador del culto de Hiólopolis, querida del Sol.

Tercera columna.

Poderoso Apolo, hijo del Sol, esplendor universal; tú, á quien el Sol quiere con preferencia á todos y á quien el intrépido Marte ha colmado con sus dones; tú, cuyos beneficios serán eternos; tú, á quien quiere Ammón; que has llenado de ofrendas el templo del Fenix, á quienes los dioses han ofrecido vida inmortal. Poderoso Apolo, hijo de Herón; Ramestes, rey de la tierra, que has salvado el Egipto triunfando del extranjero; á quien el Sol ama, á quien los dioses han concedido largos días; Ramestes, señor del universo, que vivirás eternamente.

Otra segunda columna.

Yo el Sol, supremo dominador de los cielos, te doy una vida que no conocerá la saciedad, árbitro de la diadema; á quien nadie es comparable; á quien el soberano del Egipto ha elevado estatuas en este reino, por quien Heliópolis es honrada al igual del Sol, soberano de los cielos. El hijo del Sol, que vivirá eternamente, ha terminado una hermosa obra.

Tercera columna.

Yo el Sol, soberano señor de los cielos, he dado el imperio, con autoridad sobre todo, al rey Ramestes, á quien Apolo, amigo de la verdad, y Hephestus, padre de los dioses, aman tanto como Marte. Rey afortunado, hijo del Sol y amado del Sol.

CARA DE LEVANTE

Primera columna.

Gran dios de Heliópolis, poderoso y celeste Apolo, hijo del Sol; á quien los dioses han honrado, á quien el Sol, que manda en todos, cuyo poder que iguala al de Marte, ha amado tiernamente; á quien el brillante Ammón ama también y á quien ha hecho rey por la eternidad. (Falta la continuación.)

(AÑO 358 DE J. C.)

Siendo cónsules Daciano y Cerealis, en el momento en que renacía el orden en las Galias, donde la experiencia había calmado el ardor de invasión de los bárbaros; el rey de Persia, en guerra por mucho tiempo en su frontera con los pueblos limítrofes, acababa de ajustar alianza con las dos tribus más temibles, la de los Chionitas y Gelanos, y se disponía á retroceder, cuando recibió la carta en que le anunciaba Tamsapor la pacífica iniciativa tomada por el Emperador romano. No dejó Sapor de sospechar que había recibido algún descalabro el poder del imperio; creció con esto su natural orgullo, y aceptando la paz, quiso imponer duras condiciones; para lo cual envió como legado cerca de Constancio á un tal Narses, encargándole una carta, escrita en el enfático estilo de aquella corte soberbia y cuyo sentido era el siguiente: «Sapor, rey de reyes, comensal de los astros, hermano del Sol y de la Luna, á su hermano Constancio César, salud. Me regocija que al fin entres en el buen camino, y consientas en escuchar la incorruptible voz de la equidad, instruído por propia experiencia de lo que cuesta llevar demasiado lejos la

avidez del bien ajeno. La verdad no tiene más que un lenguaje claro y libre, y privilegio es de la grandeza decir lo que se piensa. He aquí, pues, en pocas palabras, mi resolución, tal como frecuentemente la he formulado, según se recordará. Los estados de mis mayores se extendían hasta el curso del Strymon y las fronteras de la Macedonia; vuestros anales me dan la razón. Tengo derecho para reivindicar esto, yo que, dicho sea sin orgullo, soy superior en brillo y virtudes á mis predecesores. Nada olvido, y desde que tengo edad de hombre, no me he arrepentido de ningún acto mío. Tengo, pues, el deber de recobrar la Armenia así como la Mesopotamia, arrebatadas á mi abuelo por manifiesto engaño (1). Ahora bien: nunca hemos admitido vuestra máxima, proclamada tan enfáticamente: «Astucia ó valor, todo está justificado en la guerra.» ¿Quieres seguir un buen consejo? Sacrifica, para asegurar el resto, una pobre posesión, que para ti es sangrienta y desastrosa. Imita en esto la prudencia del médico que aplica el hierro y el fuego á las partes enfermas con objeto de conservar las sanas. Hasta á los animales enseña el instinto; por interés de su propia tranquilidad, á separar de sí mismos lo que atrae la codicia del cazador. Por mi parte declaro, que si mi legado regresa sin haber concluído, en cuanto termine el invierno me pondré al frente de todas mis tropas, y apoyado en la justicia de mi causa y en la equidad de mis proposiciones, llevaré las hostilidades todo lo lejos que puedan ir.»

Meditada por mucho tiempo esta carta, después de

(1) Habiendo perdido Narsés, hijo de Sapor, una gran batalla contra Maximiano Galerio, se vió obligado, para rescatar á su esposa é hijas, que habían caído en poder de los romanos, á ceder la Mesopotamia y cinco provincias de este lado del Tigris. En cuanto al fraude, créese que fué alguna estratagema de Galerio para conocer por sí mismo las fuerzas y proyectos del enemigo.

madura reflexión, contestó Constancio tranquilamente lo siguiente: «Constancio, vencedor en tierra y mar, siempre Augusto (1) á mi hermano el rey Sapor, salud. Te felicito por tu afortunado regreso como hombre que será amigo tuyo si así lo quieres; pero nunca reclamaré demasiado contra esa insaciable é ilimitada ambición. Dices que necesitas la Armenia y la Mesopotamia, y me aconsejas que mutile un cuerpo sano para que tenga más salud. Consejo es éste más fácil de rechazar que de seguir. He aquí la verdad desnuda, manifiesta, que no puede quedar disfrazada por vanas baladronadas. Un prefecto de mi pretorio ha creído obrar bien entablando, sin conocimiento mío, negociaciones de paz con un general tuyo. Ni censuro ni apruebo este paso, suponiendo que no se ha dicho nada que no sea digno y conveniente, nada que ataque á la majestad imperial. Pero es absurdo, sería deshonroso, cuando á todos los oídos llegan los triunfos de mi reinado, cuando la derrota de los tiranos pone á todo el mundo romano bajo mis leyes, sufrir el desmembramiento de lo que he sabido conservar intacto hasta en el tiempo en que los mismos límites del Oriente marcaban los de mi poder. Renuncia, pues, á esa vana ostentación de amenazas convencionales. Sabido es que por moderación, y no por cobardía, preferimos esperar á ir en busca de la guerra; pero todo ataque á nuestro territorio nos encontrará dispuestos siempre á rechazarlo con energía. Además, la historia demuestra, así como nuestra propia experiencia, que si la fortuna de Roma (y de esto hay pocos ejemplos), ha podido vacilar en algún combate, al fin ha conseguido siempre la victoria.»

Despidióse sencillamente á la legación persa, porque

(1) Constantino fué el primer emperador que tomó este título, y que sus sucesores llevaron constantemente después.

no merecían otra cosa las soberbias pretensiones de su soberano. Pero casi inmediatamente hizo partir Constancio, con su carta y regalos, á Próspero, acompañado por Spectato, tribuno y notario; y por consejo de Musoniano, les unió el filósofo Eustathio, que tenía fama de poseer palabra persuasiva, llevando los legados el encargo de intentarlo todo para detener los preparativos de Sapor, mientras se realizaban los últimos esfuerzos á fin de poner en buen estado de defensa la frontera del Norte.

En tanto se verificaba este cambio de cartas ambiguas, los Juthungos (1), pueblo alemán, vecino de Italia, despreciando los tratados y el pacto implorado con tantas instancias en otro tiempo, emprendieron una irrupción grave en la Rhecia, llevando las hostilidades, contra la costumbre de esta nación, hasta poner sitio á las ciudades. Barbación, que había reemplazado á Silvano en el mando de la infanteria, fué enviado contra ellos con fuerzas considerables. Este general, careciendo de valor para la acción, sabía encontrar palabras; y sus arengas imprimieron tal brío á los soldados, que exterminaron á los bárbaros, escapando muy pocos para llevar á sus hogares aquella noticia desoladora. Nevita, que fué cónsul después, mandaba una turma de caballería en aquella campaña, y, según se dice, contribuyó gloriosamente al éxito.

En esta época ocurrió un terremoto en la Macedonia, el Asía Menor y el Ponto, conmoviendo los montes y los valles: debiéndose citar, entre los desastres de toda clase que produjo esta calamidad, la completa destrucción de Nicomedia, en la Bitinia (2). Diremos algo

(1) Este era un pueblo revoltoso que se sublevó de nuevo bajo el reinado de Valentiniano. Algunos confunden á los Juthungos con los Quandos y Marcomanos.

(2) La fecha que asigna Ammiano á este desastre concuer-

perfectamente averiguado acerca de esta catástrofe.

El nueve de las kalendas de Septiembre (1) al amanecer, turbó de pronto el sereno aspecto del cielo aglomeración de negras nubes, desapareciendo la claridad. Imposible era ver los objetos, por cercanos que estuviesen; tan cegados estaban los ojos por el denso vapor que acababa de invadir la atmósfera. En seguida, como si el supremo numen hubiese lanzado por sí mismo sus fatales rayos y desencadenado los vientos de los cuatro puntos cardinales, espantoso hucarán hizo rugir á las montañas y retemblar las playas con el espantoso fragor de las olas que rompían sobre ellas. Estremecióse el suelo, y con sacudidas espantosas, acompañadas de trombas y tifones (*typhones, presteres*) (2) derrumbó por completo la ciudad y sus arrabales. La mayor parte de la ciudad estaba construída en la ladera de la montaña, y los edificios cayeron unos sobre otros con espantoso ruido. El eco de las montañas repetía los desesperados gritos de los que llamaban á su esposa, á su hijo, á alguna persona querida; hasta que al fin, cerca de la hora segunda y mucho antes de la tercera, serenándose el cielo, dejó ver todo el horror de la catástrofe. Unos habían muerto aplastados por las ruinas; otros sepultados hasta los hombros, y á los que un poco auxilio podía salvar, perecían por falta de socorro. Veíase á algunos suspendidos en el aire en el extremo de maderos en que

da con la que le asignan todos los escritores que lo han mencionado. Sócrates dice, en la *Historia de la Iglesia*, que Constancio había designado á Nicomedia para la celebración de un sínodo de obispos, y que al tener noticia del terremoto, se trasladó el punto de reunión á Seleucia.

(1) 24 de Agosto.

(2) El *Tiphon* es lo que hoy llamamos *tromba. Presteres.* el viento del desierto que los árabes llaman *simun* y los italianos *sirocco*, cuya influencia se deja sentir hasta el litoral europeo del Mediterráneo.

habían quedado clavados. Aquí y allá yacían grupos antes llenos de vida, y que, por suerte común en la destrucción, habían quedado convertidos en montones de cadáveres. Aprisionados otros, sanos y salvos, bajo los escombros de sus casas, veíanse condenados á morir de angustia y de hambre. En este caso se encontraba Aristeneto, que acababa de obtener el título, que ambicionó durante mucho tiempo, de vicario de aquella provincia, á la que Constancio había dado el nombre de Piedad, en honor de su esposa Eusebia. Aquel desgraciado murió después de larga y cruel agonía. Muchos quedan sepultados todavía bajo las ruinas, en el punto donde les sorprendió el derrumbamiento. En una palabra, por todas partes oíanse desgarradores gritos de los heridos que, con la cabeza abierta, mutilados de un brazo ó de una pierna, en vano imploraban socorro de aquellos á quienes la suerte había maltratado del mismo modo.

A pesar de todo, cierto número de templos y de casas particulares y hasta una parte de la población habrían podido librarse del desastre, á no sobrevenir un incendio que, paseando sus estragos durante cincuenta días y cincuenta noches, devoró todo lo que podía alimentarle.

Creo llegado el caso de decir algo de las conjeturas de los antiguos acerca de los terremotos. Digo conjeturas, porque en este particular, las infatigables lucubraciones de los sabios y sus discusiones, que todavía duran, no están más cerca de la demostración que la ignorancia del vulgo. Así es que, para evitar una equivocación que sería un sacrilegio, los rituales y los libros de los pontífices mandan prudentemente, y así lo observan con rigor los sacerdotes, que se abstengan de invocar en estas ocasiones á un dios con preferencia á otro, puesto que todavía se ignora qué divinidad preside

en efecto á estos grandes trastornos de la tierra (1).

Abundan las conjeturas acerca de la causa de los terremotos y se contradicen hasta el punto de poner en duda á Aristóteles. En tanto se atribuyen á la acción violenta de las corrientes de aguas subterráneas, contra las paredes de los anchos canales que las contienen, y que llamamos en griego syringas. En tanto, como asegura Anaxágoras, es el aire que circula en profundas cavernas y que encontrando obstáculo en algún cuerpo sólido, conmueve, para encontrar salida, el terreno bajo el cual se encuentra comprimido. Comprobada está, en efecto, la tranquilidad de la atmósfera mientras duran las sacudidas, sin duda porque entonces queda absorbido todo el aire en las profundidades de la tierra. Por su parte Anaximandro pretende que, penetrando el viento en las hendiduras ó grietas que se abren en el suelo á consecuencia de excesivo calor ó de lluvias persistentes, lo remueven en seguida hasta en sus fundamentos; lo cual podría explicar la ordinaria coincidencia de estos terribles fenómenos con un período de sequía ó de excesiva humedad. Por esta razón los poetas y los theogonistas han dado á Neptuno divinidad, que domina

(1) Dice Aulo Gelio: «Los antiguos romanos, tan escrupulosos en el cumplimiento de sus deberes, sobre todo los concernientes á la religión, tan atentos para honrar á los dioses, siempre que presenciaban ú oían hablar de un terremoto, no dejaban de ordenar por un edicto ceremonias públicas. Pero en contra de lo acostumbrado, omitían el nombre del dios ó diosa en cuyo honor se celebraban las ceremouias religiosas, porque temían confundir una divinidad con otra, y no querían imponer al pueblo un culto fundado en un error. Si se faltaba á los deberes religiosos de esta solemnidad, se tenia obligación de celebrar un sacrificio expiatorio, y el decreto de los pontifices, según dice Varrón, al ordenar este sacrificio, añadía que se ofrecería al dios ó diosa, porque se ignoraba qué divinidad conmovía la tierra, ni qué sexo tenia.»

en el elemento húmedo, los nombres de Ennosigœon (1) y de Sisichthon (2).

Los terremotos son de cuatro clases: los *brasmacios*, fermentación violenta de las entrañas de la tierra, que la hacen levantar con esfuerzo considerables masas en su superficie: así surgieron en Asia Delos (3) Hiera, Anapla y Rodas, conocida esta última sucesivamente por los antiguos con los nombres de Ophiusa y Pelagia (4), de la que se dice fué regada por una lluvia de oro; de esta manera nacieron Eleusis en Beocia, Vulcania (5) en el mar Tirreno y otras muchas islas. Los *climacios*, que arrojan de costado á las ciudades, monumentos y montañas, dejando arrasado el suelo; los *casmacios*, en los que la fuerza de la conmoción abre abismos que absorben comarcas enteras. De esta manera quedaron sepultadas en la profunda noche del Erebo una isla en el mar Atlántico, la más grande de todas las de Europa (6); Helice y Bura (7), en el golfo de Crissa; y cerca del monte Cimino, en Italia, la fuerte ciudad de Saccumum. En fin, los *micemacios*, variedad de los otros tres, que se anuncian con terrible ruido sub-

(1) Qué conmueve la tierra.

(2) Que remueve la tierra.

(3) Según la mitología, la isla de Delos había surgido de pronto para ofrecer á Latona, errante y en cinta de Diana y Apolo, paraje donde darlos á luz.

(4) Rodas fué llamada primeramente Ophiusa, por la multitud de serpientes que la infestaban.

(5) Según Julio Obsequens, en el año 567 de la fundación de Roma brotó en el mar de Sicilia la isla de Vulcano, pedregosa, desierta y lanzando llamas por un cráter interior.

(6) Esta es la Atlántida de que habla Platón y que se supone sumergida por la irrupción del Oceáno que formó el Mediterráneo.

(7) El golfo de Crissa es el nombre antiguo del golfo de Corinto. Ovidio menciona la catástrofe que hizo desaparecer las ciudades de Hélice y Buris ó Bura.

terráneo. En estas intestinas convulsiones del globo parece que va á quedar disuelto, pero sus elementos no tardan en recobrar su asiento. Caracteriza especialmente á este fenómeno el sordo rugido que le precede, parecido al de los toros; pero volvamos á nuestro relato.

Al invernar el César entre los Parisios hacía sus preparativos para adelantarse á los alemanes, que todavía no habían formado la nueva liga, pero cuya audacia y ferocidad no dejaba de fermentar hasta el delirio, á pesar del desastre de Argentoratum. Costumbre es de los galos no entrar en campaña hasta el mes de Julio (1), y hasta entonces había de refrenar su impaciencia. Además, no podían comenzar las operaciones hasta que la licuación de las nieves y los hielos permitiese la llegada de los convoyes que venían de Aquitania. Pero ante la actividad del genio resisten pocos obstáculos. Juliano estudió su plan bajo todos aspectos y se fijó en la idea de adelantarse á la estación y caer sobre los bárbaros de improviso. Mandó abrir los almacenes y repartir á los soldados, que no deseaban otra cosa, provisiones para veinte días de ese pan cocido para las guardias, que vulgarmente llaman galleta (2). Cuando estuvo cocido partió, bajo auspicios igualmente felices que en su primera campaña, esperando poner fin en cinco ó seis meses á otras dos de urgente necesidad: dirigiéndose primeramente contra los francos llamados salios (3),

(1) El clima de las Galias, cubiertas entonces de bosques, era mucho más frío que el actual, y para los romanos muy difícil sostener campaña hasta que estaba bastante avanzado el estío.

(2) Como se ve, el uso de la galleta para los ejércitos de mar y tierra no es invención moderna.

(3) Supónese que los Salios ó Francos, antepasados de los franceses, son el mismo pueblo que los Cheruscos de Tácito; fundándose en que el nombre de Cheruscos desaparece de la historia en el momento mismo que aparece el de Salios.

que se habían establecido por autoridad propia en territorio romano, en Toxiandria. En Tungros encontró una legación de este pueblo que, suponiéndole todavía invernando, le hacía ofrecer la paz. Según aseguraban, permanecían aún en sus hogares, y prometían continuar tranquilos, con tal que no fuesen á perturbarlos; Juliano distrajo por algún tiempo á los legados con palabras ambiguas, y al fin les despidió con regalos, dejándoles creer que esperaría su regreso. Pero en cuanto volvieron la espalda se puso en marcha, y, haciendo seguir á Severo la orilla del río para dar extensión á su línea de ataque, cayó como el rayo sobre el grueso de la nación, encontrándola más dispuesta á humillarse que á defenderse. Como el éxito le predisponía á la clemencia, les recibió en su gracia cuando se presentaron á entregarse con sus bienes y sus hijos. Desde allí, cayendo sobre los Chamavos (1), á los que tenía que castigar por una agresión semejante, los deshizo con igual prontitud. Parte de la nación le opuso viva resistencia y quedó prisionera; el resto ganó rápidamente sus guaridas, absteniéndose el César de perseguirles en ellas, para no malgastar las fuerzas de sus soldados. Sin embargo, para asegurar los vencidos sus esperanzas de salvación, no tardaron en enviarle una legación que imploró de rodillas la paz, siéndoles concedida con la única condición de que regresasen á su antiguo país.

Afortunado hasta entonces en sus empresas y meditando constantemente algún proyecto útil para las provincias, decidió reparar, si tenía tiempo para ello, tres fuertes construídos en la misma línea para defender el paso del Mosa, y que desde antiguo habían sucumbido

(1) Los Chamavos eran una fracción de la nación sajona que, según Zósimo, habían pasado el Rhin con intención de expulsar á los Salios del país de los Batavos, y que se establecieron en territorio romano.

ante los esfuerzos de los bárbaros. La reparación fué bastante rápida para no suspender sensiblemente las operaciones militares; y, con objeto de aprovechar su celeridad, dejó para aprovisionar los fuertes parte de los víveres que llevaba á hombros de soldados desde el principio de la campaña, y que representaban aún la subsistencia por diez y siete días. Para reponer esta pérdida contaba con la cosecha de los Chamavos, pero muy pronto perdió la esperanza. El soldado consumió lo que llevaba antes de que el grano en pie hubiese madurado, y no teniendo con qué vivir, prorrumpió en reconvenciones y amenazas, prodigando al César los epítetos de asiático, griego afeminado, embaucador y sabio imbécil. Los soldados tienen siempre sus oradores propios, y éstos peroraban y gritaban muy alto, diciendo: «¿Nos han economizado la marcha entre nieves y hielos? Y para colmo, cuando tenemos en las manos la suerte del enemigo, vamos á perecer con la muerte más innoble, de hambre. ¡Qué no nos traten de sediciosos! Lo único que pedimos es vivir. En cuanto al oro y la plata, hace mucho tiempo que nos tienen acostumbrados á no tocarlo ni verlo. No nos tratarían peor si hubiésemos soportado tantas fatigas y peligros peleando contra el Estado.» En estas quejas había algo de verdad. Después de tantas hazañas, de tantos sufrimientos de todo género, el soldado, extenuado por su campaña de las Galias, se encontraba, desde que Juliano tomó el mando, sin recibir gratificación ni estipendio alguno; porque Constancio se negaba á abrir el tesoro público y Juliano era demasiado pobre para suplir de su propio caudal. Más adelante quedó demostrado que el Emperador obraba con más malevolencia que economía; porque un día, habiendo un simple soldado pedido á Juliano, según costumbre, para afeitarse, y habiéndole dado el César algunas monedas de poco valor,

Gaudencio, que entonces era notario, y que hacía mucho tiempo se encontraba en las Galias para espiar la conducta de Juliano, tomó pie de este hecho para propalar contra él las calumnias más injuriosas. Como más adelante se verá, este mismo Gaudencio recibió la muerte por orden de Juliano.

A fuerza de arte y lisonjas, el César consiguió al fin dominar la sedición. Cruzaron el Rhin por un puente de barcas, y pusieron pie en territorio alemán. Entonces Severo, general de la caballería, que hasta entonces había demostrado talento y valor, flaqueó de pronto; y cuando antes se le había visto dar á todos, juntos y en particular, lecciones de bizarría, no sabía ahora qué cobarde consejo dar para evitar el combate, como si presintiese su próxima muerte; así como, según los libros de Tegetes (1), los destinados á ser heridos por el rayo alquieren tal susceptibilidad, que no pueden oir el trueno ni ninguna clase de estrépito. Lejos de impulsar hacia adelante con su acostumbrado vigor, este general llegó hasta las amenazas más terribles contra los guías, que marchaban alegremente á la cabeza del ejército, para hacerles declarar unánimemente que no conocían el camino; y aquellos hombres, intimidados, no se atrevieron á dar un paso más.

Durante la forzosa inacción que siguió á esto, llegó de pronto Suomario, rey de los alemanes, con su comitiva. Enemigo feroz y encarnizado hasta entonces del nombre romano, había llegado á considerar en aquel momento como concesión inesperada la conservación de su propio territorio. El paso que daba y su actitud

(1) Este Tegetes, que la tradición supone haber brotado del suelo, pasaba por inventor ó introductor de la ciencia adivinatoria en Italia. Sus libros, citados por Cicerón y Plinio, trataban además de las causas del rayo y de otros fenómenos de la naturaleza.

eran de suplicante, recibiéndole con amabilidad Juliano y tranquilizándole. Suomario se entregó entonces á merced suya, y pidió de rodillas la paz; obteniéndola á condición de devolver todos los prisioneros, y de proporcionar, en caso necesario, víveres á los soldados; obligándose, como proveedor ordinario, á recibir cada vez relación de lo que había entregado y á presentarla á cada requisa, so pena de doble entrega.

Terminado este convenio, se ejecutó en seguida. Tratábase ahora de llegar á la residencia de otro rey, llamado Hortario, y para esto se necesitaba un guía; dándose orden á Nestica, tribuno de los escutarios, y á Charietonio, varón de esclarecido valor, para que á toda costa cogiesen un prisionero. Éstos no tardaron en apoderarse de un joven alemán á quien Juliano ofreció la vida á condición de que mostraría el camino. Siguiendo á este guía, el ejército encontró primeramente una gran corta de árboles que le cerraba el camino; pero después de largo circuito, llegó al fin á su destino. El soldado mostró su ira con el incendio de las mieses, el pillaje de los ganados y por el implacable exterminio de cuanto oponía resistencia. El rey quedó aterrado ante aquel desastre, creyendo que había terminado su poder, cuando vió el número de legiones y los estragos del fuego. Acudió, pues, como el otro, á implorar su perdón, sometiéndose á todas las condiciones, y juró por su cabeza entregar todos los prisioneros, punto sobre que insistían más; á pesar de lo cual devolvió muy pocos al principio, conservando los restantes. Esta falta de fidelidad indignó á Juliano, y cuando se presentó el rey á recibir los acostumbrados regalos, quedaron como rehenes cuatro de sus mejores y más queridos capitanes, no dándoles libertad hasta la completa entrega de los cautivos. Llamado entonces á la presencia del César, Hortario se prosternó, expresando terror sus

ojos y dominado por la presencia de su vencedor, oyó que le imponía la condición más dura para él, pero que sin embargo no era más que el ejercicio de un derecho adquirido por tantas victorias; el de suministrar á su costa los carros y materiales necesarios para la reconstrucción de las ciudades que habían destruído los bárbaros. Accedió á ello, y cuando empeñó toda su sangre como garantía de su palabra, se le permitió retirarse. No le exigieron provisiones, como á Suomario, porque la completa devastación de su país hubiese hecho ilusorio este tributo.

De esta manera el extraordinario orgullo de aquellos reyes, acostumbrados á enriquecerse con el pillaje de nuestras provincias, se doblegaba bajo la dominación romana y aceptaban la obediencia como si hubiesen sido tributarios nacidos y acostumbrados por educación á la servidumbre. Terminadas todas estas disposiciones, el César distribuyó las tropas en sus diferentes cantones y regresó á invernar.

Cuando llegó á la corte de Constancio la noticia de estos acontecimientos (estando obligado el César, como un simple aparitor, á darle cuenta de todos sus actos), cuantos gozaban de algún ascendiente en el palacio, en calidad de aduladores, se esforzaron en ridiculizar aquellas empresas tan hábilmente meditadas y con tanta felicidad llevadas á cabo. Frecuentemente repetían: «Ya estamos hartos de la cabra y sus victorias» (1), alusión á la larga barba de Juliano. Llamábanle también «topo hablador, mono purpurado, griego frustrado», chistes que resonaban bien en los oídos del príncipe y que tenía mucho gusto en provocar. Por esta razón trabajaban á porfía para desnaturalizar las virtudes de Juliano y calificarle de indolente, pusilánime,

(1) La barba, que Juliano llevaba larga á la manera de los filósofos, le había valido este ridículo sobrenombre.

afeminado y hablador hábil para dar á los acontecimientos importancia que no tenían en realidad. Cuanto más alto está el mérito, mejor blanco es para la envidia, y en la historia leemos los efectos de la malevolencia contra los varones más eminentes, atribuyéndoles faltas é imperfecciones, en la imposibilidad de encontrárselas. Así es que se acusó de intemperancia á Cimón, hijo de Milcíades, cuyo brazo destruyó cerca de Eurymedon, en Pamfilia, innumerable ejército de persas y que obligó á aquella arrogante nación á humillarse para obtener la paz: así la envidia trató de manchar con el epíteto de *soñoliento* á aquel Escipión Emiliano, cuya enérgica actividad valió á Roma la destrucción de sus dos enemigos más encarnizados. Y se ha visto, en fin, á los detractores de Pompeyo esforzándose para descubrir su lado débil, fijarse en las dos particularidades más fútiles é insignificantes: en su costumbre de rascarse la cabeza con el dedo y en la venda blanca con que envolvía la lesión que tenía en una pierna. En lo uno creían ver indicio de costumbres disolutas, y en lo otro inclinación á cambiar la forma de gobierno. Esa, es, decían, la insignia de la realeza; no importa el punto en que la coloca: despreciable juicio que servía de pretexto á tantos clamores que se dirigían al hombre que, según los testimonios más respetables, mostró más templanza en su vida privada y más moderación en la pública.

Mientras ocurrían estas cosas, Artemio, que ya era vicario de Roma, reemplazó á Basso, titular recientemente investido del cargo, que acababa de morir. La administración de Artemio, aunque frecuentemente turbada por sediciones, no ofrece nada extraordinario digno de mención.

Augusto pasaba entonces el invierno en Sirmium, interrumpiendo su tranquilidad mensajeros que le trajeron la desagradable noticia de la unión de los Quados

y Sármatas (1). Estos dos pueblos, entre quienes mantiene cierta inteligencia la proximidad de territorio y la semejanza de sus costumbres y manera de pelear, saqueaban de común acuerdo y por pequeños grupos las dos Pannonias y la Mesia Superior. Los dos pueblos son más aptos para los saqueos que para batallas campales: llevan largas lanzas y corazas de tela guarnecidas de escamas de cuerno pulido colocadas como las plumas en el cuerpo de las aves (2): no usan más que caballos castrados, porque así permanecen tranquilos á la vista de las yeguas, y menos ardientes que los enteros, no relinchan tanto y no descubren el secreto de las emboscadas. Los Sármatas, con ayuda de estos corceles tan rápidos como dóciles, pueden recorrer grandes distancias huyendo ó persiguiendo. El jinete lleva ordinariamente uno, algunas veces dos apareados (3), montándolos sucesivamente para economizar sus fuerzas con la alternativa de carga y libertad.

En cuanto pasó el equinoccio de primavera, se puso en campaña Constancio al frente de considerable ejército y bajo los auspicios más favorables. Llegado á las orillas del Inster (4), crecido entonces por la licua-

(1) Los Sármatas y los Quados eran los más conocidos de los Scitas de Europa. Habitaban, ó mejor dicho, paseaban sus hordas por todo el territorio que forma hoy la Rusia meridional y la Polonia. Estos pueblos, casi en continua lucha con los romanos, han concluído por desaparecer ó se han confundido en la irrupción de los bárbaros del Norte de Europa y del Asia.

(2) Careciendo de hierro los Sármatas, lo suplían imperfectamente para la construcción de sus armas defensivas con pieles de animales, y con más frecuencia con laminillas de cuerno pulido que colocaban á manera de escamas. En la columna de Trajano vense todavía guerreros revestidos con la *panoplia* ó armadura completa de los Sármatas.

(3) Según Eliano en su traslado de la *Táctica*, esta costumbre era común á todos los bárbaros de las orillas del Danubio.

(4) El Danubio.

ción de las nieves, eligió el punto más á propósito para establecer un puente de barcas, cruzó el río y propagó el estrago por el territorio enemigo. Sorprendidos por aquel ataque, y viéndose encima un ejército completo cuya reunión les había parecido imposible en aquella época del año, los bárbaros no pudieron resistir, huyendo sin tomar aliento para escapar de aquel peligro imprevisto, pereciendo muchos de aquellos á quienes el terror encadenaba los pasos. Los que debieron la salvación á la rapidez de la carrera y pudieron refugiarse en las gargantas de sus montañas, desde aquellas guaridas contemplaron el desastre de su patria; desastre que sin duda habrían evitado si hubiesen desplegado tanto vigor para defenderse como para huir.

Estas cosas ocurrían en la parte del país de los Sármatas que da frente á la Pannonia inferior. Otro ejército, recorriendo como huracán la Valeria, devastaba allí con igual furor las propiedades de los bárbaros, saqueando ó incendiando cuanto encontraba á su paso. Esta inmensa desolación conmovió al fin á los Sármatas, que renunciaron á esconderse y simularon proposiciones de paz, siendo su plan aprovechar la seguridad que á todos daría aquel paso y, dividiendo sus fuerzas realizar contra nosotros triple ataque bastante brusco para que no pudiésemos parar sus golpes, ni usar nuestros dardos, ni tampoco apelar al supremo recurso de la fuga. Los Quados, que habían sufrido igualmente en nuestras excursiones, se les unieron; pero era necesario pelear de frente, y su tentativa fracasó á pesar de la audacia y rapidez de sus medidas. Inmensa carnicería se hizo en ellos, y los que pudieron escapar solamente lo consiguieron refugiándose en parajes de sus montañas que ellos solos conocían.

Este triunfo alentó á los romanos, que marcharon entonces en masas compactas contra los Quados; quie-

nes, juzgando por lo que acababa de acontecer la suerte que les esperaba, se presentaron como suplicantes al Emperador, atreviéndose á dar este paso por la mansedumbre de que frecuentemente habían dado pruebas en iguales ocasiones.

En el día fijado para convenir las condiciones, un joven sármata de gigantesca estatura, llamado Zizais, nacido de sangre real, llegó con los suyos, á quienes hizo formar para presentar su súplica en igual forma que si se tratase de dar una batalla. Al presentarse el Emperador, arrojó las armas y se tendió boca abajo. Dijéronle que presentase su petición, y, cuando quiso hablar, el miedo ahogó su voz; pero sus visibles esfuerzos para sofocar los sollozos conmovían los corazones con más elocuencia que las palabras. Tranquilizáronle, le invitaron á que se levantase, pero continuó de rodillas, y pudiendo hablar al fin, suplicó con instancias perdón y olvido de todas las ofensas que nos habían hecho. Entonces la comitiva que, con mudo terror, esperaba qué se decidiría de su jefe, fué admitida para que expusiese también sus súplicas; y el mismo jefe, al levantarse, dió la señal, tardía para su impaciencia. Con simultáneo movimiento, todos arrojaron los escudos, las lanzas, y alzando las manos cruzadas, se esforzaron en sobrepujar á su príncipe en demostraciones de humildad. Entre los Sármatas que había traido Zizais se encontraban tres reyezuelos sin vasallos, Rumón, Zinafro y Fragiledo, habiéndoles seguido otros muchos jefes, esperando conseguir igual favor. Sintiéndose todos reanimados por el buen resultado de las primeras instancias, pedían solamente rescatar por medio de las condiciones más duras el daño que habían causado sus hostilidades, y se sometían gustosos, con sus esposas y territorio, á merced del gobierno romano. Pero la clemencia y equidad hablaron más alto; mandándoseles que regresaran sin te-

mor á sus hogares, y que nos devolviesen los cautivos. Entregaron también todos los rehenes que se les pidieron y se obligaron á cumplir la primera condición en breve plazo.

Esta clemencia produjo efecto, viéndose acudir con todos los suyos á Arehario y Usafro, ambos de sangre real, guerreros distinguidos y los primeros entre los notables de su país. Uno de ellos era jefe de una parte de los Transyugitanos y de los Quados; el otro de parte de los Sármatas, estrechamente unidos con los primeros por lazos de vecindad y salvaje conformidad de costumbres. Al verles tan numerosos, temió el Emperador que, so pretexto de tratar, intentasen apelar á las armas; por lo que consideró prudente separarles, y mantener á cierta distancia los que tenían que hablar por los Sármatas, hasta que terminase la negociación con Arahario y los Quados.

Éstos se presentaron inclinados profundamente, según la costumbre de su país, no pudiendo alegar excusa alguna por las atrocidades que habian cometido. Sometiéronse, pues, para evitar terribles represalias, á entregar los rehenes que les pidieron, cuando hasta entonces no se había podido conseguir de ellos ni la garantía más pequeña para un tratado. Terminado este arreglo, admitióse á su vez á Usafro para que solicitase separadamente su perdón. Pero Arahario reclamó, sosteniendo obstinadamente que el pacto ajustado con él alcanzaba implícitamente á aquel príncipe, aliado suyo, aunque inferior en categoría, y vasallo. Examinóse la cuestión y quedó decidido que los Sármatas, en todo tiempo clientes de los romanos, no estaban sujetos á ninguna otra dependencia, y que todos habían de entregar separadamente rehenes como garantía de su conducta venidera, aceptan do ellos con agradecimiento.

Entonces acudió extraordinario número de pueblos y

de reyes, quienes enterados de que Arahario había conseguido perdón, venían también á suplicar apartásemos la espada suspendida sobre sus cabezas. Concediéseles igual favor y ofrecieron en rehenes los hijos de las familias principales, que trajeron desde el fondo de su país. También devolvieron todos sus prisioneros, y mostraban tanto pesar al separarse de ellos como de sus compatriotas.

Hecho esto, se tomó en consideración el caso especial del pueblo sármata, que pareció más digno de compasión que de rencor. Increíble beneficio fué para ellos nuestra intervención en sus asuntos, y esta circunstancia parece comprobar la opinión de que la autoridad del príncipe encadena los acontecimientos y dispone de la suerte. Una raza indígena, fuerte y poderosa, había dominado en otro tiempo en aquel país; pero estalló contra ella una conspiración de sus esclavos, y como entre los bárbaros la fuerza es el derecho, los amos tuvieron que sucumbir ante sus adversarios, igualmente enérgicos y más numerosos. El miedo perturbó su consejo y huyeron al lejano país de los Victohalos, prefiriendo, al elegir entre dos males, el yugo de sus defensores al de sus propios esclavos. Cuando dispensaron los romanos su gracia á éstos, los Sármatas se quejaron de la sujeción que la desgracia les había hecho aceptar, y reclamaron nuestra protección directa. Conmovido el Emperador por sus quejas, les dirigió delante de todo el ejército benévolas palabras, excitándoles á obedecerle á él solo y á los generales romanos; y para sancionar su rehabilitación como pueblo por un acto solemne, les dió por rey á Zizais; quien en lo sucesivo se mostró digno de su elevación y de la insigne confianza depositada en él. Así terminó aquella serie de gloriosas transacciones; pero ninguno de los pretendientes recibió permiso para retirarse antes del regreso

convenido de todos nuestros compatriotas prisioneros.

En seguida marcharon á Bregetium, en cuyo territorio sostenían los Quados un resto de hostilidad, que se quería ahogar en sangre ó en lágrimas. Al ver nuestro ejército, que ya había llegado al centro del país y cuyo pie hollaba su suelo natal, Vitrodoro, hijo del rey Viduario y Agilimundo, vasallo suyo, acompañados por los jefes ó jueces de muchas tribus, acudieron á prosternarse delante de nuestros soldados, y juraron sobre su espada desnuda, única divinidad que reconoce aquel pueblo, sernos fieles.

No bastaban los brillantes resultados obtenidos: la utllidad y la moral exigían que se marchase inmediatamente contra los Limigantos, los esclavos sublevados de los Sármatas, y que se hiciese justicia á las quejas que se tenían de ellos. En efecto; dejando dormir su antigua cuestión, en el momento en que sus anteriores amos invadían nuestro territorio, se habían apresurado á hacer lo mismo por su parte: no existiendo entre ellos otro punto en que estuviesen conformes más que el de la violación de nuestras fronteras. Sin embargo, el castigo que se proponían aplicarles sólo era proporcionado á la magnitud de las ofensas; porque sólo se trataba de desterrarles, llevándoles á bastante distancia para que no pudiesen hacernos daño. Advertidos por el propio convencimiento de sus crímenes, comprendían que, después de larga impunidad, iba á caer con todo su peso la guerra sobre ellos, y se prepararon á conjurar el peligro, empleando, según las circunstancias, astucia, fuerza ó ruegos. Pero al ver el ejército, quedaron como heridos por el rayo; y creyendo llegado su último momento, pidieron la vida, ofreciendo un tributo anual en dinero y hombres útiles, y últimamente su completa sumisión. Pero estaban decididos á negarse á la emigración, y en su actitud y semblante podía leerse su com-

pleta confianza en las defensas naturales del suelo que habían conquistado con la expulsión de sus amos. En efecto; de un lado tienen por frontera los Limigantos al rápido Parthisco que, corriendo oblicuamente para arrojarse en el Danubio, forma del país una especie de cuña prolongada y terminada en punta, protegida contra los romanos por el río principal y oponiendo su afluente robusta barrera á las incursiones de los bárbaros. El suelo de esta península, frecuentemente empapado por los desbordamientos de los dos ríos, es húmedo, pantanoso, y se necesita completo conocimiento del terreno para guiarse con seguridad entre los bosques de sauces que lo cubren. Una isla destacada del continente por las violentas aguas del Danubio forma como un anejo poco más arriba de la confluencia.

Llamados por Constancio los Limigantos, pasaron con arrogancia á nuestra orilla; no siendo aquéllo, como veremos más adelante, acto de deferencia, sino que deseaban mostrar que no les imponía el aspecto de nuestro ejército; retándonos con su actitud, como si desearan decirnos que habían querido negarse más de cerca. Presintiendo Constancio lo que podía acontecer, dividió el ejército en muchos cuerpos, y mientras avanzaban los bárbaros con audaz aspecto, les hizo envolver antes de que lo notasen. Colocado él mismo con escasa comitiva sobre un cerro, rodeado por su guardia, trató de persuadirles con palabras suaves á que se mostrasen menos obstinados; los bárbaros deliberaban y parecía que fluctuaban entre dos opiniones; pero de pronto, ocultando la violencia con la astucia, y creyendo que fingida humildad sería medio ventajoso para venir á las manos, arrojaron hacia adelante los escudos, avanzando insensiblemente en seguida para recogerlos, esperando por este medio ganar terreno sobre nosotros sin que se conociese. Entretanto pasaba el tiempo, y el

día, declinando ya, aconsejaba poner término á aquella indecisión. Levantáronse, pues, las enseñas, y nuestros soldados cayeron sobre los bárbaros con el furor de un incendio. Por su parte los Limigantos estrechan sus filas, y se precipitan en compacta masa sobre el cerro en que, como ya se ha dicho, se encontraba el Emperador, amenazándole con el gesto y la voz. La indignación del ejército estalló ante aquella excesiva audacia; y en un momento se formó en el orden de batalla triangular, llamado, en el lenguaje de los soldados, cabeza de puerco, cae sobre el enemigo y lo derriba. Nuestros peones hacen á la derecha terrible carnicería en sus gentes de á pie, mientras que á la izquierda nuestras turmas deshacen su caballería. La cohorte pretoriana destinada á la guardia del príncipe había sostenido al principio valientemente el ataque; no teniendo en seguida otra cosa que hacer sino herir por la espalda á los fugitivos. Los bárbaros demostraban hasta al morir terrible encarnizamiento, diciendo claramente sus gritos de rabia que no era para ellos lo más penoso morir, sino ver la alegría de sus vencedores. Además de los muertos, el campo de batalla estaba sembrado de desgraciados que, teniendo los jarretes cortados, no podían huir, ó que habían perdido algún miembro, ó que, libres del hierro, estaban sofocados bajo montones de cadáveres. Todos sufrían en silencio; ni uno solo de los afligidos con aquellas torturas pedía perdón, ni rendía las armas, ni siquiera imploraba el beneficio de muerte más rápida. Apretando todavía el hierro en la moribunda mano, creían menos deshonroso morir que declararse vencidos. La suerte, murmuraban, y no el valor, había decidido de todo. La matanza de tantos enemigos apenas ocupó media hora, y solamente por la victoria se comprendió que había habido combate.

Inmediatamente después de este terrible castigo de

la gente armada, sacaron de las cabañas, sin distinción de sexo ni edad, las familias de los que habían sucumbido. Ya no mostraban la anterior soberbia, sino que descendían á las sumisiones más humillantes. En un momento, solamente se vieron montones de cadáveres y bandas de cautivos. Entonces despertaron en los soldados el ardor por combatir y la avidez de pillaje, y quieren exterminar á cuantos han escapado del campo de batalla, ó habían permanecido escondidos dentro de las chozas. Sedientos de la sangre de los bárbaros, corren á las habitaciones, derriban sus endebles techos y pasan á cuchillo á cuantos encuentran. Nadie halla abrigo en su casa, por buena construcción que tuviese; y para terminar, recurren al-fuego, ante el que es imposible todo refugio. Entonces los bárbaros no tuvieron otra alternativa que morir abrasados ó perecer bajo el hierro del enemigo al huir de aquel suplicio. Sin embargo, escapando algunos á la espada y á las llamas, se lanzaron al río inmediato, confiando en su destreza en la natación para llegar á la otra orilla; pero la mayor parte se ahogaron y las flechas hirieron á otros muchos. Las aguas del caudaloso río se tiñeron en seguida con la sangre de aquel pueblo, para cuya destrucción parecía que se habían conjurado dos elementos con el hierro de los vencedores.

Pero no se limitaron á esto, sino que, para quitar á los bárbaros hasta la esperanza de salvar la vida después del incendio de sus moradas y de arrebatarles sus familias, reunieron cuantas barcas poseían para ir en busca de los que estaban separados de nosotros por el río. Guiado cautelosamente un grupo de vélites, se colocó en ellas, penetrando por este medio en el refugio de los Sármatas. Creyeron éstos al pronto, al ver sus barcas movidas por remeros de su país, que se trataba de compatriotas; pero el hierro de las lanzas, que brilla-

ba á lo lejos, les reveló la proximidad de lo que más temían, huyendo entonces á los pantanos, á donde les siguieron los romanos, que mataron considerable número, y que en aquella ocasión supieron pelear y vencer en un suelo donde parecía que no se podía fijar el pie. Completamente destruídos ó dispersos los Amicenses (así se llamaba aquella tribu), marcharon en seguida contra los Picenses, nombrados así por la comarca de que eran vecinos. No ignoraban éstos el desastre de sus compatriotas, pero la noticia había contribuido á aumentar su seguridad. Esta gente estaba dispersa por vasta comarca donde era difícil marchar á buscarla, ignorando nosotros los caminos; y para dominarla, se acudió al auxilio de los Taifales y de los Sármatas libres; ordenándose la operación según las respectivas posiciones, atacando al enemigo los romanos por la Mesia y ocupando los aliados las comarcas que tenían enfrente.

Aunque consternados los Limigantos por la terrible derrota de sus compatriotas, vacilaban todavía entre acudir á las armas ó á las súplicas; si bien, después de lo que había pasado, debían saber ya á qué atenerse. En fin, en un consejo de ancianos prevaleció la resolución de rendirse, y á la gloria de las anteriores victorias se añadió la sumisión de enemigos que debían la libertad á su valor. Los pocos que quedaban, no queriendo entregarse á sus antiguos amos, que consideraban inferiores á ellos, acudieron como suplicantes á doblar la cerviz antes hombres que reconocían como superiores. Casi todos, confiando en nuestra fe, dejaron el inexpugnable asilo de sus montañas, y marcharon al campamento romano, desde donde se les dispersó en vasta comarca lejana, llevando consigo sus ancianos, sus esposas, hijos y lo poco que poseían, y que tan repentina marcha les permitía llevar. Aquellos mismos hombres que parecía no habían de abandonar su país sino con

vida, en el tiempo que llamaban libertad á lo que solamente era desenfrenada demencia, se resignaban de esta manera á obedecer y aceptaban un establecimiento pacífico, seguros en adelante contra los males de la guerra y de la emigración. En esta condición vivieron algun tiempo en paz, aparentando estar satisfechos; pero sobreponiéndose muy pronto su ferocidad natural, les llevó, con nuevos crímenes, á merecer completa destrucción.

El Emperador coronó esta serie de triunfos dando á la Iliria doble prenda de seguridad. La idea era suya y tuvo la fortuna de realizarla: consistiendo en la vuelta á la posesión de su país de un pueblo de desterrados, cuyo carácter versátil podía sin duda inspirar algunos temores, pero del que podía esperar más circunspección en lo venidero. Y para dar mayor realce á este beneficio, le dió un rey, no desconocido, sino el que eligió el mismo pueblo, un príncipe de estirpe real, tan notable por sus prendas exteriores como por las cualidades de su espíritu. Esta conducta, tan sabia como afortunada, reveló el carácter de Constancio á los ojos del ejército, que unánimemente le otorgó otra vez el título de Sarmático, por el nombre de los pueblos que acababa de subyugar. El príncipe, en el momento de partir, mandó reunir las cohortes, las centurías y manípulos; y subiendo en seguida al tribunal rodeado de los principales jefes del ejército, les dirigió estas palabras, muy adecuadas para producir favorable impresión: «Varones esforzados, firmísimos sostenedores del poder de Roma; bien se que los recuerdos gloriosos son el mayor goce para los corazones valientes, y por eso quiero, ya que el favor de lo alto nos ha concedido la victoria, enumerar con vosotros, sin lesión de la modestia, lo que cada cual ha hecho antes de la batalla y durante la pelea. En efecto; ¿qué puede haber más legítimo y menos sos-

pechoso ante los ojos de la posteridad que este leal testimonio que se dan á sí mismos, después del triunfo, el soldado de su valor y el jefe de su acertada dirección? El enemigo desenfrenado desolaba la Iliria, y en su soberbia jactancia, insultándonos en nuestra ausencia, impuesta por las necesidades de Italia y de la Galia, extendió muy pronto los estragos hasta más allá de nuestras fronteras. Empleando troncos ahuecados cruzaba los ríos ó los atravesaba por vados. Mal armado, sin fuerza verdadera é incapaz de luchar con un ejército regular, en todo tiempo se había hecho temer por la audacia de sus inesperados latrocinios y su extraordinaria destreza para escapar. Demasiado alejados del teatro del daño, hemos tenido que confiar por mucho tiempo á nuestros generales el encargo de reprimir estos excesos; pero, con la impunidad, aumentaron hasta convertirse en una especie de devastación organizada de nuestras provincias. En esta situación ya, después de fortificar los caminos de la Rhecia, atendido de un modo eficaz á la seguridad de la Galia, tranquilos en cuanto á nuestra retaguardia, hemos venido, con el auxilio del Sempiterno Numen, á restablecer el orden en las Pannonias. Como sabéis, todo estaba dispuesto desde antes de terminar la primavera para atacar de frente las dificultades de esta campaña. En primer lugar hemos tenido que proteger contra una nube de dardos la construcción de los puentes que necesitábamos. Vencido en seguida este obstáculo, hollamos el suelo enemigo. Una parte de los Sármatas se obstina en pelear, costándonos poco trabajo su derrota. Los Quados, que pretenden socorrerlos, caen con igual furor sobre nuestras valientes legiones, y quedan igualmente destrozados. En fin, pérdidas enormes experimentadas, ora huyendo de nuestros golpes, ora empeñándose en resistirnos, les dieron la medida del valor romano, comprendiendo que no tenían más camino de

salvación que la súplica. Han depuesto las armas, presentado á las ligaduras de la esclavitud las manos que habían empuñado el hierro, y han venido á arrojarse á los pies de vuestro Emperador, implorando la clemencia de aquel cuya fortuna habían experimentado en las batallas. Libres de estos enemigos, con igual gloria hemos derrotado á los Limigantos, cayendo bajo nuestros golpes considerable número de sus guerreros y buscando los demás refugio contra la muerte en sus pantanos. Completo nuestro triunfo, había llegado la vez á la clemencia. Los Limigantos se han visto obligados á emigrar bastante lejos para no poder emprender en adelante nada contra nosotros, y con esta condición hemos perdonado al mayor número. Zizais, nuestro fiel y agradecido aliado, va á reinar sobre los Sármatas libres, que tendrán un rey dado por nosotros, siendo esto mejor que quitarles uno, y aumentando el brillo de su advenimiento la circunstancia de ser el elegido por los pueblos, el jefe que ellos mismos querían. Esta campaña ha producido cuatro resultados afortunados para vosotros, para mí y para la república: se ha hecho justicia á los bandidos más peligrosos de todos: esto para el Estado: tenéis que repartiros multitud de cautivos; y para valientes, ya es bastante la recompensa conseguida con sus sudores y hazañas. Pero aun me quedan en mi tesoro abundantes medios para recompensaros. En cuanto á mí, he conseguido con mis desvelos y esfuerzos asegurar á todos mis súbditos la integridad de mi patrimonio, que es lo que ambiciona, lo que constantemente desea un buen príncipe. En fin, he recibido personalmente mi parte de despojos en esta gloriosa reiteración del título de Sarmático, que por unanimidad, me atrevo á decirlo, me habeis otorgado con justicia.»

Extraordinarias aclamaciones recibió el final de la arenga; y los soldados, cuyo entusiasmo se inflamaba

con la promesa de ulteriores recompensas, volvieron á sus tiendas tomando, según la fórmula consagrada, al cielo por testigo, de que Constancio era invencible. De regreso al cuartel imperial, el príncipe descansó dos días y volvió á Sirmium con todo el aparato de la pompa triunfal. El ejército regresó en seguida á sus cantones.

Por este mismo tiempo llegaron á Ctesifonte, donde encontraron de regreso al monarca los tres legados enviados al rey de Persia, Próspero, Spectato y Eustato, quienes le entregaron la carta y los regalos que llevaban, y, fieles á su mandato, propusieron tomar lo existente como base del tratado, no aflojando ni un punto en lo que exigían los intereses y dignidad del Imperio, é insistiendo principalmente en que no se hiciese cambio alguno en el estado de las cosas relativamente á la Armenia y Mesopotamia. Después de largos esfuerzos para vencer la obstinación del rey, y viendo que se obstinaba más y más sobre la previa cesión de estas provincia, regresaron sin haber decidido nada. A esta misión siguió, en iguales condiciones, la del conde Luciliano y de Procopio, que entonces no era más que notario y que más adelante se vió arrastrado, por la fuerza de las circunstancias, á la sublevación.

LIBRO XVIII

SUMARIO

Beneficios de la presencia de Juliano en las Galias.--Cuida de que en todas partes se administre bien la justicia.—Repara las murallas de los fuertes reconquistados al enemigo en las orillas del Rhin, tala parte del territorio de los alemanes y obliga á cinco reyes suyos á pedir la paz y devolver los prisioneros.—Barbación, jefe de la infantería, es decapitado con su esposa por orden de Constancio.—Sapor, rey de Persia, se dispone á atacar con todas sus fuerzas á los romanos.—Ursicino, llamado al Oriente, recibe contraorden en Tracia y regresa á Mesopotamia.—Encarga á Ammiano que observe la marcha de los Persas.—Reunido Sapor con el rey de los Chionitas y de los Albaneses, penetra en Mesopotamia.—Los Romanos incendian ellos mismos las mieses, llaman á las ciudades la población de los campos y cubren de fortificaciones y castillos la orilla citerior del Eufrates.—Los Persas sorprenden un cuerpo de Ilirios compuestos por setecientos jinetes. En un encuentro con un cuerpo de Persas muy superior, Ursicino escapa por un lado y Ammiano por otro.—Descripción de Amida. Fuerza de la guarnición de esta ciudad en legiones y en caballería.—Ríndense á Sapor dos fuertes romanos.

(Año 359 de J. C.)

En el espacio de un año habían ocurrido estas cosas en diferentes puntos del orbe. Los esplendores del consulado acababan de ennoblecer los nombres de Eusebio y de su hermano Hypacio. La Galia comenzaba á tranquilizarse, y Juliano, libre por el momento de los cuidados de la guerra, atendía especialmente á todo lo que podía contribuir al bienestar de las provincias, siendo su constante ocupación vigilar por el equitativo repar-

to del impuesto, evitar todo abuso de autoridad, separar de los negocios á la clase de gente que especula con las desgracias públicas y no consentir á los magistrados que se apartasen de la estricta justicia. Lo que más ayudaba á la reforma en esta parte de la administración era que el príncipe ocupaba personalmente su silla de juez (1), aunque el proceso tuviese poca importancia por la gravedad del caso ó el rango de las personas; no teniendo jamás la justicia administrador más íntegro. Un ejemplo, entre otros, bastará para determinar su carácter en este punto. Numerio, antiguo gobernador de la Narbonense, tenía que responder ante él del cargo de dilapidación y, contra la costumbre en las causas criminales (2), eran públicos los debates. Numerio se encerró en la negativa y faltaban pruebas contra él. Su adversario Delfidio, hombre apasionado, viendo desarmada la acusación, no pudo menos de exclamar: «Pero, ilustre César, si basta negar, ¿dónde habrá en adelante culpados?» A lo que contestó Juliano sin inmutarse: «Si basta acusar, ¿dónde habrá inocentes?» Y como este ejemplo podrán citarse muchos.

Meditaba Juliano una expedición contra numerosos caseríos alemanes, cuyas disposiciones le hacían temer nueva y furiosa agresión, que no podía evitar sino adelantándose á imponer el castigo: siendo necesaria la premura y buscar el medio de ocultar la marcha al enemigo, con objeto de sorprenderlo y caer sobre él á la primera ocasión favorable. El medio que adoptó fué el siguiente, y el éxito demostró lo acertado del plan. En

(1) Dice Mamertino en su panegírico que Juliano pasaba el verano en los campos y el invierno en su silla de juez.

(2) Esta publicidad era contraria á la costumbre que exigía que las sentencias criminales se dictasen en secreto, y esto, según San Basilio, era para que el auditorio no distrajese la atención de los jueces.

primer lugar ocultó su resolución, y, so pretexto de una legación á Hortario, uno de los reyes que estaban en paz con nosotros y vecino del territorio donde se agitaban, le envió á Heriobaudo, tribuno sin mando, de valor y fidelidad intachables. Este jefe, que hablaba bien el alemán, podía desde allí acercarse fácilmente á la frontera y vigilar los movimientos del enemigo. Heriobaudo aceptó valerosamente la comisión. En cuanto llegó la estación propicia para la campaña, Juliano reunió las tropas y se puso á su frente. Gran deseo tenía, antes de que estuviesen muy empeñadas las hostilidades, de apoderarse y poner en estado de defensa muchas ciudades fuertes cuya destrucción databa de antiguo, y también en reedificar sus almacenes de subsistencias, que habían sido incendiados, y en los que se proponía guardar las ordinarias remesas de granos de la Bretaña (1). Los almacenes, rápidamente costruídos, quedaron en seguida repletos de víveres; ocupó siete ciudades, á saber, el campo de Hércules, Quadriburgium, Tricesimo, Novesium, Borma, Autunnacum y Bingio, donde se le reunió oportunamente Florencio, prefecto del pretorio, que le traía refuerzos y víveres para larga campaña.

Faltaba reedificar las murallas de las siete ciudades, obra esencial y que urgía dejar terminada antes de que pudiesen entorpecerla. En esta ocasión pudo apreciarse el ascendiente que había conquistado el César, por temor, sobre los bárbaros y por amor, sobre los soldados. Los reyes alemanes, fieles al pacto ajustado el año anterior, enviaron en carros parte de los materiales necesarios para las construcciones, y se vió á los sol-

(1) Muy notable es que la Bretaña pudiese producir en aquella época bastante trigo para mantener su población y soportar además considerable exportación. El temor á los bárbaros suspendió temporalmente este comercio, que restableció Juliano.

dados auxiliares, tan recalcitrantes para este servicio (1), prestarse gozosos al deseo del general, hasta el punto de llevar alegremente á hombros vigas de cincuenta y más pies, y ayudar con todas sus fuerzas á los trabajos de la construcción.

Tocaba á su término la obra, cuando volvió Hariobaudo á dar cuenta de su misión, siendo su llegada la señal de marcha, poniéndose en movimiento todo el ejército hacia Moguntiacum, donde se promovió agrio altercado, sosteniendo Florencio y Lupicino, que había sucedido á Severo, que era necesario lanzar allí un puente para cruzar el río, y negándose Juliano con inquebrantable persistencia, porque si se sentaba el pie en territorio de los reyes con quienes estábamos en paz, las costumbres devastadoras de los soldados acarrearían inevitablemente la ruptura de los tratados.

Entretanto, aquella parte del pueblo alemán contra la que se dirigía la expedición, viendo acercarse el peligro, intimó con amenazas al rey Suomario, uno de los comprendidos en los tratados anteriores, que nos impidiesen pasar el Rhin; porque en efecto, sus posesiones tocaban á la otra orilla. Declarando éste que, con sus fuerzas solas no podría conseguir el objeto, marchó de pronto á aquel punto imponente masa de bárbaros, decidida á emplear todos los esfuerzos para evitar el paso del ejército; comprendiéndose entonces que el César había tenido doblemente razón en su negativa, y que para lanzar el puente era necesario buscar el punto más favorable, allí donde no hubiese exposición de devastar tierras de su amigo, ni sacrificar

(1) Los bisoños preferían generalmente la condición de tropas auxiliares á la de soldados de las legiones, porque el servicio era menos fatigoso y se pagaba con más regularidad. En las legiones la armadura era más pesada, más numerosas las obligaciones y más estrecha la disciplina.

multitud de vidas en desesperada lucha con aquella multitud.

Los bárbaros de la otra orilla seguían atentamente todos nuestros movimientos. En cuanto veían desplegar las tiendas, hacían alto y pasaban la noche con las armas en la mano, esperando alarmados alguna tentativa nuestra para pasar el río. Llegando al fin al punto elegido, el ejército descansó después de haberse fortificado. El César llamó á Lupicino á consejo, y dió á los tribunos de su mayor confianza la orden de tener dispuestos trescientos hombres armados á la ligera y provistos de estacas, sin explicar en qué quería emplearlos, ni qué servicio iban á prestar. A media noche hizo montar el destacamento en cuatro barcas, no habiendo podido procurarse más, mandándoles bajar el río con el mayor silencio, sin emplear siquiera los remos, por temor de que su ruido llamase la atención de los bárbaros y emplear todos los esfuerzos posibles para ganar la otra orilla, mientras el enemigo tenía fija la atención en nuestras hogueras.

Cuando se preparaba esta sorpresa, el rey Hortario que, sin pensar en enemistarse con nosotros conservaba relaciones de buena vecindad con sus compatriotas, había invitado á los reyes alemanes, enemigos nuestros, con sus parientes y vasallos á un festín que, según la costumbre de estos pueblos, se prolongó hasta la tercera vigilia de la noche (1). La casualidad hizo que, al retirarse, se encontrasen con los nuestros, no siendo muerto ni hecho prisionero ninguno de los convidados, gracias á la velocidad de sus caballos, que lanzaron al hazar; pero de los esclavos y criados que les seguían á pie. escaparon muy pocos, y estos lo debieron á la obscuridad.

(1) Tácito dice que los Germanos pasaban la noche bebiendo, y que esto no deshonraba á nadie.

Habían pasado el río, y lo mismo que las expediciones anteriores, los Romanos consideraban terminados sus trabajos, puesto que habían alcanzado al enemigo; pero la sorpresa aterró á los reyes alemanes y á toda su multitud, cuya única idea consistía en impedir la construcción de un puente. Entonces tuvo lugar una dispersión general, y á la indomable furia siguió en cada cual vivo apresuramiento por buscar á lo lejos seguridad para sí propio, para su familia y bienes. Entonces se construyó el puente sin obstáculos, y la población alemana, contra lo que esperaba, vió á nuestras legiones cruzar sin causar daño alguno las posesiones del rey Hortario; pero en cuanto hollaron tierra enemiga, todo lo llevaron á sangre y fuego.

Después de degollar multitud de habitantes y de incendiar sus débiles moradas, el ejército, que ya no encontraba más que moribundos ó gentes que pedían perdón, llegó al fin al punto llamado Capellatium ó Palas, donde se encontraban los mojones que señalaban los límites de los territorios alemanes y de los burgondios. Allí acamparon los Romanos para recibir en actitud menos hostil la sumisión de dos hermanos, los reyes Macriano y Hariobaudo, que habían oído venir el huracán y se apresuraban á conjurarlo: ejemplo que siguió inmediatamente el rey Vadomario, cuyas posesiones lindaban con Rauracos, y que hizo valer en favor suyo una carta muy afectuosa de Constancio; por lo que se le recibió con las consideraciones debidas á un príncipe adoptado desde muy antiguo por el Emperador como cliente del pueblo romano. Macriano, lo mismo que su hermano, se veían por primera vez en medio de nuestras águilas y estandartes; y asombrado por el aspecto de nuestros soldados y la brillante variedad de las armas, se apresuró á pedir gracia para los suyos. Vadomario, que era vecino nuestro y desde muy anti-

guo estaba en relaciones con nosotros, no se cansaba de admirar nuestro aparato militar, pero como quien no lo contemplaba por primera vez. Después de larga deliberación, al fin se acordó conceder la paz á Macriano. En cuanto á Vadomario, como tenía el encargo, además del cuidado de sus propios intereses, de solicitar á nombre de los reyes Urio, Ursicino y Velstrapo, había dificultades para la contestación. Los bárbaros no se ligan por convenio, y un tratado concluído por intermediario no habría tenido fuerza para ellos desde el momento en que no los contuviese la presencia del ejército. Pero en cuanto quemaron sus mieses y sus casas, y mataron ó cogieron parte de sus gentes, se apresuraron á negociar por legados directos y suplicaron con el mismo tono que si hubiesen causado los estragos que habían sufrido: humildad que les valió paz en iguales condiciones que á los otros, imponiéndoles la inmediata entrega de todos los prisioneros que habían hecho en sus excursiones.

Mientras, con el auxilio divino, se restablecían nuestros negocios en las Galias, en la corte de Constancio iba á surgir otra tempestad política, sirviendo un incidente baladí de preludio á escenas de luto y lágrimas. En la casa de Barbación (1), general de la infantería, se había presentado un enjambre de abejas (2). Inquieto por el presagio, consultó con los adivinos, respondiéndole éstos que se encontraba en vísperas de algun acon-

(1) Barbación había recibido parte de los despojos de Silvano y heredado especialmente el cargo de jefe de la infantería.

(2) Ocurre algunas veces que las abejas se enganchan unas á otras por las patas, sorprendiéndose de esta manera un enjambre completo, formando racimo ó guirnalda, en las cornisas de las casas ó en las ramas de los árboles. Los antiguos romanos consideraban esto como presagio de acontecimientos desgraciados.

tecimiento grave. Fundábase el pronóstico en la costumbre de espantar las abejas del punto donde han depositado el producto de su trabajo, ya ahumándolas ó ya haciendo mucho ruido con címbalos. La esposa de Barbación, llamada Assyria, era tan indiscreta como imprudente, y, encontrándose ausente en una expedición su marido, muy preocupada por el vaticinio, ocurriósele, en su inquietud mujeril, dirigirle una carta lacrimosa en la que le pedía, como próximo sucesor de Constancio (cuya muerte consideraba Assyria muy cercana) que no la pospusiese á la emperatriz Eusebia, á pesar de su extraordinaria belleza. Habíase servido Assyria de una esclava muy hábil en escritura y cifras, recibida con la herencia de Silvano. Remitióse la carta con todo el secreto posible; pero, al regreso de la expedición, la esclava que la había escrito al dictado de su señora, se fugó una noche, recogiéndola apresuradamente Arbeción, á quién entregó una copia. No perdió éste tan preciosa ocasión para desplegar su destreza, y con la copia en la mano se presentó al Emperador. Como de costumbre, se procedió rápidamente. Barbación no pudo negar que había recibido la carta, y como su esposa quedó convicta de haberla escrito, ambos fueron decapitados. Pero no puso fin su muerte á los procedimientos, sino que sufrieron el tormento multitud de desgraciados, inocentes ó culpables, encontrándose entre los primeros Valentino, que acababa de pasar de oficial de los protectores á tribuno: so pretexto de complicidad se le sujetó varias veces al tormento, que soportó hasta el fin, sin contestar otra cosa que su completa ignorancia de todo lo que había ocurrido. Más adelante, por vía de indemnización, le otorgaron el título de duque de Iliria.

Barbación era duro, arrogante; generalmente se le detestaba por la hipocresía con que había hecho traición á

Galo cuando servía á sus órdenes como jefe de los protectores. Habiendo obtenido por aquel servicio grado militar más elevado, aumentó su orgullo, dirigiéndo entonces todas sus maniobras contra Juliano, no cesando de insinuar, con grave escándalo de las personas honradas, los conceptos peores en los oídos siempre abiertos de Constancio. Sin duda ignoraba el prudente consejo que en otro tiempo dió Aristóteles á Calisthenes (1), pariente y discípulo suyo, al enviarle al lado de Alejandro, de hablar lo menos posible, y de medir mucho sus palabras ante aquel hombre que podía dar con una señal la vida ó la muerte. Y no debe admirar que la inteligencia humana, facultad de esencia divina, distinga las cosas provechosas de las perjudiciales, cuando los animales, desprovistos de razón, saben, por interés de su propia seguridad, obligarse espontáneamente al silencio, como lo demuestra este hecho de historia natural tan conocido. El calor obliga algunas veces á los patos silvestres á emigrar de Oriente á Occidente: cuando sus bandadas están cerca de atravesar la cordillera del Tauro, donde abundan las águilas, para que no escape ningún grito que revele su llegada á las guaridas de tan temibles enemigos, cogen piedras en el pico, que dejan caer en cuanto, con rápido vuelo, han cruzado aquellas

(1) Por respetos á Aristóteles, pariente y maestro del filósofo Calisthenes, fué colocado éste cerca del emperador Alejandro, á quien siguió en sus conquistas. Al marchar, le dió Aristóteles el consejo, más político que filosófico, de que hablase poco, y esto para decir cosas agradables. Pero Calisthenes se mostró al principio exagerado adulador, y más adelante detractor injusto; lo que, según se cree, procedió de su envidia al filósofo Anaxarco, á quien creía más favorecido por el príncipe. Calisthenes concluyó por tomar parte en la conspiración que le acarreó su pérdida. Se ha referido de diferentes maneras su muerte, pero se conviene en que fué violenta, excitando en Grecia una especie de sublevacion de los filósofos contra Alejandro.

alturas, continuando en seguida su viaje con seguridad completa.

Mientras se ocupaban en Sirmium en informes judiciales, la bocina daba la señal de los combates en Oriente. Reforzado el rey de Persia por las terribles naciones cuyo auxilio había conseguido, deseando extender sus dominios, reunía de todas partes hombres, armas y víveres. Evocáronse los manes, interrogóse á los adivinos, y, cuando todo estuvo dispuesto, el rey esperó la primavera para poner por obra sus proyectos de invasión.

Profundo temor produjeron en los ánimos, vagos rumores al principio, y después detalles más ciertos. Sin embargo, los familiares del palacio, dirigidos por los eunucos, no cesaban día y noche de golpear sobre el mismo yunque, como suele decirse; y, para el crédulo y pusilánime Emperador, Ursicino había venido á ser en cierto modo la cabeza de Medusa. Vencedor de Silvano y designado en seguida para defender el Oriente, como si él solo fuese capaz de ello, soñaba una posición más elevada todavía. Esto repetían continuamente delante del Emperador, y bajo todas las formas; no teniendo otro objeto esta infame maniobra que el de granjearse el favor de Eusebio, prepósito de palacio, de quien podía decirse sin exageración que su señor era quien gozaba de su favor. Eusebio tenía otro motivo de animosidad contra el jefe de la caballería. Este era el único que jamás había recurrido á él, y además, Ursicino se obstinaba en no salir de una casa que tenía en Antioquía, cuya posesión deseaba ardientemente Eusebio. Como la serpiente henchida de veneno, cuyos pequeñuelos apenas comienzan á arrastrarse y ya los enseña á morder, Eusebio educaba á los jóvenes eunucos de la cámara á que aprovechasen, para derribar poco á poco á un hombre honrado, las facilidades de su servicio íntimo, y del encan-

to de su voz, que continuaba siendo dulce é infantil á los oídos del príncipe, prestándose todos dócilmente á estas lecciones.

Ante tales hechos, podría creerse digna de rehabilitación la memoria de Domiciano, quien, en medio de la justa reprobación inherente á su reinado, tan diferente del de su padre y de su hermano, conserva, sin embargo, el honor de haber dictado la ley más útil de todas; la que prohibe bajo penas severísimas la castración de los niños (1) en toda la extensión del imperio romano. ¿Qué sería de nosotros si hubiese pululado esta especie de monstruos, cuando siendo tan cortos en núme ro, aun consiguen ser una calamidad?

Quisieron, sin embargo obrar con circunspección contra Ursicino, insinuando que le inspiraría temores otro llamamiento, y que entonces podría muy bien prescindir de consideraciones; siendo mejor esperar una oportunidad para abrumarle de improviso: y, mientras acechaban con impaciencia este momento, Ursicino y yo llegamos á Samosata, en otro tiempo célebre capital del reino de Comageno. Allí recibimos sucesivamente noticias de los acontecimientos de que voy á hablar.

Un tal Antonino, que de rico comerciante había llegado á ser intendente del duque de Mesopotamia, entró después en el cuerpo de los protectores, llegando á adquirir en la provincia mucha fama de talento y prudencia. Amenazado por injustas reclamaciones de la pérdida de considerable caudal, quiso pleitear; pero tenía por contrarios hombres poderosos, y los jueces, inclinándose al más fuerte, consiguieron que el litigante sufriese repetidos descalabros. Lejos de luchar contra la

(1) Según Xifilino, biógrafo de Vespasiano y de sus dos hijos, Domiciano hizo dar esta ley, no en interés de prudente administración, sino por espíritu de oposición á su hermano Tito, que gustaba de tener eunucos en derredor suyo.

injusticia, tomó el partido de doblegarse y apelar á la destreza, reconociéndose deudor, y fingió abandonar al fisco la cantidad exigida, al mismo tiempo que germinaba en su cabeza siniestro proyecto de venganza. Dedicóse secretamente á enterarse de todos los resortes del Estado y de la administración. Siéndole familiares las dos lenguas, teniendo á su disposición las cuentas, muy pronto combinó el número, fuerza y distribución de los cuerpos de tropas, y el destino ulterior de cada uno en caso de guerra. Su infatigable investigación llegó hasta escudriñar la situación y recursos del armamento, subsistencias y todo lo que compone el material de campaña. Al fin quedó enterado de la parte fuerte y de la débil de nuestro estado militar en Oriente, y reconoció también que la prolongada presencia del Emperador en Iliria, reconcentraba en aquel punto la mayor parte de las tropas y los fondos necesarios para pagarlas. Viendo entonces que se acercaba el término de la obligación que la fuerza y el miedo le habían hecho firmar, y conociendo que era inminente su ruina, porque no podía esperar gracia del gran tesorero, que quería estar bien con la parte contraria, tomó sus disposiciones para huir á Persia con su esposa, sus hijos y lo más precioso que poseía. Con objeto de engañar más fácilmente á los guardias de las fronteras, compró en Haspis, por poco precio, un terreno ribereño del Tigris. De este modo aseguraba con sus frecuentes viajes á la frontera un pretexto que evitaba preguntas, porque los demás propietarios hacían lo mismo. De esta manera, y por medio de criados seguros, que sabían nadar, pudo comunicar frecuentemente con Tamsapor, que le conocía, y mandaba en toda la orilla opuesta. A favor de una escolta de jinetes que éste le envió, Antonino pudo embarcarse con su familia, pasando á la otra ribera, reproduciendo en sentido contrario el he-

cho de Zopyro, que en otro tiempo entregó Babilonia á Cyro.

Así estaban las cosas por el lado de Mesopotamia, cuando la turba palaciega, hablando siempre en el mismo tono contra el honrado Ursicino, encontró al fin ocasión de perjudicarle. Ahora también le inspiró y secundó la banda de eunucos, gentes que con nada se blandean ni se sacian, y que, privadas de todo humano afecto, se lanzan á la posesión de las riquezas y se abrazan á ellas con el apasionamiento que tendría un padre por su hijo. Concertaron entre ellos que el hombre que les convenía en el mando del Oriente era Sabiniano, viejo decrépito, pero tan rico como inepto y destituído de energía; que se llamaría á Ursicino y sucedería á Barbación en el cargo de jefe de la infantería; y, una vez en su mano aquel ambicioso innovador, tendría bastante con defenderse de las poderosas enemistades que le suscitarían.

Mientras se repartían los papeles en la corte de Constancio como para representar una comedia, ó como para señalar los puestos en un festín, y se hacía llevar á cada casa influyente su parte del precio estipulado para el poder que se acaba de vender, Antonino, conducido al cuartel de invierno del rey de Persia, era recibido con los brazos abiertos y se le honraba con la tiara, distinción que confiere el derecho de sentarse á la mesa real, y además el de emitir opinión en los consejos y alternar en las deliberaciones; derecho de que usó ampliamente Antonino, navegando á velas desplegadas, atacando desde luego á la república sin circunloquios ni rodeos, y repitiendo al rey sin cesar, como en otro tiempo Maharbal reconviniendo por su indecisión á Anníbal, «que sabía vencer, pero que no sabía aprovechar la victoria». Como hombre práctico que gozaba de instrucción tan vasta como profunda, encontraba oyentes

atentos y maravillados, que no aplaudían, pero que manifestaban á la manera de los Pheacas de Homero, su admiración con su silencio. Su asunto habitual era el período de los últimos cuarenta años, en que, después de una guerra constantemente afortunada, y especialmente después de aquel combate nocturno cerca de Hileia y de Singara, combate tan mortífero para los nuestros, los Persas vencedores se detuvieron de pronto, como si se hubiese interpuesto un facial (1), dejando intacta á Edessa y sin pisar el puente del Eufrates. Sin embargo, la ocasión era excelente con fuerzas tan poderosas, después de tan brillantes comienzos, para llevar más lejos sus ventajas, en el momento en que el poder romano, presa de los estragos de interminable guerra civil, se extenuaba en esfuerzos y sangre.

De esta manera, en medio de los banquetes en que los Persas, á imitación de los Griegos de otras épocas, celebraban consejo acerca de los asuntos políticos y de guerra, el desertor, que sabía conservar el dominio sobre sí mismo, excitaba constantemente la embriaguez del monarca, aumentaba su confianza en la fortuna, y lo impulsaba á ponerse en campaña en cuanto llegase el verano, prometiendo por su parte su celo y asistencia en caso necesario.

Por este mismo tiempo, Sabiniano, envanecido con su repentina importancia, venía á buscar á Cilicia al hombre á quien debía reemplazar, y le entregaba una carta del Emperador, que le invitaba á presentarse inmediatamente en la corte, donde se le ofrecía puesto más elevado. Ahora bien: las cosas habían llegado en

(1) Los faciales eran entre los Romanos, magistrados sacerdotes cuyas funciones eran declarar la guerra, según las formas consagradas por el rito religioso. En algunas circunstancias, su autoridad se extendía hasta intervenir entre los combatientes y hacer cesar por completo la batalla.

Oriente á un punto tan crítico, que en vez de separar á Ursicino de su gobierno, debieron llamarle á él apresuradamente, aunque hubiesen tenido que ir á buscarle hasta Thulen; tan indispensable le hacían en aquel momento su profunda inteligencia y su conocimiento de la táctica especial de los Persas.

La nueva consternó á las provincias: reuniéronse en todas partes los órdenes del Estado y agitóse el pueblo: deliberóse por un lado; vociferóse por otro, y todos decidieron retener de buena ó mala manera al defensor común. Recordaban que, quedando solo para defender el país, había sabido con un puñado de soldados, sin brío ni fuerza, y que jamás habían visto la guerra, resistirse durante diez años, sin quedar vencido en ninguna parte. Sabíase, además, para colmo de temores, que al perder á Ursicino, le reemplazaba el hombre más inepto.

Créese generalmente, y yo creo también, que las noticias corren por el aire. Sin duda los Persas se enteraron por este camino, porque deliberaban ya acerca de lo que acababa de ocurrir entre nosotros; y, después de muchos debates, adoptaron al fin en el último consejo el plan que proponía Antonino, fundado tanto en la ausencia de Ursicino, como en la nulidad de su sucesor; plan que consistía en forzar el paso del Eufrates y marchar adelante en línea recta sin exponerse á perder gente ante las plazas fuertes. Adelantándose de esta manera por la celeridad á la noticia de la marcha, su ejército ocuparía sin combatir las provincias que no habían visto enemigos desde el tiempo de Galieno (1) y que se

(1) El viejo emperador Valeriano había caído en poder de los Persas. Su hijo Galieno, á quien se había asociado en el mando, no hacia nada para libertarlo del cautiverio; y Sapor aprovechó la ocasión para apoderarse de la Mesopotamia y llevar la ocupación hasta Siria. Allí le detuvo, no las armas romanas, sino una agrupación de Arabes, mandados por Odenato,

habían enriquecido por larga paz. Ofrecía además Antonino servir de guía, y no podía encontrarse otro mejor. Todos aprobaron el proyecto, y ya no se ocuparon más que de reunir soldados, víveres, armas y todo el material necesario, durando los preparativos el resto del invierno.

Por nuestra parte, una vez desembarazados de los obstáculos de que acabo de hablar, y que nos detuvieron algún tiempo al otro lado del Tauro, nos apresuramos á obedecer al Emperador, y caminamos apresuradamente hacia Italia. Llegados á las orillas del Hebrum, río que tiene su origen en los montes Odrysos, recibimos una carta del Emperador, que nos mandaba emprender en el acto el camino de Mesopotamia; y esto sin acompañamiento alguno, puesto que nuestra misión no era activa, teniendo otro la autoridad. Esta maniobra la habían imaginado los directores del gobierno, cuya intención era, en el caso de que los Persas fracasaran en su empresa, atribuir al nuevo general todo el honor del éxito, y conservar, en caso contrario, un motivo de acusación contra Ursicino como traidor. Después de tantas idas y venidas sin objeto, regresamos, encontrándonos frente á frente con Sabiniano, que nos recibió con desdén. Sabiniano tenía mediana estatura, y estaba tan destituído de valor como de talento; hombre que perdía la serenidad ante el alegre ruido de un festín, siendo imposible resistiese el fragor de la batalla.

Concordando los relatos de nuestros espías con las declaraciones de los desertores acerca de la actividad que desplegaban los Persas en sus preparativos, dejamos á aquel hombrecillo bostezar á su gusto y acudi-

simple senador y decurión de Palmira. Aquella hermosa victoria valió un cetro á Odenato y fué origen de la efímera monarquía á que después unió su esposa Cenobia la celebridad de su nombre.

mos á poner á Nisiba (1) en estado de defensa, temiendo que el enemigo, fingiendo no hacer caso de esta plaza, la sorprendiese desprevenida. Mientras apresurábamos los trabajos en el interior de las murallas, aparecieron al otro lado del Tigris columnas de humo y llamas extraordinarias en dirección de Sisara y del fuerte de las Moreras, y, propagándose hasta muy cerca del recinto, revelaban el paso del río por las fuerzas avanzadas del enemigo y el principio de las devastaciones. Salimos apresuradamente, queriendo adelantarnos y cortarles el paso, y á dos millas de las fortificaciones encontramos un hermoso niño llorando: parecía como de ocho años y llevaba collar (2). Díjonos que pertenecía á buena familia y que, al acercarse el enemigo, su madre lo había abandonado en la precipitación de la fuga. Compadecido el general, me mandó que colocase á aquel niño delante de mí en el caballo y que lo llevase á la ciudad. Pero los exploradores saqueaban ya las cercanías. Temí quedar encerrado, y, dejando el niño en el dintel de una puerta entreabierta, me reuní á toda brida y sin poder respirar á nuestras turmas. Poco faltó para que me cogiesen. El criado de un tribuno, llamado Abdigido, cayó en poder de un grupo, en el momento en que pasaba yo como una flecha. Su amo escapó. Preguntaron al prisionero quién era el jefe que acababa de salir de la ciudad; respondiendo que Ursicino, y que se había dirigido al monte Izalo. En cuanto se enteraron de esto, lo mataron, dedicándose á perseguirnos sin descanso. Gracias á la rapidez de mi caballo conservé ventaja sobre ellos, y cerca de Amudis, fuertecillo deteriorado, vi á los

(1) Una de las ciudades más importantes de las fronteras del Imperio, entregada á los Persas por el Emperador Joviniano.

(2) En Siria y en casi todo el Oriente, el collar era el signo distintivo de la condición libre.

nuestros que descansaban completamente tranquilos, dejando pastar los caballos en los alrededores. Desde lejos levanté los brazos cuanto pude, agitando un paño arrollado de mi túnica, en señal de que el enemigo estaba encima. En seguida se retiraron, y yo también, á pesar del cansancio de mi caballo. Para daño nuestro, la luna estaba en lleno y atravesábamos una llanura igual y despejada, en la que solamente se veía hierba muy corta, sin árboles ni matorrales donde refugiarnos en el caso de que nos estrechasen muy de cerca. En este apuro, se imaginó atar una antorcha encendida en el lomo de un caballo y abandonarlo, después de lanzarlo á la izquierda, mientras que nosotros nos dirigíamos por la derecha á las montañas; siendo nuestro propósito llamar la atención de los Persas hacia aquella luz que verían avanzar lentamente, y que debían creer destinada á iluminar los pasos del general. A no ser por esta estratagema, infaliblemente nos rodean y cogen.

Libres del peligro, llegamos á una comarca poblada de viñedos y árboles frutales, llamada Mejacarire por la frescura de sus aguas. Habían huído todos los habitantes, y solamente se encontró un soldado oculto en un parapeto, y que fué llevado ante el general. El temor que mostraba aquel hombre y sus contradictorias respuestas nos lo hicieron sospechoso. Estrecháronle con amenazas, y al fin lo confesó todo, enterándonos de que había nacido en las Galias, entre los Parisios, y que había servido en nuestra caballería, pero que el temor de un castigo merecido le había hecho desertar á los persas; que se había casado con una mujer honrada, de la que tenía hijos; que, empleado como espía por los persas, frecuentemente les había dado útiles noticias, y que en el momento mismo de su captura, regresaba en busca de los generales Tampsapor y Nohodares, que mandaban muchedumbre de merodeadores, para enterar-

les de lo que había averiguado. Después de obtener de él algunas noticias acerca del enemigo, se le dió muerte.

Apurando el tiempo y siendo mayor cada vez la alarma, marchamos apresuradamente hacia Amida, ciudad tan célebre después por su desastre. Allí, al regresar nuestros exploradores, se nos entregó un pergamino misteriosamente oculto en una vaina y en el que habían trazado caracteres de escritura. El mensaje procedía de Procopio, que, como antes dije, había formado parte de la segunda legación á Persia con el conde Luciliano. Aquel pergamino, redactado de intento en términos obscuros por si caía en manos del enemigo, decía lo siguiense: «El rey viejo ha rechazado á los legados Griegos, cuya vida pende de un hilo. Ya no le basta el Helesponto: muy pronto se le verá unir por medio de puentes las dos orillas del Gránico y del Ryndacio, y lanzar al Asia, para invadirla, pueblos enteros. Por su propio carácter es demasiado irritable y violento, y el sucesor del emperador Adriano de otro tiempo está allí para enardecerle é irritarle cada vez más.» El sentido de estas palabras era que el rey de Persia iba á atravesar el Anzabo y el Tigris, y que, impulsado por Antonino, aspiraba al dominio de todo el Oriente. Cuando, á fuerza de trabajo, se penetró el sentido, se tomó la siguiente acertada disposición.

Ocupaba á la sazón el gobierno de la Corduena, país perteneciente á los persas, un sátrapa llamado Joviniano, que mantenía con nosotros secreta inteligencia. Designado en otro tiempo en rehenes, había pasado la juventud en Siria, donde tomó afición á los estudios liberales, y deseaba ardientemente volver á nuestro lado para entregarse á su pasión. Fuí enviado á él con un centurión, elegido como hombre seguro, con objeto de obtener datos ciertos relativamente á la invasión; teniendo que recorrer para llegar hasta él caminos ape-

nas trazados entre ásperos montes y precipicios. Reconocióme en seguida, y en cuanto le dije sin testigos el objeto de mi viaje, me dió un guía discreto, muy conocedor del terreno. El guía me llevó á alguna distancia de allí, sobre un peñasco bastante alto, para que una vista penetrante pudiese reconocerlo todo hasta cincuenta millas de distancia. Dos días enteros permanecimos de observación sin ver nada. Pero al amanecer del tercero, todo el espacio circular que abrazaba la vista, y que llamamos horizonte, pareciónos que se llenaba de innumerables muchedumbres armadas. El rey aparecía al frente con su traje más brillante. A su izquierda marchaba Grumbates, rey de los Chionitas, hombre de mediana edad, lleno ya de arrugas, pero de corazón esforzado y que había ilustrado su nombre con más de una victoria. A su derecha estaba el rey de los Albaneses, igual al anterior en rango y consideración. Después venían muchos jefes distinguidos y poderosos, y en seguida una multitud guerrera, lo más escogido de las naciones vecinas y endurecida desde antiguo en las fatigas y peligros. Refiera la Grecia como le plazca la gran revista pasada en Dorisco de Tracia y la fabulosa reunión celebrada en estrecho recinto; nosotros, más circunspectos ó más tímidos, solamente consignamos lo que puede demostrarse por testimonios seguros é incontestables.

Después que los reyes aliados atravesaron Nínive, ciudad principal del Adiabeno, continuaron resueltamente la marcha, habiendo celebrado un sacrificio en medio del puente del Anzabo, y consultado las entrañas de las víctimas, que se mostraron favorables. Por nuestra parte, calculando que el resto del ejército emplearía por lo menos tres días en desfilar, volvimos rápidamente junto al sátrapa para descansar de nuestras fatigas. En seguida, con la energía que da la necesidad,

regresamos á los nuestros, atravesando con más velocidad de la que creíamos el desierto que nos separaba de ellos. Entonces pudimos darles la seguridad de que los persas habían construído un puente de barcas y que caminaban en línea recta, como conocedores del terreno. Inmediatamente se expidieron jinetes llevando ordenes á Cassio, duque de Mesopotamia, y á Eufronio, gobernador de la provincia, para que replegasen los habitantes con los ganados; evacuar la ciudad de Carras, cuyas murallas se encontraban en mal estado, y en fin, que incendiasen las mieses para que el enemigo no encontrase subsistencias en ninguna parte, todo lo cual se ejecutó inmediatamente. Las mieses que comenzaban á madurar y hasta las hierbas más tiernas fueron pasto de las llamas, hasta el punto que desde el Tigris al Eufrates no se veía rastro de verdura. En aquel incendio perecieron multitud de fieras, y especialmente leones, que en aquel país son extraordinariamente feroces, pero á los que una causa puramente local muchas veces hiere de muerte ó deja ciegos, como vamos á ver. Encuéntranse estos animales casi siempre en los matorrales y espesuras, entre los dos ríos. Durante el invierno, que es muy benigno, no hacen daño alguno; pero en cuanto el sol lanza sus rayos de estío sobre aquellas abrasadas tierras, y ardiente vapor comienza á caldear la atmósfera, nubes de mosquitos, inevitable azote de aquellas comarcas, no dejan á los leones momento de descanso. Estos insectos se ceban en los ojos, cuya brillantez y humedad les atrae, se clavan en las membranas de los parpados y las acribillan con sus picaduras. Exasperados los leones, ó se arrojan al agua y se ahogan, al querer librarse de aquella insoportable tortura, ó se clavan las uñas en los ojos, se los rompen y enloquecen de furor. A no ser por esto, todo el Oriente estaría infestado de tales fieras.

Mientras, como ya hemos dicho, quemaban los campos, destacamentos de protectores, mandados por tribunos, cubrían la orilla citerior del Eufrates con parapetos y empalizadas, proveyéndola además de máquinas de guerra en todos los puntos donde permitía colocarlas el terreno al abrigo de las aguas. En medio de esta actividad, estimulada por el conocimiento del peligro en la ciudad de una guerra de exterminio, el jefe, tan acertadamente elegido para hacer frente, Sabiniano, pasaba tranquilamente el tiempo en medio de las tumbas, figurándose sin duda que, estando en paz con los muertos. nada tenía que temer de los vivos; y, por extraño y siniestro capricho, divertíase en turbar el profundo silencio de aquellos parajes haciendo tocar á su presencia los cantos guerreros de la pírrica para desquitarse de la falta de espectáculos. La idea de funesto presagio inherente á tales actos, se une también al relato que de ellos se hace; pero al menos puede impedir que el ejemplo sea contagioso.

El ejército de los persas dejó á un lado Nisiba, sin dignarse detenerse en ella. Pero extendiendo por todas partes sus estragos el fuego, para no exponerse á carecer de subsistencias, tuvo que seguir por el pie de las montañas, buscando valles donde quedase alguna vegetación, llegando muy pronto á la quinta de Babasen. Desde aquí hasta Constantina, en un espacio de cerca de cien millas, reina absoluta sequía, sin encontrarse más agua que la poca que proporcionan los pozos. Los jefes vacilaron por largo tiempo; pero confiando en la energía física de sus soldados, iban á continuar hacía adelante cuando les informaron de que repentina licuación de nieves había engrosado el Eufrates (1), haciéndole

(1) Esta crecida del Eufrates en casi periódica, según Plinio, y ocurre generalmente en los meses de Julio y Agosto.

invadeable. Este contratiempo destruía sus esperanzas. Necesario era esperar ocasión y que la casualidad la presentase. En tan crítica circunstancia celebróse urgente consejo, invitando á Antonino para que manifestase su opinión; aconsejó éste que se inclinasen á la derecha, y, por medio de largo rodeo, ganaran las fortalezas de Barzala y Laudias, ofreciéndose á servir él mismo de guía: así atravesarían una comarca fértil en toda clase de productos, que había quedado intacta por la marcha del ejército en línea recta; y el río allí, cercano á su nacimiento, y sin haber recibido afluentes, ofrecería cauce fácilmente vadeable. Recibióse con aplauso la proposición; le invitaron á mostrar el camino, que debía conocer bien, y todo el ejército, cambiando de dirección, siguió sus pasos.

Enterados en seguida de este movimiento por nuestros exploradores, nos dispusimos para trasladarnos en seguida á Samosata, pasar allí el río y, después de cortar los puentes de Zeugma y de Carpesana, procurar, con el auxilio divino, rechazar al enemigo. Pero un accidente tan funesto como ignominioso, que debería sepultarse en eterno silencio, desconcertó nuestras medidas. Teníamos por este lado un puesto avanzado de dos turmas, compuestas de setecientos caballos, que habían enviado de Iliria como refuerzo; tropa enervada y sin valor que, temiendo una sorpresa nocturna, había abandonado la custodia de la calzada al obscurecer, es decir, á la hora precisamente en que era necesario vigilar más, y ocupar hasta el sendero más insignificante. Observaron los persas esta circunstancia, y aprovechando la doble embriaguez del vino y del sueño en que estaban sumidos aquellos hombres, pasaron sin ser vistos cerca de veinte mil, mandados por Tamsapor y Nohódaros, y se emboscaron detrás de las alturas inmediatas á Amida.

Apenas había amanecido y estábamos en marcha hacia Samosata, como ya he dicho, cuando desde una altura se descubrió considerable reflejo de armas; y á los gritos de ahí está el enemigo, se dió la ordinaria señal de combate. Hízose alto, se estrecharon las filas. Nuestra retirada era muy insegura, porque estando tan cerca el enemigo, no habría dejado de perseguirnos. Atacar era correr á segura muerte, teniendo enfrente fuerzas tan superiores, sobre todo en caballería, y nos preguntábamos aún qué íbamos á hacer, cuando ya era inevitable el combate y habían caído algunos de los nuestros que se adelantaron demasiado. En el momento en que se reunían los dos bandos, Ursicino reconoció á Antonino, que estaba al frente de las fuerzas enemigas; dirigióle abrumadoras reconvenciones y le trató de desertor é infame. Antonino, quitándose la tiara, signo de su dignidad (1), echó pie á tierra, é inclinándose hasta el suelo, con las dos manos unidas á la espalda (el saludo más humilde entre los asirios), dió á Ursicino los nombres de amo y señor, diciéndole: «Perdona, ilustre conde, una acción que reconozco culpable, y á la que únicamente ha podido impulsarme la necesidad. Me ha perdido el inicuo encarnizamiento de implacables acreedores. Tú mismo lo sabes, puesto que tu alta intervención ha sido impotente contra su avidez.» Dichas estas palabras, se retiró de espaldas, en señal de respeto, hasta que perdió de vista á su interlocutor.

En el transcurso de media hora había ocurrido todo esto, y de pronto nuestro última fila, que coronaba la colina, gritó que una nube de catafractos acudía á toda brida á cogernos por la espalda. Entonces, como de

(1) La tiara, tocado adornado de oro y pedrería, era en Persia insignia de la clase más distinguida y solamente podía usarse por especial permiso del soberano.

ordinario sucede en los casos desesperados, oprimidos por todas partes por masas innumerables, no supimos qué hacer ni qué evitar, y comenzó la dispersión en todos sentidos. Pero el enemigo nos tenía encerrados en un círculo, y nuestros mismos esfuerzos por huir nos arrojaba en medio de sus filas. Solamente se pensaba ya en defender la vida; pero combatiendo vigorosamente, nos vimos arrojados hasta las escarpadas riberas del Tigris, cayendo muchos al río, en el que algunos, enlazando los brazos, consiguieron no separarse de los puntos vadeables; otros perdieron pie y se sumergieron. Estos peleando esforzadamente hasta el último momento y con diferente éxito, aquéllos perdiendo la esperanza de resistir, procuraron llegar á las gargantas más inmediatas del monte Tauro; y entre estos se encontraba nuestro general, á quien vi en un momento rodeado con el tribuno Ajadatho y un solo criado, debiendo la vida á la ligereza de su caballo.

Separado de mis compañeros, miraba en derredor qué debía hacer, cuando vi á Verenniano, compañero mío en los protectores, que tenía un muslo atravesado por una flecha. A ruego suyo procuré extraérsela, cuando viéndome rodeado y rebasado ya por un grupo de persas, emprendí vertiginosa carrera hacia la ciudad, que, muy escarpada por el lado donde nos empujaba el enemigo, solamente es accesible por un sendero abierto en la roca y estrechado más y más por moles artificiales. Allí permanecimos hasta la mañana siguiente, confundidos con los persas, que habían penetrado mezclados con nosotros, y en tal confusión, que no encontraban los cadáveres espacio para caer, y que un soldado, que tenía la cabeza partida por espantosa cuchillada, permanecía de pie como una estaca delante de mí, sostenido por todos lados. La proximidad de las paredes nos preservaba de una nube de dardos que

lanzaban las máquinas desde lo alto de las murallas. Al fin nos abrieron una puerta y encontré invadida la ciudad por una multitud de hombres y mujeres. En efecto, aquel día se celebraba una gran feria que tenía lugar periódicamente en los arrabales, á la que afluía la población de las campiñas inmediatas. En el interior se alzaba confuso vocerío, lanzando lastimosos gritos los que se encontraban mortalmente heridos; quejándose otros por las pérdidas que habían experimentado, ó llamando á voces á los que les eran queridos, y que, en la confusión, no podían ver.

Al principio no fué Amida más que un caserío; pero Constancio, siendo César, concibió el proyecto, cuando estaba edificando otra ciudad, la de Antoninópolis, de convertirla en refugio seguro para la población de los alrededores. Rodeóla de muros y de torres, y estableció un depósito de máquinas de muralla; haciéndola, en una palabra, temible plaza fuerte, y queriendo darle su nombre. Por el lado austral la baña el Tigris, que forma recodo en aquel punto, cercano de su nacimiento: al Oriente, domina las llanuras de la Mesopotamia; al Norte, tiene cerca el río Ninfeo, y por baluarte las cimas del Tauro, que forman las fronteras de la Armenia y de las regiones transtigritanas; y por el lado del Oeste toca á la Comagena, comarca muy fértil y bien cultivada, donde se encuentra la ciudad de Abarno, famosa por sus aguas termales. En el centro de la misma Amida, al pie de la fortaleza, brota abundante manantial de agua potable, pero que, por efecto de los fuertes calores, toma olor mefítico. Formaba la guarnición de esta ciudad la quinta legión párthica y un cuerpo de caballería formado en el país, que no era despreciable. Pero la irrupción de los persas había hecho acudir allí seis legiones, que se adelantaron al enemigo bajo sus murallas, por medio de una marcha

forzada, poniendo la plaza en respetable pie de defensa. Dos legiones de éstas llevaban los nombres de Magnencio y de Decencio, y el Emperador, que desconfiaba de ellas después de la guerra civil, las había relegado al Oriente, donde no podían temerse conflictos más que con los extraños. Las otras cuatro legiones eran la décima, la trigésima y otras dos formadas con los soldados superventores y preventores (1), bajo el mando de Eliano, que recientemente había ascendido á conde. Recordaráse el aprendizaje de esta tropa en Singara, siendo bisoña entonces, y la matanza que hizo en los persas dormidos, en una salida que dirigió el mismo jefe, que entonces no era más que simple protector. Allí se encontraba también la mayor parte de los sagitarios comites, cuerpo reclutado entre los bárbaros de condición libre, elegidos por su vigor y destreza en el manejo de las armas.

En el momento de este inesperado triunfo de su vanguardia, aprovechaba Sapor el consejo de Antonino, y al salir de Babasa, se dirigía á la derecha por Horren, Mejacarire y Charcha, como si no tuviese propósito alguno sobre Amida. En su camino encontró los dos fuertes romanos, Rema y Busa, enterándose por un desertor que la fortaleza de aquellas dos plazas había decidido á muchos particulares á depositar en ellas sus riquezas como en lugar seguro: diciendo que, además de los tesoros, se encontraba allí una mujer singularmente hermosa con una hija pequeña. Era esta mujer la esposa de Craugaso, individuo influyente y distinguido del cuerpo municipal de Nisiba.

El cebo del botín excitó á Sapor, que inmediatamente atacó á los dos fuertes, no dudando tomarlos, como

(1) Tropas de vanguardia armadas á la ligera y destinadas á reconocimientos y escaramuzas; exploradores.

así sucedió, porque consternadas las guarniciones á la vista de tantos enemigos, sólo pensaron en rendir las plazas con todos los refugiados. A la primera intimación entregaron las llaves, abrieron las puertas, y cuanto encerraban fué abandonado al vencedor. Viéronse entonces filas de temblorosas mujeres, de niños en brazos de sus madres, haciendo en tan tierna edad el aprendizaje de la desgracia. El rey preguntó por la esposa de Craugaso, la dijo que se acercase sin temor, y viéndola cubierta con un velo negro que le caía hasta los pies, le aseguró bondadosamente que se respetaría su pudor y que volvería á ver á su marido, de quien sabía estaba apasionado de su esposa, esperando conseguir por este medio la rendición de Nisiba. Sin embargo, extendió igual protección á las vírgenes consagradas según el rito de los cristianos al servicio de los altares, permitiéndoles continuar sin temor sus prácticas religiosas. Con esta ostentación de clemencia procuraba atraerse aquellos á quienes asustaba su reputación de barbarie; esperando convencerles con estos ejemplos de que sus costumbres se habían dulcificado y de que su extraordinaria fortuna no le hacía olvidar los sentimientos humanitarios.

LIBRO XIX

SUMARIO

Intima Sapor la rendición á los habitantes de Amida, recibiéndole éstos con flechas y dardos de balista.—Renueva la intimación el rey Grumbates y cae muerto á su lado su hijo.—Sitio de Amida; doble asalto de los Persas.—Propone Ursicino un ataque nocturno á los sitiadores y se opone Sabiniano.—Declárase la peste en Amida, desapareciendo á los diez días merced á ligera lluvia.—Causas y variedades de este azote.—Nuevo asalto á la ciudad combinado con una sorpresa en el interior, por medio de un paso secreto entregado por un desertor.—Una salida de las fuerzas galas hace mucho daño á los Persas.—Construyen torres y otras obras de sitio que incendian los Romanos.—Los Persas se apoderan de la ciudad por medio de terrazas que consiguen apoyar en las murallas.—Ammiano escapa á favor de la noche y consigue llegar á Antioquía.—Los jefes romanos que mandaban en Amida son condenados á muerte ó aprisionados.—Craugaso, ninivita, pasa á los Persas, arrastrado por el deseo de ver á su esposa.—El temor de escasez ocasiona sediciones en Roma.—Los Sármatas limigantos, so pretexto de pedir la paz, atacan al Emperador, siendo rechazados con grandes pérdidas.—Numerosas acusaciones y condenaciones por el delito de lesa majestad.—Latrocinios de los isauros reprimidos por el conde Lauricio.

Ennorgullecido el rey Sapor por la captura y esperando nuevos triunfos, marchó reposadamente hacia Amida, á donde llegó el tercer día. Al amanecer el siguiente, cuanto abarcaba la vista brillaba con el resplandor de sus armas, llenando valles y colinas innumerable caballería cubierta de hierro. Delante de los caballos veía-

se al rey, que se destacaba por su elevada estatura y por el gorro de oro sembrado de pedrería con que se cubría en vez de diadema y que figuraba una cabeza de carnero; y además por la comitiva de príncipes de diferentes naciones, señal de su poder soberano. Persuadida estaba la guarnición de que, siguiendo el consejo de Antonino, no haría más que pasar por delante de la ciudad, limitándose á hacer una intimación. Pero el Numen celestial, queriendo sin duda circunscribir en un punto el azote que amenazaba al Imperio, inspiraba al monarca ilimitada confianza, creyendo que, solamente con su presencia, aterrados los sitiados, acudirían á pedirle de rodillas la vida. Por esta razón se le vió con su regia comitiva caracolear delante de las puertas de la ciudad y hasta acercarse lo bastante para que se pudiesen distinguir fácilmente sus facciones. Su brillante ropaje le hizo blanco en seguida de una nube de dardos y flechas, estando á punto de caer bajo un dardo de muralla; pero escapó con un rasgón en las ropas, gracias á una nube de polvo que no permitía apuntar, conservando la vida para destrucción de otras muchas.

No le hubiese parecido más sacrílega la violación de un templo: aquello era un atentado al soberano de tantos pueblos y reyes; y en el acto mismo habría intentado supremos esfuerzos contra la ciudad culpable, á no haber intervenido los jefes para reconvenirle dulcemente por aquel arrebato que comprometía el éxito de una grande empresa. Consiguieron calmarlo, pero decidió hacer una intimación á la ciudad á la mañana siguiente.

Encargóse de esta misión Grumbates, rey de los chionitas; y, en cuanto amaneció, avanzó resueltamente hacia las murallas este príncipe, acompañado por excelente escolta. Pero en cuanto estuvo á tiro, un dardo lanzado por experta mano hirió en un costado á su hijo, joven que sobresalía entre todos los de su edad en

estatura y elegancia, atravesándole la coraza y el pecho de parte á parte. Al verle caer, todos se dispersaron; pero en seguida, obedeciendo al deber, volvieron junto al cadáver, para impedir que lo arrebatasen. Sus gritos de venganza llamaron entonces á las armas á aquella multitud de naciones, cambiándose furiosa nube de dardos, cayendo multitud de soldados de una y otra parte, y la matanza se prolongó hasta entrada la noche, cuya obscuridad apenas ocultó la retirada del cadáver, entre montones de muertos y arroyos de sangre. Tal fué en otro tiempo bajo las murallas de Troya aquella sangrienta lucha en que se disputaron dos ejércitos el exánime compañero del héroe de Tesalia. Toda la corte persa y todos los jefes confederados lloraron con el padre á aquel noble joven tan universalmente querido como digno de serlo; ordenándose una suspensión de hostilidades para celebrar sus exequias según el rito de su nación. Revestido el cadáver con su armadura fué expuesto en un estrado espacioso y alto, rodeado de diez lechos funerarios, en cada uno de los cuales estaba depositada la efigie, cuidadosamente imitada, de un cadáver sepultado. Los hombres, agrupados por tiendas y manípulos, pasaron los siete días siguientes en festines alternados con danzas é himnos fúnebres en honor del joven heroe. Las mujeres, por su parte, prorrumpían en sollozos y gemidos, y se golpeaban el pecho exclamando que habían tronchado en flor la esperanza de la patria; imitando en las demostraciones de su dolor á las sacerdotisas de Venus cuando celebran las fiestas de Adonis, símbolo místico de la reproducción de los bienes de la tierra (1).

(1) Según la fábula, Venus había obtenido de Proserpina, que durante seis meses del año le sería devuelto su querido Adonis, muerto por un jabalí, y que los otros seis meses los pasaría en los infiernos. Este mito tiene el siguiente sentido: Ve-

Cuando las llamas consumieron el cadáver (1), recogieron las cenizas en una urna de plata, que, por decisión del padre, se depositaría al regreso en el suelo natal. Celebróse en seguida consejo y se acordó ofrecer el incendio de la ciudad y su total destrucción en expiación á los manes del joven; negándose Grumbates á escuchar toda proposición de ponerse en marcha antes de haber vengado á su hijo único. Dedicáronse al descanso dos días; sin embargo, grupos numerosos salieron á talar los campos inmediatos, cuyo rico cultivo ofrecía por todas partes la floreciente imagen de la paz. Al amanecer el día tercero formóse alrededor de la ciudad un cinturón de cinco filas de escudos. Innumerable caballería llenó el espacio en cuanto alcanzaba la vista, acudiendo cada cuerpo, marchando despacio, á ocupar el puesto que le había designado la suerte. El ejército persa formó círculo completo alrededor de la ciudad, habiendo tocado á los chionistas la parte de Levante, punto en que, por casualidad que nos fué fatal, había muerto su joven príncipe. Los vertes se formaron por el lado del Mediodía y los albaneses al Norte: á Poniente se presentaban en batalla los segestanos, que eran los más temibles de aquellos guerreros; y en medio de ellos avanza-

nus es la naturaleza, que durante seis meses permanece triste é inanimada; y Adonis, la fuerza vegetativa, que la hace durante los otros seis risueña y productiva. La antigüedad había consagrado esta renovación por medio de una fiesta religiosa que todo el Oriente, en tiempos del paganismo, y especialmente la Fenicia, celebraba cada año en la primavera, en honor de Adonis.

(1) Los Chionitas acostumbraban á quemar los cadáveres y á recoger las cenizas. Entre los Persas estaba prohibido quemar ó enterrar los cadáveres, exigiendo la ley que se les arrojase fuera de las murallas, y cuanto más pronto los devoraban las fieras y las aves de rapiña, mas asegurado se creía el reposo del difunto. En un artículo del tratado convenido entre Justiniano y Cosrroes se estipulaba que se permitiría á los cristianos establecidos en Persia enterrar sus muertos.

ban lentamente los elefantes, que, como ya hemos dicho, son á propósito para inspirar terror, pareciendo movibles fortalezas aquellos monstruos de rugosa piel, cargados de hombres armados.

Al ver aquel levantamiento en masa de pueblos conjurados para la destrucción del mundo romano, y que detenía un momento su marcha para aplastarnos al paso, se extinguió en nosotros toda esperanza de salvación, no pensando cada cual sino en conseguir gloriosa muerte y en adelantar el momento todo lo posible. Desde el amanecer hasta la postura del sol permanecieron inmóviles las líneas enemigas, como clavadas en el suelo y guardando profundo silencio, sin que se oyera siquiera el relincho de un caballo. El regreso se verificó en el mismo orden que observaron al ocupar las posiciones, para tomar alimento y dormir un poco. Pero en cuanto amaneció, al sonido de trompas que parecían anunciar la última hora de la ciudad, comenzó de nuevo el terrible cerco. A la conocida señal de un dardo ensangrentado, lanzado al aire por Grumbates, que representaba en esta ocasión el papel de facial, según costumbre de su país y del nuestro, terrible ruido de armas estalló de pronto, y el ejército persa, todo entero, se lanzó como un torbellino contra las murallas, desencadenándose entonces con horrible violencia la tormenta guerrera, rivalizando en velocidad aquella espantosa masa de caballería, disputándose todos el primer puesto en la lucha; y los sitiados, por otra parte, oponiendo á todos sus esfuerzos obstinación tan ardiente como inflexible.

Muchas cabezas enemigas quedaron destrozadas á los golpes de las piedras que lanzaban nuestros escorpiones; muchos cadáveres quedaron en el suelo, atravesados por nuestras flechas y nuestros dardos. Multitud de heridos se replegaron rápidamente sobre aquellos que

avanzaban para contenerles; pero las pérdidas por el lado de la ciudad también eran grandes y dolorosas, estando el cielo verdaderamente obscurecido por las flechas de los Persas. El juego de las máquinas de guerra que habían cogido en el saqueo de Singara, fué fatal á muchos de los nuestros. Solamente se dejaba por un momento la muralla por turno y para volver en cuanto se recobraban fuerzas. Aquí el herido que volvía al combate caía para no levantarse más, y, al caer, arrastraba consigo al compañero. Otro, vivo todavía, pero cubierto de flechas, buscaba por todas partes mano que se las arrancase de las heridas; siendo tan grande la sed de sangre por una y otra parte, que la matanza duraba á la caída de la tarde, calmando apenas al obscurecer. Unos y otros pasamos la noche con las armas en la mano. Los ecos de las colinas repetían los gritos de los dos ejércitos; ensalzaban los nuestros las virtudes de Cons-tancio, saludándole como señor del mundo y dominador supremo; y los Persas dando á Sapor los títulos de Saasan y Pirosen, palabras que equivalen en su lengua á las de rey de reyes y triunfador.

Antes de amanecer sonaron las trompas y, animados por igual furor, las innumerables huestes avanzaron como aves de paso. Por todos lados á la vez no se veía á lo lejos otra cosa que el brillo de las armaduras de los bárbaros. De pronto lanzaron fuertes gritos y corrieron confusamente hacia la ciudad; pero les recibió una nube de dardos lanzados desde las murallas, y, probablemente ninguno se perdió en medio de aquellas masas profundas y compactas. Por nuestra parte, rodeados, estrechados por aquella multitud de enemigos, lo repito, menos pensábamos en conservar la vida que en morir como valientes. Así se peleó hasta el obscurecer, sin que se inclinase á ningún lado la victoria y con más encarnizamiento que orden y prudencia; porque los gri-

tos confundidos de los que mataban y morían comunicaban á todos esa febril exaltación que hace no se piense en preservarse. Al fin llegó la noche á poner tregua en la matanza, tregua que prolongó el cansancio de los dos bandos. Pero este intervalo, que debió dedicarse al descanso, se empleó en trabajo continuo, cuyo exceso, unido al insomnio, consumió las fuerzas que nos quedaban. También se debilitaba el valor al ver las sangrientas heridas y pálido rostro de los moribundos, á quienes, por falta de terreno, había de negárseles hasta la sepultura. En efecto; además de la presencia de siete legiones, llamadas con algunas otras fuerzas á la defensa de la ciudad, había afluído á ella del exterior confusa multitud de toda edad y sexo, encontrándose lo menos veinte mil hombres en su estrecho recinto (1). Cada cual, por lo tanto, cuidaba como podía sus propias heridas y con los recursos que encontraba. Más de un agonizante exhalaba el último suspiro al perder toda su sangre en el punto mismo donde le derribó el golpe. Otro, viviendo todavía, aunque traspasado de parte á parte, veía á los peritos negarle su asistencia, para ahorrarle inútiles sufrimientos; y aquél, soportando la extracción de las flechas que le habían herido, sufría mil muertes por una curación dudosa.

Mientras sostenía Amida aquella terrible lucha, desesperaba á Ursicino su posición subalterna; y Sabiniano, cuya autoridad era entonces superior á la suya, no se movía de entre las tumbas. No cesaba Ursicino de exhortarle á que reuniese todos los vélites é interviniese con marcha rápida siguiendo la falda de las montañas; pudiéndose esperar con tropas tan ligeras apoderarse de las guardias avanzadas del enemigo, y rom-

(1) La fuerza numérica de las legiones estaba muy reducida en esta época, no ascendiendo á más de 1.000 ó 1.500 hombres.

per por algún punto, en un ataque nocturno las líneas que formaban alrededor de las murallas, y si no, multiplicar las sorpresas para separar de los trabajos de sitio los esfuerzos de los sitiadores. Sabiniano calificó este proyecto de desobediencia y presentó una carta del Emperador en la que mandaba terminantemente que no se hiciese más que lo posible sin mover las tropas. Pero se guardó mucho de enterar á Ursicino de la recomendación expresa que había recibido de la corte de evitar, aunque padeciese el Estado, toda ocasión en que su enérgico predecesor pudiese adquirir gloria: y se iba á llegar hasta á sacrificar una provincia para quitar á aquel gran general el honor, aun compartido, de una acción brillante. Paralizado por estas maquinaciones, Ursicino, á quien preocupaba mucho nuestra situación, estaba reducido á comunicar con nosotros por medio de mensajeros, cosa que frecuentemente era muy difícil, atendido el rigor del bloqueo en que el enemigo tenía á la plaza, y á formar plan sobre plan, sin poder ejecutar ninguno; semejante á un león terrible que, privado de uñas y dientes, ve á sus cachorros en las redes y no se atreve á lanzarse á socorrerles.

Pero en la ciudad, cuyas calles estaban sembradas de cadáveres, cuando faltaron brazos para enterrarlos sobrevino la peste, aumentando las calamidades que ya existían, efecto inevitable de tantas emanaciones pútridas combinadas con el calor de la estación y el estado enfermizo de la población aglomerada. Diré algo acerca de las causas de este azote y de sus variedades. En opinión de los filósofos y de los médicos más habiles, debe atribuirse la peste al exceso de frío ó de calor, de sequía ó de humedad. En los países húmedos y pantanosos, el mal se manifiesta por accesos de tos y padecimientos de los ojos; en los climas cálidos, por fiebre lenta y síntomas de inflamación. Pero tanto como el fuego supera

en actividad á los demás elementos, así la sequía sobrepuja á todo principio deletereo, como lo demuestra aquella mortandad espantosa que experimentó el ejército griego por efecto de los rayos de Apolo, es decir, por la acción de un sol ardiente durante aquella lucha terrible que sostuvo durante diez años, para que un regio raptor no gozase en paz del precio de un adulterio; testigo el relato que hace Tucídides del desastre de los Atenienses, diezmados, al principio de la guerra del Peloponeso por este azote destructor que, naciendo bajo el cielo abrasador de la Etiopía, y acercándose poco á poco, concluyó por invadir el Atica. Atribuyen algunos esta funesta influencia á la corrupción del aire ó del agua, viciada por los miasmas de la putrefacción animal ó por otra causa análoga: estando por lo menos averiguado que una sencilla variación atmosférica basta para molestar, cuando es repentina. Ven otros la causa inmediata de la muerte en la supresión del sudor, que el aire, condensado por ciertas emanaciones terrestres, detiene al salir de los poros. Así es que, según Homero, y como la experiencia acredita, cuando se declara la peste alcanza á los animales lo mismo que al hombre, y como su conformación les acerca más al suelo, sucumben más pronto.

Desígnase la primera especie de peste con el nombre de pandemia, y casi constantemente se encuentra en los países donde domina la sequía, manifestándose por un ardor interno que no deja descanso á los enfermos. La segunda, conocida con el de epidemia, tiene apariciones periódicas; turba la vista y altera los humores. La tercera, llamada lemodes, reina accidentalmente, pero hiere y mata como el rayo. La peste de Amida pertenecía á esta temible especie; sin embargo, solamente arrebató corto número de personas, á quienes el excesivo calor y dificultades de la aglomeración predispo-

nían al ataque. Al fin, en la noche siguiente al décimo día sobrevino ligera lluvia, que purificó el aire de toda influencia morbosa y nos devolvió la salud.

Entretanto nuestro vigilante enemigo construía manteletes, rodeaba las murallas de terrazas, elevaba torres cubiertas de hierro por delante y armada cada una con una balista destinada á barrer los parapetos; y todo esto mientras sus honderos y arqueros nos abrumaban sin interrupción con una nube de piedras y flechas. Como ya he dicho, en la guarnición había dos legiones recientemente sacadas de la Galia, y que habían peleado por Magnencio. Formábanlas hombres atrevidos y dispuestos, excelentes para campo abierto, pero que nada entendían de la defensa de una plaza, y hasta más á propósito para estorbar las operaciones que para secundarlas. Incapaces de manejar una máquina, de contribuir á la ejecución de ningún trabajo, no sabían otra cosa que exponerse temerariamente en salidas intempestivas, de las que regresaban siempre numéricamente debilitados después de pelear valerosamente, pero sin contribuir más á la defensa que aquel que, para extinguir un incendio, llevase, como dice el proverbio, el agua en el hueco de las manos. Sordos á los ruegos de los tribunos, al fin se les negó la apertura de las puertas, y rugían como fieras por su forzosa inacción. Sin embargo, no pasaron muchos días sin que mostrasen brillantemente, como más adelante se verá, de lo que aquellos soldados eran capaces.

En un punto de la parte meridional de las fortificaciones que domina el Tigris, se alzaba sobre una roca cortada á pico una torre colosal, desde cuya parte superior no se podía mirar sin experimentar vértigos al abismo que se abría al pie. En el piso inferior de esta torre desembocaba un paso secreto abierto en la misma base del peñasco, por el que se subía merced á esca-

lones hábilmente labrados, hasta el nivel de la ciudad. Este camino subterráneo lo habían abierto para poder sacar ocultamente agua del río. Según creo, existen pasos como éste en todas las fortalezas próximas á alguna corriente. Como lo escarpado de esta parte de la ciudad hacía menos activa la vigilancia, setenta arqueros de la guardia del rey de Persia, elegidos entre los más resueltos y seguros de su destreza, penetraron á media noche en aquella obscura galería, guiados por un vecino de la ciudad que había pasado al enemigo. Favorecido este grupo por la lejanía de las guardias, que no podían oirles, se deslizaron uno á uno en la torre, subiendo hasta la plataforma del tercer piso, y allí permanecieron ocultos hasta el amanecer, á cuya hora enarbolaron una túnica roja, que era la señal del asalto. En seguida, al ver su ejército que se desplegaba en derredor de la ciudad, vacían á los pies sus carcaxes, lanzan fuertes gritos para animar á sus compañeros y comienzan á lanzar las saetas aquí y allá con admirable precisión. Acto continuo se pone en movimiento el ejército de los persas, y sus compactas masas se lanzan sobre la ciudad con mayor furia que antes. Se vacila, no se sabe al punto donde acudir, si al enemigo que lanza la muerte sobre nuestras cabezas, ó á aquella inmensa multitud dispuesta ya á escalar nuestras murallas. Al fin se divide la defensa; elígense cinco balistas de las más transportables; colócanlas contra la torre y las saetas parten con tal fuerza, que á veces traspasan dos arqueros á la vez. Pronto quedó limpio el puesto; unos caen heridos mortalmente, los otros se precipitan espantados ante el solo silbido de las máquinas, y se rompen los miembros en la caída. Terminada esta ejecución, tranquilos los sitiados por esta parte, se apresuran á colocar de nuevo en su puesto las balistas, y todos los esfuerzos se dirigen á la defensa de las murallas. La

indignación contra el traidor rodoblaba la energía de los soldados, no habiendo ninguno que no corriese animosamente á las murallas y con pie más firme que en campo raso. Sus brazos imprimían hasta á los dardos más pesados fuerza y rapidez tan extraordinarias, que los vertes que atacaban por el lado de mediodía, no pudieron resistir y tuvieron que retirarse á su campamento, con sensibles pérdidas que lamentar.

Parecía que la fortuna nos favorecía. La jornada había sido fatal para el enemigo, y casi sin pérdidas para nosotros. Empleamos la noche en descansar de nuestras fatigas, y al amanecer vimos desde las murallas confusa multitud que se dirigía al campamento enemigo: era la población entera de Ziata, cautivada después de la sorpresa de aquella plaza. La fuerza y la magnitud de su recinto, que tenía diez estadios de circuíto, habían hecho que generalmente la eligieran por punto de refugio. Otras muchas ciudades habían sido sorprendidas también y entregadas á las llamas, haciendo los persas millares de esclavos. Entre la multitud de cautivos encontrábanse ancianos enfermos y mujeres de avanzadísima edad, y cuando faltaban las fuerzas á algunos de estos desgraciados, extenuados por la duración de la marcha, cortábanles los tendones ó los jarretes y los dejaban en el sitio.

Conmovidos los soldados galos por aquel doloroso espectáculo, quisieron hacer una salida, amenazando á sus tribunos y á sus primipilarios con la muerte si persistían en retenerlos. El enardecimiento era general, pero el momento estaba mal elegido. Como fieras encerradas en jaulas, enfurecidas por el olor que exhala la carne sangrienta y cuya rabia se estrella impotente contra las rejas, golpeaban con las espadas las puertas, cuya clausura se había dispuesto, como antes dije. Tormento grande era para su orgullo pensar que, al su-

cumbir la ciudad, perecerían bajo sus ruinas, sin dejar el recuerdo de algún brillante hecho de armas; ó bien que podría el enemigo levantar el sitio antes que ellos hubiesen hecho nada para sostener la fama del valor galo. Sin embargo, en sus frecuentes salidas, habían contribuído mucho á la destrucción de las obras del enemigo, habían dado muerte á considerable número de trabajadores, y, prodigando su sangre, dado al menos pruebas de su valor.

Siendo impotentes nuestros consejos, y siendo imposible contenerles por más tiempo, necesario fué consentir, con la condición de un aplazamiento, que aceptaron murmurando, para que cayesen sobre los puestos avanzados de los Persas, que solamente distaban de la plaza un tiro de flecha; y hasta se les autorizó para pasar más adelante si conseguían vencer aquel primer obstáculo; porque en este caso cabía creer que podrían hacer extraordinaria matanza. Entretanto la guarnición se defendía vigorosamente desde las murallas, trabajando ó peleando de día, vigilando de noche y colocando en los parapetos máquinas para lanzar saetas ó piedras. Al mismo tiempo los Persas hicieron que sus peones levantasen dos terrazas muy altas, procediendo con mucha lentitud á esta operación, que les aseguraba la captura de la ciudad. Por nuestra parte, con grandísimos esfuerzos de brazos, levantábamos andamios sobre las murallas, elevándolos al nivel de las terrazas, procurando darles la firmeza necesaria para resistir la enorme carga que habían de soportar.

Imposible contener por más tiempo la impaciencia de los galos; y aprovechando una noche obscura y sin luna, salieron armados con hachas y espadas, después de invocar el socorro del cielo para su empresa. Al principio caminaron con cautela y conteniendo la respiración; pero al acercarse al enemigo, se estrechó el grupo

y aceleraron la marcha. Sorprendieron algunos centinelas y una guardia avanzada que exterminaron estando dormidos los soldados, que no podían esperar aquel atrevido ataque. Iba á penetrar la columna hasta el cuartel real, si la suerte continuaba favoreciéndola, pero al rumor de los pasos, por ligero que fuese, á los lamentos de los heridos, despierta el campamento y por todas partes se grita «¡A las armas!» Detiénense los nuestros sin atreverse á avanzar un paso, porque hubiese sido locura aventurarse más lejos, estando descubierta la marcha, y todo el ejército persa acudió á tomar parte en la pelea. Los galos, tan bravos de corazón como robustos de cuerpo, no dejaron de resistir, derribando con las espadas á cuantos se ponían á su alcance. Pero ya habían caído muchos de ellos y los demás estaban á punto de sucumbir bajo la nube de flechas que les lanzaban por todas partes; porque los esfuerzos de toda la multitud se reconcentraba en aquel puñado de hombres y á cada momento aumentaba el número de sus adversarios; por lo que comenzaron á retirarse sin que ni uno sólo volviese el rostro, sino haciéndolo paso á paso y marcándolos como en la marcha. De esta manera repasaron el foso del campamento, resistiendo ataque sobre ataque y ensordecidos por el espantoso sonido de las trompas.

En el acto resonaron también por el lado de la ciudad y se abrieron las puertas para recoger á los nuestros si tenían la fortuna de llegar hasta ellas. Al mismo tiempo se hacían jugar sin carga las máquinas para ahuyentar con el ruido á los soldados del cerco, que ignoraban todavía la suerte de sus compañeros; desembarazar las puertas y dejar á nuestros valientes el paso libre hasta las murallas. La estratagema tuvo buen éxito; los galos pudieron entrar al amanecer, heridos gravemente unos, y otros sin haber recibido más que ligeros golpes. Pero

aquella noche les había costado cuatrocientos de los suyos, porque no habían tenido que habérselas con un Rheso (1), durmiendo con algunos tracios bajo los muros de Troya, sino con el mismo rey de Persia, á quien hubieran degollado dentro de su tienda en medio de sus cien mil hombres, á no haberse declarado contra ellos el destino. Después de la pérdida de Amida, el Emperador, en memoria de aquel brillante hecho de armas, hizo alzar en la plaza principal de Edessa las estatuas armadas de los jefes que mandaron el destacamento; estatuas que todavía existen perfectamente conservadas.

La luz del día reveló á los Persas la extensión de su desgracia, viendo entre los cadáveres los de varones distinguidos y hasta sátrapas; oyéndose entonces muchos lamentos, que variaban según la importancia de las pérdidas. Los reyes estaban indignados y su enojo recaía sobre la pretendida negligencia de los puestos avanzados, que habían dejado pasar á los romanos. Concertóse por ambas partes una tregua de tres días, que nos proporcionó algún tiempo de descanso.

Al asombro que produjo aquel golpe á los Persas, sucedió violentísima exasperación; pero habiendo fracasado toda tentativa á viva fuerza, solamente pensaban en apresurar con actividad los trabajos; habiendo llegado al colmo el ardor, y estando decididos á morir gloriosamente bajo los muros de la ciudad, ó á ofrecer en expiación su ruina á los manes de los que habían perecido.

(1) Rheso, rey de Thracia, había llevado un ejército numeroso en socorro de Troya. En la misma noche de su llegada fué muerto, estando dormido, por Ulises y Diomecles, que penetraron solos en el campamento, hicieron extraordinaria matanza y le arrebataron los caballos, famosos en la antigüedad por su belleza y rapidez.

Con extraordinaria rapidez terminó todo lo material, y una mañana vimos al amanecer que avanzaban hacia nuestras murallas torres revestidas con planchas de hierro. Sus plataformas estaban guarnecidas de balistas, cuyos dardos, cayendo sobre los parapetos, ahuyentaban á los sitiados. La luz nos descubrió numerosas huestes, formando un cinturón de hierro en derredor de la ciudad, y que marchaban, no desordenadamente, como en los ataques anteriores, sino en filas apretadas y sin que un solo hombre saliese de ellas, bajo la protección de sus máquinas y cubiertos con zarzos de mimbre. Pero cuando se encontraron al alcance de nuestras balistas, en vano presentaban los escudos los peones persas; ni una saeta se perdía. Entonces aflojaron las filas; hasta los catafractos vacilaron y tuvieron que replegarse, cosa que aumentó por modo extraordinario el valor de los nuestros. En cambio, en todos los puntos expuestos á los dardos de sus torres, los sitiadores conservaban ventaja merced á su posición dominante, y nos ocasionaban mucho daño. La noche puso término al combate, empleando nosotros la mayor parte de ella en buscar medio para neutralizar, si era posible, los terribles efectos de aquellos aparatos de destrucción.

Después de deliberar maduramente, decidimos adoptar un medio cuyo éxito dependía de nuestra rapidez: el de colocar cuatro escorpiones en oposición á las balistas. Es sumamente difícil la traslación de estos aparatos, y sobre todo su colocación; y mientras se procuraba hacerlo con las precauciones necesarias, apareció el día más amenazador que nunca, desarrollándose ante nuestros ojos las temibles falanges de los Persas, formadas ya en batalla y reforzadas con los grupos de elefantes, cuyas colosales proporciones y extraños gritos tan á propósito son para poner terror hasta en los corazones

más intrépidos. Todo aquel formidable aparato de elefantes armados, falanges y máquinas, nos estrechaba ya por todas partes, cuando enormes pedazos de piedra, lanzados sucesivamente por las férreas hondas de nuestros escorpiones, empezaron á dislocar los compartimientos, á destrozar las uniones de las torres y á precipitar desde lo alto las balistas con los hombres que las servían, quedando unos aplastados en el mismo sitio por la caída de las máquinas, y otros por los trozos de las torres, que se derrumbaban sobre ellos. Rodeados los elefantes por los fuegos que lanzaban desde las murallas por todas partes, y que ya les alcanzaban, retrocedieron á pesar de los esfuerzos de los conductores. Pero ni el incendio de las obras calmaba el combate; porque, en contra de lo que hasta entonces se había visto, el rey, á quien la costumbre dispensa de asistir personalmente á las batallas, impresionado por aquella serie de catástrofes, se lanzó como simple soldado á lo más recio de la pelea. Pero como los numerosos grupos que le escoltaban le ponían en demasiada evidencia, pronto fué blanco de multitud de dardos, que hicieron muchas víctimas en derredor suyo, obligándole á cambiar de puesto á cada instante: pero no le inmutó el número de muertos, ni la vista de la sangre y las heridas, necesitándose que acabase el día para que concediese á su ejército algún descanso.

La noche puso término al combate y pudimos dedicar algunos momentos al sueño. Pero en cuanto Sapor vió despuntar el día y con él la esperanza de apoderarse de su presa, excitado por la ira y el dolor, y desatendiendo al peligro propio, lanzó de nuevo los suyos al combate. Ya he dicho que habíamos incendiado sus obras: y ahora intentaron el ataque por medio de terrazas que había hecho levantar contra nuestras murallas, sosteniéndolo por nuestra parte con igual vigor

desde los andamios, que habíamos procurado elevar á su nivel.

La pelea fué larga y mortífera, arrostrándose por ambas partes la muerte antes que ceder un paso. En una palabra: á tal punto habían llegado las cosas, que solamente una circunstancia fortuita podía decidir la suerte de uno ú otro bando, cuando nuestro andamio, muy quebrantado ya, se derrumbó de pronto como por un terremoto, llenando con sus restos el espacio que mediaba entre las murallas y la terraza, tan perfectamente como si las hubiese unido un puente ó una calzada. Esta desgracia abrió libre paso al enemigo é inutilizó á considerable número de los nuestros, aplastados ó mutilados por la caída de los maderos. Sin embargo, acudióse por todas partes para reparar aquel imprevisto accidente, y con tal precipitación, que se estorbaban unos á otros, cosa que aumentó la audacia de los sitiadores. Acto continuo, por orden del rey, todo el ejército persa se lanzó sobre aquel punto, trabándose furiosa pelea, batiéndose cuerpo á cuerpo, corriendo la sangre por ambos lados, cayendo los hombres, llenándose el foso de cadáveres y ensanchándose el paso. Una oleada de enemigos desborda ya en la ciudad, perdiéndose la esperanza de huir ó defenderse. Combatientes ó no, todos son degollados sin reparar en sexo ni edad y como si fuesen viles rebaños.

Al cerrar la noche, muchos de los nuestros resistían aún, haciendo desesperados esfuerzos. Por mi parte, aprovecho la obscuridad para ocultarme con dos compañeros en punto apartado de la ciudad, y desde allí ganar una puerta que nadie pensaba en guardar. Rodeábanos la obscuridad; pero afortunadamente conocía yo los caminos y mis compañeros estaban ejercitados en la carrera. En poco tiempo nos alejamos diez millas; y después de tomar aliento, volvimos á marchar sin

detenernos. Pero yo me encontraba mal preparado, por efecto de mis costumbres aristocráticas, para fatigas tan grandes, y ya me sentía desfallecer, cuando sobrevino un accidente bastante trágico en sí mismo, pero que en el estado en que me encontraba fué para mí verdadero favor del cielo. Un criado del ejército enemigo montaba en pelo un caballo muy vivo, sin freno y solamente con una correa que llevaba, según costumbre, fuertemente atada á la muñeca izquierda para que no se le escapase. Lanzado al suelo y no pudiendo deshacer el nudo, pronto quedó destrozado por el caballo, que al fin se paró, detenido por el peso del cadaver, después de haberlo arrastrado por mucho tiempo de aquí para allá. Apresuréme á aprovechar aquella montura que la casualidad me deparaba tan oportunamente, y con bastante trabajo y continuando con la misma compañía, llegué á un punto donde brotaban manantiales calientes y sulfurosos. El calor era extraordinario; nos devoraba ardiente sed y vagábamos penosamente buscando agua potable. Al fin encontramos un pozo, pero sin cuerda, y tan profundo, que no se podía bajar á él. Inspirónos la necesidad, y rasgando todo el lienzo de nuestras ropas formamos largo cordón, á cuyo extremo atamos la cubierta que uno de nosotros llevaba sobre el casco. De este modo llegamos al agua, sacando como con una esponja para poder saciarnos todos. En seguida nos dirigimos apresuradamente hacia un punto del Eufrates, donde desde muy antiguo había una barca para el paso de hombres y ganados. De pronto vemos á lo lejos un cuerpo de caballería romana con sus enseñas, huyendo desordenadamente ante multitud de persas que parecían haber brotado no sé de dónde á su espalda. Aquel encuentro me suministró el comentario de la tradición de los terrígenas. De la instantaneidad de su aparición, debida sin duda á singular velocidad, habrá

nacido la creencia de su origen maravilloso. Repentinamente se veían en diferentes puntos y todos desconocidos; y esto fué bastante, en aquella antigüedad tan aficionada á fábulas, para merecer el nombre de Spartos, como si efectivamente hubiesen brotado de la tierra. En el acto comprendimos que no teníamos más salvación que la fuga, y, deslizándonos entre los matorrales, procuramos llegar á los montes. Desde allí llegamos á Militina, en la Armenia Menor, encontrando á nuestro general en el momento en que iba á partir, regresando con él á Antioquía.

El otoño tocaba ya á su fin, y como el temible signo de Aries impedía á Sapor y á los persas penetrar más dentro en nuestras tierras, pensaban ya en regresar á las suyas con el botín y los cautivos cogidos en Amida. Para coronar dignamente las escenas de matanza y de pillaje de que aquella desgraciada ciudad había sido teatro, hicieron perecer ahorcados al conde Eliano y á los tribunos que tan valerosamente habían defendido las murallas y causado tan considerables pérdidas á los enemigos; Jacobo y Cesio, tesoreros del general de la caballería, y otros muchos protectores fueron arrastrados con las manos atadas á la espalda; y después de muchas pesquisas para descubrirlos, todos los individuos nacidos al otro lado del Tigris fueron confundidos en matanza general.

A la esposa de Craugasio la respetaron y trataron como á persona de elevada condición; pero, no obstante, aquellas muestras de consideración y de otras mayores que la hacían entrever, no dejaba de deplorar la necesidad de ir á vivir separada de su esposo como en otro mundo. Al reflexionar en su situación, lo temía todo para lo porvenir, compartiendo su corazón el dolor de la ausencia y el miedo á pasar á los brazos de otro. Por esto encargó secretamente á un criado fiel, en quien

tenía completa confianza, que marchase á Nisiba para enterar á su esposo de la situación en que se encontraba, y que le instase en su nombre para que acudiese á reunirse con ella, donde á los dos les esperaba tranquila vida. Aquel hombre conocía todos los caminos de la Mesopotamia; debía atravesar el monte Izalo y pasar entre las dos fortalezas de Marida y Lorna. Partió el mensajero con las instrucciones, y á poco llegó á Nisiba, siguiendo senderos extraviados y caminos de travesía. Allí se fingió ignorante de la suerte de su ama, cuya muerte, decía, era muy probable. Habíasele presentado ocasión de evadirse, y la había aprovechado. Considerándolo sin importancia, comunicó sin dificultad con Craugasio, y recibió de éste la seguridad de que nada deseaba tanto como reunirse con su esposa, en cuanto pudiera hacerlo sin peligro. El esclavo regresó entonces furtivamente para llevar á su señora la deseada respuesta; y en cuanto la conoció ésta, suplicó al rey tomase, antes de abandonar el territorio romano, las disposiciones necesarias para asegurar, si era posible, la evasión de su esposo.

Aquel hombre que había aparecido inopinadamente y desaparecido de repente sin causa conocida, excitó en alto grado las sospechas del duque Cassiano y de los principales magistrados de la ciudad, quienes prorrumpieron en amenazas contra Craugasio, asegurando públicamente que no podía ser extraño á aquel regreso y á aquella desaparición. Temiendo éste que se le acusase de traición, y especialmente que algún desertor viniese á revelar que su esposa, no solamente vivía, sino que era objeto de grandes atenciones, fingió desear en matrimonio una joven de elevada familia. So pretexto de algunos preparativos para el banquete nupcial, marchó á su casa de campo, situada á ocho millas de Nisiba, y desde allí corrió á rienda suelta al encuentro de

un grupo de merodeadores persas que sabía se habían dirigido hacia aquel lado. Recibido alegremente por éstos en cuanto se dió á conocer, entregáronlo cinco días después en manos de Tamsapor, que lo presentó al rey, siéndole devueltos sus bienes, su familia y su esposa, á la que perdió algunos meses después. Craugasio forma pareja con Antonino: gran talento, disponiendo de inmensa experiencia y grandes recursos, todo lo había combinado y ejecutado él solo. Craugasio no fué tan hábil; sin embargo, su nombre no ha sido menos famoso. Estas cosas ocurrieron poco después del saqueo de Amida.

Sapor, aunque afectaba tranquilidad y orgullo de vencedor, experimentaba dentro de su pecho profunda agitación al considerar con qué dolorosos sacrificios había comprado aquel éxito: porque en las diferentes peripecias del sitio había perdido mucha más gente de la que nos había cogido ó muerto. Como en otro tiempo delante de Nisiba y Singara, en los setenta y tres días que había durado el sitio, su innumerable ejército había disminuído en treinta mil combatientos. El recuento lo hizo después Disceno, tribuno de los notarios, que fácilmente pudo comprobar el cálculo; porque en los cadáveres romanos es tan rápida la transformación y descomposición de las carnes, que ni uno solo puede reconocerse á los cuatro días; mientras que los de los Persas parece que adquieren la dureza de la madera, sin experimentar sensible descomposición. Esto procede de sus costumbres más sobrias y de la constitución seca que deben á la abrasadora atmósfera de su país.

Mientras se desencadenaban estas tempestades en el extremo Oriente, amenazaban á la ciudad eterna los horrores del hambre; y el populacho, para quien este mal es el peor de todos, acusaba insolentemente á Tertulo, á la sazón prefecto de Roma. Nada más falto de

razón, porque no dependía de él que las naves de transporte entrasen oportunamente en el puerto de Augusto, cuando el estado del mar y la persistencia de los vientos contrarios, que las había obligado á recalar en los puertos inmediatos, hacían muy peligrosa la tentativa. Ya habían estallado muchos motines, cuando la sedición tomó un día, por la inminencia del mal, mayor carácter de ferocidad. Creyóse perdido el prefecto en medio de aquella furibunda agitación; pero conociendo la influencia de lo imprevisto sobre la multitud, tuvo serenidad bastante para presentarle sus dos tiernos hijos: «Aquí tenéis, dijo con lágrimas en los ojos, á vuestros conciudadanos sujetos á las mismas calamidades que vosotros; la fortuna no nos favorece. ¿Creéis que su muerte puede conjurar el mal? Os los entrego; tomadlos.» Esta conmovedora escena produjo efecto en el pueblo que, por naturaleza, fácilmente se enternece. Volvió, pues, al orden, y se mostró tranquilo y resignado. Pocos días después, el Numen celestial favoreció á esta Roma, cuya cuna protegió, prometiendo su duración eterna. Mientras Tertulo sacrificaba en Ostia, en el templo de Cástor y Polux, tranquilizóse el mâr, y con suave viento de Mediodía entró en el puerto la flota á velas desplegadas, devolviendo la abundancia á los graneros de la ciudad.

A pesar de tantos motivos de inquietud, Constancio invernaba tranquilamente en Sirmium, cuando una noticia sumamente alarmante turbó su reposo. Los sármatas limigantos, usurpadores, como ya dijimos, de los dominios hereditarios de sus amos, y que un año antes la política romana los había relegado muy lejos para ponerles en condiciones de no perjudicar, acababan de dar nuevas pruebas de su inquieto carácter. Poco á poco se habían alejado de las regiones que les señalaron por morada, y ya aparecían en nuestras fronteras,

entregándose á sus costumbres de rapiña con audacia, que era urgente reprimir.

Comprendió el Emperador que todo retraso aumentaría su insolencia, y reunió apresuradamente las mejores tropas que tenía, poniéndose en campaña en los primeros días de la primavera. Dos motivos poderosos tenía para confiar: de un lado la avidez de los soldados, exaltada por los ricos despojos conseguidos en la guerra anterior, le garantizaba sus esfuerzos en la que iba á comenzar; y de otro, el ejército, gracias á los cuidados de Anatolio, prefecto de Iliria, se encontraba provisto de antemano de todo lo necesario sin que hubiera que recurrir á ningún procedimiento vejatorio. Cosa demostrada es que ninguna administración, antes de la suya, había derramado tantos beneficios en nuestras provincias del Norte. Corrigiendo los abusos con tanta firmeza como prudencia, había emprendido con valor que le honra la iniciativa de una reducción de impuestos. Aligeró la enorme carga de los transportes públicos (1), que dejó tantas casas desiertas, así como los impuestos sobre las personas y los bienes, con lo que hacía desaparecer muchos gérmenes de irritación y queja. En una palabra, todo aquel país sería hoy feliz y estaría tranquilo, si más adelante no hubiese reaparecido con los nombres más odiados, el régimen de exacciones, agravado como á porfía por los agentes del fisco y por los contribuyentes, que á la vez eran repartidores: éstos, queriendo con la exageración de sus ofrecimientos hacerse buen lado con los poderes; aquéllos, no viendo más que en la ruina medio para asegurar el fruto de sus rapiñas; sucediendo muy pronto á la prosperidad las expropiaciones y los suicidios.

(1) El servicio de postas y transportes públicos se hacía por embargos de caballos y carruajes, constituyendo intolerable impuesto cuando se exigía sin discreción.

Urgiendo poner coto á los males de la invasión, partió el Emperador al frente de fuerte ejército, dirigiéndose á aquella parte de la Pannonia recientemente erigida en provincia distinta bajo Diocleciano, y que, en honor de su hija, recibió el nombre de Valeria (1). Allí plantó su tienda, en las orillas del Ister, y se dedicó á observar los movimientos de los bárbaros. Lisongeábanse éstos con adēlantar su marcha en Pannonia, y penetrando en el país en el rigor del invierno, so pretexto de la alianza, talarlo con un golpe de mano, mientras que el hielo del río, resistiendo á las primerae influencias de la primavera, permitiría con mucha dificultad á nuestras tropas mantener la campaña.

Constancio comenzó por enviar á los limigantos dos tribunos, acompañado cada cual por un intérprete para preguntarles bondadosamente la razón de aquellas correrías y aquella violación del territorio con menosprecio de los tratados y de la paz pedida y jurada. El mensaje les impuso, alegando al principio varios pretextos y concluyendo por pedir perdón, implorando, con el olvido del nuevo atentado, permiso para pasar el río y llegar hasta el Emperador para exponerle sus desdichas. Dispuestos estaban, si lo encontraban misericordioso, á marchar á establecerse en algún distrito lejano de la circunscripción del Imperio, dedicados en adelante al culto de la paz como al de una divinidad benéfica, y aceptando el título y condición de súbditos.

Referidas estas proposiciones á Constancio por los tribunos á su regreso, le regocijaron profundamente,

(1) Esta comarca, situada entre el Danubio y el Dravo, fué saneada por los esfuerzos del césar Maximiano, yerno de Diocleciano, que hizo talar los bosques y dar salida á las aguas estancadas, muriendo de una enfermedad infecciosa contraida durante aquellos trabajos. A esta provincia, nuevamente constituída, le dió el nombre de su esposa Valeria.

porque, sin combatir, se veía libre de una de sus preocupaciones más graves. El sentimiento de la avaricia, fomentado por su cohorte de aduladores, quedaba también satisfecho con este arreglo. Concluíase con la guerra exterior, decían; por todas partes iba á quedar asegurada la paz; ganábase considerable aumento de población y fecundo semillero de reclutamiento, y, en fin, se obtenía alivio para las provincias, dispuestas siempre, por una transacción frecuentemente perjudicial á la república, á rescatar con oro el impuesto de sangre. Constancio acampó cerca de Acimincum, y allí hizo levantar una terraza en forma de tribunal. Cierto número de barcas, montadas por hombres armados á la ligera, permanecieron en observación todo lo cerca posible de la orilla, con objeto de coger por la espalda á los bárbaros á la menor demostración hostil. Esto lo había aconsejado el agrimensor Inocencio, que recibió el mando de aquella fuerza. Los limigantos no dejaron de observar aquellas disposiciones, pero no por esto abandonaron la actitud de suplicantes con que ocultaban otros propósitos.

Meditaba el Emperador una alocución muy suave y se preparaba á tratarles como á hombres morigerados, cuando de pronto, uno de ellos lanzó furiosamente su calzado contra el tribunal, exclamando: «¡Marha, Marha!», que es su grito de guerra. A esta señal toda la multitud alzó las enseñas y se precipitó contra el príncipe, rugiendo como fieras. Constancio, que dominaba desde su posición, vió extenderse por la llanura aquel formidable torbellino, y volverse contra él todas aquellas espadas, todos aquellos dardos; consideró que no podía perder un momento, y, aprovechando la premura para ocultar su rango, lanzóse sobre un caballo y huyó á la carrera. El débil grupo que lo defendía quedó destrozado, derribado y pisoteado por las masas, á que

quiso resistir; quedando en el acto hechos pedazos el asiento imperial y el áureo cogín que lo cubría.

Corrió en seguida la noticia de que el Emperador había estado á punto de perecer y que todavía estaba amenazada su vida; y el ardor del soldado, sabiendo que no estaba aún fuera de peligro, se exalta con la idea de salvar á su príncipe. Dando furiosos gritos, cayó sobre el enemigo, que peleó desesperadamente. Impacientes por vengar en aquellos traidores la ofensa inferida á su Emperador, los romanos no perdonaron á ninguno, quedando aplastados bajo los pies, muertos ó moribundos, los que no habían recibido heridas; porque fueron necesarios montones de cadáveres para aplacar su enojo. Todos los limigantos quedaron muertos sobre el campo ó dispersados á lo lejos; y de éstos, todos los que esperaron salvación por sus ruegos, fueron acribillados de golpes. No se tocó retirada hasta su completo exterminio, y entonces se pudieron ver nuestras pérdidas, que eran poco considerables, porque solamente teníamos que lamentar la de aquéllos que sostuvieron el primer choque, ó que cayeron víctimas de su precipitación al exponerse casi desnudos. El golpe más sensible para nosotros fué la muerte de Cela, tribuno de los escutarios, que desde los comienzos de la pelea se lanzó en medio de los sármatas.

Con aquella terrible represión se vengaba Constancio de un enemigo pérfido, y aseguraba la integridad de las fronteras. En seguida regresó á Sirmium, desde donde marchó á Constantinopla, después de dictar apresuradamente las disposiciones que exigía el crítico estado de los negocios. Colocado allí, casi en el dintel del Oriente, encontrábase en disposición de remediar el desastre de Amida y rehacer su ejército para oponer al fin fuerzas iguales á las del rey de Persia; porque si el influjo celestial no intervenía en favor nuestro por alguna

ocupación grave, indudablemente el rey iba á llevar la guerra á Mesopotamia y más allá.

En medio de estas alarmas, un azote que desde muy antiguo residía entre nosotros, es decir, la fatal tendencia á suponer el crimen de lesa majestad por la menor apariencia, reemplazó con sus agitaciones las de la guerra extranjera. El autor principal, ó por mejor decir, la clave de todas las acusaciones, fué el famosísimo notario Paulo, cuya atroz industria explotaba en provecho propio los brazos del verdugo y los instrumentos de suplicio, como el empresario de uu circo especula con la muerte de sus gladiadores, á tanto por cabeza. Buscando á toda costa víctimas, nunca vacilaba en emplear el fraude y envolver á un inocente en las redes de la acusación capital, por poco que estuviese en juego su avidez.

Una circunstancia de las más ínfimas y triviales dió ocasión para extraordinario número de acusaciones. Encuéntrase en el interior de la Tebaida la ciudad de Abydos, donde se pronuncian los oráculos del dios Besa, objeto de antiquísimo culto local. Al oráculo se le consulta directamente ó por medio de mandatario. Escríbense las preguntas en cédulas de papel ó pergamino, según las fórmulas consagradas, y algunas veces quedan en el templo después de obtenidas las respuestas. Recogidas con pésima intención algunas cédulas de aquéllas, las presentaron al Emperador, cuyo débil espíritu, incapaz de la menor aplicación á las cosas graves, mostraba singular lucidez en los asuntos de este género, apreciando en el acto todos los detalles. La comunicación aquella le irritó profundamente, siendo en el acto enviado Paulo al Oriente, provisto de plenos poderes para tomar informes y dirigir el proceso á su antojo. Su habilidad estaba probada, y se le unió á Modesto, conde de Oriente, á quien cuadraba perfectamen-

te el encargo. Era entonces prefecto del pretorio Ermógenes Pontico, cuya benignidad infundiría sospecha, y prescindieron de él.

Inmediatamente marchó á su destino Paulo, que no respiraba más que odio y destrucción, y desde aquel momento se soltó la brida á la calumnia. Nobles y plebeyos, traídos en masa de casi todos los puntos del Imperio, sucumbían en el camino bajo el peso de las cadenas, ó perecían en las prisiones. Eligieron para teatro de estas ejecuciones la ciudad de Scythópolis, en Palestina, en primer lugar á causa de su aislamiento, y, además, porque ocupaba punto intermedio en condiciones de recibir los acusados de Antioquía y Alejandría.

Simplicio compareció uno de los primeros: era hijo de Filipo, que fué prefecto y cónsul, y, según decían, consistía su crimen en haber consultado al oráculo para saber si llegaría al imperio. Una orden expresa del príncipe mandaba aplicarle el tormento, porque en estos casos ni el aturdimiento siquiera encontraba perdón á sus ojos. Pero gracias á especial protección de la suerte, Simplicio salvó sus miembros, y solamente fué deportado. En seguida compareció Parnasio, hombre de costumbres modestas, que había sido prefecto de Egipto. Puesto en el borde de una sentencia capital, quedó al fin castigado con el destierro. Acusábasele de haber referido á muchas personas que la víspera de dejar, para buscar empleo, la casa que habitaba en Patras en la Acaya, su ciudad natal, se había visto en sueños escoltado por muchas personas con vestiduras trágicas. Después de éstos se juzgó á aquel Andrónico, que más adelante adquirió tanta fama como sabio y poeta. Pero su justificación, presentada con la serenidad de conciencia tranquila, no dejó subsistir cargo alguno contra él, y se le absolvió. Siguióles Demetrio Chytras, llamado el filósofo, varón de avanzada edad, pero muy fuerte de

ánimo y de cuerpo. Acusábasele de haber ofrecido frecuentes sacrificios y convino en ello; pero, según decía, era para tener propicias á las divinidades, por seguir una costumbre de la infancia, y de ninguna manera por ambición ó por tentar al cielo. No sabía que nadie hubiese consultado al oráculo con otro fin. Después de haberle tenido bastante tiempo en el potro sin que flaquease su energía, sin que pudiese notarse la más pequeña variación en sus respuestas, le concedieron la vida y permiso para retirarse á Alejandría, de donde era natural.

Suerte propicia salvó á otros pocos, amparando la manifestación de su inocencia. Pero las prevenciones se multiplicaron hasta lo infinito, y pronto envolvieron en sus inextricables redes innumerables víctimas que perecieron desgarrados sus miembros en los tormentos ó sufrieron la sentencia capital con pérdida de cuanto poseían, siendo Paulo el eje de todas aquellas iniquidades. Su espíritu, fecundo en medios de dañar, era arsenal de toda clase de calumnias, pudiéndose decir que de una señal suya dependía la suerte de los acusados. Había llevado uno al cuello un amuleto como preservativo de la fiebre cuartana ó de otra enfermedad cualquiera, ó bien se le había visto pasar de noche junto á una tumba; esto era bastante para que fuese denunciado y condenado á muerte, como confeccionador de venenos ó como violador de sepulcros, que turbaba el reposo de los manes para componer maleficios, siguiendo la ejecución inmediatamente á la sentencia. Teníase por averiguado que considerable número de personas habían interrogado al oráculo de Claro, los árboles de Dodona y la trípode de Delfos, para saber cuándo moriría el Emperador; y en el acto, la turba aduladora del palacio tomaba pie de esto para las exageraciones más monstruosas, repitiendo por todas partes en alta voz

que el Emperador estaba por encima de la ley común, que su destino era inmutable y que toda oposición se estrellaría ante su grandeza.

Que en esto hubiese motivo para serias investigaciones, nadie que piense rectamente podrá dudarlo. No negaremos que á la existencia del príncipe legítimo vaya unida la idea de protección y seguridad de las personas honradas y hasta la garantía de todos, ni tampoco que todas las voluntades no deban concurrir para formar en torno de su persona barrera infranqueable. Para reforzar más y más esta barrera, las leyes Cornelias no reconocían excepción alguna en la aplicación del tormento en los delitos de lesa majestad. Pero aprovecharse de esta dura necesidad y exagerar sus rigores, solamente es propio de la tiranía, y no del poder moderado. Mejor es seguir el ejemplo de Cicerón, quien pudiendo, como él mismo dice, castigar ó perdonar, según su voluntad, prefería perdonar á castigar. De esta manera procede la justicia serena é imparcial.

Por este tiempo nació en Dafnea, ameno y espléndido arrabal de Alejandría, un monstruo tan repugnante de ver como de describir. Era éste un niño con barbas, que tenía dos bocas, dos dientes, cuatro ojos y dos orejas apenas perceptibles; ser informe que pronosticaba la desorganización de la república (1). Es asaz frecuente la aparición de estos fenómenos, presagios de convulsiones políticas; pero de ordinario pasa sin que se tome en cuenta, porque ya no la siguen, como en los antiguos tiempos, ceremonias de expiación.

Hemos hablado en un libro anterior de una expedición de los Isaurios y de su fracasada tentativa contra

(1) Entre los antiguos romanos, el nacimiento de un monstruo de raza humana ó animal era muestra del enojo de los dioses, y, para aplacarlos, se ordenaban en seguida sacrificios expiatorios.

Seleucia. Por esta época comenzaba á removerse este pueblo, después de larga inacción, como serpiente á quien la primavera hace salir de su agujero. Desde la cima de sus escarpadas montañas, sus numerosos grupos caían sobre las comarcas vecinas, asolándolas con sus devastaciones y rapiñas: en seguida, aprovechando su conocimiento de las montañas, burlaban á nuestras guardias, refugiándose rápidamente en sus inaccesibles guaridas. Envióse á Lauricio, revestido con la dignidad de conde, con el encargo de reducir á aquel país por la persuasión ó la fuerza; y este hombre civil, hábil para gobernar, supo imponerse sin necesidad de crueldades, restableciendo tan perfectamente el orden en la provincia, que no volvió á ocurrir, bajo su mando, ningún acontecimiento digno de mención.

LIBRO XX

Envíase á Bretaña á Lupicino con su ejército para reprimir las incursiones de los escoceses y de los pictos.—Ursicino, que llega á general de la infantería, es calumniado y depuesto.—Eclipse de sol.—Fenómeno de los parelios.—Eclipses de sol y luna y diferentes fases de este astro.—Invernando Juliano en Lutecia, le proclaman Emperador, en contra de su voluntad, las legiones galas, que Constancio quería quitarle para emplearlas contra los persas.—Su arenga al ejército.—Sapor pone sitio y se apodera de Singara. Traslada á Persia todos los habitantes con un destacamento de caballería auxiliar y dos legiones que formaban la guarnicición de la ciudad, que queda arrasada.—Sapor se apodera de la ciudad de Bezabda, defendida por tres legiones. En seguida la repara y abastece de víveres. Fracasa ante la fortaleza de Virta.—Juliano entera á Constancio por medio de una carta de lo ocurrido en Lutecia.—Constancio manda á Juliano que se contente con el título de César.—Unánime oposición de las legiones galas.—Juliano pasa el Rhin y cae de improviso sobre los francos, llamados atuarios, mata ó se apodera de considerable número y concede la paz á los demás.—Constancio sitia con todas sus fuerzas á Betzabda y se retira sin éxito.—Del arco iris.

(AÑO 360 DE J. C.)

Mientras ocurrían estas cosas en Oriente y en Iliria, bajo el décimo consulado de Constancio y tercero de Juliano, los negocios tomaban mal sesgo en Bretaña. Los escoceses y los pictos (1) habían roto su convenio

(1) Los scotos ó escoceses formaban con los atxacotos las principales tribus guerreras de la antigua Caledonia. Los scotos eran montañeses, pastores ó cazadores; los pictos, que debían

con nosotros (1), y estos pueblos feroces, extendiendo sus incursiones y estragos por toda la frontera, infundían terror en nuestras provincias, dominadas aún por la impresión de sus recientes desastres. El César, que invernaba todavía entre los parisios, se encontraba agitado por diferentes inquietudes, temiendo dejar sin jefe la Galia, á merced de los alemanes, que todavía pensaban en guerra y venganza, si iba personalmente, siguiendo el ejemplo del emperador Constante, á socorrer nuestras posesiones del otro lado del mar. Adoptó, pues, el partido de enviar á Lupicino, revestido entonces de la categoría de general, para que pacificase el país por la fuerza ó por medio de negociaciones. Lupicino era buen soldado y entendido capitán, pero de los que levantan las cejas como cuernos, hablan alto y con acento perentorio; no pudiéndose decir si dominaba en él la dureza de corazón ó el deseo de lucro. Partió en lo más recio del invierno con el cuerpo de los vélites, compuesto de hérulos y batavos (2), dos legiones de la Mesia, y pasó á Bononia (3). Allí se procuró suficiente número de naves para embarcar á toda su gente, y,

su nombre, según un verso de Claudiano, á las marcas trazadas con hierro en sus miembros, siendo tan salvajes que peleaban desnudos á pesar del rigor de su clima, eran, sin embargo, labradores y cultivaban las tierras bajas. Los scotos concluyeron por destruir ó absorber á sus vecinos de la llanura, y por dar á la comarca el nombre que lleva hoy.

(1) El tratado que se menciona fué ajustado por el emperador Constante, á quien tocaron las comarcas occidentales de Europa en el reparto del imperio, realizado después de la muerte de Constantino.

(2) Cuerpo auxiliar reclutado especialmente entre los pueblos que llevaban estos dos nombres. La nación de los batavos, emigración de germanos, se había establecido antes de Julio César en las orillas del Vahal. Los hérulos, de origen gótico, se habían fijado en las Galias.

(3) Boloña.

aprovechando viento favorable, después de tomar tierra en Rutopia (1), punto de desembarque enfrente del primero, llegó á Lundinio (Londres), donde tomó rápidas disposiciones para la expedición.

Después de la caída de Amida, Ursicino había vuelto al lado del príncipe en calidad de jefe de la infantería, en cuyo cargo sucedió á Barbación, según hemos dicho. Pero no le dejaron tranquilo sus enemigos, que comenzaron por ataques ocultos, y en seguida propalaron calumnias sobre calumnias. Crédulo de ordinario y demasiado indolente para examinar, el Emperador escuchaba gravemente aquellos rumores. Había encargado á Arbeción y á Florencio, maestre de los Oficios, hacer una investigación acerca de los acontecimientos de Amida; pero éstos, temerosos de desagradar á Eusebio, que entonces era jefe del palacio, poniendo de manifiesto que la cobarde inercia de Sabiniano era la única causa del desastre, ocultaron los hechos más acusadores, fijándose solamente en las circunstancias más insignificantes y hasta en las menos relacionadas con el objeto de su misión.

Esta iniquidad exasperó á Ursicino: «El Emperador, dijo, no quiere creerme, pero yo sostengo que la gravedad del asunto es tan grande, que solamente él puede conocer el negocio, único medio de llegar al descubrimiento de la verdad. Le predigo además que, si se limita á llorar sobre el fiel relato de la catástrofe, no fiando más que en las inspiraciones de sus eunucos, su presencia, aun en primavera, al frente de todas sus fuerzas, no impedirá el desmembramiento de la Mesopotamia.» Estas palabras, que la malevolencia recogió y envenenó singularmente, irritaron de tal manera á Constancio, que, sin llevar más lejos la investigación, y

(1) Hastings ó Sanwich.

dándola por terminada, despojó de su cargo al calumniado Ursicino, y, por inaudita promoción, nombró sucesor suyo á Agilón, que no era más que tribuno de los escutarios.

Por este mismo tiempo mostrábase el cielo, en la parte oriental, obscurecido y cubierto por nieblas; y desde el momento en que aparece la luz hasta el medio día, no se cesaba de ver á través de aquella niebla como aparición de estrellas intermitentes. Para colmo de terror, las exaltadas imaginaciones atribuían la falta de luz diurna á un eclipse solar de inusitada duración. Al fin aparecía el astro solar, pero con las fases de la luna, presentando al principio, como ésta, las dos puntas de una media luna, llegando gradualmente á formar el semicírculo de un cuarto, y al fin se destacaba de la obscuridad. Ahora bien: estos fenómenos evidentemente no tienen lugar sino cuando la luna, después de las desigualdades de su carrera mensual, vuelve al punto inicial de un período más largo, que la lleva debajo del sol, ocultándolo á nuestra vista. La línea recta que entonces forman los dos con la tierra, durante uno de esos instantes indivisibles que admite la Geometría, responde á un solo é idéntico punto del zodíaco. Aunque al término de cada mes lunar los movimientos y revoluciones de los dos astros les ponen necesariamente en conjunción, no resulta, sin embargo, como habían observado los que se dedican al estudio de las causas físicas accesibles á nuestra inteligencia, que el sol se encuentre obscurecido en tales días. Necesario es, en efecto, que la luna que oscila á un lado y otro de la eclíptica, se acerque bastante para que se encuentre sobre poco más ó menos frente á frente del sol, de modo que se interponga entre nuestra vista y el globo de fuego. El disco del sol no pierde, pues, ante nuestros ojos extensión y brillo, sino cuando la marcha del globo lunar,

el más bajo de los cuerpos celestes, lo trae á la proximidad del círculo mayor; entonces depende la magnitud del eclipse, según la hermosa y sabia demostración de Ptolomeo, en primer lugar, de la conjunción más ó menos precisa de los dos centros, y además, del intervalo que los separa, porque es preciso que los dos discos penetren más ó menos en la línea diametral que pasa por los nodos. Estos nodos, que los griegos llaman ἀναβιβάζοντας y καταβιβαζοντας ἐκλειπικοὺς συνδεσμοὺς, son el ascendente y el descendente, colocados uno y otro sobre la eclíptica, y determinando allí los eclipses. El eclipse será tanto más débil cuanto más lejano esté del nodo el centro de la luna. Pero si coinciden el nodo y el centro, el cielo se cubre de densa obscuridad, el aire se condensa, y en vano procura la vista distinguir los objetos, aun los que están muy inmediatos.

Parece que hay dos soles cuando la nube, á consecuencia de extraordinaria altura, se encuentra herida más de cerca por sus rayos, reflejándose entonces la imagen del astro eterno como en el espejo más puro.

Pasemos ahora á los eclipses de luna. Averiguado está que solamente se verifican cuando el disco del astro, exactamente redondo y completamente iluminado, se encuentra en oposición con el del sol, del que está constantemente separada 180 grados, que equivalen á diez signos del zodíaco. Si bastasen estas condiciones, el plenilunio se eclipsaría siempre en medio de cada mes sinódico. Pero este astro, muy próximo al globo terrestre, donde todo es variable y susceptible de alteración, no pertenece propiamente á ese hermoso cielo donde todo es puro. Así es que le vemos en tanto desarrollarse parcialmente á la luz que le hiere, habiendo penetrado muy poco en el cono de sombra que proyecta la tierra, y, en tanto, envolverse por completo en torbellinos tenebrosos cuando los rayos solares, inter-

ceptados por la opacidad de la masa terrestre, se deslizan en el espacio alrededor de la circunferencia del globo colocado sobre nosotros, sin poder iluminar la superficie; porque las opiniones, divergentes en otros puntos, concuerdan en reconocer que la luna no tiene luz propia, por cuya razón, cuando se encuentra en conjunción con el sol, es decir, cuando responde al mismo punto que él en uno de los signos del zodíaco, pierde su brillo, como antes se ha dicho, ó mejor aún, no conserva el reflejo.

Créese que nace la luna cuando su eje deja de ser perpendicular al centro del sol; en realidad no se hace visible al ojo humano, y solamente por el borde extremo de su disco, hasta que completamente desprendida de la circunferencia del astro, entra en el segundo signo. Continúa su marcha, é iluminada ya parcialmente, aparece en forma de media luna; llámasela entonces μηνοειδής (luna corunda). Alejándose más aún y llegando el cuarto signo, se presenta de perfil al sol, que ilumina la mitad de su superficie: los griegos llaman á esta fase. διχόμηνος (media luna). Cuando llega al quinto signo, que marca su mayor distancia, haciéndose convexa su figu ra en todos lados, toma el nombre de ἀμφικύρτος. Pero solamente cuando ocupa el séptimo signo, en el que se encuentra en oposición directa con el sol, brilla en toda su plenitud. Avanza más, sin salir de este signo y comienza á decrecer, y este es el principio del ἀπόκρουσις (declinación). Entonces recorre las mismas fases en sentido inverso. Todos los sistemas de astronomía concuerdan en cuanto á que nunca hay eclipse de luna sino en medio del mes lunar.

Para comprender lo que hemos dicho, que el sol pasa en tanto por encima, en tanto por debajo de nosotros, necesario es saber que los cuerpos celestes, considerados relativamente al universo, no salen ni se ocultan,

sino que aparentan ocultarse á nuestros ojos en esta tierra que permanece suspendida por una fuerza interna y que solamente es un punto en la inmensidad. Esto es también lo que causa la ilusión del cambio de sitio de las estrellas, cuyo orden es en realidad fijo é inmutable. Pero volvamos á nuestro asunto.

Todos nuestros puestos avanzados estaban advertidos por los desertores de lo inminente que era la invasión de los persas, y Constancio acudía en socorro del Oriente. Pero la envidia devoraba su corazón ante el brillante testimonio que proclamaba la fama acerca de los trabajos y heroicas virtudes de Juliano: los alemanes vencidos, las ciudades de la Galia arrancadas de manos de los bárbaros, y estos mismos sometidos y hechos tributarios, eran otras tantas heridas que lastimaban su celosa vanidad. Temía que el invierno le reservase otras más crueles todavía, y, según se dice, por consejo del prefecto Florencio (1), envió á la Galia á Decencio, tribuno de los notarios, con encargo de tomar del ejército de Juliano todas las tropas auxiliares, compuestas de hérulos, batavos, petulantes y celtas (2); reunir trescientos hombres escogidos de las otras fuerzas y enviarlos todos al Oriente con bastante premura, para que en la primavera pudiesen pelear con los persas.

Lupicino estaba nominalmente designado para mandar estas tropas, porque todavía se ignoraba en la corte la expedición de Bretaña. Además, Sintula, que enton-

(1) Las cartas de Juliano son terminantes acerca de la verdad de esta sorda maniobra del prefecto para excitar contra él al Emperador.

(2) Ammiano cita siempre á estos dos cuerpos auxiliares como valientes, pero muy indisciplinados, especialmente los petulantes, que debían su nombre á su proverbial turbulencia. Entre ellos aparecieron los primeros síntomas de la insurreccion que hizo Emperador á Juliano.

ces era tribuno de las caballerizas del César, recibió orden de tomar lo más escogido de los escutarios y de los gentiles y ponerse al frente de este otro desmembramiento del ejército de las Galias.

Juliano se sometió sin murmurar, decidido á obedecer en todo á la autoridad superior. Pero no pudo menos de protestar contra toda violencia que se infiriese á los soldados nacidos al otro lado del Rhin, que al venir á ofrecerle sus brazos, habían estipulado que nunca se les haría servir al otro lado de los Alpes. Los bárbaros, según decía, ponían siempre esta cláusula en todos sus compromisos voluntarios; y atacarla era comprometer para lo venidero este medio de reclutamiento. Pero en vano habló; el tribuno, sin atender á estas observaciones, ejecutó estrictamente sus órdenes. Tomó de los auxiliares y de las legiones los hombres más vigorosos y ágiles y partió con aquella gente escogida regocijado por haber adquirido por este medio nuevos títulos al favor de la corte.

Faltaba enviar el resto de las tropas pedidas, y el César experimentaba grandísimas ansiedades, porque tenía que habérselas con los soldados más rudos y las órdenes del Emperador eran terminantes. En su apuro, aumentado por la ausencia del general de la caballería, llamó al prefecto, que había marchado á Viena so pretexto de ocuparse de las provisiones, pero en realidad para apartarse de las dificultades. Efectivamente, Florencio pasaba por haber insistido mucho ante Constancio en informes anteriores acerca del espíritu militar de los cuerpos empleados en la defensa de las Galias, sobre el espanto que inspiraban á los bárbaros y haber influído con esto en el llamamiento de aquellas tropas. A la invitación de Juliano para que acudiese á ilustrarle con sus consejos, opuso obstinada negativa. La carta del César decía terminantemente (cosa que estaba muy

lejos de tranquilizar á Juliano) que el puesto del prefecto estaba al lado del general en los momentos difíciles: añadiendo Juliano que si persistía en dejarle solo, iba á renunciar el título de César, prefiriendo la muerte á la terrible responsabilidad que pesaría sobre él. Pero todas las razones se estrellaron ante la tenacidad del prefecto.

Entregado á sus incertidumbres por la ausencia de uno de sus consejeros y la pusilanimidad del otro, después de alguna vacilación, consideró que no tenía otro partido que tomar sino apresurar oficialmente la partida, y mandó ponerse en marcha á las tropas, que habían salido ya de sus cuarteles; pero en el momento en que se publicaba la orden, arrojaron un pasquín al pie de las enseñas de los petulantes, conteniendo, entre otras excitaciones, la siguiente: «Nos relegan á las extremidades del mundo como á proscriptos ó malhechores; y nuestras familias que, al precio de tanta sangre, hemos arrancado á la servidumbre, caerán de nuevo bajo el yugo de los alemanes.» Llevóse este pasquín al cuartel general y lo leyó Juliano, quien, reconociendo justicia en la queja, permitió á las esposas é hijos de los soldados que los siguiesen á Oriente, y puso á su disposición los transportes públicos; y, dudándose acerca del camino que deberían seguir, el notario Ducencio propuso que atravesasen la comarca de los parisios (1), donde se encontraba todavía el César, prevaleciendo esta opinión. Al entrar las tropas en los arrabales, el príncipe salió á recibirlas, según su costumbre, dirigiendo la palabra á los conocidos, celebrando individualmente sus buenos servicios y exhortándoles á felicitarle por in-

(1) En esta ocasión prevaleció la autoridad del tribuno Decencio sobre la opinión de Juliano, que había presentido el efecto que produciría en los soldados la presencia del jefe de quien iban á separarse.

gresar bajo el mando del Emperador: «Allí, les decía, la generosidad es ilimitada, lo mismo que el poder; allí les esperaban al fin recompensas dignas de ellos.» Para honrar más á los soldades, reunió á los jefes en un festín de despedida y les invitó á que le expusieran con libertad completa sus peticiones. Pero la misma benevolencia del recibimiento aumentaba la amargura de su disgusto; y regresaron á sus cuarteles sin saber qué deplorar más, si la separación de tal jefe ó la expatriación. Hacia la media noche se caldearon los ánimos, la actitud del disgusto se trocó en desesperación, y en seguida en revuelta. Corren á las armas, acuden tumultuosamente al palacio (1) y bloquean todas las salidas. En seguida brota espantoso vocerío proclamando Augusto á Juliano, é insistiendo obstinadamente para que se presente. Como era de noche, tuvieron forzosamente que esperar; pero al amanecer, obligado al fin el príncipe á presentarse, unánimes aclamaciones le saludaron de nuevo, llamándole Augusto.

Juliano, sin embargo, permaneció inflexible; exhortando á todos y á cada uno, en tanto con acento de indignación, en tanto extendiendo hacia ellos manos suplicantes, para que no empañasen con un acto reprobable tantas victorias: con aquella temeraria manifestación iban á desgarrar la república; y aprovechando en seguida un momento de calma, añadió con acento más conciliador: «Os ruego que no os dejéis arrebatar por el disgusto: lo que todos deseáis, puede conseguirse sin revolución, sin guerra civil. Puesto que el suelo de la patria tiene tanto atractivo para vosotros; puesto que tanto teméis al viaje, regresad á vuestros cantones:

(1) En tiempo de Juliano, París tenía ya las proporciones y comodidades de residencia imperial. El palacio de que se habla, sirvió de morada, después de Juliano, al emperador Valentiniano, y más adelante á los reyes francos de la primera raza.

ninguno de vosotros atravesará si no quiere los Alpes. Yo me encargo de justificaros, y la alta sabiduria y prudencia de Augusto comprenderán mis razones.» Ante estas palabras, brotan de nuevo y con mayor vehemencia las exclamaciones y comienzan á mezclarse con ellas las quejas y las injurias, teniendo al fin el César que acceder á sus exigencias. Levantado sobre un escudo pedestre (1), fué proclamado unánimemente Augusto. En seguida quisieron que se ciñese la corona, y como manifestó que nunca había poseído joya de esta forma, pidieron el collar á su esposa y su adorno de cabeza; pero Juliano se opuso á ello, diciendo que las galas mujeriles inaugurarían mal un reinado. En seguida pensaron en un penacho de caballo, para que, á falta de corona, una insignia cualquiera anunciase en él la autoridad suprema; pero Juliano lo rechazó también, objetando lo impropio del adorno. Entonces un tal Mauro, elevado después á la dignidad de conde, que más adelante se portó muy mal en las gargantas de Sucos, y que á la sazón no era más que simple hastato en los petulantes, se quitó el collar que lo distinguía como draconario y lo puso audazmente en la cabeza de Juliano, quien, estrechado ya hasta el extremo, comprendió que comprometía la vida insistiendo en la negativa, y prometió á cada soldado cinco monedas de oro y una libra de plata.

Pero esta transacción no podía tranquilizar á Juliano, que veía claramente las consecuencias. Quitóse la diadema y se encerró en su cámara, absteniéndose de despachar hasta los asuntos más urgentes: y mientras en su turbación busca los rincones más obscuros de su morada, un decurión de palacio, puesto que daba cierta

(1) Las dimensiones del escudo de la infantería romana permitían utilizarle como pavés.

importancia, empezó á recorrer precipitadamente los alojamientos de los petulantes y de los celtas, diciendo á voces que acababa de cometerse un atentado: el que ellos habían proclamado la víspera Emperador, había sido herido por un asesino en la obscuridad. Agitáronse inmediatamente los soldados, cuya turbulencia se conmueve pronto con razón ó sin ella; y en seguida blanden las lanzas, desenvainan las espadas y corren en tropel, como acontece en las sublevaciones, para ocupar á viva fuerza las salidas del palacio. Apodérase el miedo de los centinelas, de los tribunos de la guardia y del conde, llamado excubitor, que tenía el mando supremo. Conociendo de antiguo el ánimo levantisco de los soldados, los jefes suponen que es golpe preparado, y cada cual huye para salvar la vida. Pero ante la profunda tranquilidad que reina en el palacio, se calma la agitación, y ninguno sabe responder cuando se le pregunta la causa de aquella irrupción tan brusca y extraña, diciendo al fin que han temido por la seguridad del príncipe. Sin embargo, no abandonaron el palacio hasta que le vieron con traje imperial en la sala del consejo, donde fué absolutamente necesario introducirle.

Al tener noticia de estos acontecimientos, las tropas que habían salido al mando de Síntula se detuvieron en la marcha y regresaron tranquilamente á París. Juliano convocó entonces á todas las fuerzas en el campo de Marte para la mañana siguiente; y desplegando ahora más solemnidad que de ordinario, subió á su tribunal, adornado con águilas y estandartes y rodeado por todas partes de cohortes armadas. Allí guardó silencio durante breve rato; pero no viendo en torno suyo más que semblantes alegres, con voz que resonaba como el clarín, para que pudiesen oirle desde lejos, pronunció estas palabras, sencillas y enérgicas:

«Guerreros esforzados, que tan fiel y noblemente habéis combatido por mí y por la patria; que tantas veces habéis derramado conmigo vuestra sangre para conservar nuestras provincias; las circunstancias son demasiado apremiantes para soportar largos discursos. Vuestra decidida voluntad me ha elevado del rango de César á la cumbre del poder. Habéis realizado una revolución completa, y solamente queda que consolidarla con prudentes medidas. Honrado apenas adolescente con la púrpura, y, como sabéis muy bien, solamente por forma, desde que el celeste numen me colocó bajo vuestra tutela, jamás me he separado de la regla del deber. Me habéis visto tomar parte en todos vuestros trabajos, cuando después del saqueo de tantas ciudades, del asesinato de tantos millares de conciudadanos nuestros, la obra de destrucción propagada por la audacia de los bárbaros iba á extenderse á lo poco que había perdonado su furor. No os recordaré, pues, cuántas veces, en medio del invierno, con cielo glacial, cuando ordinariamente se pone tregua á los combates por tierra y por mar, hemos atacado y rechazado victoriosamente á los alemanes, no domados hasta entonces. Pero no es posible olvidar ni pasar en silencio aquella hermosa batalla de Argentoratum, aurora de la libertad de las Galias. Allí, corriendo yo mismo bajo una nube de dardos, os vi unas veces resistir como peñascos, con valor probado en tantos combates, y otras precipitaros como torrentes, desbordar, rebasar las masas enemigas que caían á vuestros pies ó cedían ante el empuje: brillante victoria conquistada con poca sangre de los nuestros, cuya muerte hubo de ser más gloriosa que llorada. Habiendo merecido vosotros tanto de la patria, no necesito deciros lo que os resta que hacer para que la fama llegue hasta la más remota posteridad: defender con igual energía contra toda agresión al que vosotros mis-

mos habéis elevado á la autoridad suprema. Por mi parte, para conservar el orden, mantener intacta la regla de la equidad en los ascensos y cerrar la puerta á las secretas invasiones de la intriga, decreto, bajo la sanción de esta gloriosa asamblea, *que para toda promoción en el orden civil ó militar, no se tendrá en cuenta otro título que el mérito personal, y que las recomendaciones se considerarán como deshonrosas para el que las emplee.*»

Los simples soldados, que desde mucho tiempo se veían excluídos de los grados y de las recompensas, recibieron esta declaración con el ruido aprobador de las picas chocando con los escudos. Pero los petulantes y los celtas, con objeto de que la derogación siguiese á la ley todo lo más cerca posible, se apresuraron á pedir á Juliano, por medio de los actuarios (1), comisiones á su elección, peticiones que fueron rechazadas sin que mostrasen ellos queja ni disgusto.

Los familiares de Juliano le oyeron decir que la noche que precedió á su proclamación, se le apareció en sueños una figura en la forma que se representa al genio del Imperio, y le dijo con severo acento: «Mucho tiempo hace ¡oh Juliano! que permanezco invisible en el dintel de tu palacio para encumbrarte á los honores. Más de una negativa he soportado. Si ahora me cierras también la puerta á pesar de la unanimidad de votos que te llama, me marcharé triste y desalentado. Pero recuerda que desde este día dejaré de habitar contigo.»

Mientras ocurrían estas cosas en las Galias, el terrible rey de los persas se mostraba más impaciente que nunca para conquistar la Mesopotamia; porque Antonino había redoblado las excitaciones desde la llegada de Crangasio. Aprovechando el alejamiento en que se en-

(1) Los empleados de este nombre tenían el encargo especial del censo del ejército y de las cuentas del efectivo.

contraba entonces Constancio con su ejército, pasó pomposamente el Tigris al frente de fuerzas imponentes y se presentó delante de Singara para sitiarla. Esta plaza estaba bien guarnecida, y, en opinión de los gobernantes, abundantemente provista de todos los medios materiales de defensa. En cuanto la guarnición vió á lo lejos al enemigo, cerró las puertas, ocupó resueltamente las murallas y las torres, las guarneció de máquinas de guerra y de saetas, y, terminados todos los preparativos, permaneció con las armas en la mano, preparada para rechazar aquella multitud de asaltantes en cuanto intentase acercarse á las murallas.

Por mediación de los principales jefes, el rey trató primeramente de pactar con los sitiados, y no pudiendo conseguir nada, dedicó un día completo al descanso. Pero al salir el sol, desplegaron el estandarte rojo y atacaron á la ciudad, provistos unos de escalas, preparando otros las máquinas, y la mayor parte llevando delante manteletes formados con zarzos de mimbres, procurando abrirse camino hasta las murallas con objeto de atacarlas por el pie: y por su parte los sitiados, firmes en sus parapetos, abruman con piedras y dardos de toda clase á aquellos asaltantes que se muestran más encarnizados.

Durante muchos días seguidos repiten de igual manera el asalto con dudoso éxito, y muchos muertos de una y otra parte: y al fin, el último día por la tarde, cuando más empeñada estaba la pelea, los persas acercaron un ariete de formidable fuerza, cubierto con cueros húmedos para que resistiera á los dardos y al fuego y combatieron con repetidos golpes una torre redonda. Este era el mismo medio que emplearon para abrir brecha en el sitio anterior. Entonces se reconcentraron todos los esfuerzos en este punto, peleando allí con extraordinario furor. Por todas partes llueven antorchas

y saetas incendiarias, además de una nube de flechas y piedras que caen sobre el aparato destructor, que no por esto cesa en su obra, á despecho del valor de los sitiados. Su acerada punta penetra en el muro de la torre y cuando más se la disputan el hierro y el fuego, se derrumba ésta de pronto, abriendo paso á la ciudad. En el acto lanzan los persas un grito de triunfo, y penetran por aquella brecha que el miedo desguarnece de defensores, invadiendo sin obstáculo las calles. Al principio fueron degollados al azar algunos habitantes, y los demás, por orden de Sapor, cogidos vivos y enviados al interior de Persia.

La guarnición, formada por dos legiones, la primera Flaviana y la primera Parthica, de un cuerpo numeroso de indígenas y un grupo de caballería, que tuvo que refugiarse en la plaza á la aparición de los persas, fué llevada con las manos atadas á la espalda, sin que por nuestra parte se tratase de libertarla: porque la mayor parte de nuestras fuerzas se encontraban entonces reunidas en un campamento que cubría á Nisiba, y la distancia no permitía intentar nada. Observárase además que Singara fué tomada muchas veces en los tiempos antiguos sin que se pudiese socorrerla, siendo causa de esto la escasez de agua en las comarcas inmediatas. Y á pesar de las ventajas de esta fortaleza como punto de observación, puede decirse que su posesión ha sido más bien desventajosa para nosotros, por la pérdida de gente que su caída ha ocasionado muchas veces.

Tomada la ciudad, el rey prescindió prudentemente de Nisiba, recordando los frecuentes fracasos que había experimentado ante sus murallas, y tomó á la derecha un camino extraviado; queriendo, por fuerza ó seducción, asegurarse de la posesión de Bezabda, ciudad á la que sus antiguos fundadores dieron también el nombre de Fenica. Esta plaza es también muy fuerte, estando

asentada sobre una colina no muy alta en la orilla del Tigris, y cuya parte inferior, que es la más débil, está defendida por doble recinto de murallas. Tres legiones formaban la guarnición: la segunda Flaviana, la segunda Armeniana y la segunda Parthica, con un cuerpo numeroso de arqueros zabdicenos; porque en territorio de éstos, sometido entonces al Imperio, está fundada la ciudad municipal de Bezabda.

La primera demostración la hizo el rey al frente de un brillante cuerpo de catafractos, acercándose con bastante temeridad al foso. Recibido de cerca por una nube de flechas y de otros dardos, no fué herido, sin embargo, gracias á la fuerte armadura que le defendía como el caparazón á la tortuga. Dominando su cólera, envió á los sitiados una legación llevando el caduceo (1), según costumbre, para aconsejarles pronta rendición si querían salvar vida y bienes, y para invitarles á que, abriendo todas las puertas, vinieran á prosternarse ante el señor de las naciones. Aunque los legados avanzaron hasta la proximidad de las murallas, los sitiados no quisieron rechazarles, porque cada uno llevaba al lado uno de los prisioneros de Singara más conocidos de los habitantes de la ciudad; y el temor de herir á estos desgraciados hizo que no se lanzase ni una flecha. Pero los pacíficos ofrecimientos quedaron sin respuesta.

Otro día completo pasó en la inacción; pero antes de la aurora del siguiente, todo el ejército persa atravesó á la vez el foso, y avanzó, lanzando furiosas amenazas, hasel pie de las murallas. El combate se trabó con furor, defendiéndose enérgicamente los sitiados. Considerable número de parthos quedaron heridos al traer escalas, ó

(1) Los negociadores ó encargados de misiones internacionales se presentaban llevando en la mano un caduceo, como insignia de su misión y prenda de inviolabilidad.

detrás de los manteletes, que les obligaban á marchar á ciegas. Pero los nuestros sufrieron mucho también, porque sus apretados grupos presentaban seguro blanco á las saetas de los sitiadores. La noche sola puso fin á la matanza, que fué igual por ambas partes; y al siguiente día, al sonido de las bocinas, trabóse de nuevo la lucha más furiosa, con igual encarnizamiento por ambas partes y la misma efusión de sangre.

En el tercer día, de común acuerdo, se convino una tregua, porque el terror era recíproco, en las murallas y en el campamento de los persas. En este momento el obispo de la ley cristiana hace seña desde la muralla de que quiere salir, y, conseguido un salvo conducto, se hace llevar á la tienda del Rey. Invitado á hablar libremente, pide, en términos muy conciliadores, que se retiren los Persas. Demasiadas vidas se han sacrificado por una y otra parte; nuevas desgracias pueden temerse y quizá inminentes; pero nada consigue con su insistencia. Ciego de furor el monarca, no tiene en cuenta ningún consejo suyo, y jura no retirarse antes de la completa destrucción de la ciudad. Un rumor, que por mi parte creo sin fundamento, á pesar de que algunos lo han repetido, acusa al obispo de haber revelado á Sapor los lados de la plaza que ofrecían por el interior menos defensa y más probabilidades de éxito al ataque. Dió fuerza á este rumor el hecho de que, desde aquel momento, y con aire de triunfo, los enemigos dirigieron todo el esfuerzo de sus máquinas contra los puntos débiles, con la inteligencia y discernimiento de quien sabe perfectamente lo que hace.

Sin contar los obstáculos que presentaba, en vista de las dificultades del camino, el acceso á las murallas y el infinito trabajo que evitaba á los Persas emplear el ariete bajo una nube de flechas y de piedras lanzadas á mano, las balistas y los escorpiones no cesaban de abru-

marlos con saetas enormes y pedazos de roca. También les lanzaban cestas llenas de pez ardiendo y de betún, cuyo inflamado líquido, corriendo á lo largo de sus máquinas de guerra, las unían al suelo cual si hubieran echado raíces, mientras millares de antorchas y mechas lanzadas desde las murallas, acababan de consumirlas.

Pero á pesar de tantos esfuerzos y de las graves pérdidas que experimentaban, persuadidos los sitiadores de que la rabia de su rey no se calmaría á otro precio, se obstinaron en la resolución de apoderarse antes del invierno de una plaza tan bien defendida por el arte y la naturaleza. Nada les contenía: ni la vista de la sangre, ni lo atroz de las heridas; peleaban como desesperados, y de buena voluntad arrostraban la muerte. Pero paralizados por la caída de pedazos de roca y por lluvia de materias inflamables, los arietes no podían moverse ya, cuando una de aquellas formidables máquinas, construída con más firmeza que las otras y á la que un revestimiento de cuero fresco ponía al abrigo de los dardos y las llamas, después de increíbles esfuerzos consiguió adelantar y colocarse al pie de la muralla. Su poderoso empuje logró muy pronto entreabir las paredes de una torre, que acabó por derrumbarse con terrible estrépito, precipitando, arrastrando y sepultando entre sus ruinas á todos sus defensores. Su caída abría fácil brecha para el asalto, y el enemigo acudió á ella en tropel. En el acto brotaron en la ciudad invadida terribles alaridos, trabándose en las calles furioso combate, peleando cuerpo á cuerpo y degollándose sin compasión. Estrechados por todas partes los nuestros, resisten algún tiempo con la energía de la desesperación, teniendo al fin que ceder ante el número; pero no por esto deja de herir la espada del vencedor sin descanso ni distinción. El niño arrancado del pecho, muere con su madre, víctimas los dos de ira que nada respeta. En medio

de esta escena de horror, el enemigo no descuida el saqueo; cárgase con inmensos despojos y regresa á sus tiendas en triunfo, llevando delante millares de cautivos.

Insolente regocijo mostró Sapor al apoderarse de Phenica, plaza que deseaba desde muy antiguo, porque su posición ofrece inapreciables ventajas. Así fué que no quiso dejarla hasta reparar sólidamente aquellas partes de muralla que habían padecido durante el sitio. Aprovisionó completamente la ciudad, y eligió los más distinguidos de su ejército por su nacimiento y virtudes militares para encargarles la defensa; porque temía (y los sucesos demostraron que no sin razón), que los romanos, no pudiendo resignarse á la pérdida de una fortificación tan importante, emplearían todos sus esfuerzos para recobrarla.

Desde allí continuó la marcha, con la confiada presunción de someterlo todo á su paso; y sin detenerse, se apoderó de algunos caseríos, llegando á poner sitio á Virta, fortaleza muy antigua, puesto que, según la tradición, la fundó Alejandro de Macedonia. Situada esta plaza en la extrema frontera de la Mesopotamia, y defendida por fortificaciones en ángulos salientes y entrantes, estaba además provista de todo lo necesario para hacerla inexpugnable. Sapor empleó con la guarnición seductoras promesas y terribles amenazas, tratando de tomarla por medio de terraplenes y de máquinas; pero al fin se vió obligado á retirarse hasta sin haber hecho tanto daño como recibió.

Estas cosas habían tenido lugar entre el Tigris y el Eufrates, en el período de un año. Constancio, que permanecía en Constantinopla, se había enterado de todo por frecuentes mensajeros, preveía inminente invasión de los persas y se dedicaba á oponerles todos los medios de defensa con que contaba. Reunía armas, alistaba sol-

dados, reclutaba legiones de jóvenes, útiles y experimentados ya en las guerras de Oriente, procurando también asegurarse el concurso voluntario ó interesado de los scitas (1), con objeto de quedar seguro de la Tracia cuando, á la primavera, la dejase para marchar al teatro de la guerra.

Entretanto Juliano, que continuaba invernando entre los parisios, meditaba con ansiedad acerca del paso que acababa de dar. Conocía el poco afecto que le profesaba Constancio, y nunca creyó que este príncipe aceptase el nuevo orden de cosas. Al fin adoptó la idea de enviarle una legación encargada de enterarle de los detalles del acontecimiento, añadiendo una apología escrita, en la que él mismo exponía sus intenciones y lo que aconsejaba para lo venidero. No dudaba Juliano de que Constancio estuviese enterado ya de todo, tanto por los relatos de los cubicularios, que acababan de dejar las Galias después de haberle hecho las entregas ordinarias sobre los tributos, como por el de Decencio, que les había precedido. Su carta era la del hombre que acepta francamente su nueva posición, pero sin emplear el tono arrogante de un inferior que bruscamente abandona la obediencia. Su sentido era como sigue:

«Siempre me he mostrado, en cuanto he podido, y pruebas existen de ello, tanto en la intención como en las obras, escrupuloso observador de la fe jurada. Creado César, y puesto en seguida en medio del fragor de las armas, jamás he mirado más allá del poder delegado. Me has visto, como servidor fiel, darte asidua cuenta de esta serie de victorias con que la fortuna ha coronado mis votos; y todo sin atribuir á mis esfuerzos la menor parte. Y, sin embargo, multitud de testigos podrían

(1) Según Libanio, Constancio fué el primer emperador que consiguió hacer servir á los scitas como auxiliares. Juliano siguió su ejemplo, y más adelante Valente.

dar fe de que en todas estas campañas en que hemos derrotado y ahuyentado á los germanos, siendo el primero en los peligros y trabajos, he sido siempre el último en buscar el descanso.

»Añadiré ahora que lo que tal vez llamarás traición, no es otra cosa que una resolución del soldado, resolución tomada desde hace mucho tiempo. Indignábase de obedecer á un subalterno, de consumir inútilmente su vida en los rudos trabajos de una guerra, que renace incesantemente, sin poder esperar de una generosidad secundaria la justa recompensa de tantas fatigas y tan brillantes triunfos. En medio de la sorda irritación que le domina, en vez de ascensos, en vez de gratificación anual, reciben estos hombres, acostumbrados á los hielos, la inesperada orden de partir casi desnudos, separándose de sus esposas é hijos, y desprovistos de todo lo necesario, para ir á pelear en los últimos confines del Oriente. Esto produjo el estallido de la sublevación, y durante la noche rodearon el palacio, repitiendo mil veces el grito de Juliano Augusto. Me estremecí; me oculté buscando refugio contra el peligro en los parajes más obscuros; pero su impaciencia no me dió tregua. Al fin me decidí á presentarme, escudándome con mi inocencia, y esperando que algunas palabras suaves, aunque enérgicas, pondrían término al tumulto. Pero entonces no conoció límites su furor, acudiendo muchos y amenazándome de muerte, mientras me esforzaba yo en recordarles su deber. Estrechado hasta el último extremo, y reflexionando que, si me mataban, otro aceptaría quizá voluntariamente el imperio en lugar mío, consentí como único medio de calmar á los soldados enfurecidos.

»Esto es exactamente lo ocurrido, que te ruego consideres con ánimo tranquilo. No creerás que te engaño en ningún punto, si cierras los oídos á las insinuacio-

nes de malevolencia interesada en el desacuerdo de los príncipes. Rechaza la adulación, madre de todos los vicios, y no escuches más que la justicia, que es la virtud más hermosa, aceptando sin desconfianza las equitativas condiciones que acabo de proponerte: un momento de reflexión te convencerá de que tu sanción á lo que acaba de suceder aprovechará por igual al Estado y á nosotros, que estamos unidos ya por la sangre y asociados al poder por la fortuna. Perdónese, pues, todo. Lo principal para mí en este arreglo que reclama la razón, es que la tuya quede satisfecha, y mi apresuramiento será mayor para ejecutar tus mandatos.

»En pocas palabras diré cómo entiendo nuestras recíprocas obligaciones. Te proveeré de caballos de tiro españoles y de los reclutamientos que se hagan, tanto de los jóvenes letos de este lado del Rhin, como de voluntarios de la otra orilla, á propósito unos y otros para formar los cuerpos de escutarios y gentiles. A esto me comprometo por toda la vida, y con placer y regocijo cumpliré mi compromiso. Tú, por el cariño que me profesas, me designarás para prefectos del pretorio hombres íntegros y hábiles. En cuanto á los demás magistrados civiles y militares, conviene que me dejes la elección, como también la de mis guardias; porque sería verdaderamente absurdo que un príncipe, pudiendo obrar de otra manera, confiase su persona á alguno cuyas disposiciones y moralidad desconociera.

»Creo poder afirmar que ni la persuasión ni la fuerza conseguirán de los galos que envíen sus hijos á parajes lejanos. Esta región ha padecido cruelmente durante mucho tiempo; y arrebatarla sus jóvenes útiles, equivaldría á darla el último golpe, por el recuerdo de lo que ha sufrido y por la anticipación de lo que le estaría reservado aún. ¿Sería prudente, por otra parte, desguarnecer aquí completamente nuestra línea de defensa

con el único objeto de reforzarnos contra los parthos? Esta provincia está muy lejos de encontrarse al abrigo de ulteriores invasiones; y hablando claramente, ésta es la que, asolada desde tanto tiempo, necesita de grandes y enérgicos socorros.

»Escribo así por nuestro común interés: considera estas breves palabras como consejo y súplica. Sin elevarme hasta el tono que mi presente dignidad autorizaría, solamente te recordaré que en muchas circunstancias la buena inteligencia entre los príncipes y recíprocas concesiones han restablecido los negocios más desesperados. Así lo acredita la historia; aquellos antepasados nuestros que pusieron en práctica este principio, consiguieron por tal medio hacer dichoso su reinado y honrada y querida su memoria.»

A esta carta oficial unió otra secreta en la que dirigía á Constancio amargas reconvenciones; pero se desconoce el texto de este escrito, y quien lo conociera sería culpable de indiscreción al publicarlo.

Juliano confió el encargo á dos hombres graves, Pentadio, maestro de oficios, y Eutherio, prefecto del palacio; quienes, después de entregar la carta, debían darle detallada cuenta de cuanto viesen y aconsejarse de las circunstancias.

Las palabras del prefecto Florencio, después de su deserción, agriaron más y más las primeras relaciones. Según decía, «tenía prevista la perturbación que había de excitar la orden de marcha de las tropas; y el interés del servicio de subsistencias, que expuso ante Juliano como causa que reclamaba la presencia del prefecto en Viena, solamente fué pretexto para huir del resentimiento que se había atraído por la independencia de su lenguaje.» Cuando Florencio vió á Juliano Emperador, se consideró casi perdido, y no pensó más que en aprovechar la distancia para sustraerse por

completo al peligro de que creía amenazada su cabeza; llegando hasta dejar á la espalda su familia, y marchando á cortas jornadas á reunirse con Constancio. Allí, para no ser sospechoso de complicidad en los últimos acontecimientos, procuró dar á la conducta de Juliano el aspecto de sublevación espontánea. Pero la manera de obrar de Juliano con Florencio ausente, sólo deja entrever sentimientos de clemencia, pues fueron respetados sus bienes lo mismo que su familia, á la que hasta se autorizó para que usase los transportes públicos con objeto de facilitar su regreso á Oriente.

Los emisarios que llevaban las cartas de Juliano hicieron el viaje con toda la celeridad posible; pero los altos funcionarios del Estado, siempre que estuvieron en relación con ellos, les suscitaban indirectamente obstáculos, siéndoles sumamente difícil atravesar la Italia y la Iliria. Sin embargo, consiguieron cruzar el Bósforo y alcanzaron al fin á Constancio en Cesarea, en Capadocia. Esta es una hermosa ciudad de paso, construída al pie del monte Argeo, y que en otro tiempo se llamaba Mazaca. Allí los recibió el Emperador, permitiéndoles entregar las cartas; pero al leerlas, experimentó violentísimo arrebato, miró á los emisarios de una manera que les hizo temer por su vida, y les mandó salir sin añadir ni una palabra y sin querer oir más.

El golpe estaba dado. Dominaba á Constancio profunda vacilación, no sabiendo si marchar contra los Persas ó emplear contra Juliano las fuerzas en que podía confiar más. Mucho tiempo dudó, decidiéndose al fin por el partido más acertado, dirigiendo sus pasos al Oriente. Sin embargo, despidió inmediatamente á los emisarios, y envió á la Galia á su cuestor Leonas, con una carta en que mostraba á Juliano su terminante desagrado por la innovación política de que había osado tomar la iniciativa, y le aconsejaba en interés suyo

y en el de sus partidarios, que prescindiese de aquel exceso de ambición y se contentara con el rango de César (1). Para comprobar el efecto de estas amenazas y exhibirse como autoridad que se encuentra fuerte, nombró á Nebridio, cuestor entonces de Juliano, su prefecto del pretorio, en reemplazo de Florencio; dió al notario Félix el cargo de maestro de oficios é hizo otras promociones en el Gobierno de las Galias. En cuanto á Gumohario, que sucedía en el generalato de caballería á Lupicino, su nombramiento había sido anterior á la noticia de la revolución.

Juliano recibió en París á Leonas como á hombre cuyo talento honraba y cuyo carácter le era agradable. Pero hasta el día siguiente, en presencia de las tropas y del pueblo reunido, no quiso que le entregase la carta de que era portador; recibiéndola sobre elevado tribunal, para que se le viese desde lejos, la abrió y leyó en alta voz. Cuando llegó al párrafo en que Constancio desaprobaba todo lo que había ocurrido y declaraba que el rango de César debía bastar á Juliano, con horrible estallido se oyeron estas palabras: «Juliano es Augusto por el voto de la provincia y del ejército, por la investidura de la autoridad pública, que se alza en este momento, pero que quiere para lo venidero garantía contra las invasiones de los bárbaros.»

Testigo Leonas de esta manifestación, regresó en seguida con una carta de Juliano que contenía su fiel narración. De todos los nombramientos que había hecho Constancio, el nuevo Emperador no confirmó más que el de Nebridio, en calidad de prefecto del pretorio; porque en una carta anterior había designado la elección

(1) Zósimo dice que Constancio negaba hasta el título de César á Juliano, Emperador ya por la aclamación de su ejército; confirmando esto la carta de Juliano á los atenienses, en la que dice que Constancio solamente le concedía la vida.

de este último como agradable para él. Del cargo de maestro de los oficios había dispuesto en favor de Anatolio, maestro de peticiones. También reformó los demás nombramientos, según las conveniencias de su poder y seguridad.

En medio de estas disposiones, Lupicino le inspiraba temores, á pesar del alejamiento en que le tenía su misión en Bretaña. Sabía que era emprendedor, vanidoso, y si llegaban las noticias hasta él, siendo capaz de promover nuevas turbulencias, trabajaría por su propia cuenta. Para mayor seguridad, envióse un notario á Bononia, con objeto de no dejar á nadie pasar el estrecho. Esta precaución hizo que Lupicino, que no supo nada hasta su regreso, no tuviera ocasión de removerse.

El ánimo de Juliano se había elevado más y más con el sentimiento de su mayor grandeza y de la confianza que le mostraba el ejército. Temiendo dejar enfriar aquel ardor é incurrir él mismo en la nota de indolencia y apatía, envió una legación á Constancio, y con fuerzas proporcionadas á la empresa que meditaba, marchó á las fronteras de la segunda Germania, y desde allí á la ciudad de Tricensima. Pasando en seguida el Rhin, cayó sobre el país de los francos attuarios, raza turbulenta que en aquel momento insultaba con sus incursiones las fronteras de la Galia. Emprendió el ataque en medio de la engañosa seguridad que inspiraba á aquellas gentes el detestable estado de sus caminos, en los que desde tiempo inmemorial no se habían aventurado las armas romanas, y fácilmente dió cuenta de ellos. Cogióles ó les mató mucha gente y los que quedaron se humillaron y recibieron del vencedor, que por este medio quiso asegurar la tranquilidad de las cercanías, la paz, con las condiciones que quiso imponer. En seguida, con igual rapidez atravesó Juliano el Rhin, revistó todas las plazas fuertes de la frontera, reparándo-

las, y adelantó hasta Rauraco; y, después de tomar otra vez posesión de ella y atendido á la seguridad ulterior de todo aquel país, donde los bárbaros se habían creído definitivamente instalados, se dirigió por Besanzón á Viena, donde se proponía invernar.

Así marchaban las cosas en las Galias, en donde todo demostraba hábil y firme dirección. Por este mismo tiempo, Constancio llamaba á su presencia á Arsaces, rey de Armenia; y después de dispensarle honrosa recepción, empleaba toda clase de raciocinios y persuasiones para decidirle á permanecer inviolablemente unido á los romanos; porque sabía cuántas supercherías, intrigas y amenazas había empleado el rey de Persia para alejar de nosotros á este príncipe y traerlo á su partido. Arsaces juró y repitió muchas veces el juramento de morir antes que cambiar respecto á nosotros, retirándose colmado de regalos, lo mismo que su comitiva; guardando perfectamente su fe, uniéndole muchos lazos de gratitud con Constancio, siendo el principal el matrimonio que éste le había hecho contraer con Olimpia, hija de Ablabio, antiguo prefecto del pretorio, desposada anteriormente con su hermano, el emperador Constante.

Después de partir Arsaces, emprendió Constancio la marcha por Melitina, ciudad de la Armenia Menor, Lacotena y Samosata, llegando á Edessa y pasando el Eufrates. Allí se detuvo bastante tiempo esperando los refuerzos de tropas y convoyes de víveres que llegaban por todos lados, y no salió hasta después del equinoccio de Otoño, para marchar á Amida. Cuando vió de cerca sus parapetos y edificios incendiados, se le estrechó el corazón y se le llenaron de lágrimas los ojos al considerar los males que había experimentado aquella desgraciada ciudad. Ursulo, guarda del tesoro, que se encontraba allí en aquel momento, exclamó, en la amargura

de su dolor: «He ahí cómo defienden las ciudades aquellos por quienes el Estado se extenúa para que no carezcan de nada.» El recuerdo de estas palabras bastó para promover más adelante en Calcedonia una sublevación militar contra su vida.

Desde Amida marchó el ejército, formado en cuña, sobre Bezabda, y allí acampó parapetándose con un foso y empalizada. El Emperador montó á caballo para dar vuelta á la ciudad fuera del alcance de las flechas, y durante el reconocimiento supo por boca de muchos que habían sido reparados y reforzados los puntos de las fortificaciones quebrantados por el tiempo y la incuria de las autoridedes anteriores. No queriendo comenzar las hostilidades hasta después de agotar todos los medios de conciliación, envió á los sitiados hábiles negociadores para ofrecerles la alternativa de regresar á su país, conservando pacífica posesión de todo el botín que habían conquistado, ó aceptar la dominación romana, con la segura esperanza de que se les colmaría de dignidades y regalos. La respuesta de los jefes estuvo conforme con el carácter indomable de su nación; todos pertenecían á nobles familias, y ni los peligros ni los trabajos les inspiraban temor. No quedaba, pues, otro camino que prepararlo todo para el sitio.

Entonces estrechó sus filas el ejército, y poniéndose en movimiento al sonido de las trompetas, embistió vigorosamente á la plaza por todas partes á la vez. Divídense las legiones en muchos cuerpos, que forman la tortuga reuniendo todos los escudos, intentando con aquel abrigo atacar el pie de las murallas. Pero cantidad prodigiosa de toda clase de armas arrojadizas rompió en seguida aquella especie de techo que les cubría, siendo necesario tocar retirada. Dedicóse un día entero al descanso; y al siguiente, los nuestros comienzan de nuevo el asalto, procurando cubrirse con medios

más eficaces. Toda la extensión de las murallas estaba cubierta de cilicios (1) que ocultaban á los sitiados; pero no vacilaban en salir de detrás de aquel parapeto cuando era necesario mover los brazos y abrumarnos con lluvia de piedras y de dardos. Dejaban acercar nuestros manteletes confiadamente ha sta el pie de las murallas; pero en cuanto tocaban á ellas, caían de lo alto toneles llenos de tierra, piedras de molino y pedazos de columnas, rompiendo aquellas endebles defensas, obligando á dispersarse apresuradamente los que se guarecían bajo de ellas.

Hacía diez días que duraba el sitio, y la confianza que continuaban demostrando los nuestros empezaba á alarmar á los sitiados, cuando se ocurrió echar mano de un ariete monstruoso que en otro tiempo proporcionó á los Persas la toma de Antioquía, y que después dejaron cerca de Carras. La vista de aquella máquina, la maravilla de su construcción, helaron al pronto el valor de los sitiados, que por un momento creyeron que no les quedaba otro camino que el de la rendición; pero se rehicieron é ingeniaron para neutralizar el efecto de aquel terrible aparato de guerra. Mientras se esforzaban los sitiadores por todos los medios para ajustar las piezas de aquel antiguo ariete, que habían desmontado por comodidad del transporte y encaminaban todos sus esfuerzos á proteger la aproximación, las balistas y hondas de la ciudad no cesaban de lanzar piedras, que, por derecha ó izquierda alcanzaban á los obreros, costando considerable número de vidas. Sin embargo, nuestros terraplenes avanzaban rápidamente y de día en día se impulsaban las operaciones con más vigor; pero resultaban para nosotros más mortíferas por el mismo ar-

(1) Los cilicios eran cortinas de pelo de cabra, que detenían las flechas, más por la fuerza de inercia que oponían, que por la resistencia del tejido.

dor que demostraban los soldados para merecer la recompensa. Peleando ante los ojos de su Emperador, algunos llegaban hasta á despojarse del casco para que se les pudiese reconocer con más seguridad, convirtiéndose por este medio en blancos para las flechas de los Persas. No se dormía de noche ni de día, manteniendo en constante alarma á todos los centinelas de ambas partes.

Los Persas veían elevarse más y más nuestros terraplenes y adelantar el ariete grande, siguiéndole otros más pequeños. Extraordinariamente asustados, procuraron prender fuego, arrojando antorchas y saetas incendiarias, pero sin producir efecto alguno, porque las máquinas estaban cubiertas en parte con cueros frescos ó telas mojadas y barnizado el resto con alumbre, que las hacía incombustibles. Inauditas dificultades experimentaban los romanos para moverlas y protegerlas, pero la esperanza de apoderarse de la plaza les hacía arrostrar los peligros más grandes. Por su parte los sitiados, en el momento en que el ariete grande iba al fin á jugar contra una torre, tuvieron la singular destreza de coger y atar con largas cuerdas la cabeza de hierro del batiente, que en realidad figura la de un carnero, de manera que impidieron el movimiento de retroceso, y por lo tanto paralizaron el efecto: al mismo tiempo lo inundaron con una lluvia de pez hirviendo. Las demás máquinas preparadas permanecieron también por bastante tiempo inmóviles, recibiendo las armas arrojadizas de toda clase que les lanzaban desde las murallas.

Pero los terraplenes alcanzaban ya á lo alto de los parapetos, y los sitiados veían segura su pérdida si no daban algún golpe decisivo; por lo que adoptaron la resolución desesperada de hacer una salida, y, en medio del combate, incendiar con antorchas y calderos de fuego los arietes. Pero después de violenta pelea se vieron

rechazados en desorden á la plaza, sin haber podido realizar su propósito. Inmediatamente los romanos, desde lo alto de los terraplenes lanzaron nubes de flechas y piedras al mismo tiempo que de saetas incendiarias contra las torres, cuyo efecto impidió la vigilancia de los guardianes.

Mucho había disminuído por ambas partes el número de combatientes; pero los Persas habrían llegado á su última hora, de no haber conseguido reponerse por medio de una salida mejor combinada. Imponente fuerza se presentó de pronto fuera de las murallas; y ahora los incendiarios, que iban colocados en el centro de los combatientes, consiguieron lanzar sobre nuestras máquinas multitud de haces encendidos formados con sarmientos y otros combustibles. Instantaneamente quedó envuelto todo en torbellinos de humo; y al verlo suena la bocina y las legiones que estaban sobre las armas precipitan el paso. Su ardor crecía á medida que avanzaban, pero apenas habían llegado á las manos, cuando nuestras máquinas estaban abrasadas. Solamente pudo salvarse el ariete grande, porque habiendo conseguido algunos soldados con vigoroso esfuerzo cortar las cuerdas que le sujetaban todavía contra la muralla, le sacaron medio consumido de en medio de las llamas.

La noche puso fin al combate, pero sin dar mucho descanso á los soldados. Despertados por los jefes, después de algunos momentos de comida y sueño, recibieron orden de retirar lejos de las murallas todas las máquinas, y se tomaron disposiciones para un ataque desde lo alto de los terraplenes que dominaban ya las fortificaciones. Colocaron balistas para barrer con más comodidad las murallas de sus defensores, creyendo que su sólo aspecto bastaría para que ni uno de ellos se atreviese á presentarse. Tomadas estas disposiciones, al acercarse el crepúsculo, triple línea de combatientes,

llevando escalas muchos de ellos, avanzó, sacudiendo la cimera de los cascos en señal de desafío, para intentar el asalto de las murallas. El ruido de las trompetas se mezcla al estrépito de las armas, y se traba el combate con igual audacia por ambas partes. Los romanos, cuyo frente de ataque era más extenso, viendo ocultarse á los Persas, intimidados por el aspecto de las balistas, comenzaron á combatir la torre con el ariete, y, á pesar de una nube de saetas, continuaban avanzando, provistos de palancas, martillos y escalas. Comparativamente, los Persas sufrían mucho más, abrumados como estaban por las continuas y regulares descargas de las balistas, cuyos golpes caían sobre ellos desde lo alto de los terraplenes. Creyendo llegado el último momento, se dispusieron para un esfuerzo supremo. Una parte de sus fuerzas quedó para la defensa de las murallas, mientras que un cuerpo escogido, abriendo silenciosamente una puerta, salió rápidamente espada en mano, siguiéndole otro que llevaba antorchas ocultas; y mientras los soldados armados ocupaban á los romanos, que en tanto retrocedían, en tanto volvían al ataque, los otros se deslizaban encorvados y arrastrándose por el suelo hasta el pie de un terraplén, en cuya construcción habían empleado ramaje, haces de juncos y malezas, é introdujeron tizones encendidos en los huecos. En un momento prendieron fuego á todas aquellas materias inflamables, no teniendo tiempo los nuestros más que para retirar, en medio de grandes peligros, las máquinas intactas. La proximidad de la noche puso término á la pelea, y por una y otra parte se retiraron para descansar.

Muy apurado se encontraba el Emperador. Por graves razones consideraba indispensable la toma de Fenica, de la que podía hacerse inexpugnable baluarte contra las empresas del enemigo; pero la estación esta-

ba demasiado avanzada para pensar en apoderarse de ella á viva fuerza. En vista de esto, decidió no tomar enérgicamente la ofensiva, limitándose al bloqueo, para apoderarse de los Persas por hambre. Pero el resultado engañó sus esperanzas. Continuaban combatiendo, pero con menos vigor, cuando la atmósfera, cargada de humedad, se cubrió con velo de tinieblas. Continuas lluvias empaparon el suelo, naturalmente blando en aquella comarca, haciéndole completamente impracticable, aumentando el terror de los ánimos repetidos truenos y deslumbradores relámpagos.

Tampoco cesaba de aparecer el arco iris, acerca del cual diré breves palabras. Calentada la tierra, deja brotar de su seno húmedas exhalaciones; y estos vapores, condensados primeramente en nubes, se resuelven en seguida en fino rocío que coloran los rayos del sol, cuando se encuentran en oposición á su brillante globo. Esto es lo que produce el arco iris; resultando la curvatura que vemos de la forma misma de la bóveda del mundo sobre que se desplega, y que, según la física, es la de una semiesfera. La vista distingue en el arco iris cinco bandas: la primera amarillo-clara, la segunda más intensa, la tercera roja, la cuarta purpúrea y la quinta azul tirando á verde. Esta hormosa serie de colores la explican de la siguiente manera. El matiz graduado de las dos primeras bandas depende de que su amarillo se confunde más ó menos con el tinte del aire inmediato, por lo que resulta más pálido en la primera y más vivo en la segunda. La tercera brilla con tan hermoso rojo porque, sometida á la acción del sol, absorbe muy de cerca sus rayos. El color púrpura de la cuarta procede de los rayos que se debilitan al atravesar el velo de rocío, y solamente dan un reflejo obscuro, con efecto parecido sobre poco más ó menos al color del fuego. Este último color pierde al extenderse y se trasforma en azul ó verde.

Creen otros que se debe la aparición del arco iris á la interposición de alguna nube más densa y elevada de lo que ordinariamente se encuentran, y no pudiendo atravesarla los rayos del sol, los devuelve con intensidad aumentada por la refracción. Según este sistema, el arco iris recibe del mismo sol los reflejos de color análogo al blanco, y de la nube los que tienen aspecto verdoso; cosa análoga á la que sucede con las olas, cuyo color es azul en alta mar y que blanquean á la vista cuando se rompen en la playa.

El arco iris es precursor de las variaciones en el aspecto del cielo, que,de tranquilo y puro, pasa á ser obscuro y tempestuoso como en el ejemplo presente, ó, de nebuloso, vuelve al estado de serenidad. De aquí la alegoría tan frecuente en los poetas, que hacen bajar del cielo á Iris, siempre que va á ocurrir algún cambio en el estado de las cosas. También existen otras muchas teorías acerca de este asunto. Pero vuelvo á mi relato.

El amenazador estado de la atmósfera inspiraba vivas inquietudes á Constancio. El mal tiempo aumentaba de día en día y era temible una sorpresa por el estado de los caminos, que hacía muy difíciles los movimientos. Además, exasperados los soldados, podían sublevarse de un momento á otro; y el Emperador experimentaba el despecho de aquel que viera abierta delante de si opulenta morada y se le prohibiese poner el pie en ella. Abandonó, pues su empresa, y regresó á la desgraciada Siria para invernar en Antioquía; llevando el corazón contristado porque aquel año había experimentado deplorables reveses, cuyas consecuencias se sentirían por mucho tiempo. En efecto; parecía que pesaba sobre Constancio una fatalidad siempre que combatía personalmente con los Persas, por cuya razón prefería oponerles sus generales, quienes frecuentemente fueron más afortunados que él.

LIBRO XXI

SUMARIO

Juliano Augusto celebra en Viena las fiestas quinquenales.—Cómo augura que se acercaba el fin de Constancio.—Diferentes medios para conocer el porvenir.—Juliano Augusto se hace pasar por cristiano para hacerse agradable al pueblo de Viena, y asiste públicamente á orar en una iglesia.—Vadomario, rey de los alemanes, rompe el Tratado y envía merodeadores á saquear nuestras fronteras.—Mata algunos hombres con el conde Libinon que los mandaba.—Juliano intercepta una carta de Vadomario á Constancio y hace prender al rey en un festín.—Destroza ó hace prisioneros á una parte de los alemanes y concede la paz á los restantes.—Juliano arenga á los soldados y los decide á hacer la guerra á Constancio.—Constancio se casa con Faustina.—Refuerza su ejército y se atrae con regalos á los reyes de Armenia y de Iberia.—Sin salir de Antioquía, contiene al África por medio del notario Gaudencio.—Pasa el Eufrates y marcha á Edesa con el ejército.—Juliano, después de ordenar los asuntos de las Galias, se dirige al Danubio y hace que se adelante parte de sus tropas por Italia y la Recia.—Los cónsules Tauro y Florencio, prefectos del pretorio los dos, huyen al acercarse Juliano, uno á Iliria y el otro á Italia.—Luciliano, general de la caballería, quiere resistir, pero le sorprenden y aprisionan.—La ciudad y guarnición de Sirmio, capital de la Iliria Oriental, se rinde á Juliano, que ocupa el paso de Sucos, y escribe al Senado contra Constancio.—Dos legiones que habían pasado en Sirmio al partido de Juliano y á las que enviaba á las Galias, ocupan Aquilea, de acuerdo con los habitantes, y le cierran las puertas.—Aquilea sostiene un sitio en interés de Constancio.—A la noticia de la muerte del Emperador, se rinde la plaza á Juliano.—Sapor se retira ante auspicios desfavorables.—Constancio, en el momento de partir contra Juliano, arenga las tropas en Hierápolis.—Presagios de la muerte de Constancio.—Muere en Mesopotamia, en Cilicia.—Cualidades y defectos de este príncipe.

Mientras que aquella obstinada resistencia mantenía á Constancio detenido al otro lado del Eufrates, Julia-

no empleaba en Viena los días y las noches en formar planes para el porvenir, procurando, en los estrechos límites de sus recursos, tomar la actitud conveniente á su nueva fortuna. Sus reflexiones no le ofrecían, sin embargo, más que incertidumbre, porque no sabía si debería agotar primeramente todos los medios de conciliación ó tomar la iniciativa en las hostilidades é influir en su adversario por el terror. La alternativa le parecía muy peligrosa. La amistad de Constancio había sido cruenta muchas veces y siempre había quedado vencedor en las guerras civiles. Juliano recordaba incesantemente el ejemplo de su hermano Galo, que se había perdido por la inercia y excesiva confianza en traidoras promesas. Sin embargo, más de un acto de vigor indicaba en el nuevo Augusto la resolución de erguirse valerosamente ante un rival capaz, como demostraba el pasado con elocuencia, de ocultar la traición bajo falsa apariencia de cariño. Por esta razón, haciendo caso omiso de la carta que le entregó Leonas de parte de Constancio, no confirmó de los nombramientos que había hecho más que el de Nebridio, y además, realizando un acto de Emperador, presidió la celebración de las fiestas quinquenales. En esta ceremonia se presentó adornado con magnífica diadema de pedrería (1), cuando en los primeros días de su advenimiento se le había visto ceñir la frente con una corona tan modesta que hubiese convenido al más sencillo *xystarco* (2) que revistiese la púrpura. Entonces dispuso

(1) Aureliano fué el primer Emperador romano que ciñó á su frente la diadema; pero solamente se adornaba con ella en las grandes solemnidades. Constantino la llevó habitualmente, haciéndola inseparable insignia de la persona del soberano.

(2) Xistarco, ó generalmente Gimnasiarco, nombre del inspector ó presidente de los juegos públicos. En el ejercicio de sus funciones llevaba traje de púrpura y ceñía corona.

la traslación de los restos de su esposa Helena á Roma, con orden de colocarlos en la suburbana vía Nomentana, donde estaba sepultada Constantina, hermana de Helena y esposa de Galo.

Otro motivo le animaba también para adelantarse al ataque de Constancio: era perito en el arte de la adivinación, y de una serie de sueños y presagios deducía la seguridad de la próxima muerte del Emperador. Ahora bien, como la malevolencia no ha dejado de hacer odiosas insinuaciones acerca de las prácticas adivinatorias de Juliano, príncipe tan esclarecido y tan curioso, por todo lo que puede ensanchar el dominio de la inteligencia, bueno será exponer brevemente cómo se concilia con una razón superior este género de estudios, mucho menos frívolo de lo que generalmente se cree.

No es imposible que, por un esfuerzo de estudio, el espíritu que preside á los elementos, principio de actividad de todo lo que existe, y que ve lo venidero porque es eterno, quede en relación con la inteligencia humana y le participe algo de la facultad de presciencia que le pertenece. Invocadas con ciertas formas rituales las esencias intermediarias entre nosotros y la Divinidad, pueden predecir por boca mortal lo mismo que por medio de una fuente (1). Dícese que Themis preside á estos oráculos, llamada así porque revela al presente los inmutables decretos de los destinos, á los que llaman los griegos τεθειμένα, y por esta razón los antiguos teólogos asignaban á esta diosa un lugar en el lecho y sobre el trono de Júpiter, principio creador.

El ánimo más inepto no podría admitir la idea de que los augurios y vaticinios dependan del capricho de las

(1) Alusión á la fuente Castalia, cuya virtud profética era célebre en la antigüedad. Juliano, cuando subió al trono, restableció el oráculo destapando el orificio de la fuente, que el Emperador había hecho obstruir.

aves, que no conocen lo venidero. Pero Dios, que ha dado á las aves el vuelo y el canto, ha querido que á estos atributos de su ser, al movimiento pausado ó rápido de sus alas, se uniese la significación de las cosas futuras. Complácese la Providencia en hacer estas advertencias, sea como recompensa, ó bien sencillamente como efecto de su cuidado por los intereses humanos.

Las entrañas de las víctimas, en sus infinitas variedades de conformación y aspecto, son también para la vista experimentada anuncio de lo que ha de acontecer. Fué inventor de esta ciencia Tages, que, según la tradición, brotó de la tierra en un campo de Etruria.

La exaltación da también espíritu profético, teniendo lugar entonces una manifestación divina por medio del lenguaje humano. En física, siendo el sol el alma del mundo, del que las nuestras no son más que destellos, cuando el foco envía su calor en cierta medida á sus emanaciones, les comunica el conocimiento de lo porvenir. De aquí el ardor interno de las sibilas; los torrentes de fuego de que se sienten penetradas. También existen otros muchos accidentes que son otros tantos pronósticos: los sonidos, las visiones que hieren repentinamente los ojos y los oídos, los truenos, los relámpagos y el rastro de las estrellas.

Implícita fe se debería á los sueños, si no fuese muchas veces defectuosa su interpretación. Según Aristóteles, los sueños son verídicos é irrecusables, cuando se duerme profundamente, fija la pupila y sin desviación del rayo visual. Pero el vulgo ignorante exclamará: «Si se puede leer en lo porvenir, ¿cómo se ignora que se perecerá en una batalla, ó que nos espera otra cualquier desgracia?» Una palabra basta para responder. Si un gramático comete una falta de lenguaje; si un músico desafina; si un médico se equivoca en el remedio, ¿acaso lo atribuiremos á la gramática, á la música ó á

la medicina? Puede citarse, además, esta frase de Cicerón, en la que, como en todo, brilla su elevado ingenio: «Recibimos de los dioses señales de lo que ha de suceder. Si nos engañamos, falta es de la inteligencia humana y no de los dioses.» Pero las digresiones deben ser cortas para no degenerar en fastidiosas. Volvamos al asunto.

Encontrándose en París, no siendo Juliano más que César, dedicábase un día en el campo de Marte á un ejercicio militar. El escudo sobre que golpeaba se rompió, no quedándole en la mano más que la empuñadura, que sujetó con firmeza. Mostrábanse alarmados los presentes, considerando el caso como presagio funesto, y Juliano les dijo: «Tranquilizaos; no he soltado.» Más adelante, estando en Viena, acababa una noche de dormirse, después de frugal cena, cuando creyó ver en medio de las tinieblas brillante fantasma, que le dirigió y repitió muchas veces estos cuatro versos griegos:

Cuando Júpiter esté próximo á salir de Acuario, y Saturno aparezca en el grado veinticinco de Virgo, Constancio, Emperador de Asia, terminará sus días con muerte triste y dolorosa.

Estas palabras le inspiraron confianza á prueba de todo lo que le reservase el porvenir. Sin embargo, decidió no aventurar nada, sino antes bien tomar con calma y reflexión las medidas que exigían las circunstancias, dedicándose especialmente á aumentar por grados sus fuerzas y á poner su estado militar á la altura de su nuevo rango. Hacía mucho tiempo que había renunciado al cristianismo (1), y, como todos los adoradores de los antiguos dioses, se entregaba á las

(1) Parece que la apostasía de Juliano remonta á la época en que, siendo muy joven, estudiaba en Asia con los filósofos Máximo y Prisco: esto hizo decir á San Gregorio Nacianceno que el Asia fué para él escuela de impiedad y de magia.

prácticas de los augures y arúspices, cosa que solamente sabían corto número de confidentes íntimos, porque de este secreto dependía su popularidad. Por esta razón fingía seguir profesando el culto cristiano, y para disimular mejor su cambio, llegó hasta presentarse en una iglesia en el día de la festividad llamada Epifanía, que los cristianos celebran en el mes de Enero, y tomó parte ostensible en las oraciones públicas.

En los primeros días de la primavera recibió una noticia muy triste; enterándole de que los alemanes de la comarca de Vadomario, de los que, después del tratado, no creía tener que temer ningún insulto, devastaban las fronteras de la Rhecia, y enviaban merodeadores á saquear por todos lados. Si cerraba los ojos ante estas depredaciones, despertaría de nuevo la guerra; y, para evitarlo, envió hacia aquella parte al conde Libinón con los petulantes y los celtas, que invernaban en derredor suyo, encargándole de restablecer el orden. Libinón se acercaba á la ciudad de Sanctión, cuando le vieron desde lejos los bárbaros, que deseando caer de improviso sobre él, se habían emboscado en un valle. Libinón arengó á sus soldados, que ardían en deseos de pelear no obstante la desigualdad de fuerzas, y atacó imprudentemente á los germanos, cayendo el primero al comenzar el combate. Aumentando su muerte la confianza de los bárbaros, encendió en los nuestros el deseo de vengarle; pero después de encarnizado combate, se vieron abrumados por el número y puestos en derrota, dejando algunos muertos y heridos.

Como antes se dijo, Constancio había tratado con Vadomario y su hermano Gondomado; éste había muerto ya. Ahora bien: Constancio, que contaba con la buena fe de Vadomario, y con la cooperación eficaz y discreta de su parte á sus secretos proyectos, le había invitado por medio de carta (si ha de creerse en rumores) á que

realizase en la frontera algunas hostilidades en señal de ruptura. Este era un medio de inquietar á Juliano y obligarle á detenerse para defender las Galias. Es muy verosímil que Vadomario no se movía en aquel momento sino á consecuencia del impulso recibido. Este príncipe bárbaro había desplegado en su juventud astucia y falsedad increíbles; y el mismo carácter mostró después igualmente pronunciado, cuando le nombraron duque de Fenicia. Descubierto en esta ocasión, se contuvo; pero un secretario suyo que llevaba una carta para Constancio, cayó en manos de las avanzadas de Juliano. Registráronle y le encontraron la carta, que, entre otras cosas, decía: «Tu César se insubordina», aunque Valdomario no dejaba jamás, cuando escribía á Juliano, de calificarle de señor, Augusto y dios.

Esto era peligroso y obscuro: Juliano comprendió el apuro en que podría ponerle esta intriga, y, por su propia seguridad, lo mismo que por la de la provincia, no pensó más que en apoderarse de la persona de Vadomario, para lo que empleó el siguiente medió: envióle á su secretario Filagrio, que después fué conde de Oriente, y cuya habilidad conocía bien, con diferentes instrucciones y le entregó además una carta cerrada, que no debía abrir sino en el caso de que Vadomario viniese á la orilla izquierda del Rhin. Cuando Filagrio llegó al punto designado, y mientras se entregaba á los asuntos de su misión, Vadomario cruzó el Rhin como en plena paz, aparentando ignorar los atentados que acababa de cometer. Visitó en aquel punto al jefe romano, habló con él como de ordinario, y para alejar mejor toda sospecha, se invitó espontáneamente á una comida á que debía asistir Filagrio. Al entrar éste, reconoció á Vadomario; y so pretexto de asunto urgente, regresó á su alojamiento, abrió la carta de Juliano, que le prescribía lo que había de hacer, y volvió en seguida á ocu-

par su puesto en medio de los convidados. Terminada la comida, Filagrio cogió fuertemente á Vadomario, y, alegando la orden superior que había recibido, mandó al jefe militar que llevase el prisionero al campamento y lo guardase con cuidado. La comitiva del rey, á la que no se refería la orden, pudo retirarse. En seguida llevaron á Vadomario al campamento del príncipe, creyéndose perdido al ver descubierto el secreto de su correspondencia por la detención de su emisario. Sin embargo, Juliano ni siquiera le dirigió reconvenciones y se contentó con relegarle á España; porque no había tenido otra intención que la de impedir que, durante su ausencia, aquel hombre peligroso perturbase de nuevo la tranquilidad de las Galias.

Tranquilo en cuanto á sus proyectos ulteriores por aquella captura, cuyo éxito había excedido á sus esperanzas, Juliano se preparó para castigar sin más retraso á los bárbaros por el desastre que habían sufrido el conde Libinón y sus escasas fuerzas. Con objeto de ocultarles su marcha, cuyo ruido solamente habría bastado para alejarles mucho, pasó el Rhin en el silencio de la noche, con las tropas auxiliares más ligeras y rodeó al enemigo, que no sospechaba nada: y cuando despertando al ruido de las armas, buscaban sus flechas y espadas, el príncipe cayó sobre ellos, mató considerable número, perdonó á los que ofrecieron como suplicantes la devolución del botín y concedió la paz á los demás, con la seguridad de que no la turbarían ya en adelante.

Exaltado todavía su ánimo con el triunfo, previó sagazmente el alcance del paso que había dado, comprendiendo que en tales casos es necesario marchar directamente al objeto y que le era conveniente proclamar él mismo su independencia. Queriendo, sin embargo, asegurarse bien de las disposiciones del soldado, después de un sacrificio secreto á Belona, mandó re-

unir el ejército á son de bocina; subió en seguida á un estrado de piedra, y habló ahora más seguro de sí mismo y dando á su voz mayor sonoridad que de ordinario, en los términos siguientes:

«Nobles compañeros: ante tan graves acontecimientos, cada cual forma sin duda conjeturas y espera con impaciencia que hable yo de la situación y de las medidas que aconseja la prudencia. La misión del soldado antes es escuchar que discurrir. Pero también el carácter de vuestro jefe, que os es bien conocido, os garantiza que nada os propondrá que no os sea conveniente y digno de vuestra aprobación. Escuchad, pues, atentamente la sencilla exposición que voy á hacer de mis propósitos y planes.

»Colocado muy joven entre vosotros por la voluntad divina, he sabido rechazar las incesantes irrupciones de los alemanes y francos, y comprimir su deseo de pillaje. Con el auxilio de vuestros brazos he podido abrir el Rhin en todo su curso á las armas romanas. Ni sus espantosos gritos, ni el temido choque de los bárbaros me han hecho retroceder un paso, porque sentía á mi espalda el apoyo de vuestro valor. Esto es lo que la Galia, testigo de vuestra heroica energía, la Galia, renacida de sus cenizas después de larga serie de desastres, dirá en sus acciones de gracias, hasta la última posteridad. Elevado por vuestros votos y por la fuerza de las cosas á la dignidad de Augusto, me atrevo, con el auxilio de Dios y el vuestro, á dar un paso más hacia la fortuna. Diré en favor mío que este ejército tan brillante por su valor, y no menos notable por su espíritu de justicia, siempre me ha concedido, con el mérito de la moderación y desinterés en la administración civil, el de la prudencia y tranquilidad en nuestros frecuentes combates con las naciones bárbaras. Ahora bien: solamente con la estrecha unión de voluntades podremos

hacer frente á las pruebas que nos esperan. Seguid, pues, mientras las circunstancias lo permiten, un consejo que creo muy saludable: el de aprovechar el actual desarme de la Iliria para ocupar su extensión por el lado de las Dacias. Una vez establecidos en ésta comarca, proveeremos á extender nuestros triunfos. Prometedme, bajo la fe del juramento, como se hace cuando el jefe inspira confianza, vuestro concurso fiel y perseverante. Sabéis que, por mi parte, no tenéis que temer temeridad ni debilidad, y que tenéis un jefe dispuesto á creer en cada uno de vosotros intenciones y motivos que solamente tienen el bien público por móvil y objeto. Pero os ruego que refrenéis el arrebato de vuestro ardor guerrero; que no padezca nada el interés particular. Recordad que habéis conseguido menos gloria de la multitud de enemigos derrotados ante el esfuerzo de vuestras armas, que del hermoso ejemplo que habéis dado tratando generosamente á la provincia que habéis salvado con vuestro valor.»

El discurso del Emperador produjo en los soldados el efecto de un oráculo. Apasionada emoción se apoderó de todos los corazones, y el entusiasmo por el nuevo reinado se mostró por una explosión de aclamaciones mezcladas con el ruido de los escudos. Por todas partes se oía repetir las frases de gran general, jefe incomcomparable, y el título, merecido ante sus ojos, de afortunado dominador de las naciones. Aproximándose todos á la garganta la punta de la espada desnuda, juraron, según la fórmula consagrada, y con las execraciones más terribles, ofrecer si era necesario toda su sangre en sacrificio por el Emperador. Los jefes del ejército y las personas agregadas al servicio de la persona del príncipe hicieron lo mismo. Solamente se negó el prefecto Nebridio con lealtad más valerosa que prudente, á obligarse bajo juramento contra el Emperador

Constancio, que, según decía, le había colmado de beneficios. Esta protesta exasperó á los soldados, que le habrían destrozado si Juliano, á cuyas rodillas se abrazó, no le hubiese cubierto con el paño de su toga. De regreso á palacio, Juliano encontró á Nebridio arrodillado, tendiéndole las manos, y suplicándole le librase del terror: «¿Qué haría yo por mis amigos, le dijo Juliano, si permitiese que tu mano tocase la mía? Nada tienes que temer; marcha á donde quieras.» Nebridio se retiró entonces á su casa de Toscana, sano y salvo. Después de este preliminar indispensable y que se ajustaba á la magnitud de la empresa, conociendo Juliano el valor de la iniciativa en tiempos de revolución, dió la señal de marcha, y se dirigió hacia la Pannonia, decidido á tentar fortuna.

(AÑO 361 DE J. C.)

Para la inteligencia de los acontecimientos conviene retroceder y exponer brevemente los hechos militares y civiles de Constancio en Antioquía durante los sucesos de las Galias. A su regreso de Mesopotamia, acudieron á visitarle los primeros de los tribunos y otros personajes distinguidos. Encontrábase entre ellos un tribuno llamado Amfiloquio, plafagonio de origen, que había servido mucho tiempo bajo el emperador Constante, y de quien se suponía, con mucha verosimilitud, que había sembrado la discordia entre los dos hermanos (1). Este hombre, de aspecto arrogante, esperaba su turno;

(1) La herencia de Constantino el grande, recibida por sus tres hijos, fué para ellos manantial de discordia. Constantino, el mayor de los tres, pereció en una celada que le tendió su hermano Constante, quien á su vez fué asesinado por orden del usurpador Magnencio, en el momento en que iba á llevar sus armas contra su segundo hermano Constancio.

pero le reconocieron y no fué admitido. Muchos cortesanos hicieron bastante ruido acerca de lo que llamaban indulgencia excesiva; porque, en su concepto, un rebelde tan obstinado no merecía que le dejasen ver la luz. Pero Constancio, con mansedumbre extraordinaria en él, les dijo: «Dejad vivir á ese hombre. No le creo inocente, pero no está convicto. Y si en efecto es culpable, encontrará su castigo en mi mirada y en la voz de su conciencia.» Todo se redujo á esto. Al día siguiente aquel mismo hombre asistía á los juegos del circo, y, según su costumbre, se colocó en frente del Emperador. En el momento en que comenzaba el espectáculo, la balaustrada en que se apoyaba, con algunos otros espectadores, se rompió, y todos cayeron. Algunos solamente recibieron ligeras heridas; pero Amfiloquio, que se había roto las vértebras, fué hallado muerto en el sitio, regocijándose Constancio por su profecía.

Esta fué la época de su matrimonio con Faustina. Hacía mucho tiempo que había perdido á Eusebia, hermana de los consulares Eusebio é Hypacio. Esta princesa, extraordinariamente hermosa y adornada con las cualidades morales más relevantes, se había mostrado accesible á los sentimientos humanitarios en la cumbre de las grandezas. Ya hemos dicho que á su constante protección debió Juliano la vida, y después su elevación al rango de César. Constancio pensó al mismo tiempo en indemnizar á Florencio, á quien había echado de las Galias el temor á las consecuencias de la revolución. Anatolio, prefecto del pretorio en Iliria, acababa de morir, y enviaron á Florencio para reemplazarle; revistiendo las insignias de su elevada dignidad al mismo tiempo que Tauro, nombrado para el mismo cargo en Italia.

Hacíanse á la vez los preparativos para la guerra extranjera y la civil. Reforzábase la caballería con nuevas

turmas; y para reclutar las legiones, se decretaban levas en las provincias. Pusiéronse á tasa los órdenes del Estado y los oficios para suministrar, bien en dinero, bien en especie, ropas, armas, máquinas, así como también para aprovisionar de víveres de toda clase al ejército y proveerlo de bestias de carga. El rey de Persia se había retirado á despecho, ante la imposibilidad de continuar la campaña en invierno, y se esperaban de su parte enérgicos esfuerzos en cuanto mejorase la temperatura. Enviáronse, pues, legados con ricos regalos á los reyes y sátrapas de las comarcas transtigritanas para conseguir su ayuda, ó al menos franca y sincera neutralidad. Esforzáronse en ganar á fuerza de regalos, especialmente con el envío de ricos trajes, á los reyes Arsaces y Meribanes, uno de Armenia y el otro de Iberia, cuya defección en aquellas circunstancias hubiese sido fatal para el Imperio. Por este tiempo murió Hermógenes, dándose su prefectura á Hipólito, plafagonio de nacimiento, bastante vulgar en sus modales y lenguaje, pero que tenía sencillez de costumbres á la antigua y carácter tan inofensivo y dulce, que habiéndole mandado un día Constancio en persona que sometiese un hombre á la tortura, rogó al príncipe le admitiese la renuncia y encargase á otro aquel oficio, que lo desempeñaría mejor.

Amenazado por dos lados, no sabía Constancio qué partido tomar: si salir al encuentro de Juliano, ó esperar y hacer frente á los Persas, que se les creía á punto de pasar el Eufrates. Después de largas deliberaciones con sus principales capitanes, adoptó el partido de concluir primeramente, ó al menos tratar con el enemigo que le estrechaba más de cerca; en seguida, una vez asegurado á la espalda, atravesar la Iliria y la Italia, para acorralar á Juliano como á pieza de caza (así hablaba para dar valor á los suyos) y ahogar en su origen

los gérmenes de su ambición. No queriendo tampoco cesar en su propia vigilancia acerca de otros asuntos, ni presentar el flanco por ningún lado, hacía propalar por todas partes que había abandonado el Oriente, y que avanzaba á muchas fuerzas. A fin de prevenir especialmente una tentativa sobre el Africa, cuya posesión es tan importante para nuestros príncipes (1), envió por mar al notario Gaudencio, el mismo que estuvo en las Galias con el encargo de espiar la conducta de Juliano. Por dos motivos creía segura la obediencia de este agente: el de queja que había dado á uno de los dos partidos, y el natural deseo de complacer á aquel que parecía tener tantas probabilidades de triunfar, porque todos estaban convencidos de que Constancio vencería. En cuanto llegó Gaudencio se puso á la obra; envió por cartas instrucciones tanto al conde Creción como á los demás, é hizo que le proporcionasen las dos Mauritanias excelente caballería ligera, con la que protegió eficazmente todo el litoral frente á la Aquitania é Italia. Constancio había elegido bien; porque mientras Gaudencio administró el país, ni un soldado enemigo se acercó, aunque toda la costa de Sicilia, desde Pachyno hasta Lilibea, estaba cubierta de tropas que no hubiesen dejado de pasar el mar, al ver probabilidades de desembarco.

En el momento en que terminaba Constancio sus disposiciones, que con razón consideraba prudentes, y disponía otras cosas menos importantes, se enteró por cartas de sus generales de que las fuerzas reunidas de los Persas, con su soberbio monarca á la cabeza, estaban en marcha hacia el Tigris, pero que no podía pre-

(1) El Africa era literalmente el abundante granero de la mitad del Imperio. Un enemigo que se apoderase de ella, podía á su arbitrio reducir al hambre la Italia y mucha parte del Occidente.

verse el punto preciso donde verificarían el paso. Alarmado por esta noticia y queriendo estar dispuesto para adelantarse á su adversario, dejó apresuradamente los cuarteles de invierno, reunió en torno suyo sus tropas más escogidas en caballería é infantería, pasó el Eufrates por un puente de barcas, y marchó por Capesana á Edessa, ciudad muy fuerte y abundantemente abastecida. Allí se detuvo para asegurarse, por sus exploradores y por los desertores, de la verdadera dirección del enemigo.

Entretanto Juliano, que se disponía á dejar á Rauraso, después de tomar las disposiciones de que antes hablamos, envió á Salustio como prefecto á las Galias, y dió á Germaniano el puesto que había dejado vacante Nebridio. Nombró también á Nevita general de la caballería en reemplazo de Gumoario, que le era sospechoso por haber, según decían, trabajado sordamente para entregar á su señor cuando mandaba los escutarios bajo Vetranión. Jovio, de quien se habla en la historia de Magnencio, fué investido con la cuestura, y Mamertino con el cargo de tesorero. Confió el mando de los guardias á Degalaifo, é hizo otros muchos nombramientos de oficiales según su mérito personal, apreciado por él mismo.

El camino que se había trazado Juliano atravesaba la selva Marciana y seguía las dos orillas del Danubio. Muy lejos estaba de tener seguridad en el país, y podía temer que, al verle tan mal acompañado, intentasen cortarle el paso, peligro que evitó con diestra maniobra. Dividió todas sus fuerzas en dos cuerpos; el uno, al mando de Jovio y Jovino, se dirigió rápidamente por el conocido camino de Italia, y el otro se dirigió por el corazón de la Rhecia, teniendo por jefe á Nevito, general de la caballería. Esta distribución hizo creer en una masa de fuerzas considerable, y mantuvo en respeto á

la vez á las dos comarcas. La misma táctica empleó Alejandro el Grande y otros generales después de él. Ya habían salido de los pasos peligrosos, y Juliano recomendaba todavía la celeridad de la marcha, como cuando se espera un ataque, y que todas las noches se conservasen guardias en pie para evitar sorpresas.

Así continuó la marcha con la confianza que inspira continua serie de triunfos, pero empleando todas las precauciones estratégicas que adoptaba en sus expediciones contra los bárbaros. Cuando llegó á un punto donde decían que el río era navegable, aprovechó el casual encuentro de muchas barcas pequeñas para bajar la corriente, ocultando así su marcha todo lo posible. Esto podía hacerlo tanto mejor, cuanto que con sus costumbres de frugalidad y abstinencia, le servían hasta los alimentos más groseros: cosa que le dispensaba de toda comunicación con las ciudades y fortalezas ribereñas. Juliano gustaba de aplicarse aquellas palabras de Cyro el antiguo á su huésped cuando le preguntó qué quería comer: «Nada más que pan, le contestó, porque aquí cerca tengo un arroyo.»

Pero las mil lenguas que se atribuyen á la fama no tardaron en propalar por toda la Iliria, con la ordinaria exageración, que Juliano, vencedor de los pueblos y de los reyes, avanzaba orgulloso con tantos triunfos al frente de un ejército formidable. Al oirlo Tauro, prefecto del pretorio, huyó como ante una invasión extranjera, y, sirviéndose de las postas, atravesó rápidamente los Alpes Julianos, arrastrando con su ejemplo á su colega Florencio. El conde Luciliano mandaba en Sirmio las fuerzas de las dos provincias; y al primer aviso de la aproximación de Juliano, sacó cuantas tropas pudo de sus respectivas estaciones y se preparó para resistir. Pero la barca de Juliano, rápida como una saeta, ó como la antorcha lanzada por máquina de guerra, llegó á Bono-

nia, á diez millas de Sirmio, y, de un salto, se encontró el príncipe en tierra. La luna estaba en su declinación, y, por lo tanto, las noches eran obscuras. Juliano envió en seguida á Dagalaifo y algunos hombres armados á la ligera con orden de traerle á Luciliano de grado ó por fuerza. El conde estaba en el lecho: despertado por el ruido de las armas y viéndose rodeado de desconocidos, comprendió lo que ocurría, y, temblando ante el nombre de Juliano, obedeció, aunque muy á pesar suyo. Obligado á humillarse ante la fuerza, el altivo general de la caballería fué colocado en el primer caballo que se encontró, y llevado ante Juliano como prisionero de baja ralea. Parecía que el terror le había privado de los sentidos; pero cuando vió que le daban la púrpura á besar, se rehizo, y con acento más tranquilo dijo: «El país no está por ti y te arriesgas muchísimo al venir con tan poca gente.» Juliano le contestó con amarga sonrisa: «Guarda tus advertencias para Constancio. No pensaba consultarte, sino librarte del miedo. No interpretes de otra manera mi clemencia.»

Suprimido este enemigo, no descansó Juliano por el éxito, sino que, redoblando en actividad y energía á medida que las circunstancias eran más graves, marchó directamente á la ciudad, que creía dispuesta á entregársele; y cuando se acercaba, vió salir de los grandes arrabales habitantes y soldados que acudían á recibirle con antorchas y flores, saludándole con los nombres de señor y Augusto, y le llevaron al palacio entre aclamaciones. Esta recepción le colmó de regocijo por el pronóstico que deducía. Ya veía las demás ciudades rivalizando en seguir el ejemplo que daba la metrópoli (porque Sirmio tenía este rango por la importancia de su población), y acogida por todas partes su presencia como la aparición de su astro benéfico. Al día siguiente dió al pueblo, que mostró profunda alegría, el

espectáculo de una carrera de carros, y al siguiente llegó sin detención y por la vía pública á los pasos de Sucos, que ocupó fuertemente sin combate, confiando la defensa á Nevita, con cuya fidelidad podía contar. Conveniente será dar idea de estos parajes. Sucos es un desfiladero formado por la unión de dos montes, el Rhodofo y el Hemus, de los que uno se apoya en las orillas del Danubio y el otro en las del río Axius. Estas montañas elevan entre la Thracia y la Iliria fuerte barrera, dejando á un lado el país de los Dacios y á Sárdica (1), y al otro las nobles ciudades de Thracia y Filipópolis. Parece que la Naturaleza ha dispuesto esta región según el interés futuro de la dominación romana. En otro tiempo no era más que una garganta obscura, entre dos colinas; pero modificándose el paso de la grandeza del Imperio, la garganta se hizo ancha vía practicable á los carruajes. Cerrando este paso, muchas veces se han contenido los esfuerzos de los capitanes más grandes y de los ejércitos más numerosos. Por la vertiente del lado de la Iliria, el monte baja por plano apenas inclinado, siendo casi insensible la pendiente. Por la que mira á la Thracia, está, por el contrario, casi cortado á pico, presentando solamente aquí y allá corto número de senderos escarpados, por los que apenas se puede subir, aunque no haya otros obstáculos que los que opone la Naturaleza. A uno y otro lado de la cadena se extienden al Norte y al Mediodía llanuras que se pierden de vista, que llegan por una parte á los Alpes Julianos, y por la otra se dilatan, sin presentar la más pequeña desigualdad, hasta el estrecho y la Propóntida.

Después de disponerlo todo Juliano en aquel punto

(1) Sárdica, ciudad de la Tracia y sede de un concilio; después se llamó Traditza: actualmente Sofía.

según exigía la gravedad de las circunstancias, dejó allí al general de la caballería y regresó á Nysa, ciudad muy importante, con objeto de ocuparse tranquilamente de las medidas más adecuadas para alcanzar éxito en su empresa. Llamó al historiador Aurelio Victor, á quien había visto en Sirmio, y le nombró consular de la Pannonia segunda. Además, concedióse á aquel varón, extraordinariamente virtuoso, á quien más adelante se le vió llegar á prefecto de Roma, el honor de una estatua de bronce.

Poco después se manifestó ya más abiertamente Juliano. Renunciando á toda esperanza de acuerdo con Constancio, envió al Senado una Memoria muy acre contra este príncipe, llena de terribles acusaciones. Tertulo, prefecto á la sazón, la leyó á la samblea, cuya afección por el otro Emperador estalló ahora con noble independencia, exclamando todos á una voz: «Respeta á aquel de quien has recibido tu autoridad.» No se trataba mejor á la administración de Constantino en aquel escrito; tachándose á este príncipe de innovador, violador de las antiguas leyes y costumbres, acusándosele especialmente por haber sido el primero en prostituir los ornamentos y los haces consulares confiriendoles á los bárbaros. Juliano no fué hábil en este paso y se mostró inconsecuente en su conducta ulterior, incurriendo en la misma censura que él dirigió, porque Nevito, á quien hizo colega de Mamertino en el consulado, no podía sin duda alguna sostener la comparación, ni por el nacimiento, ni por el talento, ni por los servicios, con aquellos á quienes Constantino honró con la magistratura suprema; sino que era hombre rudo, agreste y cruel, que es mucho peor en el ejercicio del poder.

Cuando se encontraba en esta polémica, y en el momento en que eran más profundas sus preocupaciones, recibió la noticia tan alarmante como imprevista de

una inesperada rebelión, muy á propósito para detenerle en sus atrevidos proyectos, si no la ahogaba en el acto. Su origen fué el siguiente: había enviado á las Galias, so pretexto de urgencia, pero en realidad porque desconfiaba de ellas, dos legiones de Constancio y una cohorte de arqueros, hallada en Sirmio. Estas fuerzas, descontentas de su destino y muy temerosas de encontrarse enfrente á los terribles germanos, cedieron á los consejos de rebelión de un tribuno mesopotamio, llamado Nigrino. El asunto lo trataron secretamente y lo llevaron con extraordinaria cautela; pero cuando llegaron á Aquilea, plaza muy fuerte por su posición y defensas, el cuerpo expedicionario en plena rebelion penetró en ella, secundándole la población, afecta á Constancio. En seguida cerraron las puertas, armaron las torres y lo dispusieron todo para la defensa; proclamando con audaz golpe de mano, que todavía existía un partido de Constancio, é invitando á toda Italia á unirse á ellos.

Juliano recibió la noticia en Nysa; y, no teniendo ningún enemigo á la espalda, y sabiendo además que esta ciudad no había sido tomada nunca ni jamás sería entregada, empleó toda clase de insinuaciones y de agasajos para atraérsela, antes que se hiciese contagioso el ejemplo de Aquilea. Jovino, jefe de la caballería, que acababa de cruzar los Alpes y apenas había puesto el pie en Nórica, recibió orden de retroceder é impedir á toda costa que se propagase el incendio. Autorizósele además para retener y agregarse como refuerzo todo destacamento aislado que pasase por la ciudad, dirigiéndose al grueso del ejército. En este momento se enteró Juliano de la muerte de Constancio: y cruzando entonces apresuradamente la Thracia, entró en Constantinopla. Allí recibía frecuentes noticias de lo que ocurría en Aquilea, y calculando por los partes de Jo-

vino que la resistencia sería larga, pero sin graves consecuencias, llamó á este general, á quien quería emplear en asuntos más graves en otra parte, y encargó la continuación del sitio á Immón, ayudándole otros capitanes.

Rodeada Aquilea por dos lados, los jefes de los sitiadores convinieron en ensayar ante todo el efecto de las promesas y amenazas. Mucho se discutió por ambas partes; pero la obstinación de los sitiados rompió las conferencias, no dejando otro recurso que el de las armas. Preparáronse, pues, los dos partidos para el combate, comiendo algo y descansando. Al amanecer el día siguiente, la bocina dió la señal de pelea y se trabó la lucha en medio de fuertes gritos, con más furor que prudencia. Impulsando al fin los sitiadores los manteletes y zarzos de mimbre, comenzaron á avanzar con más precaución, llevando unos toda clase de herramientas de hierro para atacar la muralla por el pie, y arrastrando otros escalas tan altas como aquéllas. Pero en el momento en que la primera línea tocaba ya los muros, abrumada por las piedras y acribillada por las saetas, retrocedió sobre la segunda, arrastrándola en su movimiento y cediendo ante el temor de sufrir otro tanto. Enorgullecidos por este primer triunfo, no tuvo límites la confianza de los sitiados, que guarnecieron con máquinas de guerra todos los puntos donde podían producir efecto, y se entregaron con infatigable energía á todos los cuidados de la defensa. Por su parte los sitiadores, quebrantados por el fracaso, pero ocultando por honra el temor, renunciaron al asalto, que tan mal les había resultado, y recurrieron á los procedimientos propios de los asedios. El suelo no permitía el empleo de los arietes, ni colocar máquinas de armas arrojadizas, ni tampoco abrir mina. Pero mediante un esfuerzo de invención, comparable á lo más extraordinario que

ofrece la historia en este género, aprovecharon la corriente del río Natisón, que baña las murallas de la ciudad. Tres naves fuertemente unidas con amarras sirvieron de plataforma para levantar otras tantas torres más altas que los muros, á cuyo alcance tuvieron que llevarlas. Los soldados que coronaban estas torres se esforzaban en ahuyentar de las murallas á sus defensores, mientras que por aberturas practicadas más abajo en las paredes de las torres, salían vélites armados á la ligera, que en un momento lanzaron y cruzaron puentes volantes adecuados para este uso. Éstos, mientras cruzaban nubes de piedras y saetas por encima de sus cabezas, trabajaban en abrir brecha en las murallas para penetrar en el interior de la ciudad. Pero tan ingeniosa combinación tampoco tuvo buen resultado. Atacadas las torres al aproximarse con antorchas embarradas de pez encendida, sarmientos, ramaje y otras materias inflamables, se incendiaron en seguida y, perdiendo el equilibrio por el peso de sus defensores, que precipitadamente se arrojaron á un lado, cayeron al río con los que se habían librado de las armas del enemigo. Quedando descubiertos los vélites que habían pasado bajo las murallas, fueron aplastados con piedras grandes, exceptuando los pocos que consiguieron, á fuerza de agilidad, salvarse á través de los restos.

Al obscurecer, la señal de retirada puso fin al combate, quedando los dos bandos bajo impresiones muy diferentes. La tristeza de los sitiadores, que deploraban la muerte de sus compañeros, fortificaba en los habitantes la esperanza de vencer, que también habían experimentado grandes pérdidas. Pero no por esto dejaban de prepararse para comenzar de nuevo, y, después de una noche dedicada á reparar las fuerzas por medio del sueño y del alimento, al despuntar el día, las bocinas dieron otra vez la señal de combate. Entre los sitiado-

res, unos, para pelear más desahogadamente, levantaban los escudos sobre la cabeza, y otros llevaban, como en el primer ataque, escalas al hombro; y todos se lanzaron con igual brío, presentando el pecho á los golpes del enemigo. Esforzándose algunos en romper los herrajes de las puertas, sucumbieron bajo lluvia de fuego ó aplastados por piedras enormes que hacían rodar desde lo alto de las murallas; otros, que valerosamente habían franqueado el foso, veíanse rechazados por las bruscas salidas que hacían los sitiados, aunque no se retiraban hasta encontrarse cubiertos de heridas. Protegían la retirada de los sitiados contra todo ataque unos parapetos de césped, elevados delante de las murallas, y puede decirse que se mostraron superiores á sus adversarios en perseverancia y por el partido que supieron sacar de las defensas de la plaza. Impacientes por la duración del sitio, no cesaban los soldados de rondar en derredor de la ciudad, buscando algun punto accesible al asalto ó que pudiese ser atacado con las máquinas; pero al fin el convencimiento de encontrar siempre dificultades insuperables produjo calma en los esfuerzos, abandonando las guardias para merodear en los campos inmediatos, donde encontraban de todo en abundancia, y dando parte del botín á sus compañeros. El ejército se hartaba de vino y de comida, y la repetición de excesos concluyó por quitarle el vigor.

Invernaba á la sazón Juliano en Constantinopla, y adverdido de estos desórdenes por las comunicaciones de Immón y de sus compañeros, se apresuró á remediarlos, haciendo partir en el acto á Agilón, general de la infantería, para que llevase á Aquilea la noticia de la muerte de Constancio, creyendo que la comunicación, hecha por persona tan autorizada, bastaría para que en el acto abriesen las puertas.

Entretanto no estaban suspendidas las operaciones

del sitio, y habiendo fracasado todos los medios, trataron de reducir la ciudad por medio de la sed, cortando los acueductos. Mas no por esto fué menos tenaz la resistencía. El ejército, á fuerza de brazos, consiguió separar el curso del río; pero no adelantó nada, porque los habitantes se resignaron á beber el agua de las cisternas, y distribuída ésta en cortas porciones.

Entretanto llegó Agilón á Aquilea, y, cumpliendo las órdenes recibidas, se presentó resueltamente al pie de las murallas con débil escolta. Hizo allí verídica relación de todo lo ocurrido: Constancio ha muerto y Juliano está en pacífica posesión del poder soberano. Pero en vano lo aseguraba; al principio únicamente le contestaron con injurias é improperios, y sólo cuando consiguió un salvoconducto para confirmar sus aserciones en las murallas mismas, pudo obtener al fin que le creyesen; abriendo ahora alegremente sus puertas la plaza al jefe que le traía la paz, y tratando de justificarse achacando toda la culpa á Nigrino y á algunos otros, cuyo suplicio pidieron en castigo de la sublevación, y de los males que habian acarreado á la ciudad. Bajo la dirección de Mamertino, prefecto del pretorio, se abrió inmediatamente una información, por consecuencia de la cual Nigrino fué quemado vivo, como principal instigador de la rebelión. Después perecieron bajo el hacha los senadores Rómulo y Sabostio, convictos de haberla fomentado, y se perdonó á todos los demás, que el temor antes que la inclinación había hecho cómplices de aquella guerra civil; distinción que de antemano había hecho la clemencia del Emperador.

Antes de que se conociesen estos resultados, era muy grande la ansiedad de Juliano en Nysa. Veíase amenazado por dos partes. En primer lugar, la guarnición de Aquilea, cerrando con un destacamento los pasos de los Alpes Julianos, podía cortarle las comunicaciones

con las provincias é interceptar los socorros que esperaba. También le inspiraba temores el Oriente, porque se decía que el conde Marciano, habiendo formado un cuerpo con los destacamentos diseminados en la Thracia, marchaba hacia el paso de Sucos. No dejaba Juliano de atender á todas las necesidades del momento. Reconcentraba en Iliria su ejército, formado de tropas experimentadas y dispuestas á seguir á su belicoso jefe en medio de los mayores peligros; no olvidando tampoco los intereses particulares en medio de aquella apurada situación, sino que continuaba fallando los procesos, con preferencia aquellos que se referían á los magistrados municipales, á quienes favorecía hasta el punto de imponer algunas veces estos cargos onerosos con desprecio de los derechos de exempción más fundados.

Juliano vió en Nysa á Symmaco y Máximo, varones eminentes, enviados por el Senado en legación á Constancio, recibiendoles muy bien á pesar de esto, y hasta nombró á Máximo prefecto de Roma, en reemplazo de Tertulo; obrando así por el deseo de complacer á Vulcasio Rufino, tío de Máximo. Sin embargo, debe notarse que bajo su administración reinó la abundancia en la ciudad, y que no se alzó ni una queja acerca de la carestía de los víveres. Ultimamente, para dar garantía á los fieles y asegurar á los inciertos, nombró á Mamertino, que era prefecto de Iliria, cónsul con Nevita, á pesar de que censuró duramente á Constancio por haber conferido las dignidades á bárbaros.

Mientras continuaba Juliano entre la esperanza y el temor su atrevida empresa, las contradictorias noticias que recibía Constancio en Edessa de sus espías le hacían vacilar, resintiéndose de ello sus medidas; formando en tanto partidas para recorrer los campos, en tanto pensando en dar otro asalto á Bezabda; porque, en efec-

to, era muy prudente, antes de llevar sus armas al Norte, asegurar la defensa de la Mesopotamia. Pero al otro lado del Tigris estaba el rey de Persia, no esperando para atravesarlo más que respuesta favorable de los auspicios, y que, si no le cerraban el paso, pronto llegaría hasta el Eufrates. Por otra parte, conociendo por experiencia la solidez de las murallas y el vigor de la guarnición, vacilaba en comprometer á sus soldados en los trabajos de un sitio cuando iba á necesitarlos para hacer frente á la guerra civil.

Necesario era, sin embargo, ocupar á las tropas, y que no le acusasen de inercia; y por esta razón mandó avanzar á los dos generales, el de la caballería y el de la infantería con fuerzas considerables, pero llevando orden de evitar todo choque con los Persas; debiendo limitarse á guarnecer toda la orilla citerior del Tigris y á reconocer el punto por donde penetraría el impetuoso monarca. Además, les había recomendado especialmente, tanto de palabra como por escrito, que se replegasen en cuanto alguna fuerza enemiga intentase el paso. Por su parte, mientras sus generales guardaban la frontera y procuraban descubrir los engañosos movimientos del enemigo, estaba preparado, con el grueso del ejército, á tomar personalmente la ofensiva y á cubrir todas las plazas amenazadas. Los exploradores y los desertores, que de tiempo en tiempo llegaban, se contradecían en sus informes, consistiendo esto en que, entre los Persas, el secreto de sus planes solamente lo conocen los personajes principales, confidentes impenetrables que guardan religiosamente silencio. Entre tanto, Arbeción y Argilón rogaban incesantemente al Emperador que acudiese á apoyarlos, asegurando de común acuerdo que se necesitaban todas las fuerzas para sostener el choque de tan terrible adversario.

En medio de estos cuidados llegaron, una tras otra,

noticias de que Juliano, con rápida marcha, había atravesado Italia y la Iliria; que ocupaba el paso de Sucos; que de todas partes recibía refuerzos, y, finalmente, que iba á caer con muchas fuerzas sobre la Thracia. Estas noticias eran desoladoras; pero Constancio confiaba, sin embargo, atendiendo á su constante fortuna contra los enemigos del interior. Mas no por esto era menos difícil la decisión que había que tomar. Resolvió al fin marchar primeramente á donde era mayor el peligro, y enviar delante el ejército por convoyes sucesivos, en los carruajes del Estado. El consejo opinó unánimemente lo mismo, comenzando en seguida el transporte por aquel medio tan ligero. Pero al día siguiente supo Constancio que Sapor, viendo contrarios los auspicios, había retrocedido con el ejército. Libre de este temor, reunió todas sus fuerzas, exceptuando el cuerpo destinado á la custodia de la Mesopotamia, y regresó él mismo á Hierápolis. Imposible adivinar el giro que iban á tomar las cosas; y en esta incertidumbre, aprovechando la ocasión de tener el ejército reconcentrado en derredor suyo, quiso robustecer con una arenga el celo de aquella multitud para el mantenimiento de su autoridad. A son de trompetas fueron convocadas centurias, manípulos y cohortes, que llenaron hasta muy lejos el campo, y subiendo él á un tribunal, rodeado por guardia más numerosa que de ordinario, dió á su semblante aspecto de confianza y serenidad y habló de esta manera:

«Cuando tanto me he esforzado en mostrarme intachable en mis actos y palabras; cuando tanto he atendido á llevar el timon según el movimiento de las olas, me veo obligado, amigos míos, á confesar en este momento que me he engañado; ó mejor dicho, que la extraordinaria bondad de mi corazón me ha engañado acerca del verdadero interés común. Para comprender

el objeto de esta reunión, prestadme todos oído atento, porque es necesario.

»En la época en que Magnencio promovió revueltas que vuestro valor reprimió, elevé á Galo, sobrino de mi padre, á la dignidad de César, y le encargué la defensa del Oriente. La justicia fué virtud desconocida para él, y una serie de actos detestables atrajo sobre su cabeza el rigor de las leyes. ¡Y ojalá, para tranquilidad del Imperio, que se hubiese limitado á aquel intento el espíritu de rebelión! Su recuerdo es sin duda aflictivo, pero podría creérsele prenda de seguridad. Sin embargo, acaba de estallar una traición, y me atrevo á decir que mucho más deplorable; traición que el cielo os va á conceder que castiguéis. En el momento mismo en que rechazabais victoriosamente las hordas salvajes que vagaban en derredor de la Iliria, Juliano, en cuyas manos había puesto yo la custodia de las Galias, enorgullecido por algunos éxitos fáciles conseguidos sobre los germanos, casi desnudos, é impulsado por ciego furor, ha reunido un puñado de esos hombres á quienes la sed de sangre y esperanza de saqueo lleva á las empresas más desesperadas; y con desprecio de la justicia, aspira con ellos al derrumbamiento del Estado. Pero la justicia es madre y nodriza de este Imperio, y ella destruirá esos orgullosos proyectos con sus culpables autores. De esto tengo como prenda mi propia experiencia y los ejemplos del pasado.

»¿Que podemos hacer sino afrontar la tempestad, y extirpar radicalmente esa rabia homicida antes de que pueda desarrollarse? El desenlace no puede ser dudoso: el dios que castiga la ingratitud volverá contra esos impíos el hierro que empuñan, y que sin provocación alguna dirigen contra el que los colmó de beneficios. Sí; confío íntimamente en el poder protector de las buenas causas: en cuanto nos encontremos cara

á cara, el terror les paralizará, y ni uno solo de ellos resistirá el brillo de vuestra mirada, ni la vibración de vuestro grito de combate.»

Estas palabras exaltaban las pasiones de los soldados, que blandieron las lanzas en señal de cólera, y, confirmando su afecto, pidieron que les llevasen en seguida contra el rebelde; actitud que trocó en alegría los temores del Emperador, que en el acto disolvió la reunión y mandó á Arbación que se pusiese en marcha con los lanceros, los maciarios y las tropas armadas á la ligera. Constancio suponía á este jefe afortunado por sus anteriores triunfos en las guerras civiles. Gumoario debería hacer frente con los letos al cuerpo enemigo que ocupaba el paso de Sucos, eligiéndole Constancio porque este jefe odiaba á Juliano, que le había afrentado en la Galia.

Pero en este crítico momento, todo revelaba visiblemente que palidecía la fortuna de Constancio y que se acercaba su hora fatal. Espantosas visiones le turbaban el sueño: una vez se le apareció al dormirse la sombra de su padre llevando en brazos un hermoso niño. Constancio tomó al niño sobre las rodillas, pero éste, arrancándole su globo que tenía en la mano (1), lo arrojó á lo lejos. Evidentemente este sueño anunciaba una revolución, á pesar de que se había conseguido encontrarle explicación favorable. También ocurrió al Emperador quejarse, en una expansión íntima, de que le había faltado de pronto cierta manifestación indefinida de la presencia de un ser sobrenatural á que estaba acostumbrado; cosa que interpretaba como ausencia de su fortuna y anuncio de su próximo fin. Efectivamente, en

(1) La forma alegórica de representar á los soberanos en cuadros ó estatuas teniendo una esfera en la mano remonta á la más lejana antigüedad. Créese que la tal costumbre es oriunda de Persia.

metafísica está admitida la opinión de que á cada cual, desde el día en que nace, se le asocia una inteligencia superior, de esencia divina, que rige nuestras acciones, salvas las inmutables leyes del destino; pero cuya presencia solamente es sensible para aquellos cuyas virtudes hacen superiores á los demás hombres. Esta doctrina se apoya en oráculos y en importantes autoridades escritas, especialmente en estos dos versos del poeta Menandro:

Al lado de todo mortal se encuentra, desde el día en que nace, un genio familiar que le guía en la vida.

Esta es la alegoría que encierran los inmortales versos de Homero. Bajo el nombre de dioses del Olimpo, el poeta pone en relación con sus héroes estos genios familiares, como interlocutores, como auxiliares ó como salvadores. A misteriosa intervención de este género se atribuye unánimemente la preeminencia de Pitágoras, de Sócrates, de Numa Pompilio, del primer Scipión, y, según una tradición no tan universalmente extendida, la de Mario, de Octaviano, que fué el primero en llevar el nombre de Augusto, de Hermes Termáximo, Apolonio Tyaneo y de Plotino. Este último filósofe no temió analizar tan abstrusa teoría y sondear sus profundidades; explicando el principio de esta conexión de una esencia divina con el alma humana, de la que se encarga y á la que protege en cierto modo en su carrera hasta el término prefijado; elevándola hasta las concepciones más altas, cuando lo merece por su pureza y por su unión con un cuerpo exento de toda mancha.

Impaciente, como en todo lo que deseaba, por llegar á las manos con los rebeldes, marchó Constancio á Antioquía, desde donde, una vez terminados los preparativos, se apresuró á marchar de nuevo. A muchos de su comitiva parecía excesiva aquella precipitación; pero

se limitaban á murmurar en voz baja, no atreviéndose ninguno á presentar objeciones, ni á mostrar dudas. Ya estaba avanzado el otoño cuando partió. A tres millas de Antioquía, cerca de una ciudad llamada Hippocefalo, encontró en pleno día el cadaver de un hombre asesinado; el cuerpo estaba hacia la derecha, inclinado á Occidente, y á la izquierda la cabeza, separada del tronco. Este presagio aterró al príncipe, pero se obstinó más y más en correr al encuentro de su suerte.

En Tarso tuvo un ligero ataque de fiebre, y esperando disiparlo con el movimiento, siguió por un camino muy difícil hasta Mopsucrena, ciudad situada al pie del Tauro, y la última estación que se encuentra antes de salir de Cilicia. Al siguiente día le detuvo la agravación de la enfermedad, á pesar de todos sus esfuerzos para ponerse de nuevo en marcha; circulando por sus venas tal ardor, que quemaba su cuerpo al tocarle. Faltando los socorros del arte, vió con dolor que era inevitable su muerte. Dícese que, conservando aún el conocimiento, designó á Juliano por sucesor. En el acto ahogó su voz el estertor, y, después de larga agonía, expiró el tres de las nonas de Octubre, á los cuarenta años y pocos meses de reinado y de edad.

Después de tributar, entre llanto y gemidos, los últimos honores á su cadáver, deliberaron los principales de la corte acerca del partido que convenía tomar. Dícese que se realizaron algunos trabajos ocultos para elegir Emperador, bajo la inspiración de Eusebio, alarmado por la cuenta que tenía que dar. Pero, estando tan cerca Juliano, no podía prevalecer ninguna insinuación de este género. Enviáronle, pues, á los condes Theolaifo y Aligildo para anunciarle la muerte de su pariente y para rogarle que marchase sin demora al Oriente, que le tendía los brazos. Corría además el rumor de que Constancio había dejado un testamento en

el que, como ya hemos dicho, instituía por heredero á Juliano, y designaba á algunos de los que quería más como tutelares delegados ó fideicomisos. Su esposa, á la que dejó en cinta. dió más adelante á luz una princesa, á la que se dió el nombre de su padre, y que, cuando llegó á la edad nubil, casó con Graciano.

Para dar exacta idea del carácter de Constancio, debe empezarse por sus buenas cualidades. Encerrado siempre en la etiqueta imperial, su ánimo, orgulloso y altivo, consideraba la popularidad como baladí. Solamente con mucha circunspección otorgó las altas dignidades, y, exceptuando muy pocos casos, no consintió aumento alguno de las ventajas unidas á los cargos públicos. Supo contener la arrogancia militar. Bajo su reinado no ascendió nadie al título de ilustrísimo, aunquo sabemos que algunas veces concedió el de perfectísimo. El rector de provincia no estaba obligado entonces á salir al encuentro del maestre general de la caballería, y éste no tenía derecho á intervenir en nada de la administración civil: pero, militar ó civil, toda autoridad se inclinaba con el respeto de los antiguos tiempos ante la superioridad del prefecto del pretorio. Cuidó del soldado hasta el último extremo. Rígido apreciador del mérito, no confirió cargo en palacio hasta después de haber pesado, por decirlo así, con la balanza en la mano, todos los títulos, y nadie subió de pronto, sino por grados. De antemano se sabía á quién correspondía, después de diez años de servicios, el título de tesorero, de maestre de oficios ó de cualquier otro empleo. Rara vez ocurrió que se confiriese al militar el manejo de los negocios civiles; pero nadie, sin largo aprendizaje del oficio de soldado, consiguió el honor de mandarlos. Fué muy amante de las letras; pero su genio no se inclinaba á la elocuencia, ni fueron afortunados sus ensayos poéticos. Su régimen de vida fué frugal y sobrio; debiendo á su

moderación en las comidas no estar enfermo sino rara vez, aunque nunca lo estuvo sin peligro de muerte. La experiencia, de acuerdo con la ciencia médica, demuestra que así sucede de ordinario con las personas que se abstienen de excesos. En caso necesario sabía prescindir del sueño, y se mostró constantemente casto, hasta el punto que ni siquiera fué sospechoso de relaciones contra la naturaleza; vicio que, como es sabido, la malignidad atribuye á todo evento á los grandes, por la sola razón de que lo pueden todo. Jinete excelente, manejaba el dardo, y sobre todo el arco, con maravillosa destreza, siendo igualmente hábil en los ejercicios á pie. Nada diré aquí de lo que tanto se ha repetido acerca de su costumbre de no escupir, ni de sonarse, ni de volver la cabeza en público, ni tampoco de su abstinencia de toda clase de frutas.

Acabo de enumerar todas las buenas cualidades que se le conocieron; pasemos ahora á las malas. Por poco seguro que estuviese acerca de una acusación de aspirar al trono, por frívolo y hasta absurdo que fuese el pretexto, no descansaba ya, y, siguiendo el hilo sin fin ni término, no retrocedía ante ningún medio, legítimo ó no, para llegar al objeto: y este príncipe, al que bajo cualquier otro aspecto se le podría considerar entre los moderados, sobrepujaba entonces en crueldad á los Calígulas, Domicianos y Cómmodos. La manera de deshacerse de sus parientes al principio de su reinado anunciaba un émulo de aquellos monstruos. Agravaba la situación de los acusados con la dureza de las formas y la envenenada persistencia de las acriminaciones. Por la sospecha más ligera se aplicaba la tortura con rigor desconocido antes de él, y con implacable vigilancia; y, en las ejecuciones, hasta la misma muerte se aplicaba con toda la lentitud que permite la naturaleza. Bajo este punto de vista fué menos

accesible á la compasión que el mismo Galieno; porque éste, que en realidad tuvo que defender constantemente su vida contra las conspiraciones verdaderamente reales de Aureolo, Postumio, Ingenuo, Valente, llamado el Tesalónico, y tantos otros, indultó, sin embargo, algunas veces de la pena capital á los culpados. Bajo Constancio, por el contrario, el exceso de los tormentos arrancó algunas veces falsa confesión. En estas ocasiones era enemigo de toda justicia, cuando tanto le gustaba aparecer justo y clemente. Como esas chispas que escapan de las selvas en tiempos de sequía y llevan inevitablemente á las chozas inmediatas el incendio y la muerte, el germen más ligero servía en sus manos para inmensa proscripción. ¡Qué contraste con Marco Aurelio, que en estos casos cerraba siempre los ojos! Cassio acababa de proclamar en Siria sus pretensiones al trono: interceptóse en Iliria, donde se encontraba el Emperador, su correspondencia con sus cómplices; y Marco Aurelio la hizo arrojar al fuego con objeto de que, ignorando quiénes conspiraban, no se viese tentado á tratarles como á enemigos. Con razón se ha dicho que mejor hubiese sido para Constancio renunciar el poder, que mantenerse en él á costa de tanta sangre. Cicerón dice en una carta á Cornelio Népote: «La felicidad es el éxito en el bien: ó, en otros términos, la fortuna favoreciendo honestos propósitos. No se es feliz con malos propósitos. No llamo felicidad en César el triunfo de ideas impías y subversivas. Entre Manlio y Camilo, la felicidad está de parte del desterrado Camilo, aunque Manlio consiguiese lo que tanto deseaba, el trono:» Heráclito de Efeso expone la misma idea: «Un capricho de la suerte, dice, da la ventaja por un momento al más débil, al más cobarde, sobre el corazón más heroico. Pero saber dominarse cuando se dispone del poder, contener el resentimiento, el odio y hasta los repentinos

movimientos de la ira, esta es la verdadera gloria y el triunfo más noble.»

Tan humillado y abatido como se vió en las guerras extranjeras, así se aparece de orgulloso en el triunfo contra las revueltas intestinas, aplicando implacable mano á estas llagas del Estado. Por esta razón se atrevió, con flagrante ultraje á las costumbres y al buen sentido, consagrar con arcos de triunfo, en la Galia y en la Pannonia, la sangrienta reducción de las provincias romanas, y grabar en piedra estas hazañas..., y mientras duren estos monumentos, transmitir á la posteridad la conmemoración de un desastre nacional. Conocido es el ascendiente que adquirían sobre su ánimo la atiplada voz de las mujeres y de los eunucos, y cuánta debilidad mostraba por todo el que sabía adularle y limitarse á decir sí ó no á su beneplácito.

Debe mencionarse entre los males de este reinado la insaciable rapacidad de los agentes del fisco, que acumulaban más odio sobre la cabeza del príncipe que dinero en las arcas del Estado. Constancio no prestó nunca oídos á las quejas de las provincias extenuadas, sin conseguir jamás sus lamentos el menor alivio en el peso y multiplicidad de las cargas, ó alcanzando solamente vanas y transitorias concesiones.

En Constancio se encontraba desnaturalizada la sencilla unidad del Crítianismo con mezcla de supersticiones de vieja. Intervino en las discusiones del dogma, antes para sutilizar en las cuestiones que para procurar la concordia de los ánimos, multiplicando, por consiguiente, las disidencias. Personalmente tomó parte activa en la verbosa agudeza de las controversias. Por los caminos pasaban grupos de sacerdotes marchando á discutir en lo que llaman ellos sínodos, para hacer triunfar esta ó aquella interpretación: y estas idas y venidas concluyeron por agotar el servicio de transportes públicos.

Diremos algo de su aspecto exterior: su tez era morena, tenía noble mirada, penetrante golpe de vista y finos cabellos. Afeitábase cuidadosamente todo el rostro, para que resaltase el color. Su busto era más largo que el resto del cuerpo. Tenía las piernas cortas y arqueadas, cosa muy ventajosa para el salto y la carrera.

Embalsamado y encerrado en un féretro el cadaver, Joviano, que entonces era protector, recibió orden de llevarlo con grande aparato á Constantinopla, donde estaba sepultada su familia. Sentado en el mismo carro que llevaba los restos de su señor, durante el camino ofrecieron á este oficial, según costumbre observada con los príncipes, las muestras de las subsistencias militares, y prestaron homenaje con combates de fieras, en medio del concurso de las poblaciones. Estas cosas eran como presagios de su futura grandeza; grandeza ilusoria y efímera, como los honores tributados al conductor de un carro fúnebre.

LIBRO XXII

SUMARIO

Detenido en la Dacia Juliano por temor á Constancio, consulta secretamente los augures y arúspices.—A la noticia de la muerte del Emperador, atraviesa con rapidez lá Thracia, entra pacíficamente en Constantinopla y se ve dueño del Imperio romano sin combatir.—Condenación más ó menos justificada de los partidarios de Constancio.—Juliano arroja del palacio á los eunucos, barberos y cocineros.—Vicios de los eunucos del palacio y corrupción de la disciplina militar.—Juliano rinde públicamente el culto á los dioses, que hasta entonces había tributado en secreto, y trabaja para promover conflictos entre los obispos cristianos.—Medio que emplea para librarse de las importunas reclamaciones de algunos egipcios y para despedir á su país á los peticionarios.—Administra personalmente justicia en Constantinopla, y mientras se dedica á la administración de la Thracia, recibe diferentes legaciones extranjeras.—Ojeada sobre esta comarca, el Ponto Euxino y las poblaciones del litoral.—Juliano, después de haber agrandado y embellecido á Constantinopla, visita Antioquía.—En el camino concede á los habitantes de Nicomedia un subsidio para reedificar su arruinada ciudad.—En Ancira cuida de la administración de justicia.—Pasa el invierno en Antioquía y desempeña cargo de juez sin perseguir á nadie por motivos de religión.—Los politeístas de esta ciudad arrastran en las calles y despedazan á Jorge, obispo de Alejandría, y á otras dos personas, quedando impune el atentado.—Meditando Juliano una expedición contra los Persas, consulta los oráculos acerca del resultado de la guerra y ofrece un sacrificio de innumerables víctimas.—Su respeto á los arúspices y augures.—Atribuye sin fundamento á los cristianos el incendio del templo de Apolo en Dafnea y manda cerrar la iglesia catedral de Antioquía.—Sacrificio á Júpiter en el monte Casio.—Rencor de Juliano contra los

habitantes de Antioquía.—Este es el origen del Misopogon.—Estadística del Egipto—Del Nilo, de los cocodrilos, del ibis y de las pirámides.—De las cinco provincias del Egipto y de su ciudad más notable.

(AÑO 361 DE J. C.)

Durante esta rápida serie de acontecimientos en diferentes puntos de la tierra, Juliano, en medio de las preocupaciones que le asediaban en la Iliria, no dejaba de registrar las entrañas de las víctimas (1) y consultar el vuelo de las aves, para saber lo que le deparaba la suerte. Pero de la adivinación no conseguía más que ambigüedad é incertidumbre. Al fin el orador Aprúnculo, galo de nacimiento, y que más adelante fué gobernador de la Galia Narbonense, le predijo cuál sería el desenlace, por el examen, según dijo, de un hígado de doble tegumento. Pero Juliano sospechaba alguna superchería para complacerle y continuaba inquieto, cuando tuvo él mismo un presagio mucho más significativo y que era clara manifestación de la muerte de Constancio. En el momento mismo en que el Emperador fallecía en Cilicia, Juliano montaba á caballo, rodeado de numerosa comitiva. El soldado que acababa de ayudarle á montar cayó, y Juliano exclamó: «El autor de mi elevación ha caído.» Mas no por esto dejó de insistir, por muchas razones, en no pasar la frontera de la Dacia, considerando que no era prudente aventurarse por conjeturas que la realidad podía desmentir.

(1) La observación adivinatoria se ejercía principalmente sobre el hígado de las víctimas. Según Valerio Máximo, el cónsul Marcelo, la víspera de su muerte hizo un sacrificio para interrogar la voluntad de los dioses. En la primera víctima se encontró un hígado sin lóbulo, y en la segunda se vió un hígado con dos. El arúspice declaró, en vista de esto, que el presagio no era feliz.

Cuando mayor era su incertidumbre, llegaron Theolaifo y Aligildo, encargados de anunciarle que Constancio no existía ya, y que su última voluntad había sido que le sucediese Juliano. Esta noticia, que ponía término á su ansiedad y le libertaba de los cuidados y agitaciones de una guerra inminente, regocijó su corazón, inspirándole ilimitada confianza en la ciencia adivinatoria. Recordando entonces cuánto le había servido la celeridad de sus empresas, en seguida dió orden de marchar, franqueó rápidamente la vertiente del paso de Sucos que mira á la Thracia, y llegó á Filipópolis, la antigua Eumolpiada. Cuantos soldados se encontraban reunidos en derredor suyo corrían alegremente detrás de él, comprendiendo perfectamente todos que, en vez de desesperada lucha por el Imperio, solamente se trataba de una toma de posesión pacífica y no disputada. La fama, que ensalza siempre todo lo nuevo, prestaba á Juliano su prestigio; pareciendo su marcha la de Triptolemo, que la fabulosa antigüedad nos presenta cruzando los aires en un carro tirado por dos dragones alados (1). Ejércitos, flotas, murallas, todo cede ante él, encontrándose ya en Perintho, la ciudad de Hércules. En cuanto llegó la noticia á Constantinopla, toda la población de uno y otro sexo salió de las murallas con el apresuramiento que se mostraría por ver á un hombre bajado del cielo. Entró en la ciudad el tres de los idus de Diciembre, saludándole en respetuoso homenaje el Senado y recibiendo unánimes aclamaciones del pueblo. Escoltábale prodigioso concurso de tropas y ciuda-

(1) Según la fábula, Céres, al recorrer el mundo en busca de su hija Proserpina, llegó á Atenas, donde se ofreció como nodriza del niño Triptolemo, que la reina acababa de dar á luz. Cuando el niño fué grande, la diosa le regaló un carro enganchado con dos serpientes aladas que le servía para derramar desde los aires las semillas sobre la tierra.

danos con el orden de marcha militar, mientras que sólo en él se fijaban las miradas y admiración de la multitud. Y en efecto; aquel príncipe tan joven (1), de tan escasa estatura, con tan gigantescas hazañas, con sus sangrientas lecciones dadas á tantos reyes y tantos pueblos, su repentina aparición de ciudad en ciudad, donde su presencia se adelantaba á toda previsión, atraían el afecto por todas partes, reclutando sin cesar nuevas fuerzas; su dominación, extendiéndose como el incendio y quedando al fin ocupado el trono como por intervención divina, sin que costase al país ni una lágrima; todo esto parecía la ilusión de un sueño.

El primer acto del nuevo reinado fué abrir una serie de informacfones judiciales, cuya dirección se encargó á Salustio Segundo (2), recientemente nombrado prefecto del pretorio, y que gozaba de la completa confianza de Juliano. Dióle el príncipe por asesores á Mamertino, Arbeción, Agilón y Nevita, agregándoles Jovino, á quien acababa de crear general de la caballería, á su paso por Iliria. Reunida la comisión en Calcedonia, hizo asistir á sus actos á los príncipes y tribunos de las legiones Joviana y Herculiana, juzgando con excesivo rigor, si se exceptúan algunos grandes criminales castigados con justicia. En primer lugar desterró á Bretaña á Paladio, que había sido maestre de los oficios, sospe-

(1) Juliano tenía entonces treinta y un años.

(2) En tiempo de Juliano existían dos personajes con este nombre, y los dos eran prefectos del pretorio. Saturnino Salustio, que es el mencionado aquí, varón muy respetable, y denominado Segundo para distinguirle del otro Salustio, su contemporáneo, era prefecto del pretorio en Oriente. Siguió á Juliano en su expedición contra los Persas, estuvo á punto de perecer en la misma batalla que murió Juliano, y después de la muerte del Emperador, rehusó el ofrecimiento del Imperio, que le hizo unánimemente el ejército. El otro Salustio era prefecto del pretorio en las Galias.

choso solamente de haber perjudicado con sus relatos, durante su cargo, á Galo cerca de Constancio. Tauro, que fué prefecto del pretorio, marchó relegado á Vercellum por un hecho que cualquier juez imparcial habría mirado con indulgencia; porque no es crimen, en tiempos de revolución, buscar refugio al lado de un soberano legítimo. Así es que nadie puede leer sin indignación el preámbulo de la sentencia que le condenaba: «Bajo el consulado de Tauro y de Florencio, Tauro por la voz del pregonero, etc.» (1). Igual suerte estaba reservada á Pentadio, acusado de haber redactado, por expreso mandato de Constancio, el acta del último interrogatorio de Galo. Pero hábil defensa le libró del castigo. Con igual arbitrariedad enviaron á la isla de Boas, en Dalmacia, á Florencio, maestre de los oficios é hijo de Nigrino. El otro Florencio, prefecto del pretorio, consiguió ocultarse con su esposa y no volvió á presentarse hasta después de la muerte de Juliano. A este Florencio le condenaron á muerte por contumacia. Dictóse pena de destierro contra Evagro, tesorero del dominio privado; contra Saturnino, que había sido intendente del palacio, y contra el notario Cirino. Me atrevo á decir que hasta la misma justicia ha llorado la muerte de Ursulo, tesorero de los ahorros, y ha tachado de ingratitud al Emperador; porque en la época en que Juliano fué enviado como César al Occidente, se encontraba tan escaso de recursos, que no podía dar nada á los soldados, siendo esto intriga de la corte para que no pudiese manejar bien al ejército, y este mismo Ursulo escribió al tesorero de las Galias que entregase al César cuanto dinero pidiese. Comprendió Juliano que

(1) En el preámbulo de las actas se citaba siempre los nombres de los cónsules en funciones. Compréndese el efecto que debió producir el de Tauro apareciendo á la vez como cónsul y como sentenciado.

aquella muerte había de provocar contra él maldiciones y odios, y procuró más adelante paliar un acto inexcusable, pretextando que se había realizado sin su consentimiento y que había sido efecto de los rencores del ejército por sus palabras ante las ruinas de Amida. También se consideró como contrasentido y acto de debilidad la elección de Arbeción, que presidía de hecho las investigaciones, apareciendo sus colegas de nombre solamente. Y en efecto; era imposible que aquel ambicioso hipócrita no hiciese sospechoso á Juliano, ni que pudiera considerarle de otra manera que como enemigo, por el activo papel que había desempeñado en las guerras civiles.

Despues de estos actos, que desaprobaron hasta los amigos de Juliano, citaremos algunos ejemplos de justa severidad. Aquel Apodemio, intendente en otro tiempo, á quien vimos encarnizarse con tanta rabía en la pérdida de Galo y de Silvano; aquel notario Paulo, denominado *Catena*, cuyo sólo nombre hacía temblar, encontraron en la hoguera el suplicio que merecían sus crímenes. También se dictó sentencia de muerte contra el altivo y cruel Eusebio, camarero mayor de Constancio, puesto á que había llegado desde la condición más humilde, consiguiendo casi hacer obedecer á su mismo amo, por lo que mostraba intolerable arrogancia. Adrastia, cuya vista está fija siempre en las faltas de los hombres, le había hecho más de una advertencia; pero no hizo caso, y, como de elevada roca, se vió precipitado de su grandeza.

El nuevo Emperador fijó en seguida su atención en los palatinos (1), expulsándoles sin distinción. No era esto lo que podía esperarse de un filósofo amigo de la

(1) Según Libanio, había en el palacio hasta míl cocineros, otros tantos barberos, multitud de escanciadores y de eunucos y de espías.

verdad. La depuración habría sido laudable, si hubiese respetado á los pocos cuya conducta era notoriamente pura é integra. Verdad es que el palacio se había convertido en un semillero de vicios, cuyos gérmenes se habían propagado al exterior. El desorden no habría sido tan grave sin el contagio del ejemplo. Algunos comensales de aquella morada, enriquecidos con los despojos de los templos, se habían acostumbrado á despojar, y acechaban, por decirlo así, toda ocasión de lucro. Pasando sin transición de la extrema pobreza al supremo grado de la opulencia, saqueaban y disipaban, prodigando sin freno y sin medida. El contagio se apoderó poco á poco de las costumbres públicas: de aquí el desprecio tan común de la fe jurada y de la estimación ajena; la avidez de ganancia, que ansía satisfacerse aun á costa de cualquier mancha, y los caudales prodigiosamente devorados, sepultados en el lujo y los festines. La mesa tuvo sus triunfadores, como en otro tiempo la victoria. A esta época pertenece el inmoderado uso de los tejidos de seda; los premios concedidos á la perfección de una tela, á los refinamientos de la ciencia culinaria, y el fausto en el mobiliario y las inmensas dimensiones de las moradas. Si el campo de Cincinato hubiese igualado en extensión al suelo de una de aquellas casas, no habría conseguido, después de la dictadura, el honor de su noble pobreza.

Debemos añadir á este cuadro de disolución, el quebrantamiento de la disciplina militar, los cantos lascivos repetidos en vez de himnos de guerra; la piedra, que en otro tiempo servía de almohada al soldado, cambiada por el plumón del cogin más blando; su copa de beber pesaba más que su espada; ya no quería vasos de tierra, y necesitaba palacios de mármol. ¡Y leemos en la historia que fué severamente reprendido un soldado espartano por haber puesto el pie bajo techado en tiem-

po de guerra! Feroz y rapaz con sus conciudadanos, el romano se había trocado en blando y cobarde ante el enemigo. Corrompido por la ociosidad, pervertido por los donativos, era en cambio perito en el conocimiento del oro y la pedrería. Y, sin embargo, no distaba mucho el tiempo en que un simple soldado de Maximiano César, habiendo encontrado en el saqueo del campamento de los persas un saquito de piel lleno de perlas, fué bastante inocente para arrojar el contenido, contentándose con la envoltura, por lo mucho que le gustó la piel (1).

Quiso un día el Emperador que le cortasen el cabello, y vió entrar un personaje suntuosamente vestido. Extrañándolo, dijo Juliano: «He pedido un barbero, y no un rentista.» Preguntó, sin embargo, á aquel hombre cuánto ganaba con su empleo: «Veinte raciones de mesa por día, contestó; otras tantas de forraje, un buen sueldo anual y bastantes accesorios muy lucrativos.» Enojóse el Emperador y despidió á toda aquella chusma, así como también á los cocineros y á cuantos se encontraban en iguales condiciones, y de los que no sabía qué hacer, diciéndoles que se buscasen la vida en otra parte.

Tuvo Juliano en su infancia inclinación al culto de los dioses, que fué aumentando con la edad. Mientras necesitó guardar consideraciones, no se entregó á él sino rodeándose de profundo misterio: pero una vez libre de trabas, y pudiendo al fin obrar según su voluntad, reveló claramente el secreto de su conciencia. Por medio de edictos claros y terminantes mandó abrir de nuevo los templos y otrecer otra vez víctimas en los abandonados altares. Para asegurar el efecto de estas disposiciones, convocó en su palacio á todos los obispos divididos entre sí por la doctrina y á los represen-

(1) Las pieles eran importante artículo de exportación en el comercio de los Persas.

tantes de las diferentes sectas que profesaba el pueblo, haciéndoles ver, aunque suavemente, que era necesario terminasen las disputas y que cada cual profesase sin temor el culto que eligiese. Si se mostraba tan tolerante en este punto, era porque esperaba que la libertad multiplicaría los cismas, y que de esta manera no tendría en contra suya la unanimidad, sabiendo por experiencia que, divididos en el dogma los cristianos, son peores que fieras unos contra otros. Frecuentemente les decía: «Escuchadme; los alemanes y los francos me han consultado muchas veces.» Esto era parodiar la frase de Marco Aurelio, y Juliano no veía que las circunstancias habían cambiado. Marco Aurelio atravesaba la Palestina dirigiéndose á Egipto; y exasperado por la horrible suciedad de los judios y su turbulento carácter, exclamó con disgusto: «¡Oh marcomanos¡ ¡Oh quados! ¡Oh sármatas! Al fin he encontrado otros más ineptos que vosotros!»

Por aquel mismo tiempo, una nube de egipcios, seducidos por vagas esperanzas, vino á caer sobre Constantinopla. Raza disputadora, pleitista, que no paga sino por fuerza, infatigable en sus repeticiones, siempre exageradas, y que para conseguir descargo, perdón ó aplazamiento, tiene siempre dispuesta queja ó concusión. Asediaban en masa las audiencias del príncipe y prefectos del pretorio, hablando todos á la vez como grajos y aturdiéndoles con peticiones, fundadas ó no, cuyo origen remontaba por lo menos á setenta años; siendo imposible ocuparse de otros asuntos. Por medio de un edicto los citó Juliano á Calcedonia, prometiéndoles que iría el mismo para decidir acerca de sus pretensiones; y en cuanto marcharon, se prohibió terminantemente á los barcos de regreso que admitiesen como pasajeros á los egipcios, prohibición que se cumplió á la letra; disipándose inmediatamente todo

aquel ardor de peticiones en cuanto quedó demostrada su inutilidad, y cada cual regresó á su casa. De esto se tomó ocasión para dictar un ley que parece dada por la equidad misma, en la que se declara bien adquirido todo dinero dado con el propósito de conseguir una ventaja, prohibiéndose la reclamación.

(Año 362 de J. C.)

En las kalendas de Enero se abrieron los registros consulares con los nombres de Mamertino y Nevita. El príncipe se digno mezclarse á pie con las personas distinguidas que asistían á la ceremonia, cosa que aprobaron unos y tacharon otros de degradante afectación. En seguida dió Mamertino juegos en el circo, y habiendo sido introducidos los esclavos que, según costumbre, habían de recibir la libertad, el mismo Juliano pronunció la fórmula de manumisión. Pero habiéndole advertido que aquel día pertenecía á otro el derecho de manumitir, se condenó á sí mismo por aquella equivocación á una multa de diez libras de oro.

Frecuentemente acudía al Senado para dirimir las cuestiones litigiosas. Un día en que escuchaba atentamente la discusión, vinieron á decirle que acababa de llegar del Asia el filósofo Máximo. Inmediatamente se levantó y, prescindiendo de su dignidad, corrió á recibirle hasta más allá del vestíbulo, lo abrazó y lo introdujo con ciertas muestras de respeto en la sala de sesiones; demostración intempestiva y que probaba su afán por falsa gloria. Indudablemente había olvidado aquel pensamiento de Cicerón sobre tales acciones, cuando dice: «Estos mismos filósofos no dejan de poner su nombre en los tratados del desprecio de la gloria; queriendo que se les alabe y glorifique por sus mismos esfuerzos, para inspirar este desprecio.»

Pocos días después, dos intendentes comprendidos en la expulsión de los empleados palatinos, acudieron secretamente á Juliano para proponerle la revelación del retiro de Florencio, con tal de que consintiera en reponerles en sus empleos. Con desprecio rechazó el ofrecimiento, les trató de viles delatores, y añadió que sería indigno de un Emperador emplear tales medios para apoderarse de un hombre que solamente se ocultaba por temor á la muerte, y á quien la esperanza de conseguir perdón alentaría quizas á no ocultarse por más tiempo.

Tenía entonces Juliano á su lado á Pretextato, varón de excelente carácter y senador como los de la antigua Roma. La casualidad se lo presentó en Constantinopla, á donde le llevaron sus asuntos particulares, y el príncipe le nombró espontáneamente procónsul de la Acaya.

No perdía de vista Juliano los intereses militares, no obstante su atención á las reformas en la administración civil. Solamente confiaba el mando á jefes experimentados por largos servicios; reedificaba por toda la Thracia las fortificaciones arruinadas y velaba con extraordinaria solicitud para que los destacamentos distribuídos por la orilla derecha del Iter, de los que sabía velaban bien y atentamente acerca de las empresas de los bárbaros, no careciesen de armas, ropas, sueldo ni víveres. Cuando se multiplicaba para atender á tantos cuidados, y comunicaba la actividad á todos los mecanismos del Estado, le aconsejaron una expedición contra los godos fronterizos, que nos habían dado tantas pruebas de su mala fe y de su perfidia. Pero deseaba, según decía, adversarios de otro temple, porque en cuanto á éstos, bastaba dejar hacer á los mercaderes galatas que los vendían á tanto por cabeza, sin atender á la condición de los individuos.

La fama, sin embargo, proclamaba en el extranjero su valor, su templanza y sus conocimientos militares;

su nombre, despertando la idea de todas las virtudes, se extendía poco á poco por todo el mundo; comunicándose cierto sentimiento de respetuoso temor desde los pueblos más inmediatos á las naciones más apartadas. De todas partes y una tras otra, llegaban legaciones. De la Armenia y las comarcas del otro lado del Tigris, vino una para negociar paz con él. Desde los extremos de la India, hasta de Dib y Serendib, partieron diputaciones cargadas de regalos. Las regiones australes de la Mauritania solicitaron el favor de que se las considerase como dependencias del Imperio. En fin, al Norte y al Oriente, los pueblos ribereños del Bósforo y del mar que recibe las aguas del Phaso, ofrecieron como suplicantes un tributo anual para obtener permiso de continuar habitando en el suelo donde habían nacido.

El relato de dichos acontecimientos, á que va unido el nombre de este gran príncipe, nos ha llevado á hacer mención de la Thracia y del Ponto Euxino, por lo que no será inconveniente dar acerca de estas regiones algunas noticias que me son propias, ó que he recogido en mis lecturas.

La elevada cima del monte Athos (1), en Macedonia, abierta en otro tiempo para dejar paso á la flota de Xerxes, y el escarpado promontorio de Cafarea, en la isla Eubea, adonde vino á chocar la armada de los griegos, gracias al artificio de Nauplius, padre de Palamedes (2),

(1) El monte Athos es notable en la antigüedad por los gigantescos proyectos á que dió ocasión. Al lado de la tradición de Herodoto acerca del paso que Xerxes abrió á su flota cortando la montaña, debe citarse la anécdota que refiere Vitrubio de un arquitecto macedonio que ofreció á Alejandro dar á aquella mole natural la forma de un hombre teniendo en la mano izquierda una gran ciudad, y en la derecha una copa destinada á ser el recipiente de todos los rios que nacen en la montaña.

(2) Al regresar de Troya parte de la flota de los griegos se

á pesar de la distancia que los separa, marcan los límites recíprocos del mar Egeo y del de Thesalia. A partir de este último punto, el Egeo va ensanchándose, sobre todo por la derecha, donde las Sporadas por una parte y por otra las Cicladas, llamadas así porque forman casi un círculo en derredor de Delos, cuna de dos divinidades, le dan aspectos de vasto archipiélago. Sus olas bañan por la izquierda Imbros y Tenedos, Lemnos y Thasos, y, cuando las levanta el viento, se agitan furiosas contra las rocas de Lesbos. Rechazadas por este obstáculo, se lanzan sobre la costa de Troada, hacia el templo de Apolo Smithiano y el heroico hijo de Troya. Más al Norte, el Egeo forma el golfo de Melana, desde cuya entrada se descubre, por un lado á Abdera, patria de Protágoras y de Demócrito, y por el otro la sangrienta guarida del cruel Diomedes de Thracia, y el estrecho valle donde la corriente del Hebro se replega sobre sí misma y sube hacia su origen; después Maronea y Aenos, playa á que abordó Eneas bajo auspicios funestos, y de la que se apresuró á huir, guiado por los dioses, hacia las orillas de la antigua Ausonia.

En seguida se estrecha el Egeo, y, obedeciendo á un impulso natural, corre á reunirse con el Ponto, del que se agrega una parte, figurando la letra griega Φ. Abriéndose desde aquí el Helesponto, y dejando á un lado el Rhodopo, baña sucesivamente Cynossemo, donde se cree sepultada Hécuba, Coelos, Sestos y Callipolis, y en la orilla opuesta las tumbas de Aquiles y Ajax, Dardania y Abydos, donde Xerxes echó un puente para atravesarlo. Más adelante están Lampsaco, regalo del rey de los persas á Themístocles, y Paros, fundada por Parios, hijo de Jason. Ensanchándose ahora por ambos

destrozó sobre las rocas de la isla Eubea, engañada por las hogueras que mandó encender durante la noche el rey Nauplius, para vengar la muerte de su hijo Palamedes.

lados en semícirculo, aparta muy lejos sus orillas, y, tomando el nombre de Propóntida, baña al Oriente Cizico y Dindimo, santuario reservado á la madre de los dioses; después Apamia, Cio y Astaco, cuyo nombre cambió un rey andando los tiempos por el de Nicomedia. Por el lado de Poniente, toca á Querronesa, Ægos-Potamos, donde predijo Anaxágoras que lloverían piedras, Lysimaquia y la ciudad que fundó Hércules en memoria de su compañero Perintho. En fin, como para hacer completa la semejanza con la Φ, en medio de su circunferencia se prolongan las islas Preconosa y Besbica.

En cuanto sus aguas doblan la punta de esta isla, este mar se estrecha otra vez entre la Europa y la Bitinia, y baña á la derecha Calcedonia, Crisópolis y otros parajes menos conocidos. Por la izquierda forma los puertos de Athyras, Selymbria y Constantinopla, la antigua Bizancio, colonia ateniense, y el promontorio de Ceras, coronado por alto faro; lo que ha hecho dar el nombre de Ceratas al frío viento que ordinariamente sopla de estas costas.

Aquí se detiene la corriente y queda completa la comunicación de los dos mares. Retíranse ahora de nuevo las dos riberas, abrazando un manto de agua sin límites á que alcance la vista, y cuyo circuito forma navegación de veintitrés mil estadios, según Eratosthenes, Hecateo, Ptolomeo y otros autores que pretenden ser exactos en la determinación de las distancias. Según todos los geógrafos, la forma de este mar es la de un arco escita con la cuerda. A Levante lo limita la Palus Meotida, y á poniente el Imperio romano. Sus costas septentrionales las habitan pueblos que tienen diferentes costumbres y lenguaje. Su ribera del mediodia describe ligera curvatura reentrante. Su inmenso litoral está sembrado de ciudade s griegas, casi todas funda-

das por los milesianos, colonia de Atenas, establecidos desde muy antiguo en el Asia Menor por Nileo, hijo de Codro, que, según dicen, se sacrificó por su patria en la guerra contra los Dorios. Figuran los dos extremos del arco los dos Bósforos, el Thracio y el Cimmeriano. El nombre de Bósforo viene de que la hija de Inaco, transformada en vaca, según los poetas, atravesó á nado los dos mares interiores para pasar á la Jonia.

A la derecha de la curvatura, al salir del Bósforo, se encuentra la costa de Bitynia, llamada por los antiguos Mygdonia. Este reino comprende las provincias de Thynia, Mariandena, las Bebryces, que en otro tiempo libertó Pólux de la tiranía de Amycus (1), y la lejana comarca donde el divino Fineo temblaba al batir de alas de las harpías (2). En esta sinuosa playa, frecuentemente interrumpida por profundos senos, se encuentran las embocaduras del Sangaro, el Psylles, Bizes y

(1) Amycus, hijo de Neptuno, rey de Bebrycia, gigante feroz de prodigiosa fuerza, mataba á todos los extranjeros á quienes su infortunio arrojaba á sus costas, bien precipitándolos desde lo alto de las rocas al mar, ó bien, cuando los consideraba dignos de medirse con él, rompiéndoles el cráneo y los miembros. Un día los argonautas, prosiguiendo su temeraria empresa, abordaron aquellas inhospitalarias playas. Uno de aquellos héroes, Pólux, hijo de Júpiter, muy joven todavía, pero experimentado ya en todo género de combates, se atrevió á pelear con el tirano y le mató.

(2) Fineo, rey de Thracia, había recibido de Apolo el don de leer en lo venidero. Indignado Júpiter al ver á un mortal iniciado en los secretos de los dioses, cegó á Fineo y lo despojó de su reino. No quedó en esto el enojo del rey de los dioses, sino que le suscitó, para tormento del anciano, las harpías, monstruos femeninos, aves voraces é inmundas, que diariamente venían á arrancar de la boca de Fineo, ó á ensuciar, los manjares de su mesa. Este suplicio no terminó hasta que los argonautas Zetes y Calais, hijos alados de Boreo y Orythia, destruyeron aquellos monstruos, persiguiéndoles hasta las cavernas de las islas Strophadas, donde se guarecían.

Rhebas. Por el opuesto lado vense surgir del seno de las aguas las Simplegadas, doble roca escarpada por todos sus lados, de las que se dice que en otro tiempo las dos partes chocaban con horrible estrépito, retrocedían y renovaban el combate sin cesar. Por rápido que fuese el vuelo de un pájaro, no habría podido escapar de entre aquellas dos moles en el momento en que se precipitaban una sobre otra. La primera nave de Argos, cuando vogaba para la conquista del vellocino de oro, pudo, sin embargo, pasar entre ellas sin que la alcanzase el choque, y desde este día cesó el antagonismo; las dos partes se reunieron tan íntimamente, que hoy nadie creería en su antigua separación si no existiesen, para acreditarla, todas las tradiciones de la poesía antigua.

Después de la Bithynia vienen las provincias del Ponto y de Plafagonia, en las que descuellan Heraclea y Sinope, Polemonion y Amisos, ciudades importantes, creadas todas por el activo genio de los griegos; y Cerasonta, cuyos dulces frutos trajo Lúculo á nuestras comarcas. En el seno de altas islas se alzan las importantes ciudades de Trapezunta (1) y Pityunta. Más lejos se encuentra la caverna de Aquerusa, que los habitantes del país llaman Μυκοπόντιος (2); el puerto de Acón y varios ríos, el Aquerón, el Arcadio, el Iris y el Tibris, y más adelante el Parthenio, precipitándose todos con rápido curso en el mar. Cerca de aquí se encuentra el Thermodón, que baja del monte Armonio y corre entre los bosques de Themiscira, donde en otro tiempo buscaron refugio las amazonas, por los motivos que voy á referir.

Estas guerreras de la antigüedad, después de haber

(1) Trebisonda.
(2) Que absorbe el agua del mar.

arruinado con sus continuas y sangrientas incursiones todos los Estados vecinos, aspiraban todavía á descargar mayores golpes. Confiando en sus fuerzas, y arrastradas por ardor de conquista, llegaron, pasando sobre los restos de multitud de pueblos, á buscar en los atenienses los adversarios más temibles. La lucha fué obstinada; pero al fin cedió su ejército, por la derrota de la caballería que guarnecía las alas, y todas las amazonas sucumbieron. A la noticia de esta derrota, las que, menos aptas para pelear, habían quedado en sus hogares, viéndose reducidas al último extremo y temiendo la venganza de vecinos irritados por los males que les habían hecho sufrir, se retiraron á las orillas más tranquilas del Thermodón. Allí se multiplicó su posteridad, volvió reforzada á su antigua patria y fué de nuevo terror de todas las naciones extranjeras.

Cerca de allí se alza en suave pendiente hacia el septentrión el monte Carambis, separado por dos mil quinientos estadios de mar del promontorio de Criumetopón, en Taurida. A partir del río Halys, todo el litoral se extiende en línea tan recta como la cuerda estirada entre los dos extremos del arco. En sus confines se encuentran los Dahas, el pueblo más belicoso de la tierra, y los Chalybos, que fueron los primeros en arrancar el hierro de las minas. Ocupan las inmensas comarcas que se encuentran en seguida, los Byzaros, los Tybarenos (1), los Mosinecos, los Macronos y los Filiros, pueblos sin comunicación con nostros hasta hoy. A corta distancia se encuentran las tumbas de tres héroes, Sthenelo, Idmón y Tiphys; el primero compañero de Hércules, herido mortalmente peleando con las amazonas; el segundo augur de los argonautas, y

(1) Los Tybarenos, según algunos escritores antiguos, se cubrían la cabeza y acostaban cuando daban á luz sus mujeres.

el tercero su hábil piloto. Al otro lado de esta comarca se hallan el antro de Aulión y el río Calicoro, llamado así porque Baco, después de haber realizado en tres años la conquista de las Indias, celebró su regreso en sus umbrosas y floridas orillas, con coros, danzas y orgías, misterios que algunos llaman Tritéricas (1). En seguida se llega á las famosas moradas de los camaritanos y al Faso, cuyas murmuradoras aguas bañan los pueblos de Cólquida, raza salida antiguamente del Egipto. En el número de estas ciudades debe citarse á Faso, que toma su nombre del río, y á Dioscura, importante aún en nuestros días, cuya fundación se atribuye á Amfito y Cercio, aurigas de Cástor y Pólux. Encuéntranse muy cerca los Aqueenos, que, según algunos autores, después de una guerra anterior á la de que Helena fué objeto, rechazados por una tempestad á las orillas del Ponto, encontrando enemigos por todas partes y no pudiendo establecerse en ninguna, concluyeron por ocupar las cumbres de las montañas, cubiertas por nieves eternas. La dureza del clima hizo contraer á aquellos emigrados la costumbre de vivir de la rapiña, haciéndoles muy pronto feroces bandidos. En cuanto á sus vecinos los Cercetos, no se sabe nada digno de mención.

Detrás de éstos se encuentran los Cimerianos, habitantes del Bósforo. Allí existen muchas ciudades milesianas y su metrópoli Panticapea, regada por el Hypanis, engrosado por numerosos afluentes. Al otro lado, pero á largas distancias, tribus de amazonas habitan las dos orillas del Tanais (2) y se extienden hasta

(1) Fiestas de Baco que se celebraban cada tres años, en memoria de la conquista de la India, realizada en tres años por el dios.

(1) Hoy el Don, río que desemboca en el mar Azof. Los antiguos geógrafos ponían su origen en los montes Ripheos.

el mar Caspio. Este río nace en las montañas del Cáucaso, y va á perderse en la Palus Meotida, formando en su sinuoso curso el límite recíproco de Europa y Asia. Cerca de aquí corre el río Rha, en cuyas orillas se encuentra una raíz que tiene el mismo nombre, y que se emplea frecuentemente en medicina.

Al otro lado del Tanais se extienden indefinidamente la comarca de los Sármatas, regada por numerosos ríos, tales como el Maracco, el Rhombito, el Theofano y el Tatordano. Aunque separada de esta región por enorme distancia, otra nación toma también el nombre de Sármata: ésta habita las orillas del mar donde vierte sus aguas el Corax.

En seguida aparece el vasto contorno de la Palus Meotida, que saca de sus abundantes venas y vierte en el Ponto, por el estrecho de Patara, considerable masa de agua. A la derecha del lago están las islas de Fanagora y Hermonassa, civilizadas por los trabajos de los griegos. Más lejos, y en sus orillas más apartadas, habitan multitud de tribus, con diferentes costumbres y lenguaje: los Jaxamatos, los Meotas, los Jasygos, los Roxolanos, los Gelones y los Agathyrsos, entre los que abundan los diamantes. Todavía se encuentran pueblos más allá, pero penetrando mucho en las tierras.

A la derecha de la Palus Meotida se encuentra el Quersoneso, lleno de colonias griegas; así es que los habitantes son amables y pacíficos; se dedican á la agricultura y viven de sus productos. Corta distancia los separa de la Taurida, dividida entre las diferentes tribus de los Arincos, los Sincos y los Napeos, todos igualmente temibles por la inveterada barbarie de sus costumbres; barbarie que llega á tal punto, que el mar que los baña ha recibido el nombre de inhospitalario. Pero los griegos, por antífrasis, le han llamado Ponto Euxino; de la misma manera que llaman εὐήθεν al loco,

εὐφρόνην la noche, y εὐμενίδας á las Furias. Estos pueblos sacrifican víctimas humanas. Inmolan los extranjeros á Diana, á la que llaman Oreiloche, y cuelgan los cráneos de sus víctimas en las paredes de los templos, como gloriosos trofeos.

Leuca, isla habitada y consagrada á Aquiles, es una dependencia de la Taurida. Los viajeros que lleva allí la casualidad visitan sus templos y contemplan las ofrendas llevadas en honor de los héroes; pero al obscurecer vuelven á sus naves, porque, según se dice, se arriesga la vida pasando allí la noche. En el interior hay lagos poblados de aves blancas del género de los alciones. Más adelante hablaremos de su origen y de los combates que tienen en el Helesponto. También posee ciudades la Taurida, entre las que sobresalen Eupatoria, Dandacia y Theodosia, siendo las otras menos importantes, sin haberse manchado nunca con sacrificios humanos.

Aquí termina la parte superior del arco. Recorramos ordenadamente los parajes del resto de su curvatura, ligera por este lado, y opuesta al signo de la Osa, hasta la orilla izquierda del Bósforo de Thracia. Diremos que, á diferencia del arco que usan las otras naciones, que tiene forma de vara larga, los dos lados del de los scitas y parthos, reunidos en el centro por un puño recto y redondo, describe cada uno una curva tan pronunciada como la de la luna menguante.

A partir de la unión, en el punto donde terminan los montes Rifeos, habitan los Arimfos, pueblo conocido por su justicia y amenidad. Los ríos Cronio y Bísula riegan esta comarca. Cerca de aquí están los Messagetas, los Alanos, los Sergetas y otros pueblos obscuros, de los que no conocemos bien los nombres ni las costumbres. A cierta distancia se encuentra el golfo de Carcinita, un río del mismo nombre, y después un bos-

que consagrado á Hecato. En seguida aparece la corriente del Boristhenes, que, naciendo en el monte de los Nervianos, siendo poderoso en su nacimiento y aumentado con la afluencia de otros ríos, se precipita en el recipiente del Euxino. En sus frondosas orillas se alzan las ciudades de Boristhenes y de Cefalonesa, y altares consagrados á Alejandro el Grande y á César Augnsto. Más lejos se encuentra la península habitada por la innoble raza de los Sindos, aquellos infieles siervos que, mientras sus amos llevaban la guerra al Asia, se apoderaron de sus mujeres y de sus bienes. La estrecha playa que se encuentra en seguida ha recibido de los indígenas el nombre de Carrera de Aquiles, el héroe de Tesalia, que hizo un estadio para entregarse á este ejercicio. En las inmediaciones está Tyros, colonia de Fenicios, bañada por el río Tyros.

El centro de la convexidad del arco, que un buen andarín puede recorrer en quince días, está habitado por los Alanos de Europa y los Costobocos, y detrás de éstos se encuentran las innumerables tribus escíticas, extendidas en ilimitados espacios. Corto número de estos pueblos se alimenta con trigo, vagando los demás indefinidamente por vastas y áridas soledades, que nunca roturó el arado ni recibieron semillas. Allí viven entre hielos y á la manera de las bestias. Carros cubiertos con cortezas les sirven para transportar por todos lados, según su capricho, habitación, muebles y familia.

La playa, cuando se llega al último punto de la curvatura, está llena de multitud de puertos. Allí se eleva la isla Peuca, morada de los Trogloditas, de los Peucos y de algunas otras tribus pequeñas. También se encuentra allí Histros, ciudad muy poderosa en otro tiempo; Apolonia, Anquialos y Odissos, sin hablar de otras muchas diseminadas por la costa de la Thracia. El Danubio, que nace en los montes Rauracos, en los confi-

nes de la Rhecia, aumentado en su inmenso curso con las aguas de más de treinta ríos navegables, viene aquí á derramar su caudal por siete bocas en el mar de la Scitia. Estas bocas tienen nombres griegos; la primera el de Peuca, de la isla del mismo nombre; llámase la segunda Naracustoma, la tercera Calonstoma, la cuarta Pseudostoma, siguiendo Boreonstoma y Sthenostoma, mucho menos importantes que las otras cuatro; la séptima ocupa vasta superficie, pero, á decir verdad, no es más que una charca.

En toda la superficie del Ponto Euxino reina atmósfera nebulosa; sus aguas son más dulces que las de los otros mares y ocultan multitud de bajos. Depende el primer efecto de la evaporación de tan extenso manto de agua; el segundo de la cantidad relativamente considerable de agua fluvial que penetra en él, que modera la sal; y el tercero por la cantidad de limo continuamente acarreado por los afluentes. Es cosa averiguada que los peces acuden á bandadas para depositar allí su freza, que se desarrolla mejor, y corre menos peligro en aquellas aguas más dulces y en cavidades más profundas, donde no tienen que temer la voracidad de los monstruos marinos; porque estas especies no aparecen jamás en aquellos parajes, como no sean algunos delfines pequeños, que no hacen daño alguno. La parte de este mar más expuesta al río se hiela hasta tal profundidad, que, á lo que se cree, no pueden los ríos encontrar salida; y entonces su superficie resbaladiza y peligrosa impide que hombre ó bestia de carga se atreva á poner en ella el pie. Este fenómeno es común á todo mar interior en el que penetra agua dulce en tanta cantidad. Pero terminemos esta digresión, que nos ha llevado más lejos de lo que esperábamos.

Al fin llegó á poner colmo á las alegrías del momento una noticia impacientemente esperada y que por

mucho tiempo había defraudado nuestra esperanza. Cartas de Agilón y de Jovio, que no tardó en ser nombrado cuestor, anunciaron que la guarnición de Aquilea, cansada por la duración del sitio, al tener seguridad de la muerte de Constancio, había abierto al fin las puertas, entregado á los autores de la revuelta, y que, quemados éstos, se había concedido el perdón á los demás.

Después de tantas contrariedades, una serie de éxitos felices colocaban á Juliano por encima de la condición humana. Parecía que la fortuna solamente le reservaba favores. El mundo romano, completamente sometido obedecía á él solo. Y lo que pone el sello á su gloria durante el tiempo de su reinado, es que en el interior no hubo ni una sola agitación, y en el exterior, ni un bárbaro se atrevió á pasar la frontera; y el espíritu popular, que denigra siempre el poder caído, aumentaba más y más su entusiasmo por el poder nuevo.

Después de tomar con madura deliberación todas las medidas que reclamaban las circunstancias, arengando frecuentemente á los soldados y, por medio de liberalidades, asegurado sus buenas disposiciones para cualquier evento, partió Juliano para Antioquía, acompañado por el cariño de todos, y dejando á Constantinopla colmada de beneficios. Había nacido en esta ciudad y mostraba por ella esa predilección que ordinariamente se tiene al lugar del nacimiento. Cruzó el estrecho, dejando á un lado Calcedonia y Lybissa, donde se encuentra la tumba de Annibal, y entró en Nicomedia, ciudad magnífica en otro tiempo, de tal manera embellecida por el esplendor de sus antecesores, que se podía, al aspecto de sus edificios públicos y privados, sin ofender á la ciudad eterna, creerse en un barrio suyo. Juliano lloró ante aquellas murallas, que no eran más que montones de ruinas, mientras que lentamente y en

silencio se encaminaba al palacio. Mucho peor fué cuando se le presentó el Senado y la población de la ciudad. Tanta miseria después de tanto esplendor, colmó la aflicción. Reconoció á muchas personas con quienes había mantenido relaciones cuando tenía por maestro á su lejano pariente el obispo Eusebio (1); dió á la ciudad considerable subsidio para ayudarles á reparar su desastre, y marchó en seguida por Nicea á las fronteras de la Galo-Grecia. Desde allí, describiendo un rodeo por el estrecho, fué á visitar en Pesinunta el antiguo templo de Cibeles, de donde, durante la segunda guerra púnica, Scipión Nasica, bajo la fe de los versos sibilinos, hizo trasladar la estatua á Roma. En el reinado del emperador Cómmodo hemos relatado detalladamente la llegada de esta estatua á Italia, y algunas circunstancias relacionadas con ella. Los historiadores presentan diferentes etimologías del nombre de la ciudad: pretenden algunos que se deriva del verbo griego τό πεσεῖν, caer, porque su estatua de la diosa había caído del cielo: según otros, el nombre se lo dió Ilo, hijo de Tros, rey de Dardania: por su parte afirma Theopompo, que no la fundó Ilo, sino Midas, el poderoso monarca de Frigia.

Después de venerar Juliano á la diosa y de ofrecer sacrificios en sus altares, retrocedió á Ancira. Iba á dejar esta ciudad y á continuar su viaje, cuando se vió asediado por importuna multitud de reclamantes. Éste había sido despojado de sus bienes, aquél clasificado

(1) Refiere Zonaro que, encontrándose en cinta la madre de Juliano, soñó que daba á luz á Aquiles, y al despertar parió sin dolor á Juliano, en el momento en que relataba el sueño á su marido. Los dos auguraron favorablemente en cuanto al porvenir del niño, cuya primera educación encargaron á Eusebio, obispo entonces de Nicomedia y después de Constantinopla. Este prelado, uno de los defensores más enérgicos de la doctrina arriana, murió poco tiempo antes del concilio de Sárdica.

sin razón en tal curia, y algunos exageraban la pasión hasta el punto de lanzar á todo evento contra el adversario la acusación de lesa majestad. Más impasible que los Cassios y los Licurgos, Juliano, en medio de aquellos clamores, pesaba imparcialmente cada circunstancia, y, sin equivocarse jamás, administraba justicia á cada uno. Pero se mostraba extraordinariamente severo con los calumniadores, á los que detestaba, porque había aprendido á costa suya, cuando no era más que simple particular, hasta dónde puede llegar su odio. Un ejemplo entre muchos demostrará cuán poca impresión le causaban las acusaciones de este género.

Uno que odiaba mortalmente á otro, hablaba mucho contra su adversario, de un atentado que, según decía, había cometido contra la majestad del príncipe, y continuamente instaba al Emperador, que siempre fingía no comprenderle. Juliano le preguntó al fin qué era el acusado, contestando el otro que de la clase media y muy rico. El príncipe sonrió. «¿Qué prueba, dijo, tienes contra él?» «Ha hecho teñir de púrpura un manto de seda», exclamó el acusador. Juliano se contentó con decirle que cuando un hombre que nada valía acusaba de aquel delito á otro de igual estofa, no merecían que se ocupase de ellos; y que en adelante callase y viviera tranquilo. Pero no teniéndose por vencido el querellante, insistió más y más. Irritado ya Juliano, se volvió al tesorero de los donativos, que estaba presente, y le dijo: «Haz que den á este peligroso hablador un calzado de púrpura para el hombre á quien odia, y que, según dice, se ha mandado hacer un traje de ese color; así verá lo que gana, si no es muy fuerte, con cargarse con tales adornos.»

Esto debían imitarlo siempre los que gobiernan. Pero no puede ocultarse que, en otras ocasiones, mostró repugnante parcialidad. En este reinado, difícilmente po-

día el reclamado por los magistrados municipales para formar parte de su corporación, escapar á sus pretensiones acerca de su persona, aunque gozase de todos los derechos de exención posibles por sus servicios militares y hasta por su calidad de extranjero: llegando esto á tal punto, que se resignaban á comprar el descanso por medio de transacciones clandestinas, á precio de dinero.

Al llegar á la estación de Pylas, que marca el límite entre la Capadocia y la Cilicia, encontró Juliano al corrector de la provincia, llamado Celso, á quien había conocido cuando estudiaba en Atenas. Abrazóle y le hizo montar en su carroza, llevándole con él á Tarso. Desde allí marchó sin detenerse á Antioquía, maravilla del Asia, que ardía en deseos de visitar. Los habitantes le recibieron en las inmediaciones de la ciudad con una especie de culto, asombrándose él mismo ante aquel inmenso concierto de voces que le saludaban como astro nuevo que aparecía en Oriente. Era precisamente la época en que se celebraba la antigua fiesta de Adonis, aquel joven amante de Venus, muerto por un jabalí, imagen poética de la cosecha segada en su madurez; y se consideró como funesto presagio que se oyesen lamentaciones de duelo en la primera entrada del jefe del Estado en una residencia imperial.

Aunque la ocasión fué muy trivial, Juliano dió prueba de mansedumbre que le honró mucho. Un hombre llamado Thalasio, que había pertenecido á los investigadores, le era odioso como cómplice de los lazos tendidos para perder á su hermano Galo, y había mandado le advirtiesen no se presentara entre los honoratos que acudieron á saludarle. Thalasio tenía un pleito; los que litigaban contra él, aprovechando aquella mala voluntad, idearon al día siguiente de la entrada amotinar el populacho y acudir á gritar ante el Emperador: «Tha-

lasio, ese enemigo de tu majestad, quiere apoderarse de nuestros despojos.» Confiaban haber encontrado ocasión de perderle; pero Juliano comprendió la intención: «En efecto, dijo, el hombre de quien habláis ha merecido justamente mi indignación. Suspended vuestra queja, porque conviene que obtenga yo satisfacción de él antes que vosotros.» Dicho esto, envió orden al prefecto que ocupaba el tribunal para que aplazase el asunto hasta que Thalasio volviese á su gracia, cosa que no tardó en suceder.

Conforme había proyectado, pasó el invierno en Antioquía; pero en vez de dejarse arrastrar por las seducciones de todo género que abundan en Siria, ocupábase, como por descanso, en entender en los procesos, cosa que no exige menos trabajo de espíritu que la dirección de una guerra. Aplicando su maravillosa inteligencia, entregábase ardorosamente á reconocer á cada uno su derecho, á reprimir el fraude con toda la severidad compatible con la prudencia, y á proteger la razón contra la injusticia. Verdad es que algunas veces mostró indiscreta curiosidad en cuanto á las respectivas creencias de las partes, pero no hubo ejemplo de que esta preocupación influyese en las sentencias. Nunca se le censuró haberse desviado lo más mínimo por este motivo ni por ningún otro, de la equidad más estricta. En todo proceso, la conciencia del juez no debe atender más que á lo justo ó injusto, y no se está más atento en el mar para evitar un escollo, que lo estaba él para no olvidar esta regla. Por tal razón, conociendo muchas veces que perdía la serenidad, permitía á los prefectos y á los asesores le advirtiesen sus arrebatos de vivacidad, mostrándose siempre afligido por tales arranques y agradecido á las observaciones. Un día que los abogados ensalzaban la rectitud de una sentencia suya, respondió con bastante sequedad: «Más agradecería el elo-

gio, y más dispuesto me encontraría para gloriarme, si pudiera decirme: En el caso contrario me habrían reprendido.» Un ejemplo bastante gracioso dará á conocer la poca rudeza de sus formas jurídicas. Viendo un día una litigante que la parte contraria, empleado de palacio perteneciente al número de los eliminados, llegaba al tribunal ceñido con el cinturón, comenzó á quejarse de aquella reposición de la que auguraba mal para su pleito: «No dejes de exponer tus quejas, le dijo Juliano. Tu contrario no gana con eso más que recogerse mejor la toga para librarse del barro, y nada tendrá que sufrir tu reclamación.»

El poeta Arato ha descrito la justicia huyendo al cielo de la perversidad de los hombres. Además de los ejemplos citados (que no son los únicos), hubiera podido decirse, como el mismo Juliano se jactaba de ello, que su reinado había vuelto á traer esta diosa á la tierra. Y la frase habría sido completamente exacta, si el príncipe no hubiese colocado muchas veces su decisión propia en el lugar de la ley, y cometido por esto errores que enturbian su gloria. Y no es que algunas veces no corrigiese atinadamente el texto, exclarecido sus obscuridades y determinado con mayor precisión el sentido positivo ó negativo de tal ó cual texto; pero existe también de él algún rasgo de intolerancia arbitraria que quisiera sepultar en eterno olvido. Prohibió la enseñanza á los retóricos y gramáticos que profesaban el cristianismo (1).

Por esta misma época, aquel notario Gaudencio, á quien el difunto Emperador encargó poner el Africa en pie de defensa, fué llevado con su ex vicario Juliano, cargado de cadenas á Constantinopla y condenado á muer-

(1) Esta exclusión arbitraria, revocada después por Valentiniano, se extendía á la enseñanza y ejercicio de la medicina.

te. Aplicóse también la pena capital á Artemio, que fué duque de Egipto, al que dirigían abrumadoras acusaciones los alejandrinos; pereciendo asimismo, por mano del verdugo, el hijo de Marcelo, ex general de la caballería: y se envió al destierro á los tribunos de los escutarios, Romano y Vicencio, de las primera y segunda escuela, convictos los dos de planes ambiciosos muy superiores á su condición.

No se tardó mucho en Alejandría en conocer la muerte de Artemio; no temiendo nada tanto los habitantes como su regreso y mantenimiento en el cargo, porque había amenazado mucho, y probablemente habría ejercido terribles venganzas. En seguida descargó su odio contra Jorge, obispo de la ciudad, que efectivamente había mostrado contra ellos la malicia de la víbora. Nacido, si ha de creerse al rumor público, en el taller de un batanero de Epifanía, en Cilicia, había adelantado mucho, con desprecio de todos los derechos, y desgraciadamente para su diócesis y para él mismo, había conseguido hacerse ordenar obispo de Alejandría. Conocida es, por la voz misma de los oráculos, la proverbial turbulencia del populacho de esta ciudad, y su propensión á insurreccionarse sin causa; y la conducta de Jorge fué muy á propósito para atizar el fuego de sus ánimos. Olvidando su misión de paz y de equidad para rebajarse al papel de delator, estaba siempre dispuesto á designar los alejandrinos al suspicaz Constancio, como hostiles á su gobierno. Acusábanle de haber sugerido malignamente que la renta de los edificios públicos pertenecía al tesoro, porque el emperador Alejandro los había construído á expensas públicas; pero unas palabras inconsideradas fueron la causa inmediata de su pérdida. Regresaba de la corte, y pasando, como de ordinario, su suntuosa carroza ante el magnífico templo de Serapis, exclamó mirando al edificio: «¿Has-

ta cuando dejarán en pie ese sepulcro?» Estas palabras produjeron el efecto del rayo en los que las escucharon, creyendo destinado aquel templo, como tantos otros, á la destrucción; y desde aquel momento no hubo tentativa que no dirigiesen contra el obispo. En medio de esta disposición de los ánimos, llegó de pronto la deseada noticia de la muerte de Artemio: arrebato embriagador se apoderó entonces del populacho, que se apoderó de Jorge, lo derribó, lo pisoteó y descuartizó.

Al mismo tiempo Draconcio, prepósito de la moneda, y un tal Diodoro, que tenía el título de conde, arrastrándoles á los dos con cuerdas atadas á los pies, sufrieron igual tratamiento; el primero por haber derribado un altar nuevo, alzado en la casa de la moneda; el segundo, porque presidiendo la construcción de una iglesia, por autoridad propia había tonsurado á muchos niños, creyendo ver en su larga cabellera homenaje votivo á los dioses. No contento con esta barbarie, el populacho cargó en camellos los mutilados cadáveres, los trasladó á la playa, y, después de quemarlos, arrojó las cenizas al mar; con objeto, según decían, de que nadie los recogiese y les alzase templos. Insultante alusión á aquellas víctimas de la constancia religiosa que, antes de abjurar su culto, sufrieron heroicamente los últimos suplicios, y que hoy se designan con el nombre de mártires.

Hubiesen podido los cristianos interponerse y proteger á aquellos desgraciados contra tan horrible muerte; pero los dos bandos aborrecían de igual manera á Jorge. Cuando llegó al Emperador la noticia de aquel atentado, se indignó y quiso al pronto castigar duramente á los autores. Pero calmaron su irritación y se limitó á protestar severamente por medio de un edicto contra aquellos actos, y amenazar con el último supli-

cio al que, en lo sucesivo, violase la justicia y las leyes.

Hacía mucho tiempo que meditaba Juliano una expedición contra los Persas. Su resolución era firmísima, inspirada por el legítimo deseo de vengar ruidosamente el pasado. Sesenta años hacía que aquella orgullosa nación llevaba al Oriente la devastación y la matanza, habiendo llegado sus triunfos hasta el completo exterminio de ejércitos enteros. Dos causas excitaban el ardor de Juliano: en primer lugar su aversión al descanso, soñando siempre con el clamor de las trompetas y el estrépito de las batallas; y además, gloriosos recuerdos ponían continuamente delante de su vista las luchas de su juventud contra indómitas naciones; aquellos jefes, aquellos reyes humillándose ante él hasta las súplicas más humildes, cuando podía creérseles alguna vez abatidos, pero nunca suplicantes; y también deseaba ardientemente unir el epíteto de Parthico á sus otros trofeos.

No le faltaban, sin embargo, detractores. La malevolencia y la pusilanimidad se asustaban ante sus inmensos preparativos: al oirles, aquella ostentación de fuerzas era intempestiva y peligrosa. ¿No podía realizarse la transmisión del Imperio sin una perturbación universal? No teniendo otro medio para oponerse, los descontentos no cesaban de repetir, para que sus palabras llegasen al Emperador, que si no moderaba aquella peligrosa ambición, se le vería como al trigo con demasiada savia, perecer por el exceso de su propio vigor. Pero la oposición era de todo punto inútil. Juliano no se mostraba más conmovido por las murmuraciones que Hércules por los esfuerzos de los pigmeos, ó del sacerdote rodiano Thiodamas: y continuando con igual ardor en su empresa, medía con penetrante vista toda su extensión, esforzándose en acumular apropiados medios de ejecución.

Por otra parte, los altares estaban literalmente inun-

dados con la sangre de las víctimas. Algunas veces sacrificaba hasta cien bueyes á la vez, innumerables variedades de ganado menor, así como también millares de aves blancas que hacía buscar por tierra y por mar. Así fué que diariamente se veía, por efecto de una licencia que hubiese sido mejor reprimir, dar los soldados en los templos repugnantes ejemplos de voracidad y embriaguez; y en seguida, embrutecidos por los excesos, recorrer las calles sobre los hombros de los transeuntes, obligándoles á que les llevasen á sus cuarteles. En estas orgías distinguíanse especialmente los petulantes y los celtas, que entonces se lo creían todo permitido. El gasto de las ceremonias religiosas adquiría proporciones inusitadas y sin límites. El último recien llegado, tuviese ó no conocimientos en la materia, podía hacer oficios de adivino, y sin carácter, sin misión, ingerirse á pronunciar oráculos y á investigar en las entrañas de las víctimas el porvenir que algunas veces se manifiesta en ellas. La adivinación examina el vuelo, el canto de las aves, y emplea todos los medios para interrogar la suerte. En medio de esta tendencia de los ánimos, favorecida por los ocios de la paz, la curiosidad de Juliano quiso abrirse un camino más, desembarazando el obstruído orificio de la profética fuente de Castalia. Dícese que el emperador Adriano mandó cegar con gruesas piedras la salida de aquella fuente, porque allí había recibido en otro tiempo el anuncio de su exaltación futura y no quería que ningún otro pudiese recibir aviso semejante. Juliano dispuso la exhumación de los muertos enterrados en el circuito de la fuente y lo purificó, observando el ceremonial que en iguales circunstancias emplearon los atenienses en la isla de Delfos (1).

(1) Obedeciendo las órdenes del oráculo, los atenienses procedieron dos veces, en circunstancias diferentes, á la purifica-

En este mismo año, el once de las kalendas de Noviembre, fueron presa de las llamas el vasto templo de Apolo que construyó en Dafnea el violento y cruel monarca Antíoco Epifanio, y la estatua del dios, igual en magnitud á la de Júpiter Olímpico. Este desastre irritó extraordinariamente al Emperador, que dispuso severa investigación y mandó cerrar la iglesia catedral de Antioquía, sospechando que los cristianos habían sido autores del atentado, impulsados por el despecho al ver rodear al templo con magnífico peristilo. Atribuíase, sin embargo, aunque vagamente, el siniestro á causa accidental. El filósofo Asclepiades, cuyo nombre se cita en la historia de Magnencio, en un viaje que hizo para ver á Juliano, habiendo visitado el templo, colocó, según se dice, al pie de la colosal estatua una figurita de plata representando la madre de los dioses, rodeándola, según costumbre, de cirios encendidos, y no se había retirado hasta la media noche, hora en que no había allí nadie para prestar auxilio. Ahora bien; las pavesas de los cirios habían llegado á las paredes, cuya vejez las hacía muy á propósito para arder; y todo el edificio, no obstante su prodigiosa elevación, quedó en un instante reducido á cenizas. Aquel mismo año hubo tan espantosa sequía, que se extinguieron hasta los manantiales más abundantes; pero no tardó en restablecerse su corriente natural. El cuatro de las nonas de Diciembre, por la tarde, otro terremoto destruyó lo que quedaba de Nicomedia, experimentando igual suerte considerable parte de Nicea.

Juliano, cuyo corazón estaba entristecido con tantas

ción de la isla de Delfos: la primera vez, bajo Pisistrato; pero no se aplicaron las operaciones lustrales más que al templo y á sus cercanías, en la distancia que podía alcanzar la vista; la segunda vez durante la guerra del Peloponeso, abrazando esta purificación todo el territorio de la isla.

calamidades, no aflojó en su actividad en completar sus armamentos para la deseada epoca en que debía comenzar la campaña. Pero en medio de estas graves y útiles preocupaciones, tenía una que la razón no puede aprobar, y que hasta carecía de pretexto plausible; la de abaratar arbitrariamente, y por vano deseo de popularidad, el precio de los comestibles. Esta operación es muy delicada, y si no se toca con prudencia, de ordinario acarrea la escasez y el hambre. En vano le demostraban hasta la evidencia los magistrados municipales la inoportunidad de la medida; no atendió á la objeción, y mostró en este punto igual obstinación que su hermano Galo, aunque sin sus sangrientas violencias. El disgusto de Juliano por aquella oposición, que calificó de malévola, dió origen al violento volumen que intituló el *Antioqueno* ó *Misopogón;* que es una serie de invectivas, en las que no todo es verdad, y que le atrajo algunas sátiras mordaces. No lo ignoraba el Emperador, y á pesar que creyó deber callar, su rencor aumentó con la reconcentración. Divertíanse los burlones llamándole Cercops, y describiéndole de esta manera: bajito, con barba de chivo; hombros estrechos y que anda á zancadas como el Otus ó el Ephialitis que celebra Homero. Llamábanle también victimario, con preferencia á sacrificador; alusión maligna á sus matanzas de víctimas. Tampoco se perdonaba su manía de mezclarse ostensiblemente á las funciones sacerdotales y de mostrarse por todas partes llevando en las manos los objetos sagrados, en medio de procesiones de devotos. Todos estos sarcasmos le irritaban profundamente, conteniéndose para no revelar nada y persistiendo en sus prácticas religiosas. Un día quiso sacrificar á Júpiter sobre el Casio, montaña muy alta, cubierta de bosque, redonda en su base y que recibe al canto del gallo los primeros rayos del sol. Marchó allá en el día señalado y se dedica-

ba á las ceremonias del sacrificio, cuando vió á un hombre arrodillado á sus pies, implorando perdón con suplicante voz. Preguntó Juliano quién era, y le contestaron que Theodoto, antiguo presidente del consejo de Hierápolis, quien, acompañando á Constancio á su cámara al frente de los nobles de la ciudad, había cometido la hipócrita bajeza de suplicarle, con lágrimas en los ojos, como si lo viese ya vencedor, que le enviase la cabeza del ingrato rebelde Juliano, con objeto de repetir el espectáculo que se dió con la de Magnencio. Juliano se limitó á contestar al suplicante: «En tiempo oportuno se me repitieron por todas partes tus palabras. Pero regresa tranquilamente á tu casa y cuenta con la clemencia de tu Emperador. Por prudencia quiere disminuir el número de sus enemigos, y por inclinanación prefiere hacerse amigos.» Y continuó celebrando el sacrificio, á cuya terminación recibió del corrector de Egipto una carta en la que le decía que, después de muchas investigaciones infructuosas, al fin se había encontrado al dios Apis; lo que, según las creencias del país, presagiaba abundante cosecha de todos los productos de la tierra.

Diremos algo acerca de esto. De todas las consagraciones de animales practicadas en la antigüedad, eran las más solemnes las de Mnevis y Apis: el primero dedicado al sol, y cuya tradición no dice nada notable; el segundo á la luna. El buey Apis nace señalado con varios signos, pero muy especialmente con el de una media luna en el costado derecho. Cuando llega al término de su existencia, el dios desaparece por inmersión en una fuente; porque no está permitido dejarle vivir más tiempo del señalado por la autoridad mística de los libros sagrados, ni de ofrecerle más de una vez por año la vaca, su compañera, que también está marcada con signos especiales. Búscasele entonces sucesor, con todo

el ceremonial del duelo público, y en cuanto se encuentra uno dotado de las cualidades requeridas, le llevan á la gran ciudad de Memfis, célebre por la divina presencia de Esculapio. Allí cien sacerdotes introducen al animal en su santuario, y desde este momento es sagrado, interpretándose cada movimiento suyo como manifestación de lo venidero. La historia dice que se separó cuando Germánico César le ofreció comida en la mano; señal de la desgracia que iba á ocurrir á este príncipe.

Parece que debo añadir algunos detalles á las noticias más extensas que di acerca del Egipto, en los reinados de Adriano y de Severo, noticias que di bajo la fe de mi propia vista. Es el Egipto la nación más antigua, si se exceptúa la de los Scitas, que le disputa la antigüedad. Al Mediodía tiene por límite la Sirte Mayor, los promontorios de Phycus y de Borión, y el país que habitan los Garamantos y otros pueblos; al Oriente, las ciudades etiópicas de Elefantina y Meroen, las cataratas, el mar Rojo y los árabes scenitas, á quienes llamamos sarracenos. Por el Norte toca al inmenso continente del Asia por la frontera de la provincia siria; y su límite á Poniente es el mar Issiaco, que algunos autores llaman también mar Parthenio.

Fijémonos un poco en el Nilo, el río más bienhechor de todos, al que Homero llama Egipto; después hablaremos de otras maravillas de esta comarca. Creo que la posteridad no conocerá mejor que se conoce hoy el origen del abundante caudal del Nilo. Los poetas se contradicen en sus ficciones como los sabios en sus conjeturas acerca de este misterioso fenómeno. De unos y de otros tomaré las explicaciones que me parecen más probables.

Pretenden algunos físicos que las masas de nieve condensadas por los inviernos septentrionales, se ablan-

dan después por la influencia de temperatura más suave y se evaporan bajo la forma de nubes que, arrojadas hacia el Mediodía por los vientos etesios, se resuelven en agua en clima más cálido, siendo la causa de las primeras crecidas del Nilo. Afirman otros que sus periódicas inundaciones no tienen otro origen que las abundantes lluvias que caen en la Etiopía, durante los grandes calores del verano. Ambas explicaciones deben ser erróneas; porque se asegura que no llueve nunca en Etiopía, ó que solamente llueve á largos intervalos. Existe otra opinión más acreditada, la de que el aumento del río se debe á los vientos prodromos y etesios, que rechazan sus olas durante cuarenta y cinco días, en los que la corriente, violentamente contenida y luchando contra el obstáculo, eleva sus aguas á esa altura prodigiosa y hace que se extiendan como un mar bajo el que desaparecen los campos. Por su parte el rey Juba (1) sostiene, bajo la fe de los libros púnicos, que el Nilo nace en una montaña de Mauritania inmediata al Océano, y la prueba está, según dice, en que los similares de las plantas, peces y cuadrúpedos que viven en el río ó en sus orillas, se encuentran en las aguas ó en el suelo de aquella comarca.

Cuando el río ha recorrido la Etiopía recibiendo diferentes nombres de las diversas regiones que atraviesa, llega, con caudal muy considerable ya, á lo que llaman las cataratas. Éstas las forman una línea de peñascos cortados á pico que cierra su curso, y desde cuya altura se precipita con tal estrépito, que los Atos, pueblos

(1) Este Juba era hijo del rey de Mauritania que hizo causa común contra César con el partido de Pompeyo en Africa y participó de su derrota. Conducido á Roma, el monarca cautivo sirvió de ornamento en el triunfo del vencedor; pero más adelante fué amigo de Octavio, debiendo á éste la libertad y la restitución de su reino.

que en otro tiempo habitaban en sus inmediaciones, tuvieron que emigrar en busca de comarca menos ruidosa, porque se les embotaba el oído. En seguida es más tranquila su corriente, y, después de atravesar todo el Egipto, penetra en el mar sin recibir ningún afluente, por siete bocas distintas, de las que cada una tiene la anchura y presta la utilidad de un río. Ramifícase además en muchos brazos ó canales de diferente importancia, de los que siete, que son navegables, han sido designados respectivamente por los antiguos con los nombres de Heracleótico, Sebenítico, Bolbítico, Phatnítico, Mendesiano, Tanítico y Palusiaco. Estos brazos forman por encima de las cataratas diferentes islas, siendo algunas tan extensas, que el río emplea tres días en completar su circuito. Las más notables son Monroe y Delta, llamada así por la figura triangular que le es común con la letra griega de este nombre.

Desde la entrada del sol en el signo de Cáncer, hasta que sale del de Libra, el nivel del Nilo se eleva durante cinco días. En seguida decrece, y sus aguas, bajando poco á poco, dejan libres los campos á la circulación de carros, cuando antes solamente podían recorrerse en barca. La inundación puede ser perjudicial por abundancia ó escasez. Cuando es excesiva, la permanencia demasiado prolongada de las aguas empapa el suelo y retrasa los trabajos de la agricultura; cuando es escasa, la cosecha resulta estéril. El labrador no desea jamás que el desbordamiento exceda de diez y seis codos de altura; y es cosa rara, si la inundación viene en justa medida, que la semilla arrojada á la tierra no dé el setenta por uno. Este es el único río cuya corriente no imprime al aire agitación alguna.

Pululan en Egipto los animales terrestres y acuáticos; y los hay que viven indiferentemente en tierra ó agua, llamándoles por esta razón anfibios. En los terre-

nos secos hay cabras y búfalos, variedades de monos presentando reunión de extraños caracteres y deformidades, y otros monstruos cuya nomenclatura no tendría nada de interesante.

Entre las especies acuáticas abunda el cocodrilo, encontrándosele en todas las comarcas. Este es un cuadrúpedo peligroso que vive en uno y otro elemento. Carece de lengua y solamente es movible su mandíbula inferior. Sus dientes, alineados como los de un peine, muerden con furor todo lo que pueden coger. Es ovíparo, y sus huevos parecidos á los del ganso. Tiene pies armados con uñas, y si no careciesen de pulgar, su presión bastaría para hacer zozobrar una nave. A veces tiene diez codos de largo este animal. De noche duerme debajo del agua, y de día sale á tierra á buscar el alimento. Tal es la dureza de su piel, que le forma coraza en el dorso, pudiendo apenas atravesarla una saeta lanzada por balista. La ferocidad del cocodrilo se dulcifica como por una manera de tregua, y queda en suspenso durante los siete días de las ceremonias que consagran los sacerdotes de Menfis á celebrar el nacimiento del buey Apis. Tiene muchos enemigos, y frecuentemente muere con el vientre abierto por cierto pez crustáceo que tiene la figura del delfin, y que le ataca por este lado débil. También perecen cocodrilos de la siguiente manera: Un pajarillo, llamado troquila, tiene el instinto, cuando encuentra alguno descansando, de picotear revoloteando en derredor de sus mandíbulas, cosa que le produce tal cosquilleo, que tiene que abrirlas, y entonces el pájaro se le introduce hasta la garganta. En el momento en que abre la boca, el ichneumón, especie de hidra, penetra por la abertura que le ha ofrecido el pájaro hasta las entrañas del cocodrilo, las tortura y las destruye, y se abre paso de esta manera horadándole el vientre. Atrevido con los que huyen, el coco-

drilo carece de valor cuando se le afronta. Ve mejor en tierra que en el agua, y, según dicen, pasa los cuatro meses de invierno sin tomar alimento.

También vive en este país el hipopótamo, el ser más inteligente entre los que carecen de razón. Este anfibio tiene forma de caballo, pero la pata hendida y la cola corta. Dos rasgos bastarán para que se comprenda su sagacidad. Generalmente establece su guarida en un matorral espeso, y allí permanece escondido, pero constantemente en acecho, hasta que considera propicio el momento para ir á pastar en algún campo de trigo. Cuando se encuentra repleto, cuida de señalar varios rastros andando hacia atrás, para confundir las pistas y desorientar á los cazadores que le persiguen. Otro ejemplo: El hipopótamo come con voracidad; y cuando abultado su vientre por el exceso de comida le entorpece los movimientos, se abre las venas de los muslos y de las piernas, frotándolas contra jaras recientemente cortadas, con objeto de aligerarse con la sangría; en seguida se cubre las heridas con barro hasta que quedan cicatrizadas. Este raro y monstruoso cuadrúpedo apareció por primera vez en un anfiteatro romano, bajo la edilidad de Scauro, padre de aquel que defendió Cicerón, y á propósito del cual intimó á los habitantes de Sarda que mostrasen á aquella noble familia el mismo respeto que todo el género humano. En los siglos siguientes viéronse en Roma muchos hipopótamos; pero hoy no se encuentran ya en Egipto, porque, según dicen los habitantes, viéndose perseguidos estos animales, han emigrado al país de los Blemyas.

Entre las aves de Egipto, cuyas variedades son innumerables, descuella el ibis, ave sagrada, de agradable forma, y cuyas costumbres son muy provechosas, porque alimenta á sus polluelos con huevos de serpientes, disminuyendo de esta manera la reproducción de estos

reptiles de venenosa mordedura. Los ibis vuelan también en bandadas al encuentro de los ponzoñosos dragones alados que envían al Egipto las charcas de la Arabia, los combaten en el aire y los devoran, sin permitir á sus perniciosas falanges que crucen la frontera. Preténdese que el ibis da á luz sus polluelos por el pico.

También produce el Egipto infinidad de serpientes de las especies más dañosas, basiliscos, anfisbenas, scytalas, aconcios, dipsadas, víboras y otras (1). La más notable por su tamaño y belleza de colores es el áspid, que nunca abandona el Nilo, á menos que no se vea obligada á ello.

Bajo otros muchos aspectos merece el Egipto la atención del observador: no podemos dejar de mencionar la colosal estructura de sus templos y pirámides, enumeradas entre las siete maravillas del mundo. Herodoto nos dice cuánto tiempo emplearon en su construcción y cuántos obstáculos tuvieron que vencer. Anchas en la base, agudas en la cúspide, se elevan á una altura que jamás alcanzó obra alguna del hombre. Esta figura se llama en geometría pirámide, porque tiene parecido con la llama, τοῦ πυρὸς, y va estrechándose en cono. Por consecuencia física de esta disminución de bajo á alto, las pirámides no dan sombra.

También se encuentran en muchos puntos de aquella comarca galerías subterráneas con muchas revueltas, laboriosamente construídas, según se dice, por los depositarios de los ritos antiguos, que, temiendo un diluvio, quisieron conservar la tradición de las ceremonias, y con este objeto hicieron esculpir en las paredes de las bóvedas innumerables figuras de pájaros y animales, á lo que llaman escritura geroglífica.

(1) Todos estos nombres de serpientes se refieren á alguna particularidad de la forma exterior ó de las costumbres de estos reptiles.

Allí se encuentra la ciudad de Syena, en la que, durante el solsticio de estío, caen á plomo los rayos del sol; lo que hace que todo objeto colocado en línea vertical se encuentra iluminado á la vez por todos lados y no proyecta sombra. De manera que si se mira un palo clavado verticalmente en tierra, un árbol, un hombre de pie, no se ve sombra alguna en el suelo, en el extremo inferior de la línea que el objeto describe en el espacio. Dícese también que en Meroe, ciudad etiópica inmediata al ecuador, durante noventa días se proyecta la sombra en sentido inverso que entre nosotros, lo que ha hecho se dé á aquellos habitantes el nombre de Antiscios. Pero de tal manera abundan las maravillas en aquella comarca, que su enumeración sola excede á los límites de este trabajo; por lo que dejaremos el cuidado de relatarlas á otros más inteligentes, limitándonos á dar á conocer brevemente sus provincias.

Dícese que antiguamente formaban el reino de Egipto sólo tres provincias: Egipto, Tebaida y Libia: en las edades siguientes aumentó este número con otras dos, Augustamnica y Pentápolis, que no son más que desmembramientos, una del verdadero Egipto y la otra de la Libia árida.

Cuenta la Tebaida, entre sus ciudades más célebres, Hermópolis, Coptos y Antinoi, construída por Adriano en honor de su querido Antinoo: y todos han oído hablar de Tebas hecatónfila.

Cítase entre las ciudades de la Augustamnica la célebre Pelusa, que, según se dice, fundó Peleo, padre de Aquiles, que habiendo dado muerte á su hermano Foco, y viéndose perseguido por las furias, fué á purificarse por mandato de los dioses en el lago que baña las murallas de esta ciudad. También son notables Cassio, donde se encuentra la tumba del gran Pompeyo, Ostracina y Rhinocolura.

En la Pentápolis de Libia se hallan Cyrene, ciudad antigua, desierta hoy, construída por el espartano Batto. Vienen en seguida Ptolemais, Arsinoe ó Teuchira, Darnis y Berenice, llamada también Hespérida. La Libia árida tiene pocas ciudades municipales; encontrándose en este número Paretonión, Cherecla y Neápolis.

En cuanto al Egipto, propiamente dicho, que desde su reunión al Imperio está gobernado por un prefecto, exceptuando algunas poblaciones inferiores, no se ven más que nobles ciudades como Athribis, Oxyrynca, Thumis y Memfis.

Pero entre todas estas ciudades, la preeminencia pertenece á Alejandría; honor que debe á la munificencia de su fundador y á la habilidad de su arquitecto Dinocrates. Dícese que, careciendo de cal en el momento en que construía los cimientos, el arquitecto trazó el perímetro con harina; presagio de la abundancia de que había de gozar un día la nueva ciudad. Reina en ella temperatura que siempre es igual, respirándose aire suave y saludable. También consta por continua serie de observaciones, que no pasa un solo día sin que los habitantes vean el cielo sereno.

En otro tiempo esta costa era pérfida para los navegantes por sus numerosos bajos y escollos. Cleopatra imaginó construir cerca del puerto una torre muy alta, que ha tomado el nombre de Pharos, del suelo de la isla sobre que se alza, y que por la noche sirve de fanal; de manera que las naves que vienen del mar Prathenio, ó del de Libia, no corren peligro de perderse en las arenas de aquel vasto litoral, en el que no hay colina alguna que pueda guiarlas en su dirección. También fué esta reina quien, en un caso de necesidad urgente, cuyas circunstancias son muy conocidas, mandó construir el magnífico dique de siete estadios con in-

creíble celeridad. La isla de Pharos, en la que Homero ha colocado poéticamente á Proteo con su rebaño marino, y que solamente dista mil pasos de las playas de Alejandría, pagaba en otro tiempo tributo á los Rodios. Un día llegaron éstos para cobrarlo, exagerando mucho la cantidad debida. La astuta princesa, so pretexto de festejar á los agentes Rodios, los ocupó en los barrios de Alejandría, y dió órdenes para construir la calzada en aquel espacio de tiempo, sin abandonar un punto los trabajos. En siete días quedó terminada la obra, á razón de un estadio por día, y la isla se encontró unida á tierra firme. En seguida entró Cleopatra por aquel camino, y dijo: «que estaban equivocados los Rodios, porque el tributo se debía por una isla y no por un continente.»

Adornan á Alejandría templos magníficos, entre los que descuella el de Sérapis, del que no podría dar idea ninguna descripción. Los pórticos, columnatas y obras maestras de arte acumuladas en este templo forman un conjunto que, exceptuando el Capitolio, orgullo eterno de la venerable Roma, nada hay en el mundo que se le pueda comparar. Encontrábase allí en otro tiempo riquísima biblioteca, formada, según documentos antiguos, por setecientos mil volúmenes, que la liberal solicitud de los Ptolomeos había reunido. Pero en la guerra de Alejandría, en el momento del saqueo de la ciudad por el dictador César, quedó reducida á cenizas.

A doce millas de Alejandría se encuentra Cenopa, cuyo nombre, según antigua tradición, es el del piloto de Menelao, enterrado en aquel paraje. Abundan en esta ciudad buenas posadas; y el aire es tan puro y templado, que el extranjero, no oyendo más que el dulce murmullo del céfiro, se cree trasladado á otro mundo diferente del de los hombres.

Alejandría, á diferencia de otras ciudades, no ha pro-

gresado, sino que de un solo golpe llegó al apogeo de su desarrollo. Pero desde su origen la desgarraron disensiones intestinas, que, después de muchos años, bajo el reinado de Aureliano, tomaron el carácter de guerra civil y de exterminio. Este príncipe derribó sus murallas, y la ciudad perdió la parte más importante de su territorio, llamado Bruchión, cuna de muchos varones insignes, como el célebre gramático Aristarco (1); Herodiano, tan ingenioso en sus investigaciones sobre las bellas artes; Ammonio Saccas, que fué maestro de Plotino, y otros muchos que fueron ilustres en las letras, entre los que debemos mencionar á Didimo Calcentero (2), autor de muchos libros muy eruditos, pero á quien las personas delicadas censuran haber desempeñado con Cicerón, en seis libros de crítica, muchas veces desatentada, el papel de un gozquecillo ladrando desde lejos á un león. A estos nombres podían añadirse otros muchos. Lejos de haberse extinguido en Alejandría el gusto científico, florece todavía en considerable número de profesores distinguidos. La Geometría continúa allí haciendo útiles descubrimientos; la música tiene aficionados, é intérpretes la armonía. Todavía se encuentran astrónomos, aunque son bastante más raros. Cultívase generalmente la ciencia de los números, así como también el arte de adivinar lo porvenir. En

(1) Aristarco, célebre filósofo ó gramático, nacido en Samothracia, ciento sesenta años antes de J. C. Prudente anotador de Homero, su nombre ha quedado como proverbial de la crítica concienzuda é ilustrada.

(2) Didimo, denominado Calcentero, que quiere decir entrañas de bronce, á causa de su infatigable ardor por el estudio, era hijo de un vendedor de pescado salado, y vivía en Alejandría bajo el reinado de Augusto: su fecundidad es incomprensible, pero se han perdido todos los frutos de su trabajo. Según Ateneo, existían de él tres mil tratados; cuatro mil, según Séneca, y Orígenes le atribuye seis mil volúmenes.

cuanto á la medicina, cuyos socorros hace frecuentemente indispensables nuestra intemperancia, ha realizado notoriamente tales adelantos, que basta á un médico decir que ha estudiado en Alejandría para que no se le pida otra prueba de su saber. Pero ya hemos hablado demasiado de esto. Quien quiera profundizar en la ardua noción de la esencia divina, ó investigar la causa de nuestras sensaciones, reconocerá que los fundamentos de estas elevadas teorías fueron importados de Egipto. Los egipcios fueron los primeros hombres que remontaron al manantial de toda idea religiosa, cuyos misteriosos orígenes conservan en sus libros sagrados. Entre ellos imaginó Pitágoras su doctrina y los elementos de aquella institución fundada en la autoridad de una comunicación divina, lo que confirmaba con la exhibición de su fémur de oro en Olimpia, y después con sus conversaciones con el águila. De allí trajo Anaxágoras aquella facultad de intuición que le hizo prever que lloverían piedras y predecir un terremoto con sólo tocar el barro del fondo de un pozo. A la sabiduría de los sacerdotes de Egipto deben hacerse remontar también las admirables leyes de Solón, y, por consiguiente, mucha parte de los rudimentos de la jurisprudencia romana. También había visitado el Egipto Platón, y allí adquirió aquella inmensa sabiduría que le iguala al mismo Júpiter.

Generalmente los egipcios tienen la tez obscura y hasta curtida. Su semblante es sombrío y su cuerpo delgado y seco. Por cualquier cosa se inflaman, y son litigantes y porfiados. El egipcio que ha pagado el impuesto, se avergonzaría si no mostrase las señales del látigo empleado contra él como medio de obligarle. La tortura ha sido siempre impotente para arrancar su nombre á un ladrón de este país.

Sabido es, y nuestros anales lo acreditan, que en otro

tiempo el Egipto era un reino cuyos soberanos tenían alianza con nosotros; y que Octaviano Augusto tomó posesión de él á nombre de provincia romana, después de haber vencido á Antonio y Cleopatra en el combate naval de Accio. La Libia árida la recibimos por testamento de su rey Apión; y Cirena, así como las demás ciudades de la Pentápolis, son donativo del último Ptolomeo. Pero ya es tiempo de terminar esta digresión, excesivamente larga, y de volver á nuestro asunto.

LIBRO XXIII

—

SUMARIO

Vana tentativa de Juliano para reedificar el templo de Jerusalén.—Intima á Arsaces, rey de Armenia, á que se prepare para hacer la guerra con él á los Persas, y pasa el Eufrates con un cuerpo de excitas auxiliares.—Durante la marcha del ejército por la Mesopotamia, los jefes de muchas tribus de sarracenos le ofrecen auxilio y le regalan una corona de oro. La flota romana, formada por mil y cien naves, cubre las aguas del Eufrates.—Descripción de las máquinas de sitio y de muralla: la balista, el onagro ó escorpión, el ariete, el helépolo y el maleolo.—Juliano pasa el Aboras por un puente de barcas, cerca de Circesio. Su arenga al ejército.—Enumeración de las diez y ocho provincias principales del reino de Persia y de sus ciudades. Costumbres de los habitantes.

(Año 363 de J. C.)

Pasando en silencio cosas de poca monta, llegamos al cuarto consulado de Juliano, que tomó por colega á Salustio, prefecto de las Galias. Pareció extraño que eligiese un hombre de condición privada, siendo, efectivamente, el único ejemplo que podía citarse desde el consulado de Diocleciano y Aristóbulo. Continuaba Juliano apresurando sus armamentos, adelantándose su impaciencia á los obstáculos; y aquel genio que todo lo abarcaba, concebía al mismo tiempo la idea de una obra monumental capaz de perpetuar el recuerdo de su reinado; puesto que quería modificar sobre planos extraordinariamente suntuosos aquel magnífico templo de Jerusalén, que después de una serie de mortíferos com-

bates librados por Vespasiano, tomó al fin Tito á viva fuerza. Encargó de este trabajo á Alipio de Antioquía, que había administrado la Bretaña como lugarteniente de los prefectos. Perfectamente secundado Alipio por el corrector de la provincia, impulsaba vigorosamente los trabajos; cuando repentinamente formidable erupción de globos de fuego, que brotaron uno tras otro de los mismos cimientos del edificio, hizo el paraje inaccesible á los trabajadores, después de haber perecido muchos de ellos; y renovándose el prodigio siempre que volvían al trabajo, fué necesario renunciar á la empresa.

Por este tiempo recibió Juliano una legación de la ciudad eterna, para la que habían elegido varones de elevado nacimiento y recomendable mérito, á todos los cuales confirió la investidura de alguna dignidad importante: hizo á Aproniano prefecto de Roma, á Octaviano procónsul del Asia, á Venusto encargó el vicariato de España, y á Aradio Rufino dió la sucesión del cargo de su tio Juliano, conde de Oriente. A estos nombramientos acompañaron dos circunstancias de funesto presagio, confirmadas después por los acontecimientos. Félix, prefecto de los donativos, murió repentinamente de una hemorragia, siguiéndole á poco el conde Juliano, lo cual daba lugar á siniestras observaciones cuando se leía esta inscripción en las efigies del príncipe: *Felix, Julianus Augustusque.* A este pronóstico había precedido otro igualmente funesto. El día de las kalendas de Enero, en el momento en que el príncipe subía las gradas del templo, el decano de los sacerdotes cayó sin haber recibido choque ostensible, quedando muerto repentinamente. Los que presenciaron el acontecimiento, por ignorancia ó adulación, aplicaban el presagio al mayor en edad de los dos consules, es decir, á Salustio. Pero el resultado demostró que no se refería al más avanzado en años, sino al más elevado en

dignidad, la fatal advertencia. Este funesto presagio lo confirmaban otras circunstancias, aunque menos características. En el mismo momento en que se declaró la apertura de la campaña, llegó la noticia de un terremoto que se había sentido en Constantinopla; y los peritos en adivinación deducían triste augurio para el jefe del ejército que iba á entrar en país enemigo. Tratóse de persuadir á Juliano de que había elegido mal el momento, y que si se puede prescindir de los presagios, es solamente en el caso en que, ante la amenaza de una invasión extranjera, es ley suprema la salvación común, y no admite aplazamientos. Al mismo tiempo le anunciaban cartas de Roma que los libros sibilinos, consultados por orden suya, prohibían terminantemente cruzar la frontera aquel año.

Sin embargo, de todas partes recibía legaciones ofreciéndole socorros; acogíalas agradablemente Juliano; pero confiando completamente en sus propios recursos, á todos contestaba que Roma acudía en auxilio de sus amigos y aliados cuando necesitaban su intervención; pero que no cuadraba bien á su dignidad emplear su ayuda para vengar sus injurias. A pesar de esto, había exhortado á Arsaces, rey de Armenia, para que preparase un cuerpo de tropas considerable, con objeto de operar de la manera y en la dirección que después se le diría. Dispuestas ya las cosas, en los primeros días de la primavera envió la orden de marcha á todos los cuerpos, y deseando adelantarse á la noticia de su partida, mandó que cruzasen inmediatamente el Eufrates. El movimiento fué general en todos los cuarteles, y una vez atravesado el río y ocupadas las posiciones designadas, se esperó la llegada del jefe.

En el momento de salir de Antioquía, nombró Juliano para el gobierno de Siria á un tal Alejandro de Heliápolis, varón turbulento y malo. Decía el Emperador

que aquel hombre no era digno de tal puesto, pero que los habitantes de Antioquía lo tenían merecido por su insolencia y avidez. En el momento de la marcha le rodeó la multitud, deseándole buen viaje y glorioso regreso, y suplicándole que se ablandase para ellos, mostrándose en lo venidero más benévolo con su ciudad. Pero Juliano, resentido todavía por sus sarcasmos, les contestó agríamente que les veía por última vez; habiendo tomado medidas, según decía, para tener en Tarso su cuartel de invierno después de la campaña, regresando por el camino más corto. Memorio, presidente de Cilicia, había recibido ya sus órdenes para las disposiciones necesarias. Las palabras del emperador se realizaron puntualmente, porque á Tarso llevaron su cadáver, sepultándole sin pompa en un arrabal, en cumplimiento de su última voluntad.

Acercábase la primavera, y el Emperador partió el día de las nonas de Marzo, no empleando más tiempo del necesario para llegar á Hierápolis. En el momento en que pasaba bajo las puertas de esta gran ciudad, derrumbóse á su izquierda un pórtico, aplastando con sus escombros cincuenta soldados que estaban debajo, é hiriendo á mayor número. Allí reunió su ejército y se dirigió á la Mesopotamía con tal celeridad (cosa que entraba en sus planes), que antes de que circulase la noticia de su marcha estaba ocupada ya la Asiria. Reforzado con un cuerpo de Scitas, pasó el Eufrates por un puente de barcas y llegó á Batnea, ciudad municipal de la Osdronea, donde funesto accidente aumentó los siniestros presentimientos. Acostumbran en este país á hacer montones de paja extraordinariamente altos. Los forrajeros del ejército se lanzaron en considerable número y sin precaución alguna á socavar uno de aquellos pajares por la base, y, cayendo toda la masa, ahogó con su peso á cincuenta de ellos.

Dominado por pensamientos sombríos, dejó Juliano á Batnea, marchando apresuradamente á Carras, ciudad antigua y famosa por el desastre de los dos Crassos y su ejército. Encuéntranse allí dos caminos para marchar á Persia: á la izquierda por Adiabena y el Tigris, á la derecha por Asiria y el Eufrates. Juliano se detuvo algunos días en aquella ciudad para tomar algunas disposiciones y para ofrecer, según el rito local, un sacrificio á la luna, objeto de culto particular en el cantón. Dícese que allí, delante de los altares y sin que hubiese testigos, entregó la clámide de púrpura á su pariente Procopio, y le recomendó empuñar atrevidamente las riendas del Imperio, en el caso de que cayese él bajo los golpes de los Persas. Siniestros ensueños perturbaron las noches de Juliano en aquella ciudad; y los intérpretes, á quienes dió cuenta de sus visiones, convinieron con él en observar lo que ocurriese al día siguiente, que era el catorce de las kalendas de Abril. Ahora bien: como después se supo, aquella misma noche, siendo prefecto Aproniano, quedó reducido á cenizas el templo de Apolo Palatino en Roma; y sin los socorros que por todas partes acudieron, también habrían sido presa de las llamas los libros sibilinos (1).

Mientras se ocupaba Juliano en Carras de los movimientos de las tropas y de la dirección de los convoyes, llegaron mensajeros, extenuados por la carrera, para notificarle que turmas de caballería enemiga habían

(1) Los libros sibilinos que depositó Augusto en la cavidad del pedestal de la estatua de Apolo se encontraban todavía allí en la época en que escribía Ammiano. Esta afirmación contradice la de los escritores que refieren su destrucción á la ocupación violenta de Roma por Sila ó al incendio que devoró el Capitolio durante las guerras civiles que siguieron al reinado de Nerón.

penetrado por un punto de la frontera y recogido botín. Aquel audaz golpe de mano le irritó extraordinariamente, poniendo en el acto en práctica un proyecto que tenía de antemano. Entregó á Procopio treinta mil hombres escogidos y le unió el conde Sebastián, anteriormente duque de Egipto, mandándoles que maniobrasen en la orilla izquierda del Tigris, y que estuviesen muy prevenidos contra las sorpresas de que los historiadores de nuestras guerras con los parthos refieren tantos ejemplos. Recomendóles además, que si les era posible se reuniesen con Arsaces para talar, de acuerdo con él, el distrito de Chilicomo, el más fértil de toda la Media, y en seguida regresar por la Corduena y la Moxoena, para ayudarle en sus operaciones ulteriores en la Asiria. Tomadas estas disposiciones, simuló un avance sobre el Tigris, habiendo enviado con este propósito provisiones hacia aquel punto; en seguida describió repentinamente un recodo hacia la derecha y mandó parar por la noche, que pasaron vigilando. En cuanto amaneció el día siguiente, pidió un caballo, llamándose Babilonio el que le trajeron; y aquel animal, atacado repentinamente de cólico, cayó agitándose, arrastrando en el polvo su gualdrapa bordada de pedrería. Juliano exclamó entonces, regocijado con el presagio: «Babilonia ha caído despojada de todos sus ornamentos»: aplaudiendo todos los que lo oyeron. Detúvose un poco tiempo en aquel paraje para ofrecer un sacrificio, con objeto de asegurar los efectos del presagio; y en seguida marchó á Davana, fortaleza situada en el nacimiento del Belias, que desagua en el Eufrates. Descansó allí el ejército, comió y se trasladó en seguida á Calinicio, plaza fuerte y centro de considerable comercio. El cinco de las kalendas celebró allí, según el ceremonial acostumbrado, los misterios de la Madre de los dioses, porque este día señalaba en Roma la cele-

bración anual de esta antigua fiesta y de la inmersión tradicional en las aguas del Almón del carro que llevó la estatua de la diosa. Cumplido este deber, pudo descansar el príncipe una noche entera, no viendo en sueños más que triunfos y regocijos. A la mañana siguiente volvió á partir, siguiendo con su escolta las orillas del río, cuya corriente en aquel punto comienza á aumentar con multitud de tributarios.

Este día descansó bajo la tienda, y allí recibió el homenaje de varios jefes de tribus sarracenas, excelentes auxiliares para los golpes de mano, que le ofrecieron de rodillas una corona de oro, y le adoraron como á soberano del mundo entero. Mientras estaba hablando con ellos, llegó la flota (1) mandada por el tribuno Constancio y el conde Luciliano, flota que, rival de la de Xerxes, cubría el Eufrates con sus numerosas naves. Formábanla mil barcos de carga, de formas diferentes, abundantemente provistos de víveres, armas y máquinas de guerra; cincuenta naves de combate y otras destinadas á servir de base á los puentes.

Para instrucción de los lectores, me veo naturalmente obligado á describir la forma y efectos de las máquinas de guerra de que acabo de hablar. Comenzaré por la balista. Una armadura fuerte, fija entre dos montantes, una plancha de cierta longitud, cuya línea central, perfectamente lisa, se prolonga por una palanca cuadrada, formando una especie de timón. En la base de esta palanca, surcada en toda su longitud por estrecha ranura, se encuentra sujeto un cable formado con numerosas cuerdas de nervios, y que se estira por dos

(1) De las mil y cien naves de Juliano había cincuenta armadas, acompañándolas igual número de barcos de fondo plano que podían servir como puentes. Las demás naves, muchas de ellas revestidas con pieles crudas, contenían las máquinas de guerra, utensilios y pertrechos.

fuertes tornillos de madera, de los que cada cual tiene gruesa cabeza saliente, cruzada con un molinete. Al lado de uno de estos tornillos se coloca el que apunta, vigilando la maniobra, y coloca rápidamente en la ranura una flecha de madera, armada con un hierro puntiagudo de grandes dimensiones. Colocados á derecha é izquierda de la balista, hombres vigorosos hacen girar en el acto y vivamente el doble molinete, cuyo juego pone en enorme tensión el cable, que atrae la flecha hacia atrás, hasta que la parte superior de la punta de hierro toca, retrocediendo, las ataduras del cable sujeto al extremo de la palanca. En el momento preciso, la acción de los molinetes suelta el disparador, y el cable, bruscamente libre, lanza por la ranura la flecha, que algunas veces brilla por la rapidez del movimiento, y casi siempre hiere de muerte antes de ser vista.

El escorpión, llamado hoy onagro, se construye del siguiente modo. Alísanse dos tablas de roble ó de haya verde, dándoles ligera curvatura y uniéndolas en seguida de manera que se toquen por los extremos, horadados de antemano por dos ó tres agujeros por los que pasan fuertes cuerdas destinadas á dar solidez á los maderos que atraviesan por los dos extremos y oprimen poderosamente. Entre estas cuerdas inmóviles se alza oblicuamente una palanca de madera, que, por medio de otras cuerdas, sube ó baja á voluntad, como lanza de carro, estando la base de la palanca sujeta con fuerte perno: la parte superior de la palanca, guarnecida con un gancho de hierro del que pende sólidamente una honda, cuya cuchara es de hierro ó solamente de cuerdas y que puede recorrer una semicircunferencia. Cuando la palanca baja sobre la parte anterior del aparato, hiere un fuerte cojinete relleno de paja menuda, sólidamente sujeto y colocado á su vez sobre un macizo

de musgo ó de ladrillos; porque si se colocase el aparato sobre pared de piedras, las dislocaría, no por el peso, sino por la violencia de las sacudidas. Cuando va á funcionar el escorpión, se carga la honda con una piedra grande; cuatro hombres, colocados en los extremos de la máquina comprimen, por medio de molinetes y cuerdas, enormes resortes, atrayendo la palanca hacia atrás hasta colocarla en posición casi horizontal, manteniéndolo todo en esta disposición una clavija. De pie, detrás del escorpión, el que apunta toma su punto de mira, y en seguida, de un martillazo bien aplicado, hace saltar la clavija; la palanca escapa con violencia que amortigua el cojinete, pero la honda ha lanzado la piedra, que lo destroza todo en el camino. Esta máquina se llama también *tormentum,* de *torquere,* retorcer, porque el efecto que produce está en razón de la torsión que forma la fuerza de las cuerdas; y escorpión, porque la palanca termina en forma de dardo. En fin, en nuestros días se le ha dado el nombre de onagro, es decir, asno salvaje, porque este animal, cuando se ve perseguido, con las patas posteriores lanza piedras con bastante fuerza para hundir el pecho ó romper el cráneo á los cazadores.

Pasemos al ariete. Elígese un pino grande ó un olmo, y se le guarnece por un extremo con un hierro muy duro, labrado en forma de cabeza de carnero, por lo que se da á esta máquina el nombre de este animal. Suspéndese horizontalmente el ariete con cadenas á una polea muy fuerte colocada por encima, sostenida á su vez por largas tornapuntas. Cúbrese todo el aparato con tablas revestidas con láminas de hierro. Las cadenas son bastante largas para dar mucho balance al ariete suspendido en equilibrio. Número de hombres proporcional á la longitud del ariete le imprimen el movimiento de vaivén. Esta multitud de brazos, con ince-

sante maniobra, después de haber impulsado la máquina hacia atrás, la empujan vivamente hacia adelante. Cuando el movimiento adquiere bastante amplitud para que el ariete alcance á la muralla, la hiere con repetidos golpes, cuya violencia aumenta incesantemente, á imitación del carnero que se levanta para dar mayor fuerza á la cabezada. Por medio de estos golpes redoblados, semejantes á los del rayo, disloca las piedras y entreabre las murallas. Ante su acción, cuando alcanza toda su energía, no hay muralla que resista, defensa que no desaparezca ni fortaleza que no se derrumbe.

Habiéndose hecho demasiado común el uso del ariete, se le ha reemplazado con otra máquina, que los autores mencionan con frecuencia, y á la que damos el nombre griego de Helepolo. Al constante empleo de esta máquina, tanto en el sitio de Rodas como en el de otras plazas, debió su nombre de Poliorcetes, Demetrio, hijo de Antígono. Se construye del modo siguiente: Sobre una tortuga muy grande, formada por vigas gruesas y largas, unidas con fuertes garfios de hierro, se extienden pieles de bueyes, cubiertas con tejidos de mimbres, recientemente cortados, y de una capa de barro, para preservarlo de las saetas y del fuego. Erízase el frente de la máquina con enormes espolones de hierro de triple punta, imitando la forma que los escultores y pintores dan al rayo, disposición que hace extraordinariamente destructor el choque. Colocada esta máquina sobre ruedas, muévenla desde el interior cierto número de soldados, que la lanzan, por medio de muchos cables y poleas, contra los puntos más débiles de las murallas, en las que no tarda en abrir brecha, á menos que no consiga la guarnición, desde lo alto de los muros, neutralizar su efecto.

La saeta llamada maleolo, consiste en lo siguiente: Es una flecha de mimbre, guarnecida en derredor con lá-

minas de hierro, abultadas en el centro, y que dejan abiertos los intersticios, teniendo, por consiguiente, la forma exterior de un huso. Llénase la concavidad de materias inflamables, á las que se prende fuego, y esta saeta, lanzada por un arco de cuerda floja, porque la vibración vigorosa la apagaría, quema tenazmente todo cuerpo á que se adhiere. El agua misma no hace más que aumentar la llama, no pudiéndose extinguir, sino echando tierra encima. Estos aparatos son poco conocidos, y por eso los he descrito. Volvamos á nuestro relato.

Recibidos los auxilios que ofrecieron complacientemente los sarracenos, el Emperador aceleró la marcha y entró en Circesio, plaza muy fuerte y admirablemente situada en la confluencia del Aboras y el Eufrates, que la rodea casi por completo. Anteriormente tenía poca importancia y ofrecía escasa seguridad; pero Diocleciano la rodeó de altas murallas reforzadas con torres, porque entraba en sus planes que la línea de nuestras fortalezas penetrase en territorio enemigo, con objeto de contener mejor á los Persas, cuyas incursiones habían asolado en otro tiempo toda la Siria. Un día, por ejemplo, cuando la seguridad era completa, un actor que se encontraba en escena con su esposa en el teatro de Antioquía, y cuya declamación encantaba al público, detúvose de pronto, y exclamó, como si estas palabras formasen parte del papel: «Estoy soñando, ó he ahí los Persas.» Vuélvense, y en el momento mismo cae sobre el teatro una nube de flechas. Huyen apresuradamente todos, y el enemigo, después de incendiar la ciudad, de degollar á crecido número de habitantes, que se encontraban en las calles, como acontece en plena paz, de llevar á las inmediaciones la devastación y el incendio, se retiró impunemente cargado de botín. Pero antes los Persas quemaron vivo á Mareado, que, sin saberlo, les

había llevado á la matanza de sus compatriotas. Este suceso ocurrió bajo el reinado de Galieno.

Juliano se detuvo algunos días en Circesio para construir sobre el Aboras un puente de barcas para el paso del ejército y equipaje. Allí recibió una triste carta de Salustio, prefecto de las Galias, exhortándole á que suspendiese su expedición contra los parthos; diciéndole que los dioses se mostraban desfavorables, é insistir antes de calmar su enojo, era correr á su perdición. Tan prudente consejo no causó impresión alguna en Juliano, que continuó su marcha con igual resolución: tan cierto es que ni la virtud ni la prudencia pueden alterar un decreto del destino. Realizado el paso, el Emperador mandó romper el puente para quitar al ejército toda idea de retirada. Allí tuvo otro encuentro de mal agüero, el cadáver expuesto de un aparitor, muerto por mano del verdugo. Aquel infeliz había sido ejecutado por orden del prefecto Salustio, que se encontraba en el ejército, por haber faltado, en virtud de circunstancias imprevistas, la entrega de víveres que se había comprometido á presentar en día fijo. Al día siguiente del suplicio, llegó el convoy que había ofrecido.

Desde allí marchamos á Zaitha, palabra que significa olivo. Desde muy lejos vimos la magnífica tumba del emperador Gordiano, cuya vida, desde su infancia, brillantes hazañas militares y trágico fin, hemos referido en otro lugar. Con su acostumbrada piedad tributó Juliano los honores debidos á la memoria del ilustre difunto, y se encaminó hacia Dura. Al acercarse á esta ciudad desierta, vió venir hacia él un grupo de soldados, y se detuvo, ignorando de qué se trataba. Los soldados le presentaron el cadáver de un león enorme que, lanzándose contra el ejército, había caído acribillado de heridas. De este hecho dedujeron lisonjero presagio y se continuó alegremente la marcha. Sin embargo, aquel

caso podía interpretarse de dos modos, y la suerte decidió en contra de las conjeturas. Un soberano iba á sucumbir; ¿pero cual? Frecuentemente los oráculos son equívocos, y solamente los explican los acontecimientos. Testigo de esto es la respuesta del oráculo de Delfos á Creso: «Que al pasar el Halys, causaría la ruina de un Imperio.» Testigo es también el mar designado con tanta obscuridad á los atenienses como único camino de salvación en la guerra contra los Persas; y en fin, este otro oráculo más reciente, pero no menos ambiguo *Aio te Æacida, romanos vincere posse.* Los arúspices etruscos que acompañaban al ejército, consumados peritos en la ciencia adivinatoria, viendo que no se les había dado crédito en sus anuncios contra esta guerra, exhibieron ahora los libros depositarios de su doctrina, como prueba del sentido prohibitivo de este presagio, que, según decían, era contrario al príncipe que atacaba, por justa que fuese su causa. Pero su ciencia la consideraban con desprecio los filósofos, cuyas opiniones tenían entonces la suprema autoridad, á pesar de estar sujetos á error y ser inclinados á obstinarse en los puntos que entienden menos. En este caso alegaban en favor de su opinión, que anteriormente, cuando realizó el César Maximiano su expedición contra Narses, rey de los Persas, le presentaron un león y un jabalí muertos en iguales circunstancias, y que no por ello dejó de regresar victorioso. No creían que, según el presagio, amenazase desgracia alguna al que atacaba, á pesar de que Narses había tomado la iniciativa de las hostilidades contra la Armenia, que obedecía entonces á los romanos.

Al día siguiente, que era el siete de los idus de Abril, cerca ya de ponerse el sol, una nubecilla que aparecía sobre el horizonte se condensó de pronto, extendiéndose hasta el punto de producir obscuridad completa. Los relámpagos y truenos se sucedían con espantosa ra-

pidez; y un soldado, llamado Joviano, quedó muerto con dos caballos que llevaba á beber en el río. Consultados los intérpretes, declararon que era nuevo aviso para renunciar á la empresa; que el rayo era consiliario (1) (consideraban signos consiliarios aquellos de que se podía deducir consecuencia positiva ó negativa), y era muy especialmente digno de atención, porque el individuo herido llevaba un gran nombre y porque los caballos eran animales de combate. Añadían que los mismos libros decretaban que no pudiese mirarse ni pisarse el paraje sobre que había caído el rayo. Los filósofos sostenían por su parte que aquella combustión espontánea era efecto completamente natural; reduciéndose á una emanación del fuego celeste precipitándose sobre la tierra; y que, lo único que podía deducirse, si se le quería atribuir alguna significación acerca de las cosas futuras, era que muy pronto alcanzaría el Emperador aumento de gloria por su empresa, atendiendo á la tendencia de la llama á elevarse á pesar de todos los obstáculos.

Después de presenciar la terminación del puente y visto pasar las tropas, lo que más apremiaba á Juliano era arengar á aquel ejército, cuya intrépida actitud anunciaba su completa confianza en el jefe. Al toque de la bocina reuniéronse centurias, cohortes y manípulos, y subiendo él á un terraplén, rodeado por los jefes principales, con sereno rostro que correspondía á la confianza de la multitud, les habló de esta manera:

(1) Según Séneca, hay tres especies de rayos: de consejo, de autoridad y de estación. El primero cae antes del acontecimiento, pero después de formado el proyecto. Así, pues, cuando meditamos una acción cualquiera, nos decidimos ó la abandonamos por un rayo. El segundo sigue al hecho consumado, é indica si es propicio ó funesto. El tercero sobreviene al hombre en pleno reposo, cuando no realiza ni proyecta ninguna acción. Este amenaza, promete ó advierte.

«Esforzados guerreros: al contemplar con orgullo vuestros vigorosos cuerpos, vuestra apostura gallarda y resuelta, no puedo menos de dirigiros algunas palabras de satisfacción. Han querido persuadiros de que, hasta ahora, ningún ejercito romano había penetrado jamás en Persia; pero hechos numerosos desmienten esas malévolas suposiciones. Sin hablar de Lúculo, sin hablar de Pompeyo, cuyas armas victoriosas de la Albania forzaron el país de los Massagetas, á los que llamamos alanos, y visitado el mar Caspio, Ventidio (1), lugarteniente de Antonio, derramó más adelante torrentes de sangre enemiga en todas estas comarcas. Pero dejemos la antigüedad: voy á poner ante vuestra vista hechos comprobados. Trajano, Vero (2) y Severo (3) con-

(1) General romano, célebre en el tiempo en que expiraba la república; fué lugarteniente de César en las Galias, puesto á que ascendió desde la condición más humilde, por el mérito singular que el conquistador descubrió en él. Después de la muerte de César, á quien debía el rango de senador, siguió naturalmente el partido de Antonio, que pretendía vengarle; hizo con él la guerra de Módena, y desde allí fué enviado para combatir á los parthos, contra los que hizo afortunada campaña, tanto más brillante, cnanto que seguía casi inmediatamente al desastre de Craso. Este éxito le valió entrar con los honores del triunfo en la misma ciudad que le vió, siendo joven, como cautivo cogido en Ausculum, su ciudad natal, seguir á pie el carro del triunfador.

(2) Lucio Aurelio Vero, hermano adoptivo, yerno y colega de Marco Aurelio en el Imperio, estaba muy lejos de parecérsele Esclavo de sus sentidos, imitó los caprichos y desórdenes de Calígula, aunque no tuvo sus feroces instintos. La sumisión de los parthos. que le valió los pomposos dictados de Parthico y Médico, que conservan las medallas, la consiguieron sus lugartenientes, mientras que el jefe de la expedición se entregaba, lejos del teatro de la guerra, á las voluptuosidades de Antioquía.

(3) Lucio Septimio Severo, único de los tres emperadores de este nombre que sotuvo la majestad del título de Augusto, que consiguió por usurpación. Su carácter lo formaban excelen-

siguieron en estas regiones victorias y trofeos. Regreso igualmente brillante estaba reservado al joven Gordiano. cuyo mausoleo vemos desde aquí. Este combatió y derrotó al rey de Persia cerca de Resaina, pero la impía traición de Filipo (1), prefecto del pretorio, secundado por algunos malvados, puso fin á su vida en el mismo paraje en que hoy se alza su tumba. Pero no vagaron mucho tiempo sus manes sin venganza. Como si la misma justicia interviniese para castigarles, todos los conjurados expiaron su delito en medio de las torturas. Los grandes varones que acabo de citar no tuvieron otro móvil para sus hazañas que la gloria: nosotros vamos á vengar el saqueo de nuestras ciudades, el degüello de nuestros ejércitos, la destrucción de nuestras fortalezas y el desastre de nuestras provincias. La patria entristecida nos grita que cicatricemos sus heridas, reparemos su honor y aseguremos la paz de nuestras provincias, llevando la gloria de nuestro nombre hasta la posteridad más remota. Si así place á la voluntad eterna, me veréis á vuestro frente ó en vuestras filas, á caballo ó á pie, compartiendo vuestros peligros, y, según

tes cualidades obscurecidas por extraordinaria dureza de corazón. Severo derrotó á dos competidores terribles, Pescenio Niger y Albino; y en dos guerras extranjeras, igualmente afortunadas, hizo respetar las armas del Imperio en los dos extremos del mundo romano. Pero la crueldad manchó sus triunfos en el interior y le hizo perder parte de sus frutos. Los restos de dos importantes construcciones de su reinado, un arco de triunfo en Roma y la muralla destinada á proteger la Bretaña del Norte contra las invasiones de los calcedonios, recuerdan todavía su nombre.

(1) Arabe de nacimiento, y, según toda probabilidad, hijo de un jefe de bandidos, sucedió bajo el último Gordiano á Misitheo, prefecto del pretorio, á quien según, se dijo, había envenenado. Este ambicioso, por medio de culpables intrigas, llegó hasta compartir el título y autoridad de su amo, y poco después á ocupar el trono del que le derribó una sedición.

espero, vuestra victoria. Si la caprichosa suerte de la guerra quiere que sucumba, moriré contento por haberme sacrificado por la patria á ejemplo de los Curcios, de Mucio y de la ilustre generación de los Decios. Borremos del número de las naciones una raza enemiga, cuyas espadas humean todavía con la sangre de nuestros conciudadanos. Nuestros antepasados emplearon también muchos años en deshacerse de adversarios demasiado peligrosos. ¡Cuánto tiempo y cuántos esfuerzos para hundir á Cartago! Y todavía temió su vencedor que renaciese de sus ruinas. Scipión no destruyó á Numancia sino después de haber pasado por todas las vicisitudes de largo sitio. Roma destruyó á Fidenas para no tener rival, y también aplastó á los veyos y faliscos, hasta el punto de ser necesario acudir á nuestros anales para creer que existieron tantas ciudades importantes con estos nombres. Estas son las lecciones que nos ofrece el pasado. Solamente me queda que haceros una advertencia. El ardor en el saqueo fué muchas veces causa de la pérdida del soldado romano: mostraos superiores á una pasión tan indigna de vosotros: que ninguno se separe de su cohorte, para que todos estén prontos á pelear en su puesto si ocurre llegar á las manos. Tened presente que los retrasados arriesgan verse con los jarretes cortados y perecer sin socorro posible; porque nuestros enemigos son astutos, y solamente temo de ellos las sorpresas. El triunfo en esta expedición dará la paz al Imperio; y yo os prometo que entonces, deponiendo la prerrogativa y renunciando á la irresponsabilidad del poder, tendré muy en cuenta tanto lo bueno como lo malo que se haya hecho. Animo, pues; esperemos lo mejor, y compartamos todos los trabajos y los peligros, convencidos de que la victoria acompaña siempre á la justicia.»

Para la inteligencia del relato, necesario es hacer

aquí una descripción, siquiera brevísima, de la Persia, asunto que ha ocupado especialmente á los geógrafos, pero en el que quizá muy pocos de ellos han encontrado la verdad. Si soy algo prolijo, llévame el deseo de que se forme cabal idea. Aquellos que al tratar materias desconocidas afectan excesiva brevedad, antes cuidan de lo que deben omitir que de lo que necesitan explicar.

Al principio tuvo el reino de Persia escaso territorio; cambiando frecuentemente de nombre, por causas que ya hemos referido. Cuando Alejandro el Grande murió en Babilonia, los Persas recibieron el nombre de parthos de Arsaces, hombre obscuro que, de jefe de bandidos, llegó á ser, por una serie de hazañas, glorioso fundador de una dinastía. Su valor triunfó del sucesor de Alejandro, Seleuco Nicator, llamado así por la multitud de sus victorias. Arsaces expulsó las fuerzas macedónicas, y en seguida, en pacífica posesión, supo gobernar con dulzura súbditos obedientes. En fin, después de haber subyugado los pueblos vecinos, unos por la fuerza, aquéllos por el temor que inspiraban sus armas y otros solamente con la influencia de su equidad, murió en edad madura, dejando la Persia llena de ciudades, de fortalezas y de castillos, y temida por todos los que antes la hacían temblar. Arsaces fué el primer monarca que obtuvo los honores de la apoteosis, decretándola unánimemente los grandes y el pueblo. Consagración conforme con los ritos del país le colocó en el cielo, según la creencia nacional, en el rango de los astros: de aquí el título de hermanos del Sol y de la Luna que ostentan los soberbios soberanos de aquella comarca. Con prestigio parecido al que el nombre querido y deseado de Augusto da á nuestros emperadores, el de Arsaces ha venido á ser para los reyes parthos, tan obscuros y despreciados hasta entonces, aureola de prosperidad

y gloria; y no solamente los contemporáneos lo divinizaron, sino que el culto de este nombre pasó á las edades siguientes, hasta el punto que, en nuestros mismos días, si se trata de elegir rey, un Arsacides obtiene el derecho de preferencia, y hasta en las mismas contiendas civiles, muy frecuentes en este pueblo, consideraríase como sacrilegio poner mano en hombre de esta raza, aunque fuese simple particular.

Sabido es que las inmensas conquistas de este pueblo han extendido su dominación hasta la Propóntida y la Thracia; y también se conocen los fracasos que experimentaron algunas veces sus monarcas en sus orgullosos proyectos de invasión. Pasando Cyro el Bósforo con un ejército cuyo número de soldados parece fabuloso, fué exterminado por Thomyris, reina de los scitas, que vengó cruelmente en él la muerte de sus hijos. Darío, y después Xerxes, que sujetaron hasta á los elementos para lanzarse sobre la Grecia, perdieron allí flotas y ejércitos, pudiendo apenas salvar la propia vida; y omitiré las conquistas de Alejandro y aquel testamento en el que disponía de la Persia entera en favor de un solo heredero. Muchos siglos después, Roma, bajo el gobierno de los cónsules, y cuando obedecía á los Césares, tuvo con este pueblo luchas ardientes y obstinadas, en las que la fortuna quedó algunas veces indecisa; y después, pronunciándose unas veces por nuestras armas, y otras por las contrarias.

Ahora describiré aquellos parajes con la brevedad que permite el asunto. Esta comarca, tan vasta en todos sentidos, abraza por completo el mar Pérsico, surcado por millares de naves y poblado de numerosas islas. Dícese que este mar es muy estrecho en su entrada, supuesto que desde el promontorio de Harmozonta, en Carmania, se ve fácilmente el de Macés en la parte opuesta. Más allá del estrecho ensánchase nota-

blemente y se abre á la navegación hasta la ciudad de Teredón, donde desemboca el Eufrates, sucesivamente aminorado por la división de sus aguas. El circuito del golfo tiene veinte mil estadios; y en diferentes puntos de este litoral, lleno de ciudades é innumerables caseríos, hay continuo movimiento de naves. En la misma salida del estrecho se encuentra al Oriente el golfo de Armenia; al Mediodía el de Canticho, y á Poniente, algo más lejano, otro llamado Chaliten. Más allá se extiende el Océano Índico, que recibe los primeros rayos del sol, y en cuya superficie reina constantemente calor abrasador. Los stilos de los geógrafos han trazado la siguiente división de la Persia. Al Norte se extiende hasta las puertas Caspianas, y confina con las regiones que habitan los cadusianos, diferentes pueblos scitas, y los arimaspos, salvajes de torva mirada y crueles costumbres. Sus fronteras á Poniente son la Armenia, el monte Nifatos, la Albania, el Mar Rojo y los árabes scenitas, llamados desde hace poco sarracenos. Al Mediodía la limita la Mesopotamia, y al Oriente se extiende hasta el río Ganges, que la separa de las Indias y penetra en el Océano austral.

Solamente citaremos las provincias principales de este reino, las que están colocadas bajo la autoridad de los vitaxas, es decir, jefes de la caballería, y de los sátrapas del rey; porque enumerar los distritos secundarios sería tan fatigoso como inútil. Estas provincias son la Asiria, la Susiana, la Media, la Persia propiamente dicha, la Parthia, la Carmania mayor, la Hircania, la Margiana, la Bactriana, la Sogdiana, la Sacea, la Scitia, á este lado del monte Emodén; la Sérica, la Aria, la Paropanisada, la Drangiana, la Aracocia y la Gedrosia.

Limítrofe del Imperio es la Asiria, siendo también la más importante de todas estas provincias por su exten-

sión, población, riqueza, abundancia y variedad de sus productos. Sus diferentes partes, llamadas distintamente en otro tiempo, se confunden hoy bajo una denominación única. El suelo de esta región, además de producir abundantemente los granos y frutos de otras regiones, tiene además betún, cerca de un lago llamado Soznigito, en el que desaparece el Tigris, para reaparecer después de un trayecto subterráneo bastante extenso. También se encuentra allí la nafta, especie de resina viscosa y parecida al betún. Si un pajarillo, por pequeño que sea, se para sobre esta materia, húndese, y perece sin poder levantar vuelo; y si se inflama esta substancia, no se la puede apagar más que con tierra.

En esta región existe un pozo del que brotan miasmas mortales para todo el que se acerca. Por fortuna la acción se reconcentra en el radio de la boca que los exhalan, sin lo cual, las comarcas inmediatas serían inhabitables. Dícese que antiguamente había otro igual cerca de Hierápolis, en Frigia, muriendo cuantos se acercaban, exceptuando los eunucos, fenómeno cuya explicación queda para los físicos. Cerca del templo de Júpiter Asbameo, en Capadocia, y también de la ciudad de Thyana, donde nació el célebre filósofo Apolonio, vese una fuente que ofrece una particularidad igualmente notable, cual es la de absorber constantemente el sobrante de un lago, sin que el agua rebase jamás el nivel de sus bordes.

En otro tiempo estaba comprendida también la Adiabena en la designación de la Asiria. El nombre actual, que ya es antiguo, lo recibió porque, encerrado entre dos ríos navegables y profundos, el Onas y el Tigris, no puede llegarse á este país por camino seco. διαβαίνειν significa en griego atravesar; esta es, al menos, la etimología que dan los autores antiguos. Haré observar además que en aquella región existen otros dos

ríos, el Diabas y el Adiabas, que atravesamos por puentes de barcas, y que es muy probable que la Adiabena deba su nombre, como el Egipto, según Homero, la India y el Eufratensis, en otro tiempo Commagena, deben los suyos á los grandes ríos que los riegan; de la misma manera que el Ebro y el célebre Betis dieron nombre á la Iberia, hoy España, y á la Bética.

La Adiabena cuenta entre sus ciudades Ninus, soberana en otro tiempo de toda la Persia, y cuyo nombre recuerda al poderoso monarca esposo de Semíramis; Ecbatana, Arbela y Gaugamela, donde Darío, después de diferentes alternativas, quedó al fin vencido por Alejandro.

Tomada en general la Asiria, cuenta numerosas ciudades, entre las que se distinguen Apamia, denominada Mesena, Teredón, Apolonia y Vologesia. Pero las tres más espléndidas y las únicas históricamente célebres, son Babilonia, cuyos muros construyó con betún Semíramis (el antiquísimo rey Belus construyó anteriormente la fortaleza) Ctesifonte, cuyos cimientos echó en otro tiempo Vardanes y cuya población aumentó; el rey Pacoro rodeóla de altas murallas, le dió un nombre griego y concluyó por hacerla una ciudad modelo. Viene en seguida Seleucia, orgullosa fundación de Seleuco Nicator. Ya hemos referido que, después de apoderarse de esta ciudad los lugartenientes del césar Vero, arrancaron de su santuario la estatua de Apolo Comeo, la trasladaron á Roma y la colocaron, por gestión de los pontífices, en el templo de Apolo Palatino. Dícese también que después de aquel despojo, y en medio del incendio de la ciudad, registrando los soldados un templo, encontraron una abertura estrecha que ensancharon, creyendo haber puesto mano en el tesoro, y que de aquel escondrijo, donde lo había sabido encerrar la ciencia de los antiguos caldeos, salió el incurable ger-

men de aquella horrible peste que, bajo los reinados de Vero y de Marco Aurelio, pasó de la Persia á las orillas del Rhin, y de aquí á toda la Galia, llevando el contagio y la muerte.

Cerca de aquí se encuentra la Caldea, cuna de la filosofía antigua, y, si ha de creerse á los habitantes, verdadero foco de la ciencia de la adivinación. Además de los grandes ríos que hemos mencionado, riegan este país el Marses, el río Real y el Eufrates, que es el más caudaloso de todos. Este último se divide en tres brazos, todos navegables, y que forman varias islas, que fertilizan sus aguas más copiosamente que toda irrigación artificial, haciéndolas muy adecuadas para el cultivo de los cereales y árboles frutales.

La Susiana linda con la Caldea: cuenta pocas ciudades grandes, pero sobresalen Susa, que frecuentemente fué residencia real, Arsiana, Sele y Aracha: las demás tienen poca fama é importancia. Muchos ríos cruzan por esta provincia, siendo los principales el Oroates, el Harax y el Meseo, que surcan el desierto de arena que separa el mar Rojo del mar Caspio.

A la izquierda de esta provincia se extiende la Media, vecina del mar Hircanio, dominadora del Asia, antes del reinado de Cyro el antiguo, y antes del engrandecimiento de Persia. Esta nación abatió á los Asirios; y, apropiándose por derecho de guerra la mayor parte de su territorío, cambió su nombre por el de Aeropatena. El ánimo guerrero subsiste en aquella población, la más temible del reino después de la de los parthos, á la que solamente cede. Ocupa inmenso territorio de figura cuadrangular y cortado por elevadas montañas, que llevan los nombres de Zarra, Oronta y Yason. También se alza allí la Corona, cuya vertiente occidental presenta un suelo regado por multitud de manantiales y arroyos y maravillosamente fértil en granos y vinos. También

son allí excelentes los pastos y alimentan vigorosa raza de caballos, llamada niseena, en los que los habitantes del país voltigean en los combates con singular destreza; particularidad que mencionan todos los historiadores y que yo mismo he podido comprobar. La Aeroptana iguala á la Media por el número de sus ciudades y pueblos, tan suntuosamente construídos como aquéllas, y por su considerable población. En una palabra, esta es por excelencia la provincia destinada para morada del rey.

En esta comarca se encuentran también los fértiles campos de los magos: y ya que hemos pronunciado este nombre, fijémonos por un momento en esta corporación y el orden de estudios á que se entrega. Magia, en lengua mística machagistía, significa, según la elevada autoridad de Platón, culto de la divinidad en su forma más depurada. Esta ciencia debe mucho á Zoroastro de Bactriana (1), que se inició profundamente en los misterios de los caldeos; recibiendo nuevo perfeccionamiento del sabio rey Hystapes, padre de Darío. Penetrando en las regiones más apartadas de la India, aquel valeroso príncipe llegó hasta selvas solitarias, santuario silencioso de la doctrina trascendental de los bracmanes; y cuando hubo conseguído en sus comunicaciones con aquellos sabios todos los conocimientos que pudo obtener acerca de las leyes primordiales de nuestro mundo, sobre los movimientos celestes y la teología braminica, la más pura de todas, de regreso en Persia, se dedicó á inculcar estas ideas á los magos, que las

(1) Zoroastro, fundador ó reformador de la doctrina de los magos, y redactor ó autor del *Zend-Avestas*, código de la ley y religión de los antiguos persas. Su nombre, la época y duración de su vida y hasta su existencia como individuo, todo es en él problemático, sin que la erudición oriental haya podido hacer otra cosa que formar hipótesis más ó menos aceptables.

han transmitido á su posteridad con la teoría de la presciencia que les es propia.

Tal es el origen de la tradición hereditaria en una estirpe que, desde tiempo inmemorial se dedica de padres á hijos al culto religioso. Si ha de creerse á los magos, conservan en un foco, que jamás se apaga, una emanación del fuego celestial, y en otro tiempo los reyes asiáticos nunca se ponían en marcha sin que les precediese parte de este fuego sagrado, como garantía de éxito en sus empresas. Primeramente esta familia era poco numerosa y ejercía por privilegio las funciones del sacerdocio cerca del rey de los Persas. Hubiérase considerado sacrilegio acercarse á los altares ó tocar á la víctima antes de que el mago hubiese terminado las libaciones preliminares y recitado las preces rituales. Poco á poco fué aumentando la familia hasta llegar á merecer el nombre de pueblo; y, agrupándose, ha formado centros de habitación sin recinto de murallas, viviendo bajo el régimen de leyes propias y protegida solamente por el respeto que va unido á la idea religiosa. Refiere la historia que ocupó el trono de Persia, después de la muerte de Cambises, una serie de siete reyes magos, y que esta dinastía sucumbió bajo el partido de Darío, que debió el trono á un relincho de su caballo.

En este pueblo se confecciona el aceite médico. La flecha impregnada con él quema todo objeto á que se adhiere, con tal de que la disparen blandamente con arco de cuerda floja; porque el rápido vuelo anula el efecto de la composición. Si se emplea agua para extinguir este fuego, aumenta su intensidad, no pudiéndosele dominar sino ahogándolo con tierra. Este aceite lo confeccionan del siguiente modo: Cógense hojas de cierta hierba y las dejan macerar en aceite común, y cuando quedan disueltas, espesan el residuo con una substancia que parece aceite espeso; producto natural del sue-

lo, como hemos dicho, y que en el país llaman nafta.

Encuéntranse dispersas en la Media considerable número de ciudades, entre las que debemos mencionar Zombis, Patigrán y Gazaca; pero las más ricas y fuertes son Heraclea, Arsacia, Europos, Ciropolis y Ecbatana; situadas todas al pie del monte Jasón, en la comarca de los siromedas. Multitud de ríos cruzan también este territorio, siendo los más considerables el Coaspo, el Gindo, el Amardo, el Carindo, el Cambises y el Cyro. El amor de sus súbditos al rey Cyro hizo que, en el momento de llevar la guerra al territorio de los scitas, diesen su nombre á este río, grande como él, majestuoso y que vence con igual altivez los obstáculos que encuentra para abrirse paso hasta el mar Caspio, al que lleva el tributo de sus aguas.

Por el lado meridiano de este territorio hasta las orillas del mar se extiende la Persia propiamente dicha, tierra fecunda, cubierta de palmeras y abundantemente regada. El golfo, de que ya hemos hablado, recibe considerable número de ríos, tales como el Vatrachito, el Rogomanis. el Brisoano y el Bragadas. Sus ciudades más importantes se encuentran en el interior, no existiendo ninguna notable en las costas, sin que se sepa por qué razón. Entre las primeras se distinguen Persépolis, Ardea, Obroatis y Tragónica. También hay tres islas allí, Tabiana, Fara y Alejandría.

Al aquilón ocupan los parthos una comarca cubierta casi siempre de nieves y hielos, cruzada por un río importante, el Coatres. Sus ciudades más importantes son Genonia, Mesia, Carax, Apamia, Artacana y Hecatompila. Desde esta última hasta las puertas Caspianas se extienden mil cuarenta estadios de costa. La población de toda esta comarca es belicosa, considerando como dicha suprema morir combatiendo, por tener como innoble y cobarde la muerte natural.

A la parte oriental tienen los parthos la Arabia feliz, llamada así porque abunda en granos y ganados, palmeras y perfumes de toda clase. Bañada á la derecha y en su mayor extensión por el mar Rojo, á la izquierda por el mar Pérsico, gozan sus habitantes del beneficio de doble navegación. Posee multitud de puertos y ensenadas, que ofrecen seguridad á las naves, abundantes mercados y muchas residencias reales imponentes y magníficas. También abunda en aguas termales de reconocida virtud, y en ríos y rías notables. Finalmente, tan saludable es allí el clima, que parece no faltar nada á este pueblo para ser feliz: por todas partes campos fértiles, hermosos valles, ciudades innumerables, tanto marítimas como interiores, entre las que sobresalen Geapolis, Nascón, Baraba, Mefra, Tafra y Dioscuriada. Posee además en los dos mares muchas islas cuya enumeración omito, aunque debe citarse Turgana, donde, según dicen, descuella un magnífico templo de Serapis.

Pasados los confines de estas gentes, comienza la Carmania mayor, cuyas elevadas mesetas se extienden hasta el mar de las Indias: tierra abundante en granos, frutas y ganados; pero no tan grande ni tan famosa como la Arabia, aunque tan bien regada como ella y con vegetación igualmente rica. Sus ríos más notables son el Sagareo, el Saganis y el Hidriaco. Tiene pocas ciudades, pero hermosas y muy pobladas, sobresaliendo Carmana, capital de la comarca, Portospana, Alejandría y Hermópolis.

Caminando más al Norte, encuéntrase Hircania, bañada por el mar de su nombre: su suelo es estéril y perece la semilla que se le arroja, por cuya razón no se practica la agricultura en estas regiones, alimentándose los habitantes de la caza, que abunda allí. Vénse millares de tigres y variedad infinita de otras fieras. Ya he referido en otro lugar qué medios adoptan para ca-

zarlas. A pesar de todo, no se desconoce completamente el arado en este país, puesto que se cultivan algunas partes menos estériles; viéndose árboles frutales en algunos terrenos que les son favorables; pero los habitantes obtienen principalmente su subsistencia del comercio marítimo. Tienen dos ríos de histórico nombre, el Oxus y el Maxero. Ocurre algunas veces que los tigres, impulsados por el hambre, los pasan á nado y repentinamente causan estragos en la otra orilla. La Hircania tiene cinco ciudades relativamente importantes: dos marítimas, Socunda y Saramanna; y tres en el interior, Azmorna, Solen é Hircana, que es la principal.

Dícese que más al septentrión se encuentran los Abios, nación religiosa que desprecia las cosas de la vida mortal, y á la que Júpiter, según canta Homero en sus poéticas ficciones, se complace en contemplar desde la cumbre del Yda.

Después de la Hircania viene inmediatamente la Margiana, casi rodeada por completo de altas montañas, y, por tanto, sin comunicación con el mar. La falta de agua la convierte casi en un desierto, aunque se encuentran algunas ciudades, siendo las más conocidas Jasonia, Antioquia y Nisea.

Próxima á estos confines está la Bactriana, potente y belicosa en otro tiempo, y cuya permanente hostilidad contra los Persas no se extinguió hasta que hubo conquistado todos los pueblos vecinos suyos y les impuso su nombre. En los tiempos antiguos, los reyes bactrianos se hicieron temer hasta del mismo Arsaces. No es esta comarca más marítima que la Margiana; pero su suelo es fértil, y el ganado que mantiene en sus llanuras y montañas es corpulento y robusto; como lo acreditan los camellos que Mitrídates sacó, y que los romanos vieron por primera vez en el sitio de Cizyco. Obedecen á los bactrianos muchos pueblos, siendo el más

importante el de los tocaros. Súrcanla, lo mismo que á Italia, multitud de ríos, entre los que sobresalen el Artemis, que se reune con el Zariaspes; el Ocus, que se confunde con el Orcomanes, y todos, reunidos con sus tributarios, van á aumentar la masa formidable de las aguas del Oxus. También se encuentran varias ciudades, bañadas cada una de ellas por un río menos importante; tales son Chatra, Charte, Alicodra, Astacia, Menapila y Bactra, capital del país, y que le da su nombre.

Al pie de los montes Bactrianos comienza la comarca que lleva el nombre de Sogeliana, cruzada por el Araxates, y el Dymas, navegables los dos. Estos ríos, al salir de las regiones altas, se precipitan primeramente por valles, después pasan lentamente por las llanuras y concluyen por formar inmenso lago, que recibe el nombre de Oxia. Las ciudades más importantes del país son Alexandría, Cyreschata y Drepsa, que es la metrópoli.

Los Saceos, vecinos de los Sogdios, forman una nación feroz diseminada en suelo inculto, donde solamente pueden vivir los ganados, y por lo tanto desprovista de ciudades. Los montes Ascanimios y Comedus constituyen sus puntos culminantes. Más adelante, cuando se ha pasado de la falda de los montes y del caserío llamado Lithinos pyrgos (torre de piedra), comienza un largo camino de comunicación abierto para el comercio con los Seras.

En el punto donde termina la cadena del Imaüs y del Tapurius, habitan las tribus scitas limítrofes de los sármatas del Asia y de los alanos. Aunque comprendidos dentro de los límites del reino de Persia, permanecen aisladas y como secuestradas, llevando vida errante en medio de vastas soledades. Otros pueblos existen dispersos también en estas regiones, pero me falta tiempo para describirlos; diremos, sin embargo, que

en medio de estas razas tan agrestes, que son casi intratables, se encuentran pueblos amables y religiosos, como los Jaxartes y los Galactofagos, á los que hizo Homero célebres, diciendo: «Los Galactofagos y los Abianos son los más justos de los mortales.»

Entre los numerosos ríos que riegan estas comarcas, ora sean tributarios de otros ríos ó bien desagüen en el mar, los más notables son el Remnus, el Jaxartes y el Talicus. Solamente se conocen tres ciudades: Aspabota, Chauriana y Saga.

Al Oriente, y más allá de las dos Scitias, un recinto circular de altas montañas encierra la Sérica, comarca inmensa, admirablemente fértil, que toca á la Scitia por Occidente, por Oriente y Norte á helados desiertos, extendiéndose al Mediodía por la India hasta el Ganges. Llámanse estas montañas Anniva, Nazavicium, Asmira, Esnodón y Opurocarra. Por la rápida pendiente de sus mesetas corren dos ríos, el Œchardas y el Bautis, atravesando después con mayor calma inmensa extensión de terrenos. El aspecto del suelo es muy variado; nivelado en unos puntos, ligeramente deprimido en otros; así es que todo abunda allí, granos, frutos y ganados. Pueblos diferentes ocupan esta fecunda tierra: los Alitrófagos, Annibos, Sizygos y Chardos, dando frente al aquilón y á los hielos del Norte. Los Rabannos, Asmiros y Essedones, que son los más ilustres de estos pueblos, miran á Levante. Al Occidente se encuentran los Athagores y los Aspacaros, y al centro los Betos, que habitan las altas montañas.

Escasas en número son las ciudades, pero grandes, ricas y populosas; siendo las más famosas y espléndidas Asmira, Essedón, Asparata y Sera. De todas aquellas razas humanas, los Seros son los más pacíficos, no conociendo la guerra ni el uso de las armas; prefiriendo á todos el reposo, por lo cual son los vecinos mejores.

La comarca es forestal, pero sin grandes bosques. Recógese allí en los árboles, humedeciendo repetidas veces las hojas una especie de borra, extraordinariamente suave y fina, que hilan y convierten en seda, tejido reservardo en otro tiempo á las clases elevadas, y que hoy usan ya todos. Tan pocas necesidades tienen los Seros, tanto estiman la tranquilidad, que evitan todo contacto con los otros pueblos. Cuando pasan el río mercaderes extranjeros en demanda de hilo, de seda ú otro producto del país, no se cambia ni una palabra, estimándose el precio solamente con los ojos. Tan sencillos son en sus gustos los habitantes, que al entregar sus productos, no exigen en cambio nada de fuera.

Al Norte de los Seros viven los Arianos, pueblo expuesto inmediatamente al viento boreal. Cruza su país el Arias, río navegable, que forma un lago con el mismo nombre. La Aria tiene muchas ciudades, siendo las más célebres Bitaxa, Sarmatina, Sotera, Nisiba y Alexandría, distando está última del mar Caspio mil quinientos estadios.

De esta comarca es vecina la Paraponisata, cuyo territorio toca á la India por Oriente y por Occidente al Cáucaso. Ocupa una vertiente de la cordillera, naciendo en Bactriana el Ortogordomaro, que es su río más importante. Tiene algunas ciudades, siendo las más conocidas Agazaca, Naulibus y Ortopana. Siguiendo desde aquí la costa por mar hasta el punto de la frontera meda mas inmediato á las puertas Caspianas, se recorre una distancia de dos mil doscientos estadios.

Contigua es á esta última comarca la Drangiana, situada al pie de los montes. El río Arabium, llamado así del país donde nace, riega su territorio. Los Drangianos celebran orgullosamente la opulencia y fama de sus ciudades Pofthasia y Ariaspa.

Por el opuesto lado está la Aracosia, que toca á la In-

dia por levante. Recórrela un río que nace allí, y que si bien muy inferior al Indo, del que toma su nombre esta última, es, sin embargo, bastante abundante para formar el lago Aracotosacreno. La Aracosia encierra algunas ciudades dignas de mención, tales como Alexandría, Arbaca y Choaspa.

En fin, al extremo meridional de la Persia se encuentra la Gedrosia, limítrofe también de la India, á la que fecunda con sus aguas el río Artabius, entre otros menos importantes. Allí terminan los montes Barbitanos, en donde nacen muchos afluentes del Indo. También tiene ciudades la Gedrosia, sin hablar de las islas que dependen de ella: el primer lugar lo ocupan Sedratyra y Gynecón.

Para no extenderme más, me limitaré á decir, en último lugar, que el litoral de la Persia presenta al Norte los montes Caspianos, hasta las célebres puertas una extensión de nueve mil estadios, y de catorce mil al mediodía, desde las bocas del Nilo hasta la frontera de Carmania.

Esta multitud de distintas naciones ofrece tan diferentes costumbres como divisiones de territorio, pero poseen rasgos de carácter comunes que se describen en pocas palabras. Los Persas tienen todos el cuerpo flaco, la tez curtida ó aceitunada, mirada hosca y cejas juntas y arqueadas. No carece de gracia su larga barba, pero tienen los cabellos crespos y erizados. Siempre se les ve con la espada ceñida, hasta en la mesa y en los días festivos; costumbre propia también en otro tiempo de los griegos; siendo los atenienses los primeros que tuvieron la gloria de renunciarla, por la imponente autoridad de Tucídides. Los Persas se entregan desenfrenadamente á los placeres sensuales, y nunca poseen bastantes concubinas: pero su amor se atiene al otro sexo. Cada cual se casa con tantas mujeres como puede

mantener, pero por efecto de la pluralidad, las quiere á todas muy poco. Evitan cuidadosamente en la comida todo lo que es lujo y delicadeza, y muy especialmente el exceso en la bebida. No tienen hora fija para comer, como no sea en la mesa de los príncipes: el único regulador es el apetito, bastando para satisfacerlo lo primero que hallan á mano, y ninguno come más de lo necesario. En país enemigo, es verdaderamente increíble su circunspección en este punto. Atraviesan los vergeles, los viñedos, sin tocar al fruto y hasta sin desearlo; tanto temen al veneno y á los sortilegios. Rara vez va un Persa á orinar ó se separa para satisfacer otra necesidad natural, cuando le ven; tan lejos llevan las delicadezas del pudor. Por el descuido de su apostura, por la dejadez de sus miembros, creeríaseles afeminados, cuando son temibles guerreros; aunque á decir verdad, es más su astucia que su valentía y más temibles de lejos que de cerca. Son muy fanfarrones; tienen la palabra enfática, ampulosa, dura y amenazadora, tanto en buena como en adversa fortuna. Astutos, altivos, crueles, arrogándose el derecho de vida y muerte sobre sus esclavos y sobre los plebeyos obscuros, no vacilarían en hacer desollar vivo á un hombre, en parte, ó de la cabeza á los pies. Los que les sirven en la mesa no se atreven á desplegar los labios ni á respirar; todas las bocas están amordazadas. Entre ellos la ley está rodeada de terror, siendo especialmente atroz la que castiga la ingratitud y la deserción. Tienen las abominables leyes que hacen á toda una familia responsable por uno de sus miembros. Pero no elevan á las funciones judiciales más que hombres probos é instruidos, que no necesitan inspiración y se burlan implacablemente de nuestros tribunales, en los que el ignorante magistrado no puede prescindir de tener á su espalda un asesor inteligente y legista. En cuanto á cubrir con la piel del juez pre-

varicador el asiento del que le sucede, si no es cosa inventada, cesó hace ya mucho tiempo. Las lecciones que han recibido de nosotros en achaques de disciplina y de táctica, y la adopción de nuestras maniobras y ejercicios militares, les ha hecho temibles hasta en batallas campales. Confían especialmente en la caballería, en la que sirven todos los nobles y varones distinguidos. En cuanto á los peones, á los que arman á la manera de nuestros mirmilones, vienen á ser los criados del ejército. Tales gentes, sujetas á perpetua esclavitud, sirven sin sueldo ni retribución ninguna. Esta nación, por su valor y progresos en el arte de la guerra, hubiese llevado más lejos todavía sus victorias, á no ser por las disensiones civiles que la agitan constantemente.

En el traje de los Persas abundan generalmente los colores vivos; y este traje les cubre el cuerpo hasta los pies, aunque dejando paso al aire en el pecho y los costados. Usan collares y brazaletes de oro enriquecidos con pedrería, y especialmente perlas, costumbre adquirida después de la derrota de Creso y de la conquista de la Lidia.

Sólo me resta decir algo acerca de esta piedra *(lapidis ujus)*, tan común en aquel país. La perla se encuentra en el interior de una concha marina, blanca y fuerte, en las costas de la India y de la Persia; debiéndose su formación al rocío que se introduce en la concha en determinadas épocas del año. La concha se abre á la luz de la luna como para frezar y recibe el rocío que la fecunda. Entonces engendra dos ó tres perlitas. Encuéntrase también á veces, en la apertura de las conchas, una perla solitaria mas gruesa, y que, por consecuencia, se la llama unión. Prueba que las perlas son de substancia etérea, y no producto marino, el hecho de que del rocío de la mañana nacen límpidas y perfectamente redondas; y que el rocío de la tarde las produce de forma irregu-

lar, rojizas ó manchadas. El volumen depende también de la cantidad de rocío que recibe la concha. La tempestad perturba la fecundación, deteriora el germen y le hace abortar. La pesca es difícil y peligrosa, y lo que aumenta más y más su valor es el instinto de este animal para huir del paraje donde se le busca, para establecerse en derredor de rocas escarpadas ó en cavernas que solamente visitan los perros marinos. Sabido es que también se encuentran perlas, aunque no tan hermosas. en algunos puntos lejanos del Océano Británico.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

Págs.

	Tomos
TERTULIANO.—*Apología contra los gentiles en defensa de los cristianos,* traducción de Fray Pedro Manero, obispo que fué de Tarazona	1
HISTORIA AUGUSTA, traducción de D. Francisco Navarro	3
MARCIAL Y FEDRO.—*Epigramas y fábulas,* traducción en verso de Jáuregui, Argensola, Iriarte (D. Juan), Salinas, el P. Morell y Capalleja	3
TERENCIO.—*Teatro completo,* traducción de Pedro Simón Abril, refundida	1
APULEYO.—*El asno de oro,* traducción de Diego López de Cortegana	1
PLINIO EL JOVEN.—*Panegírico de Trajano y cartas,* traducción de Barreda y Navarro. CORNELIO NEPOTE.—*Vidas de varones ilustres,* traducción de Oviedo	2
JUVENAL Y PERSIO, traducción en verso de Díaz Carmona y Vigil	1
SAN AGUSTÍN.—*La Ciudad de Dios,* traducción de Díaz de Beyral	4
AULO GELIO.—*Noches áticas,* traducción de D. Francisco Navarro	2
Clásicos españoles.—CERVANTES.—*Novelas ejemplares*	2
Don Quijote, con el comentario de Clemencín	8
CALDERÓN DE LA BARCA.—*Teatro selecto,* con un estudio de Menéndez y Pelayo	4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*	1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*	1
Obras políticas, históricas y críticas	2
Política de Dios y gobierno de Cristo	1
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*	2
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Nápoles*	1
ALCALÁ GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*	1
MANUEL DE MELO.—*Guerra de Cataluña* y *Política militar*	1
CRISTOBAL COLÓN.—*Relaciones y cartas*	1
ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS, ordenada por Menéndez y Pelayo. Precede á cada tomo un extenso juicio crítico del Sr. Menéndez y Pelayo. Se han publicado 5 tomos	5
Clásicos ingleses.—LORD MACAULAY.—*Estudios literarios, Estudios históricos, Estudios políticos, Estudios biográficos, Estudios críticos* y *Estudios de política y literatura,* traducción de D. Mariano Juderías Bénder	6
Vidas de políticos ingleses, traducción del mismo	1
Historia de la revolución inglesa, traducción de D. Mariano Juderías Bénder y D. Daniel López	4
Historia del reinado de Guillermo III, continuación de la *Historia de la revolución inglesa,* traducción de D. Daniel López	6
Discursos parlamentarios, traducción del mismo	1
MILTON.—*Paraíso perdido,* traducción en verso de D. Juan Escoiquiz	2
SHAKESPEARE.—*Teatro selecto,* traducción de D. Guillermo Macpherson	6
Clásicos italianos.—MANZONI.—*Los Novios,* traducción de D. Juan Nicasio Gallego	1
La Moral Católica, traducción de D. Francisco Navarro	1
Tragedias, poesías y obras varias, traducción de D. Federico Baráibar	2
GUICCIARDINI.—*Historia de Italia, desde 1494 á 1532,* traducción de D. Felipe IV	6
MAQUIAVELO.—*Obras históricas,* traducción de D. Luis Navarro	2
Obras políticas, traducción del mismo	2
BENVENUTO CELLINI.—*Su vida, escrita por él mismo,* traducción de D. Luis Marco	2
TASSO.—*La Jerusalem libertada,* traducción en verso de Gómez del Palacio	2
Clásicos alemanes.—SCHILLER.—*Teatro completo,* traducción de Don Eduardo Mier	3
HEINE.—*Poemas y fantasías,* traducción en verso de D. José J. Herrero	1
Cuadros de viaje, traducción de D. Lorenzo G. Agejas	2
GOETHE.—*Viaje á Italia,* traducción de Doña Fanny Garrido	2
Teatro selecto, traducción de la misma	2
HUMBOLDT.—*Cristóbal Colón y el descubrimiento de América,* traducción de Don Luis Navarro	2
Clásicos franceses.—LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores,* traducción de D. Norberto Castilla y D. Mariano Juderías	2
BOSSUET.—*Oraciones fúnebres,* traducción de D. Francisco Navarro	1
Clásicos portugueses.—CAMOENS.—*Los Lusíadas,* traducción en verso de D. Lamberto Gil	1
Poesías selectas, traducción del mismo	1